

TOMO 2

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DESARROLLO

Antología de
Alonso Aguilar Monteverde



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES ECONÓMICAS



CASA JUAN PABLOS

Antología de Alonso Aguilar Monteverde

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DESARROLLO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Juan Ramón de la Fuente
Rector

Lic. Enrique del Val Blanco
Secretario General

Dra. Mari Carmen Serra Puche
Coordinadora de Humanidades



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

Dr. Jorge Basave Kunhardt
Director

Dra. Rosario Pérez Espejo
Secretaria Académica

Lic. Ernesto Reyes Guzmán
Secretario Técnico

Lic. Ana I. Mariño Jaso
Jefa del Departamento de Ediciones

Antología de Alonso Aguilar Monteverde
ECONOMÍA POLÍTICA
DEL DESARROLLO

Compilada por

Josefina Morales, Isaac Palacios
e Irma Portos

Tomo II



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
CASA JUAN PABLOS

ANTOLOGÍA DE ALONSO AGUILAR MONTEVERDE
TOMO II: ECONOMÍA POLÍTICA DEL DESARROLLO
Compiladores: Josefina Morales, Isaac Palacios, Irma Portos

Corrección de estilo y cuidado de la edición: Marisol Simón del IIEc

Primera edición, 2005

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, 2005
Instituto de Investigaciones Económicas
Ciudad Universitaria 04510, México, D.F.

Por características tipográficas y de edición

D. R. © Casa Juan Pablos, Centro Cultural, S.A. de C.V., 2005
Malintzin 199, Col. El Carmen, Coyoacán, México 04100, D.F.

ISBN: 968-427-215-4 obra completa

ISBN: 968-5422-81-8 volumen II

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
1. SOBRE LA CRISIS DEL CAPITALISMO.	
ASPECTOS TEÓRICO-HISTÓRICOS	
La crisis económica y el capitalismo monopolista de Estado	25
Algunos rasgos de la actual crisis capitalista	32
Inflación y crisis	40
El ciclo económico y su desarrollo en la posguerra	52
La crisis del capitalismo, los países subdesarrollados y el nuevo orden económico internacional	60
La crisis del capitalismo en América Latina	62
La crisis económica actual y el Tercer Mundo	70
La crisis capitalista y los países subdesarrollados	76
Crisis y estrategias de desarrollo en América Latina	83
Acera de la naturaleza de la actual crisis	87
El capitalismo latinoamericano en la apreciación de la realidad de hoy	100
Crisis del socialismo	101
En el umbral de un nuevo siglo	113
El “breve siglo XX”, inicio y fin de una época histórica	115
Cambios en el juego de contradicciones	122
2. DESARROLLO Y SUBDESARROLLO	
El capitalismo hoy	129
En busca de una explicación teórica del desempleo: de los clásicos a los “neoclásicos”	130
Nacionalización y capitalismo monopolista de Estado	147
La lucha contra el fascismo	156
Orígenes del imperialismo	161
Factores internos y externos en las estrategias del desarrollo	184

Imperialismo y subdesarrollo	193
La realidad de hoy	204
3. EL CAPITALISMO EN MÉXICO	
La fase actual del capitalismo en México	213
Contradicción fundamental, industrialización sustitutiva y patrón de acumulación	217
El capitalismo en la agricultura mexicana	219
Nacionalización y capitalismo monopolista de Estado	221
Capitalismo monopolista de Estado, subdesarrollo y crisis	224
Capitalismo monopolista y crisis	231
Capital monopolista y empresas estatales	233
Sobre el capitalismo mexicano	236
La burguesía y la oligarquía	239
El capital monopolista extranjero en la agricultura	247
El Estado y la burguesía	249
El Estado, los bancos nacionales y el capital monopolista	256
El Plan Nacional de Desarrollo Industrial	259
El capitalismo mexicano hoy: I. Las fuerzas productivas	263
El capitalismo mexicano hoy: II. Las relaciones de producción	270
El capitalismo mexicano hoy: III. El Estado y las relaciones de producción	278
El México de entonces y el de ahora (1910-1981)	281
La crisis y la nacionalización de la banca	283
Perfil regional de México. La región de Tijuana	289
El noroeste, <emporio> capitalista	296
La costa de Hermosillo	297
El valle del Yaqui: tendencias, problemas y perspectivas	306
Estrategia del capital extranjero en México	311
México: el país de la desigualdad	313
La venta de empresas paraestatales en México	316
La crisis en México	324
4. EN BUSCA DE NUEVOS CAMINOS	
Empecemos a reescribir nuestra propia historia	333
La historia y los historiadores	334

Sobre la importancia política del trabajo cultural	338
El problema de las fases en la lucha por el poder	340
Reflexiones sobre la Revolución mexicana	343
Bosquejo de un programa antimonopolista	346
Nacionalización y lucha revolucionaria	348
La vía mexicana al socialismo	349
Soberanía, independencia y democracia	352
Identidad de Martí y el Che	356
Elementos políticos y teóricos de una estrategia alternativa latinoamericana	357
¿Qué será de Nuestra América en el siglo XXI?	366
BIBLIOGRAFÍA	373

PRESENTACIÓN

En este segundo volumen de la antología de Alonso Aguilar Monteverde se reúnen diversos materiales publicados entre 1973 y 2000, que dan cuenta de la significación y vigencia de la obra de un intelectual mexicano comprometido,¹ de un hombre político por naturaleza, que afortunadamente aún se mantiene en la brega política, teórica e ideológica contemporánea.

Ante el crítico entorno internacional permeado por el avance del pensamiento ultraconservador, vuelto a la acción con la derrota del socialismo desde los años noventa y que acompaña el curso de los acontecimientos locales, nacionales e internacionales, se pone de nuevo a prueba la profundidad y el aporte que Alonso Aguilar Monteverde delineó desde mediados del siglo XX en pro de abrir cauce al desarrollo de los países atrasados y brindar alternativas para los pueblos que permanecen dominados por el cada vez más concentrado poder económico y político imperialista, característico de la presente era globalizadora.

El trabajo intelectual de Alonso Aguilar, desde la perspectiva de la economía política marxista, forma parte del pensamiento latinoamericano crítico, que en las décadas de los sesenta y setenta renovó la economía entendida como ciencia social y, por tanto, como proceso histórico.

Esta antología permite acercarse a la visión totalizadora e histórica de su interpretación de la crisis de largo plazo por la que atravesó el capitalismo mundial en el último cuarto del siglo pasado, a la comprensión de la dialéctica entre el desarrollo y el subdesarrollo, a la dinámica del capitalismo mexicano en el siglo XX y a los desafíos de la construcción de una alternativa revolucionaria que más que nunca requiere la dimensión latinoamericana.

De acuerdo con el autor, realizamos un trabajo de compilación semejante al del primer volumen al seleccionar fragmentos de su obras fun-

¹ Véase *Temas de economía política. Antología de Alonso Aguilar*, compilada por Josefina Morales, Isaac Palacios e Irma Portos, México, Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y Editorial Nuestro Tiempo, 1998, tomo I. En la presentación se hace una breve reseña de su vida y de su obra.

damentales, más que capítulos o artículos completos, pues rebasaríamos rápidamente el tamaño de la obra y con dificultades daríamos cuenta de su amplitud. Nos interesa mostrar la complejidad de los procesos examinados, así como la riqueza y desarrollo del análisis realizado, por lo que decidimos mantener la secuencia temporal de los textos.

Al acercarnos de esta manera al trabajo de Alonso Aguilar, destaca asimismo la calidad pedagógica de su trabajo, pues una de sus características es que escribe para el público en general, para trabajadores y estudiantes, obreros y profesionistas, y no sólo para un público especializado. Por ello conservamos los títulos originales de los trabajos, con sus subtítulos correspondientes; excepcionalmente, para no repetir encabezados, se emplea un subtítulo.

Fue difícil realizar esta antología, seleccionar partes de un sólido trabajo intelectual, de obras mayores, como los libros sobre la crisis y la teoría leninista del imperialismo, y el estudio sistemático, de décadas, sobre el desenvolvimiento del capitalismo mexicano, así como de su trabajo de los últimos años, centrado en impulsar la conciencia latinoamericana y en profundizar en el conocimiento de la globalización y la restructuración del capitalismo en esta etapa de mundialización. La antología se detiene en el año 2000, por lo que se dejó fuera, por ejemplo, el libro *Globalización y capitalismo*, de 2001, que es una obra de gran envergadura.

La bibliografía de Alonso Aguilar que aquí se presenta llega hasta 2002 y recoge, revisada cuidadosamente, la del primer volumen de la antología, que llega hasta 1969; no incluye, sin embargo, numerosos estudios realizados para instituciones como el Banco Nacional de Comercio Exterior, el Banco Nacional de Transportes, la Constructora de Carros de Ferrocarril, la Confederación de Cámaras Industriales de México y la Nacional Financiera, ni tampoco numerosas ponencias e intervenciones realizadas en eventos académicos y políticos, nacionales e internacionales.

La contribución del autor para realizar esta tarea fue generosa y sin ella difícilmente la hubiéramos podido realizar. De igual manera queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la generosa y dedicada colaboración de Lorena Reyes, así como a Ana Mariño, jefa del departamento editorial del IIEC, por sus valiosas sugerencias, y a María Soledad Simón, técnica académica del mismo departamento, por su cuidadosa guía y revisión. Asimismo queremos dejar constancia y recono-

cimiento al impulso y apoyo que nuestro Instituto ha dado al trabajo de recopilación de la obra de nuestros maestros, y en particular a su actual director, Jorge Basave Kunhardt, que siempre ha manifestado su reconocimiento por el trabajo de la obra de Alonso Aguilar Monteverde.

Alonso Aguilar escribió y publicó durante las tres décadas mencionadas 14 libros individuales; participó en más de 30 libros colectivos; escribió más de 150 artículos en *Estrategia. Revista de Análisis Político* (1974-1993), que fundó con Fernando Carmona de la Peña y Jorge Carrión, y otros 20 artículos más en revistas académicas. Ello, amén de sus numerosas participaciones en reuniones académicas y políticas.

Gran parte del trabajo que escribió en la época que recorre este segundo volumen salió a la luz en la revista *Estrategia*. Varios de los artículos ahí publicados fueron posteriormente recogidos, y algunos revisados, en libros individuales o colectivos. Por esta razón la mayoría de los textos fueron recopilados de esta revista, la fuente original.

Desde los primeros años de la década de los setenta, Alonso Aguilar puso especial atención al fenómeno de la crisis que emergía en el sistema capitalista mundial, replanteó la perspectiva de la crisis general y precisó los alcances de la crisis de regulación que advertía desde finales de esa década, en particular las contradicciones y limitaciones que la participación del Estado en el mecanismo único de acumulación alcanzado con el capital monopolista había engendrado en su etapa del capitalismo monopolista de Estado (CME). El primer capítulo de este volumen recoge planteamientos fundamentales sobre este tema.

La perspectiva teórico-histórica de este intelectual comprometido con la liberación de América Latina permite comprender el desarrollo capitalista en su fase imperialista del siglo XX, con las modificaciones que esta etapa impone al proceso de acumulación de capital con el predominio del capital monopolista; su proceso de internacionalización, el cual, a lo largo de ese siglo, se transforma cualitativamente, desde los cárteles, *trusts* y capital financiero —que entrelazaba a la banca y a la industria de principios del siglo— hasta el fenómeno actual de la globalización; así como la dialéctica estructural entre el desarrollo de los países imperialistas y el subdesarrollo de los subordinados y dependientes, dominados y avasallados históricamente. El segundo capítulo está dedicado a esta temática.

A partir de su profundo conocimiento histórico del capitalismo, en particular de su certera reflexión sobre su fase imperialista, realiza un es-

pléndido estudio sobre la teoría leninista del imperialismo, cuyo aporte sintetiza así:

Cuando Lenin intenta descubrir la esencia del imperialismo no se limita por ello a buscarla en una sola dirección. Tras señalar que la esencia *económica* es la sustitución de la libre competencia por el monopolio, advierte que la esencia *social* es la consolidación de la oligarquía financiera en la estructura de clases y en el seno de la burguesía. La esencia *política* es el carácter reaccionario del Estado y el nuevo papel de éste tanto en la superestructura del sistema como en el proceso de acumulación. La esencia del funcionamiento *internacional* del sistema es la existencia de naciones opresoras y oprimidas y la explotación de éstas por aquéllas, así como la rivalidad entre las grandes potencias en la lucha por su hegemonía. En fin, la esencia del sistema visto en una perspectiva *histórica* es su crisis general, su descomposición, su decadencia, su parasitismo y la proximidad, primero, y la coexistencia más tarde con el socialismo, hecho que agrava las contradicciones capitalistas y extrema su irracionalidad.²

La elaboración de la categoría capitalismo monopolista de Estado con la que caracterizaba esa época del imperialismo, del capitalismo en los países imperialistas y también en alguno subdesarrollado como México, fue uno de los debates teórico-políticos de finales de la década de los setenta. El tercer capítulo se centra en su contribución al estudio del capitalismo en México.

Su trabajo intelectual militante siempre puso en cuestionamiento las interpretaciones burguesas y oficiales del acontecer nacional y buscaba contribuir a la forja de una alternativa para el desarrollo favorable a los intereses nacionales y populares de México, por lo que el último capítulo recoge, con mayor brevedad, algunas de sus reflexiones sobre la recuperación de la historia, el papel de la cultura y algunos elementos programáticos en esa dirección.

SOBRE LA CRISIS DEL CAPITALISMO

El estudio y análisis de la crisis capitalista desde la visión científica delineada por el materialismo histórico es una de las aportaciones que

² "Introducción", *Teoría leninista del imperialismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 2ª ed., 1983, pp. 11-12.

realiza Alonso Aguilar Monteverde a partir de una vasta producción que cuestiona lo más relevante del pensamiento económico y político mundial acerca de la crisis.

Destaca el carácter de la crisis cíclica y la modificación del ciclo en la fase en curso del capitalismo, la dimensión de largo plazo de una crisis que caracteriza de regulación, así como la trascendencia histórica desde la perspectiva de la crisis general del capitalismo.

Una crisis que cimbraba a toda la estructura del sistema, a su modo de reproducción, modificaba profundamente la dinámica de los ciclos, el funcionamiento de la ley del valor, de la tasa de ganancia, la formación de los precios, el funcionamiento mismo de un mercado que ya no era el de la libre competencia del siglo XIX; una crisis que afecta las bases del sistema, tanto en su dimensión nacional como en la internacional, lo que se expresa en las profundas transformaciones en la estructura productiva, los mecanismos de distribución y el sistema monetario-financiero, en las relaciones internacionales, la participación del Estado y la recomposición misma de las clases sociales a partir de la nueva división internacional del trabajo.

Al mismo tiempo que se acentúan la profundización y los cambios cualitativos en la internacionalización del capital, internacionalizando la crisis, el carácter parasitario del sistema, el desempleo creciente y el armamentismo, características estructurales del imperialismo.

A principios de los años ochenta advertía:

La tendencia a la internacionalización de la producción y del capital, propia del desarrollo del capitalismo en la fase imperialista, adquiere su mayor momento en la actual crisis y da lugar a nuevas y más complejas formas de integración monopolista, como el conglomerado transnacional y los esquemas interestatales de integración regional, mecanismos ambos que fundamentalmente expresan la internacionalización de la propia crisis y el desarrollo del CME.³

[...] si bien no se han agotado totalmente las posibilidades del CME, éste tropieza con dificultades cada vez mayores y, aunque en los dos últimos años hay una recuperación cíclica, ni la variante estatista ni la neoliberal que exagera las virtudes de los monopolios privados parecen capaces de abrir una nueva larga fase de expansión [...].⁴

³ *Idem.*, p. 65.

⁴ *Idem.*, p. 86.

La dinámica contradictoria y dialéctica del capitalismo en esta fase exige analizar el papel del Estado y los monopolios en la acumulación, ya que la crisis de regulación exhibe al mismo tiempo sus limitaciones, abriendo paso a la política neoliberal.

El cambio en la relación Estado-empresa privada y específicamente en la contradicción Estado-capital monopolista, sugiere nuevas modalidades en el funcionamiento del sistema. [...] en años recientes, en los que de nuevo se han impuesto políticas ortodoxas, parecería que el Estado es cada vez más débil frente al gran capital privado y que, por encima de ciertas vertientes, la política en boga es restrictiva y contraccionista, sobre todo del campo de acción del Estado [...] lo que en principio parecería profundizar la contradicción, como antes dijimos no necesariamente es así, tanto porque la nueva propiedad privada transnacional —contando ahora con un mayor apoyo del Estado— tiene más amplias posibilidades de acción que las formas monopolistas previas, como porque en no pocos casos la propiedad estatal no era ya un vehículo adecuado para estimular la producción.⁵

DESARROLLO Y SUBDESARROLLO

Ya desde sus trabajos anteriores sobre la economía mexicana, en particular sobre la formación histórica del capitalismo en México, Alonso Aguilar examinó esta economía como parte del sistema capitalista mundial y puso especial atención en las modificaciones que el paso a la etapa imperialista del capitalismo en escala internacional impuso en el capitalismo latinoamericano.

El segundo capítulo de esta antología recoge tesis fundamentales sobre la dialéctica entre el desarrollo y el subdesarrollo, que el autor ha elaborado a lo largo de su fructífero trabajo y que metodológicamente va de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo general, es decir, de un riguroso examen del proceso histórico del capitalismo mexicano a una propuesta de interpretación teórica del subdesarrollo latinoamericano que tiene diferencias con la teoría de la dependencia y que parte de la herencia colonial para examinar las características particulares del proceso de acumulación capitalista de nuestros países.

⁵ *Idem.*, p. 113.

El capitalismo latinoamericano no surge ni se desenvuelve a la manera clásica. [...] nace ligado a la dominación colonial y, en general, a rígidos lazos de dependencia: en vez de resultar de un largo proceso de acumulación originaria, que poco a poco creara las condiciones que harían posible la formación del mercado capitalista y la explotación del trabajo asalariado, el capital mercantil formado en una larga etapa es succionado por las potencias metropolitanas y es dilapidado por las clases dominantes internas, lo que de hecho entraña un largo proceso de desacumulación originaria, es decir, una situación en que la acumulación primitiva se da a medias, sin que sus dos elementos fundamentales lleguen a integrarse en un cuerpo unitario.⁶

Uno de sus trabajos clásicos sobre este tema, del periodo de esta antología, es su libro *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*, de 1974, en el que con rigor va desentrañando las características estructurales de la reproducción de capital en México, que generan un capitalismo diferente, con un masivo desempleo y subempleo crónico, con masiva marginalidad, con desequilibrios que se reproducen.

[...] las relaciones de producción características del capitalismo del subdesarrollo determinan que el proceso de acumulación y de formación del mercado interno, lejos de estimularse y apoyarse mutuamente —a la manera en que, con todas sus graves contradicciones, lo hicieron en las condiciones clásicas— exhiben lagunas, desproporciones, desajustes, rupturas y nuevos antagonismos, que en última instancia determinan que la parte de la plusvalía que se destina a la acumulación sea menor, el ritmo al que se convierte en capital sea más lento, el peso de las actividades productivas y concretamente de la industria en el proceso económico sea muy inferior, el patrón de relaciones internacionales contribuya decisivamente no a ampliar sino a reducir y a desviar el excedente y, a consecuencia de todo ello, las deformaciones en la estructura técnico-económica se multipliquen y, tanto a corto como a largo plazos, la demanda de mano de obra siempre se mueva a un nivel muy inferior al de la oferta [...].⁷

La preocupación por precisar teóricamente las características del subdesarrollo respondía no sólo a un interés académico, sino fundamentalmente político, pues consideraba indispensable su conocimiento para la elaboración de una estrategia de lucha popular sustentada en un progra-

⁶ *Idem.*, p. 183.

⁷ *Idem.*, p. 134.

ma alternativo de desarrollo, en un programa mínimo capaz de impulsar una lucha revolucionaria.

Ubicar al capitalismo del subdesarrollo en la fase imperialista del capitalismo mundial permite comprender no sólo la dinámica del sistema, sino que contribuye a entender al imperialismo no como un fenómeno externo, ni como una política exterior de las grandes potencias, sino como una fase del desarrollo capitalista en la cual el capitalismo mexicano está inmerso para profundizar así en los alcances y las limitaciones de una industrialización dependiente y de una oligarquía subordinada.

El imperialismo, afirma, no sólo modifica el régimen de competencia de los países desarrollados; cambia el sistema de relaciones económicas internacionales, modifica el mercado mundial, la división internacional del trabajo y cambia cualitativamente el carácter de la dependencia.

[...] La dependencia es, desde luego, anterior al imperialismo e incluso está presente en toda la etapa colonial; sin embargo, es a partir del momento histórico en que el capitalismo latinoamericano deviene en Latinoamérica el modo de producción dominante y se inserta en un mercado mundial, ahora sí fundamentalmente capitalista, cuando las formas de extracción, utilización, retención y aun dilapidación del excedente y, por tanto, el proceso todo de acumulación de capital, habrán de desenvolverse en un nuevo y distinto marco socioeconómico.

[... Se producen cambios, sí, pero] lejos de que el proceso resulte y a la vez influya en la conformación y robustecimiento de una nueva clase dominante capaz de abrir el cauce de un desarrollo nacional autónomo, desemboca en una situación histórica nueva, en un capitalismo deforme, carente de espina dorsal propia, en una economía desarticulada, inserta en un mercado mundial incontrolable y del que ella es ahora parte orgánica más o menos impotente y desgarrada en su interior por la dependencia del capital monopolista extranjero; en un sistema en el cual la burguesía que emerge como nueva fuerza en el poder, como clase dominada, es y será siempre, al propio tiempo, una clase dominante que ni en las coyunturas más propicias podrá liberarse a sí misma, ni menos aún liberar al país del subdesarrollo.⁸

Para Alonso Aguilar, "el desarrollo es esencialmente un problema social y político y no sólo técnico-económico", y únicamente una alter-

⁸ *Idem.*, p. 187.

nativa diferente del capitalismo podrá superar el crecimiento lento, anárquico y desigual del capitalismo del subdesarrollo.

Sin resolver este problema político difícilmente podrán superarse los más graves problemas nacionales, pues atender las condiciones básicas para el desarrollo requiere superar los desequilibrios del subdesarrollo, alcanzar un proceso sostenido de acumulación productiva, transformar la agricultura y las relaciones sociales que la mantienen en ese atraso y esa decadencia. Fortalecer un proceso industrial con la producción de bienes intermedios y de capital, modernizar la infraestructura, elevar el nivel de empleo y en general el nivel de vida de la población, requiere otras relaciones de poder.

EL CAPITALISMO EN MÉXICO

La contribución de Alonso Aguilar al conocimiento del capitalismo mexicano de fin de siglo es trascendente, muestra una profundidad no frecuente, sustentada en un sólido conocimiento empírico concreto analizado desde una perspectiva teórico-histórica que permite una enriquecedora interpretación y a ella se dedica el tercer capítulo de esta antología. Como todo su trabajo, aquélla estuvo enmarcada en el debate teórico, político e ideológico de la época.

Su trabajo intelectual, militante, siempre cuestionó las interpretaciones burguesas y oficiales del acontecer nacional y estuvo en la búsqueda permanente de forjar una alternativa para el desarrollo favorable a los intereses nacionales y populares de México.

Entre sus trabajos más importantes incluidos en el primer volumen de la antología destacan *La dialéctica de la economía mexicana*; los ensayos publicados en *México, riqueza y miseria*, de 1967; *El milagro mexicano*, de 1969, y *La oligarquía, la burguesía y el Estado*, de 1972.

A partir de los años setenta, uno de los objetivos de su análisis fue desentrañar la fase que el capitalismo mexicano recorría, pues lo consideraba estratégico para la lucha revolucionaria, para identificar los ejes del proceso de acumulación y con ello los sectores oligárquicos del poder, el enemigo principal de los trabajadores, el papel del Estado en la reproducción del sistema, no sólo políticamente, sino desde las raíces mismas de la estructura económica. Su propuesta de que el país atravesaba por la fase del capitalismo monopolista de Estado estuvo en el centro

del debate y aún hoy requiere un nuevo cuestionamiento, a la luz de las nuevas formas de interrelación que han adquirido los grandes capitales con el Estado.

La metodología de su análisis marxista de la economía política es dialéctica; muestra, mediante el análisis de las contradicciones, la dialéctica del proceso de acumulación, entrelazando el examen de las fuerzas productivas con el de las relaciones sociales que las sostienen y con la formación y el ejercicio del poder, por lo que en su trabajo adquieren un lugar destacado el papel del Estado y las relaciones sociales de producción, la función reguladora a favor del capital monopolista —nacional y extranjero—, el papel de la empresa pública —uno de los soportes de la acumulación y reproducción del capital en México—, así como su relación estructuralmente dependiente con el capital extranjero.

En 1976 escribía:

El que el Estado, en contacto estrecho con los monopolios privados pase a ser un factor decisivo en el proceso de acumulación y por ende en la reproducción de las relaciones capitalistas [...], da al desarrollo económico, la estructura social y la lucha de clases caracteres especiales [...] e influye para que la lucha obrero-patronal se vuelva cada vez más una lucha política; y el que una parte significativa del capital monopolista sea extranjero refuerza la conciencia y la necesidad de la lucha antimperialista como elemento indisoluble de la liberación y el socialismo [...].⁹

Y años más tarde precisaba:

La exigencia de reparar en la relación Estado-capital monopolista [...] obedece sobre todo a que en la fase actual del capitalismo mexicano, el capital monopolista —y como hemos de ver, no aislado sino estrecha e indisolublemente ligado al Estado— es la fracción del capital que condiciona el proceso de acumulación e influye decisivamente en los rasgos y deformaciones estructurales del capitalismo mexicano.¹⁰

Su trabajo teórico siempre estuvo sustentado con un análisis concreto de gran riqueza. La formación de los grupos monopolistas y por ende de la oligarquía mexicana, así como su entrelazamiento con el capital

⁹ *Idem.*, p. 216.

¹⁰ *Idem.*, p. 242.

extranjero y el papel del Estado en ese proceso, fue uno de sus centros de atención constante, pues el capital monopolista tiene nombre y apellidos, fortunas cuantificables que es necesario conocer. Afirmaba que:

La consolidación del capital monopolista, la dirección en que se desenvuelve, el ritmo a que crece y aun las formas de asociación con el capital extranjero, difícilmente podrían comprenderse sin examinar el papel del capital estatal y en un sentido más amplio el papel decisivo del Estado en el proceso de acumulación [...].¹¹

Espléndidos son sus trabajos sobre la economía regional del noroeste, región donde nació y vivió los primeros años de su vida y sobre la que mantuvo una permanente atención.

La participación del Estado en la formación del capitalismo mexicano tiene raíces históricas que Alonso Aguilar con frecuencia recuerda, precisando el alcance contradictorio de las nacionalizaciones en los distintos momentos históricos del país: la de los bienes del clero durante la Reforma, la parcial de los ferrocarriles a finales del Porfiriato, la de la tierra después de la Revolución mexicana, la nacionalización antimperialista del petróleo durante el cardenismo, la estatización de la banca con José López Portillo. Y en los últimos años no faltó el análisis de la privatización de la empresa pública beneficosa para los grandes grupos monopolistas.

Característica de su análisis es la perspectiva histórica del desarrollo del capitalismo mexicano y su inserción estructural en la del imperialismo.

El no situar al capitalismo mexicano en el marco histórico del imperialismo fue y ha sido hasta ahora fuente de confusión, desacuerdos y vanas ilusiones, pues en vez de comprender la dinámica interna del capital y su proyección en escala mundial, capitalismo interno e imperialismo tendieron a ser vistos como dos fenómenos opuestos y aun excluyentes, o llevaron a menudo a la posición no menos errónea de ver en aquél sólo un reflejo pasivo y mecánico de éste, al que se concebía como algo fundamentalmente externo [...].¹²

Otro de los grandes temas en que concentró su trabajo en las últimas décadas del siglo XX fue la crisis en México, de lo que otros llaman el

¹¹ *Idem.*, p. 261.

¹² *Idem.*, p. 239.

agotamiento del modelo sustitutivo de importaciones, con sus características estructurales del capitalismo mexicano y sus limitaciones que habían ya empezado a advertirse a partir de lo que llamó “El fin del milagro mexicano”.

LA ALTERNATIVA: EN BUSCA DE NUEVOS CAMINOS

El intelectual comprometido que es Alonso Aguilar establecía una intrínseca relación entre la producción de conocimiento y la lucha revolucionaria por el socialismo en nuestro país. Entre los objetivos de su trabajo estaba contribuir a la elaboración de una táctica y una estrategia de lucha donde la formación de un programa mínimo abriera paso a la acumulación de fuerzas para una etapa superior, impulsando una y otra vez diversos esfuerzos organizativos.¹³

Numerosos fueron los artículos dedicados en *Estrategia* al esbozo de un programa, a la lucha antimperialista y antimonopolista, a la lucha agraria y a la reforma agraria no concluida, así como al papel de la lucha cultural. Dentro de ese esfuerzo destacaba la importancia de la recuperación de nuestra historia y la unidad de América Latina.

Es por ello que, a riesgo de parcializar y aun esquematizar su contribución, incluimos en el cuarto capítulo, de menor tamaño, parte de su reflexión sobre la importancia de recuperar nuestra historia. Así, entre sus aportes destaca lo publicado en los libros colectivos *Cultura, historia, luchas del pueblo mexicano*, *El pensamiento político de México. I. La independencia y el pensamiento político de México. II. Entre lo viejo y lo nuevo*, así como fragmentos de los trabajos programáticos en la perspectiva de la lucha por el socialismo en nuestro país y de la riqueza de la reflexión sobre la imprescindible dimensión latinoamericana de la lucha por la liberación de nuestros pueblos.

En la obra de nuestro autor destaca la convicción para impulsar acciones colectivas a fin de forjar la unidad de los pueblos, de las fuerzas progresistas y revolucionarias en el plano interno, así como la solidaridad de los pueblos del mundo, en particular los latinoamericanos, donde la lucha por la soberanía nacional exige avanzar por el camino de la in-

¹³ Insistimos en que se vea la presentación del tomo I, ya citada, que incluye un breve esbozo de la vida y obra de Alonso Aguilar Monteverde.

tegración regional y abrir paso a la lucha antimperialista y revolucionaria, esfuerzo en el que concentra su actividad de los últimos años en la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-México).

Afirmaba en el II Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños por la Soberanía de Nuestros Pueblos, en 1986:

Un pueblo que carece de independencia económica y que no puede utilizar muchas de sus riquezas en beneficio propio, no es soberano;

un pueblo endeudado, sujeto a las arbitrarias exigencias de sus acreedores y al que desde fuera se le imponen condiciones leoninas e inaceptables sin importar los sacrificios que entrañan, no es soberano;

un pueblo, en suma, que no disfruta de libertad y que no ejerce realmente el poder político, no es soberano.¹⁴

En un entorno como el presente, caracterizado por el lento e inestable crecimiento que desde fines de los noventa registran las grandes economías capitalistas desarrolladas, por las nuevas modalidades del último ciclo económico del siglo XX, que vuelve a traer interrogantes sobre la crisis de largo plazo, y por la continuidad de las tendencias negativas presentes, ahora acompañadas de severas amenazas contra los países que no asumen pasivamente los lineamientos de los centros de poder económico y político, es de gran ilustración e importancia revisar los principales planteamientos reseñados y condensados en este segundo tomo de la antología de la obra de Alonso Aguilar Monteverde, que ofrece al lector muchos elementos que retomar y analizar, desde las perspectivas de corto y largo plazos, lo viejo y lo nuevo de la crisis capitalista en los inicios del siglo XXI.

La ofensiva imperialista de Estados Unidos sobre Irak replantea la revisión crítica del abandonado examen del imperialismo, a lo que puede contribuir esta antología, para examinar con una perspectiva histórica la reconfiguración de la geoeconomía mundial y la correlación internacional de fuerzas desfavorable para los intereses nacionales y populares de Nuestra América.

Josefina Morales, Isaac Palacios, Irma Portos

¹⁴ *Idem.*, p. 338.



1. SOBRE LA CRISIS DEL CAPITALISMO. ASPECTOS TEÓRICO-HISTÓRICOS

LA CRISIS ECONÓMICA Y EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO¹

La posición burguesa ante la crisis

[...]

Hasta 1929, los economistas burgueses no se interesaban en explicar el fenómeno de la crisis. Bajo la influencia de la economía clásica inglesa y de la llamada “Ley de Say”, según la cual <la oferta crea su propia demanda> —o sea que una y otra se igualan globalmente a cualquier nivel de producción y de empleo—, concebían al capitalismo como un sistema armonioso casi siempre en equilibrio y al que ocasionalmente perturbaban fluctuaciones menores y transitorias causadas por factores meteorológicos, psicológicos, monetarios y comerciales, que espontáneamente se corregían a través del mercado y el mecanismo de los precios.

El colapso sin precedentes de 1929 y la severa depresión que lo siguió a lo largo de casi un decenio sacudieron incluso a los economistas burgueses más insensibles. Ante la especulación desenfrenada de los monopolios, la caída vertical de la demanda y los precios, los excedentes de producción invendibles, el déficit gubernamental y el desplome del sistema monetario, comercial y financiero del capitalismo, resultaba imposible esconder una realidad social que dejaba a millones de trabajadores sin empleo. Tocó principalmente a John Maynard Keynes, entre los economistas académicos de formación neoclásica, romper en cierto modo con su propia escuela en busca de una explicación que, además de ayudar a comprender el alcance de la crisis, permitiera al capitalismo superarla. Y aunque Keynes se limitó a estudiar fenómenos de corto alcance y nunca situó el proceso económico en una adecuada perspectiva histó-

¹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 3, mayo-junio de 1975, pp. 40-61 y recogido en *La crisis del capitalismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1979, pp. 26-55.

rica ni llevó su examen más allá de unas cuantas relaciones macroeconómicas en cuya determinación seguían siendo fundamentales las <leyes psicológicas>, a partir de la propia experiencia que las grandes potencias empezaban a vivir bajo la depresión, contribuyó a que mediante una política de crecientes inversiones y gastos improductivos, especialmente de la militarización de la economía y la destrucción masiva provocadas por la Segunda Guerra Mundial, los niveles de producción y ocupación se elevaran sustancialmente [. . .].

Economistas académicos como Hansen, en los años cuarenta, y Steindl, en los cincuenta, pensaron incluso que el desempleo tendería a agravarse y que la dificultad para realizar el excedente se traduciría en mayor capacidad ociosa y en condiciones depresivas, pero a la postre prevaleció la opinión de que el sistema, convertido en una armoniosa <economía mixta>, en un <nuevo Estado industrial> libre ya de los caprichos de los capitalistas, flexible y regido por una competente <tecnnoestructura>, sería capaz de enfrentarse con éxito a sus viejos y más graves problemas [. . .].

La prosperidad, empero, no se logró ni se mantuvo espontáneamente; reclamó fuertes estímulos artificiales. Tras la enorme —y para el capitalismo, providencial— destrucción de capacidad productiva y en general de riqueza que implicó la segunda guerra, en los veinte años siguientes jugaron un papel dinamizador de primer orden el intento de impedir el triunfo de la revolución china, en 1945-49; el lanzamiento de la guerra fría y la cruzada anticomunista, sobre todo en 1946-55; el impulso a la reconstrucción europea a través del Plan Marshall y otros mecanismos (1947-50) y la intervención en Corea (1950-53); la militarización sin precedentes de la economía, la introducción de nuevas técnicas y la reposición de grandes masas de capital fijo entre 1955 y 1965; la intervención norteamericana en Vietnam, la diseminación de centenares de bases militares en numerosos países, el costoso apoyo a decenas de gobiernos peleles, el aumento incontenible del crédito y la multiplicación del gasto improductivo [. . .].

Algunos rasgos significativos de la actual crisis

La actual crisis no es un fenómeno simple que pueda explicarse lineal o funcionalmente. En ella interactúan y se entrelazan hechos diversos, económicos y no económicos, internos e internacionales, de corto y lar-

go plazos. Y si bien cada uno de ellos ejerce una influencia que sería un error menospreciar, la crisis los rebasa aislada y conjuntamente. Por eso, así como no puede explicarse y menos aún atribuirse digamos a los altos precios del petróleo, las malas cosechas o la devaluación del dólar, tampoco puede hablarse de que estamos no frente a una crisis profunda del capitalismo, sino ante desajustes meramente coyunturales, desconectados entre sí y del sistema socioeconómico que, en el fondo, los provoca.

Y lo que también parece obvio es que, con independencia de sus causas fundamentales, la crisis acusa ciertos rasgos y se caracteriza por desequilibrios y problemas que es útil deslindar para comprender mejor su alcance y naturaleza [...].

¿Qué son las crisis económicas y cuáles son sus causas?

[...]

La producción capitalista no se desenvuelve uniforme, estable ni permanentemente. Lo hace en forma cíclica, en lapsos más o menos periódicos que recorren fases sucesivas estrechamente eslabonadas y cuya duración depende del ritmo de reposición del capital fijo. A un periodo de reanimación, de prosperidad generalizada, sigue, ordinariamente, uno de auge. Pero éste, lejos de ser duradero, entra en profundas contradicciones que detienen la expansión y provocan una crisis, a partir de la cual se inicia la fase depresiva y la búsqueda de correctivos que pongan fin al desequilibrio y hagan posible la iniciación de un nuevo ciclo.

[...] la crisis, según Marx, es precisamente el momento en que el proceso de reproducción se altera y se interrumpe. [...] son siempre soluciones violentas que restablecen, por el momento, el equilibrio perturbado. O en las palabras de Dobb: "Una crisis opera como una catarsis y como un justo castigo, como el único mecanismo mediante el cual, dentro de esa economía, puede restablecerse el equilibrio una vez que ha sido roto [...]."²

La producción en el capitalismo implica la reproducción ampliada y, concretamente, la acumulación. Producir significa reponer en cada ci-

² Carlos Marx, *Historia crítica de las teorías de la plusvalía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, tomo II, p. 495 y Maurice Dobb, *Economía política y capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940, pp. 123-125.

clo los bienes consumidos y los medios de producción gastados, así como añadir un excedente que expresa y a la vez resulta de la acumulación. Acumular, por su parte, consiste no sólo en convertir una porción de la plusvalía en capital, sino en todo un proceso en el que, al amparo de la competencia y el afán de lucro, el capital se concentra y centraliza hasta hacer del monopolio el eje de la producción, y de la oligarquía la fracción más poderosa de la clase dominante. La producción no supone únicamente reponer los bienes físicos consumidos. Entraña, además, recrear de continuo las "[. . .] relaciones de producción [. . .] y las correspondientes relaciones de distribución".³ Y en la medida en que el capitalismo reproduce tales relaciones, reproduce también las contradicciones que le son inherentes.

"El capital produce esencialmente capital, y para poder hacerlo no tiene más camino que producir plusvalía."⁴ Pues bien, para que ésta crezca y pueda impulsar la acumulación, es preciso explotar una masa cada vez mayor de trabajadores y sobre todo elevar la productividad de cada uno de ellos.

Para lograr esto último se requiere que el capital total empleado en la producción —tanto el variable (fondo de salarios) como el constante (materiales y medios de producción)—, aumente. Mas aquí surge una primera contradicción: al elevarse la productividad, si bien en términos absolutos siempre aumenta el capital variable, en términos relativos se expande más de prisa el constante, lo que trae consigo profundos cambios en la composición del capital [. . .].⁵

Al elevarse la composición del capital, el capitalista tiende a aumentar también al máximo la valorización de ese capital, a incrementar la plusvalía por todos los medios a su alcance. Mas al crecer con mayor rapidez el capital constante que el variable y aumentar la composición orgánica, en tanto el grado de explotación de la fuerza de trabajo, o sea la tasa de plusvalía (P/v), se mantenga invariable, tiende a descender la tasa de ganancia, o lo que es lo mismo, la relación entre la plusvalía y el capital total.

³ C. Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 1015.

⁴ *Ibid.*, tomo II, vol. II, p. 1017.

⁵ "[. . .] es una ley de la producción capitalista el que, conforme va desarrollándose decrezca en términos relativos el capital variable con respecto al constante y, por consiguiente, en proporción a todo el capital puesto en movimiento". *Ibid.*, tomo III, vol. I, p. 226.

$$\frac{P}{v + c}$$

La mayor productividad de los trabajadores determina, pues, por una parte el aumento y la alteración ya señalados en la composición del capital y la tendencia descendente de la tasa de ganancia, y por la otra el que ciertas leyes contrarresten la creciente demanda de mano de obra y se encarguen de que los salarios no suban, en ningún caso, más allá de ciertos límites [...].

O sea que la crisis no obedece, como a menudo sugieren los infraconsumistas, los neopopulistas y, desde luego, los economistas burgueses, a que la capacidad de consumo de las masas sea insuficiente o a que no crezca el mercado. Si bien la miseria y la incapacidad de los trabajadores de consumir lo que producen es, en *última instancia*, decisiva para explicar la caída de la tasa de ganancia y ciertas graves desproporciones en la estructura económica, la clave de la crisis está en las contradicciones internas del proceso de acumulación y concretamente en la forma en que las variaciones y en particular el descenso de la tasa de ganancia se expresan en la contradicción fundamental del sistema: el carácter social de las fuerzas productivas y el régimen privado de apropiación.⁶

Al llegar a cierto nivel, que en otras condiciones sería “absolutamente insuficiente”, la producción capitalista se detiene. “Se paraliza —observa Marx—, no donde lo exige la satisfacción de las necesidades, sino allí donde lo impone la producción y la realización de la ganancia.”⁷

La superproducción o sobreacumulación de capital no significa, desde luego, que se emplee más capital que el necesario para impulsar el desarrollo. Significa solamente que los medios de producción que se utilizan como capital, o sea para extraer plusvalía, exceden, a un nivel

⁶ “[...] parece evidente —escribe al respecto Dobb— que para Marx la contradicción dentro de la esfera de la producción —la contradicción entre la creciente productiva, consecuencia de la acumulación, y la lucratividad decreciente del capital, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción de la sociedad capitalista— es la parte esencial del problema”. *Economía política* [...].

⁷ Y en otro pasaje, Carlos Marx agrega: “El verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital, es el hecho de que, en ella, con el capital y su propia valorización, lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción, el hecho de que aquí la producción sólo es producción para el capital y no a la inversa.” *Op. cit.*, tomo III, vol. I, p. 317 y p. 308.

dado de explotación, los necesarios para asegurar una tasa de ganancia debajo de la cual “[...] se producen perturbaciones y paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital”.⁸

Y ¿cómo surge la crisis?

La reproducción capitalista es imposible sin la realización del producto. Lo que se produce no son simples valores de uso que se destinen directamente a satisfacer necesidades; son mercancías con valor de cambio —incluida desde luego la fuerza de trabajo— que se compran y venden en el mercado y que en conjunto sólo pueden intercambiarse en tanto se mantengan ciertas proporciones entre la producción de bienes de producción y de consumo que hagan posibles la acumulación y la realización.

El logro de tales condiciones en un sistema en el que se produce anárquicamente con fines de lucro, cuya contradicción fundamental genera profundos desajustes entre la producción y el consumo y cuyo principal mecanismo de coordinación es el mercado, o sea la ley del valor, es todo menos sencillo.

El intercambio mercantil a base de compraventas en dinero crea la posibilidad de la crisis y de la sobreproducción general, a partir de la no correspondencia de la oferta y la demanda y el desdoblamiento de las compras y ventas.

Son tales contradicciones y antagonismos —inherentes a un régimen de explotación de trabajo asalariado—, los que determinan la crisis [...].

Crisis cíclicas, crisis general y capitalismo monopolista de Estado

[...]

Hasta 1917 el capitalismo era el único modo de producción dominante en el mundo. En los países más atrasados seguían presentes —como todavía lo están en muchos de ellos— supervivencias precapitalistas que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas, aunque, en una perspectiva histórica, se hallaba ya en plena descomposición frente a un capitalismo que se imponía con rapidez. Con la Revolución de Octubre en Rusia la situación sufrió profundos cambios, iniciándose una nueva etapa, de transición al socialismo, así como una crisis general que a partir de en-

⁸ *Ibid.*, tomo III, vol. I, p. 314.

tonces golpearía en forma cada vez más severa al capitalismo e influiría en la duración, alcance e intensidad de los ciclos económicos. Se denomina a esa crisis *general* porque no sólo afecta a uno o varios países aislados, sino a todo el sistema capitalista en todos sus órdenes de actividad: la economía, la política, la cultura [. . .].

Aparte de su carácter general y de los rasgos ya señalados, la crisis de que hablamos es un fenómeno crónico que se caracteriza por el derrumbe del sistema colonial y el avance de las luchas de liberación nacional, la creciente desproporcionalidad entre la producción y el consumo, el aumento de un desempleo que coincide a menudo con el desperdicio de buena parte de la capacidad de producción instalada, la cada vez mayor intervención directa del Estado en la esfera productiva, propia del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, el creciente poderío de los monopolios y de la oligarquía y la intensificación de desequilibrios de todo orden, que expresan y a la vez contribuyen a ahondar la contradicción fundamental del sistema.⁹

[. . .] la creciente internacionalización del capital y la expansión de los conglomerados trasnacionales facilitan la diseminación de la crisis, limitan la eficacia de las medidas anticíclicas de alcance meramente nacional, modifican los patrones de intercambio comercial y de división internacional del trabajo y alteran y vuelven más complejas las formas que adoptan la dependencia y el subdesarrollo [. . .].

Todo lo cual altera la renovación del capital fijo, aunque en un marco en que también se abrevian las fases de expansión, en que la prosperidad no desenlaza, con frecuencia, en un auge propiamente dicho, y en que la tendencia a la sobreproducción, aunque en general menos explosiva que por ejemplo en los años treinta, se observa a cada momento y aun se agudiza gravemente, como ocurre desde hace dos años.¹⁰ Y la acentuación de la crisis cíclica repercute, a su vez, en la profundización de la crisis general del sistema.

⁹ “[. . .] el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado. Los monopolios, poderosas entidades de la economía capitalista, se apoderan del dominio político también y reúnen en sus manos la plenitud del poder. El dominio de la oligarquía financiera se extiende de la base capitalista a la superestructura estatal y el omnímodo poderío económico del capital monopolista se funde en un todo con su dictadura política”. M. Dragulev, *La crisis general del capitalismo*, Moscú, Editorial Progreso, 1960, p. 57.

¹⁰ Véase al respecto el interesante ensayo de E. Varga, *Politico-economic Problems of Capitalism*, Moscú, Progress Publishers, 1968, sobre todo de la p. 228 a la 239. En español, *La economía política del capitalismo*, México, 1975.

Naturaleza y perspectivas de la presente crisis

A estas horas parece claro que la crisis por la que atravesamos no es un desajuste circunstancial o de coyuntura. En una crisis de sobreproducción —o sea la fase en que concluye y a la vez empieza a gestarse un nuevo ciclo— sin duda de mayor profundidad que las que la precedieron en los tres decenios de posguerra. Es una crisis que se produce después de un periodo de expansión que, pese a haber sido interrumpido por leves recesos en varias ocasiones, constituyó en realidad una <onda larga> de prosperidad, sin precedentes desde los años de la Primera Guerra Mundial. Y es además una crisis global que afecta al sistema capitalista en su conjunto y concretamente a las grandes naciones imperialistas y que, a diferencia de las ocurridas en las décadas de 1950 y 60, que tuvieron modalidades muy diversas y aun no afectaron a ciertos países, exhibe rasgos comunes que comprueban su mayor extensión y profundidad [...].

ALGUNOS RASGOS DE LA ACTUAL CRISIS CAPITALISTA¹¹*El verdadero alcance de la crisis*

[...]

Es tan complejo el fenómeno y tan diferente, en algunos aspectos, de otras crisis, que incluso en círculos marxistas se advierten discrepancias y aun opiniones encontradas. Algunos hacen hincapié en que se trata de una crisis cíclica. Otros, en cambio, postulan que es estructural. Mientras unos destacan la tendencia del sistema al estancamiento o ven la situación actual como el inicio de una larga fase depresiva llamada a suceder a una también prolongada prosperidad, otros subrayan el carácter de crisis general del capitalismo, del imperialismo y/o del capitalismo monopolista de Estado.

Lo primero que parece inadecuado postular, como si se tratara de los extremos de una alternativa, es que la crisis sea cíclica y no estructural, o viceversa. Bajo el capitalismo, el proceso de producción y de re-

¹¹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 9, mayo-junio de 1976, pp. 2-19 y recogido en *La crisis del capitalismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1979.

producción se desenvuelve cíclicamente, en tres fases sucesivas que constituyen el ciclo de rotación del capital y, en un sentido más amplio, la metamorfosis que sufren todas las mercancías en tal régimen de producción. Si algo es, entonces, estructural, es el ciclo mismo, así como la unidad y al mismo tiempo las interrupciones y rupturas que suelen surgir tanto en cada una de sus fases como en el tránsito de una a otra. El que la crisis sea cíclica no significa, pues, que no sea estructural, del mismo modo que el que tenga este carácter no implica, necesariamente, la negación de aquél. Asimismo nos parece erróneo atribuir a la actual crisis un carácter tan específico o singular que por un lado impida advertir lo que tiene de común con otras, así como las leyes que rigen a todas, y por el otro niegue la existencia de una crisis general, o cuando más, admita la posibilidad de que ésta surja en el futuro [...].

En nuestra opinión, estamos sin duda ante una crisis cíclica, ante una fase del ciclo económico en la que culmina y a la vez se rompe y llega a su fin un periodo previo de crecimiento. La crisis es internacional en tanto afecta al capitalismo como un todo, y también nacional, en cuanto sus manifestaciones no expresan pasiva ni mecánicamente lo que ocurre en la metrópoli o en el mercado mundial, sino la forma específica en que el capitalismo y sus principales contradicciones se desarrollan en cada país [...].

De la depresión de entonces a la crisis de ahora

Los años treinta, como se sabe, conocieron la más severa y larga depresión sufrida por el capitalismo. Alemania, y en menor medida Italia y Japón, se libraron de ella mediante regímenes abiertamente dictatoriales que pusieron en marcha vastos programas bélicos, así como un control propiamente militar del proceso económico y en particular de los salarios. Pero fue la Segunda Guerra Mundial, entre 1939 y 1945, lo que permitió al sistema dejar atrás la depresión e iniciar un nuevo ciclo. En varios momentos las contradicciones de la reproducción capitalista se exhibieron de bulto y el fantasma de la crisis reapareció: así fue, por ejemplo, ya en 1946, o sea unos meses después de que el conflicto terminara, y sobre todo en 1948-49, 1953-54, 1960-61 y 1969-70. Una y otra vez, sin embargo, se encontraron antídotos eficaces que, con breves interrupciones, permitieron recobrar altos niveles de producción, ingreso y empleo. Concluida la guerra, el peligro de la paz fue conjurado con la

política de guerra fría. Y así como el enfrentamiento al fascismo permitió destruir una enorme riqueza y fortalecer grandemente al imperialismo norteamericano, la cruzada anticomunista —en verdad una sorda lucha contra todo intento revolucionario y aun meramente democrático de cambio social—, hizo posible destruir recursos físicos en conflictos parciales, como la Revolución china y la guerra de Corea, así como estimular artificialmente la demanda a través de enormes gastos, como los que el Plan Marshall canalizó hacia Europa Occidental y los que reclamó la ocupación de Alemania y Japón, la erección de una tupida red de bases militares yanquis y el sometimiento político de un gran número de países a la ofensiva anticomunista.

La terminación de la guerra de Corea pareció de momento anunciar el fin de la prosperidad capitalista. Mas al impulso de la reconstrucción europea y la expansión de la planta productiva en los Estados Unidos se añadieron costosos programas de construcción residencial y de modernización urbana, que a menudo requirieron una nueva infraestructura de servicios y una gran liberalización de la política crediticia. El crecimiento económico en Europa, Japón y Canadá, y en menor escala la industrialización de los principales países del <Tercer Mundo> —entre otros Brasil, Argentina, México, India, Irán y Egipto— contribuyeron a aplazar la crisis e internacionalizar la producción y el capital a un ritmo sin precedente.¹² La sola guerra de Vietnam reclamó al imperialismo tal volumen de hombres y recursos materiales que durante varios años pareció suficiente para mantener a flote una cada vez más irracional sociedad de consumo y desperdicio.

Para responder a los crecientes desequilibrios del sistema fue menester, empero, echar mano de todos los recursos. A partir de la Segunda Guerra mundial el capitalismo combina y actualiza las fórmulas keynesianas usadas principalmente por los países anglosajones, con las propiamente hitlerianas empleadas por aquellos que cayeron bajo el fascismo. El saldo es un crecimiento desigual, en unos casos —Alemania, Japón y durante algunos años Italia y Francia— bastante rápido, y en otros —los Estados Unidos y sobre todo Inglaterra— lento e inestable, acompañado en años recientes de una inflación crónica, que si bien ayuda a mitigar

¹² Tan sólo entre 1954 y 1974 el valor en libros de las inversiones directas de los Estados Unidos en el resto del mundo pasó de 17 626 a 118 613 millones de dólares, aumentando más que en ninguna etapa anterior, sobre todo las hechas en Europa y Canadá (los datos proceden del *Survey of Current Business*, Departamento de Estado de los Estados Unidos, Washington).

ciertas contradicciones, a la postre agudiza y aun hace surgir nuevos desequilibrios que, pese a los altos niveles de demanda y de explotación del trabajo, tienen en jaque a la tasa de ganancias y por tanto a la economía del imperialismo en sus bases mismas [. . .].

El largo periodo de expansión que sigue a al Segunda Guerra Mundial, si bien nunca permite absorber todos los recursos disponibles ni se expresa realmente en el pleno empleo de la fuerza de trabajo, genera una creciente tensión sobre el sistema que a menudo, sobre todo entre 1966 y 1970, refuerza la tendencia descendente de la tasa de ganancia [. . .].

A partir de 1974 aumenta rápidamente el desempleo, hasta afectar en los países capitalistas más industrializados a más de 15 millones de trabajadores, y se generaliza un receso que hace descender la producción global e industrial como nunca antes desde los años treinta, especialmente en Inglaterra, Italia, Francia, los Estados Unidos y Japón. Si bien ciertos indicadores macroeconómicos podrían hacer pensar en desequilibrios de poca monta, los hechos comprueban que estamos ante profundos desajustes, que la tendencia a la declinación de la tasa de ganancia ha dado paso a una caída real —aun cuando, desde luego, no uniforme—, a cuyos efectos no ha logrado escapar el capital monopolista, y que si ello no desenlaza en una severa depresión no es porque la situación del capitalismo sea ahora menos difícil que hace cuarenta años —en realidad lo es mucho más—, sino porque la agudización de sus contradicciones y de la lucha de clases dentro de cada país y frente al socialismo y las fuerzas ant imperialistas determina que los mecanismos espontáneos de ajuste no operen ya a la manera tradicional, en parte porque el capitalismo monopolista de Estado ha impuesto al ciclo económico cambios sustanciales¹³ y en parte porque, políticamente, sería muy riesgoso a estas horas emplear correctivos tan severos e imponer a las masas un precio tan alto en términos de violencia y explotación.

Acumulación excesiva, inflación y crisis

La sobreproducción capitalista es siempre relativa. La plétora de ciertas mercancías no indica que exceden a las necesidades reales, sino simplemente que no pueden venderse al precio y con el beneficio que espera el

¹³ Véase del autor de este artículo, “La crisis económica y el capitalismo monopolista de Estado”, en *Estrategia*, México, núm. 3, mayo-junio de 1975, pp. 40-61.

capitalista. Lo mismo acontece con el capital, es decir: sólo se invierte en tanto reporte a su dueño una ganancia satisfactoria. Y como es bien sabido, tratándose de ganancias los capitalistas no son fáciles de satisfacer. En esto radica el problema y ello es lo que no solamente lleva al capitalismo a la crisis, sino a sufrir desequilibrios cada vez más profundos, pues mientras por un lado el móvil de lucro supone y reclama explotar más y más a los trabajadores, por el otro la creciente explotación mina las bases del sistema, condiciona desfavorablemente el desarrollo del mercado, profundiza el antagonismo entre la socialización de las fuerzas productivas y la concentración monopolista de la riqueza, y por tanto entre la producción y el consumo, y en última instancia impide que el ciclo del capital y el proceso todo de desarrollo se desenvuelvan sin graves rupturas y en condiciones medianamente estables.

[. . .]

Apenas se entrevé la posibilidad de una caída en la tasa de ganancia se procede a aumentar la tasa de explotación, pero el remedio contribuye a menudo a agravar la enfermedad debido a que, en el fondo, la explotación cada vez mayor de los trabajadores está ligada al aumento como a la disminución de la tasa de ganancia. Para comprender mejor la dialéctica de tal relación conviene tener presentes estas palabras de Marx:

La tendencia a la baja de la cuota de ganancia lleva aparejada la tendencia al alza de la cuota de plusvalía, es decir, al grado de explotación del trabajo. [...] La cuota de ganancia no disminuye porque el trabajo se haga improductivo, sino porque se hace más productivo. Ambas cosas, el alza de la cuota de plusvalía y la baja de la cuota de ganancia, son simplemente formas especiales en que se manifiesta bajo el capitalismo la creciente productividad del trabajo.¹⁴

Lo que quiere decir que aun admitiendo que, como observan Baran y Sweezy, en la fase actual de imperialismo el excedente o plusvalía tiende a crecer —tendencia, por cierto, que como puede apreciarse en la transcripción anterior es ya advertida y mencionada expresamente por Marx en las postrimerías de la etapa premonopolista—, ello no significa a nuestro juicio que, como lo piensan aquellos autores, por tal razón, aun reconociendo la capacidad de los monopolios para influir sobre los precios, deje de estar presente la tendencia de la tasa de ganancia a caer.

¹⁴ C. Marx, *El capital*, op. cit., tomo III, vol. I, p. 296.

Más bien parecería que ambas interactúan estrechamente y que, pese al aumento de la tasa de plusvalía, la agudización de la contradicción fundamental del sistema y el angostamiento de sus posibilidades de acción, concretamente frente al socialismo, mantienen y aun refuerzan la tendencia al deterioro de la tasa de beneficio.

Y lo que es más claro es que si bien el capitalismo monopolista de Estado encuentra nuevos medios para facilitar la valorización del capital, sin los cuales la tasa de ganancia sería menor, en tanto provocan una creciente y crónica inflación a través de una política fundamentalmente interesada en extraer y redistribuir plusvalía, y aun en trasladar parte del valor de la propia fuerza de trabajo de las masas a la burguesía y la oligarquía, la estabilidad y la prosperidad del sistema se van convirtiendo en un castillo de naipes, o como alguien ha dicho con gracia, en un <castillo de tarjetas de crédito>.

La crisis no cede ya ante las recetas keynesianas. Si bien el Estado gasta cada día más, en parte porque el capital monopolista sólo puede sobrevivir en el invernadero a que equivale la generosa política con que el aparato estatal intenta contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, la revolución palaciega promovida por el famoso economista inglés cumplió su misión al contribuir a suavizar los desajustes y contradicciones del capitalismo de otros tiempos, de lo que el propio Keynes solía llamar capitalismo individualista o liberal. Pero los problemas de hoy son de mayor envergadura [. . .].

Cierto que la inflación ha contribuido a que el desarrollo capitalista se sostenga, así sea artificialmente y al precio de desequilibrios cada vez más graves. Sin el estímulo que los enormes presupuestos militares, otros gastos en gran parte improductivos, los subsidios, el crédito y los altos precios han significado para los monopolios, el ciclo del capital habría sufrido serias rupturas y los problemas de realización serían acaso insolubles. En cada una de las fases de ese ciclo el apoyo del Estado y en general del aparato institucional a los grandes consorcios monopolistas ha estado presente. En la fase del *capital-dinero*, por ejemplo, de haberse dependido del monto real de la producción y de los mecanismos tradicionales de realización habría sido imposible contar con el enorme volumen de medios de pago y el alto grado de liquidez de que se ha dispuesto gracias a los gobiernos y al aumento sin precedentes del crédito bancario. Y si bien sólo una parte de la circulación monetaria es capital-dinero y el volumen de éste no determina, naturalmente, la escala de la

producción, la posibilidad de disponer de mayores fondos tiene, sin duda, importancia.¹⁵

Algo similar podría decirse respecto a la fase del *capital productivo*. ¿Habría sido posible lograr y sobre todo mantener las tasas de acumulación de los últimos decenios sin la activa y permanente presencia del Estado, tanto en su papel de promotor, coordinador y benefactor de los monopolios, como en su nuevo y cada vez más importante papel del empresario que invierte y gasta enormes sumas de dinero y explota directamente grandes masas de trabajadores? ¿Quién, de no ser él, habría podido financiar una guerra tan larga y costosa como la de Vietnam? ¿Quién más hubiera podido soportar tan cuantiosas pérdidas a fin de facilitar la valorización del capital monopolista y asegurar así cierta estabilidad al sistema? Sin el apoyo de tal política a la internacionalización del capital y al desarrollo de las ramas más dinámicas de la economía, el crecimiento logrado habría sido imposible y la crisis, con su dramática secuela de instalaciones productivas y hombres parados, habría estallado mucho antes y con mayor severidad.¹⁶

¿Y qué decir, sobre todo, de la tercera y última fase, o sea de aquella en que el valor ya incrementado en el proceso productivo debe, de nuevo, convertirse en dinero? Sin los múltiples mecanismos empleados por el capitalismo monopolista de Estado para inflar artificialmente la demanda, para facilitar las ventas, para suplir el dinero generado por la producción con billetes recién salidos de la imprenta y para financiar liberalmente a los grandes consorcios, sobre todo en los momentos difíciles, la actividad comercial se habría desplomado, la producción interrumpido y el mercado estaría —mucho más de lo que ya está— abarrotado de mercancías.¹⁷

¹⁵ "El crédito, en la medida en que fomenta y acelera la concentración del capital, contribuye también a acortar el periodo de trabajo y, por tanto, el tiempo de rotación, [y] acortando el periodo de rotación, cabe poner en movimiento el mismo capital productivo con menos capital-dinero o poner en acción con el mismo capital-dinero un capital productivo mayor." *Idem.*, tomo II, pp. 252 y 385.

¹⁶ "El ciclo del capital sólo se desarrolla normalmente mientras sus distintas fases se suceden sin interrupción [...]. El capital, como valor que se valoriza, no encierra solamente relaciones de clase, un determinado carácter social, basado en la existencia del trabajo como trabajo asalariado. Es un movimiento, un proceso cíclico a través de diferentes fases, que a su vez se halla formado por tres diferentes etapas. Sólo se le puede concebir, pues, como movimiento, y no es estado yacente." *Idem.*, tomo III, pp. 59 y 113.

¹⁷ "El que produce no tiene opción entre vender y no vender. Tiene que vender necesariamente. En las crisis se revela precisamente su imposibilidad de vender lo producido [...] como no sea por debajo del precio de producción o con una pérdida [...] la finalidad inmediata que

La producción, la acumulación de capital y la realización de la plusvalía se han internacionalizado como nunca antes, lo que sin duda revela hasta dónde el trabajo se ha diversificado y socializado. Pero éste es sólo un extremo de la contradicción fundamental: el otro consiste en que por encima de actividades económicas, fronteras geográficas y aun demarcaciones políticas, el capital se concentra y centraliza, también como nunca antes, en poder de una minúscula pero multibillonaria oligarquía financiera. Y en la medida en que la solución a la crisis es fortalecer más y más a los monopolios, en vez de que sea la reducción de los precios es su elevación sistemática, o sea la inflación generalizada, con lo que se intenta contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Con ello, si bien aparentemente se suaviza el ciclo y se mantiene la prosperidad, en el fondo se acentúa la sobreacumulación de capital.

La inflación no es ya algo pasajero o siquiera meramente cíclico. Es un signo de lucha de clases y un arma económica y política al servicio de la oligarquía; una constante del capitalismo monopolista de Estado, etapa del imperialismo en que el funcionamiento de la ley del valor se altera profundamente debido a que para mantener, aun precaria e inestablemente cierta tasa de ganancia, el capital monopolista requiere de un régimen de altos precios, de mecanismos que, como la inflación, transfieren plusvalía en su beneficio y de salarios que, bajo el estímulo de un desempleo masivo y una movilidad internacional de la mano de obra, permitan altas tasas de explotación y aun de superexplotación de la fuerza de trabajo.

A estas horas es claro que ni el *welfare state* keynesiano ni el *warfare state* hitler-nixoniano pueden corregir los profundos desequilibrios que aquejan al sistema. La perspectiva de más y más gastos fundamentalmente militares y por tanto destructivos no es capaz de abrir nuevos y mejores horizontes [...].

¿Depresión, fascismo o socialismo?

En condiciones políticamente menos difíciles el capitalismo habría “resuelto” sus problemas como en otros tiempos. Cuando la acumulación

persigue un capitalista al vender es la de volver a convertir en capital-dinero su mercancía, o mejor dicho, su capital-mercancía, realizando de este modo sus ganancias [...].” C. Marx, *Historia crítica* [...], p. 494. “[...] Mientras el capital ya valorizado persiste en el proceso de producción como mercancía se paraliza [...].” C. Marx, *El capital*, tomo II, p. 49.

de capital hace subir los salarios más allá de cierto nivel, nada hay mejor para el sistema, como condición para iniciar un nuevo ciclo, que una severa depresión que empobrezca masiva y rápidamente a quienes trabajan y deje sin empleo a millones de hombres y mujeres. Aun siendo un pequeño alivio, la contracción de los últimos dos años no basta para superar los más graves desequilibrios. Los correctivos para restablecer la tasa de ganancia y reavivar el proceso de acumulación deben ser mucho más severos. No es suficiente que la producción disminuya 5 o 6%, que los salarios reales se congelen y aun reduzcan —en los EUAy otros países en alrededor del 9%— y que el desempleo afecte —como ya ha ocurrido— al 8%, el 10% o incluso el 15% de la fuerza laboral. Si la gran depresión de los años treinta, con su enorme destrucción de capital a lo largo de una década, fue incapaz de dar al capitalismo de entonces nuevos bríos, menos podría hacerlo el actual receso, a pesar de que ha dejado de 15 a 20 millones de desocupados en las principales naciones industriales, y otros tantos o aun muchos más en el resto del sistema.

INFLACIÓN Y CRISIS¹⁸

Alcance y significado de la inflación

[. . .]

La inflación no es un asunto meramente académico. Consistiendo esencialmente en un proceso que determina el alza persistente y generalizada de los precios, importa a todos, y en particular a los trabajadores, a quienes despoja de una sustancial proporción de la ya mermada parte que la explotación capitalista les deja del fruto de su esfuerzo. Aunque los precios son un signo monetario, a ellos subyacen valores y relaciones sociales que rebasan con mucho la órbita monetaria y aun el ámbito de la circulación, el cambio y el mercado. La inflación no es siquiera un fenómeno solamente económico: es un problema político y una expresión de la lucha de clases [. . .].

Tres son, en la teoría económica burguesa, las posiciones principales sobre la inflación: la monetarista, la que atribuye la inflación a un exceso

¹⁸ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 19, enero-febrero de 1978, pp. 3-28.

de demanda global y la que la explica en razón de aumentos de costos. Una cuarta tiende a combinar empíricamente las explicaciones anteriores y una más, que se considera de origen latinoamericano, pone énfasis en ciertos factores “estructurales”.

Los monetaristas: ¿demasiado dinero?

[. . .]

La explicación monetarista de la inflación es, sin duda, la más vieja. Su origen es en cierto modo mercantilista, aunque hoy la manejan tanto sofisticados economistas neoclásicos como modestos comerciantes que, sin saberlo, a menudo hacen suyos y repiten dogmáticamente y con una fe digna de mejor causa los lugares comunes de la sabiduría convencional. Partiendo de la famosa teoría cuantitativa de la moneda, la corriente de que hablamos postula que la causa principal de la inflación es el aumento de la oferta monetaria. Si hay más dinero en circulación que bienes y servicios disponibles, se dice, los precios tienen que subir. Si ocurre lo contrario, bajarán.

La relación entre dinero y precios que postula la teoría cuantitativa es lógica. Lo discutible es la causa que los monetaristas establecen y que convierte los cambios de la oferta de dinero en la variable independiente del sistema y la inflación en un fenómeno puramente monetario que resulta de ciertos desajustes técnicos, más que de problemas y contradicciones reales. ¿Por qué crece la oferta monetaria?, ¿por qué lo hace en ciertos momentos con mayor rapidez que en otros?, ¿en qué medida su aumento es un síntoma y aun un mero efecto de la inflación? Los monetaristas no dan respuesta satisfactoria a tales cuestiones; en verdad ni siquiera se las plantean o sólo las explican con apreciaciones subjetivas del tipo de la de Friedman, cuando arguye que si alguien recibe más dinero del que desea, lo gastará de un modo u otro, y si la producción no aumenta a corto plazo, subirán los precios.

La explicación que examinamos es simplista y mecánica. Se queda en un nivel de abstracción que impide captar de la realidad incluso sus rasgos fundamentales. Hace del dinero el eje del proceso económico. Sugiere remedios técnicos contundentes pero inviables en la práctica y descansa en la ilusión liberal y anacrónica de que el mecanismo de los precios y el libre funcionamiento del mercado bastan para asegurar un desarrollo equilibrado.

Pero acaso lo que mejor denuncia el verdadero alcance y la significación política de las posiciones monetaristas son las soluciones que ofrecen. Para combatir la inflación con éxito, insisten, es preciso restringir el crecimiento de la oferta monetaria. ¿Qué es lo que esto implica en la práctica? Esencialmente contener y aun reducir el gasto estatal y el consumo de las grandes masas, pues el de los capitalistas es consustancial al régimen de libre empresa y no debiera estorbarse. El Estado debe ser más bien pasivo y reflejar los cambios que ocurren en la economía, en vez de tratar de imponer a ésta un curso determinado. El gobierno y el banco central no deben alterar artificialmente la circulación monetaria ni interferir con el mecanismo de la competencia, necesario para restablecer la estabilidad [...].

Es tan clara la preferencia de ciertos economistas por que sea el mercado el que espontáneamente corrija la inflación, que los profesores ingleses Paish y Phillips llevaron hace años las cosas al extremo de postular que si se mantenía cierta tasa constante de desempleo podría lograrse un crecimiento económico rápido y estable. Según el primero de ellos, el desempleo debía alcanzar el 2.25% de la fuerza de trabajo; según Phillips y la famosa curva que lleva su nombre, en cambio, para estabilizar no sólo los precios, sino los salarios nominales, sería necesaria una desocupación permanente de 2.5 a 5.5%.¹⁹ La realidad, al coincidir un creciente desempleo con una severa inflación, se encargó de comprobar la inconsistencia de tales <teorías> y mostró hasta dónde suelen llegar los economistas vulgares en su afán de servir a la clase en el poder y cuánto más difícil es la ciencia que la magia.

La corriente keynesiana: demanda, costos, salarios

Considerando insatisfactorias tales explicaciones, otros autores ven las cosas en una perspectiva diferente. Según ellos, la causa principal de la inflación reside en un exceso de demanda. Podría aducirse que esto no lo niegan los monetaristas y efectivamente así es. Pero en esta versión, que al igual que la que atribuye la inflación a un aumento de costos es fundamental aunque no exclusivamente keynesiana, los aspectos monetarios se relegan a un segundo plano.

¹⁹ A. Gamble y P. Walton, *Capitalism in Crisis*, Londres, Macmillan, 1976, pp. 50-53.

Para quienes creen que la causa de la inflación es un exceso de demanda global sobre la oferta, lo que importa no es saber si el volumen de medios de pago crece más o menos de prisa, sino por qué lo hace o, en otras palabras, qué hay detrás del “velo monetario”. La simple relación dinero-precios no puede explicar la inflación. Es preciso reparar en cómo se distribuye el ingreso entre inversión y consumo y cómo interactúan una y otro con la ocupación, los salarios, las utilidades y los precios, pues éstos dependen de la interinfluencia de variables que no son fáciles de ponderar. Ahora bien, cuando el Estado, las empresas y los asalariados aumentan sus ingresos y sus gastos por encima de la disponibilidad de bienes y servicios, se provoca un desequilibrio que, a corto plazo, sólo puede corregirse mediante el aumento de los precios [. .].

Entre los propios keynesianos y en otras corrientes burguesas, al comprobarse que los precios subían incluso cuando la demanda era floja, empezó a ponerse énfasis en el aumento de costos como el factor determinante de la inflación. Pese a que la teoría de la demanda se acerca más a la realidad que la monetarista, se queda en la esfera de la circulación y del cambio. No comprende el significado real del mercado y, sobre todo, las contradicciones del proceso de acumulación. Ve en los precios la mera expresión de ciertas relaciones de oferta y demanda, lo que se explica porque carece de una teoría del valor. Maneja agregados globales por grupos o entidades formales cuyos intereses se suponen fácilmente conciliables y que ignoran los antagonismos más profundos y las leyes que condicionan su desarrollo. En fin, supone tácitamente un régimen de competencia perfecta o cuando más ciertas imperfecciones, que sin embargo no permiten comprender la significación histórica del capital monopolista como fruto dialéctico del desarrollo de la libre competencia, ni concretamente su influencia sobre la inflación [. .].

Como se ve, la relación entre las dos posiciones mencionadas es bastante estrecha. Difieren más bien en cuanto a si la causa primaria de la inflación es el exceso de demanda o un aumento autónomo de costos. Y lo que no es casual es que al reparar en la influencia de la elevación de éstos se tienda a olvidar otros componentes y a caer de hecho en la tesis de que el factor clave en la determinación de la inflación es el aumento de salarios, lo que convierte la teoría de la inflación de costos (*cost-push*) en una de inflación de salarios (*wage-push*).

“Yo creo —explica por ejemplo G. Haberler— [. .] que la causa profunda de la inflación rampante de nuestra época es que los salarios son

presionados al alza, más allá del aumento progresivo de la productividad media.” En la misma dirección, S. Slichter sostiene que la inflación expresa “el poder excesivo de los trabajadores”, y ambos convienen en que si tal poder no se debilita la inflación será inevitable.²⁰

[. . .]

La teoría de la “inflación de costos” adolece de diversas fallas: exagera la significación de los salarios y de sus aumentos, sugiere demagógicamente que todo el incremento de productividad beneficia a los trabajadores y no a los patrones, minimiza y aun ignora el papel del Estado y de los monopolios en la inflación, ignora la influencia de las ganancias en los precios, no ubica correctamente el fenómeno monetario ni la significación de la demanda y divorcia a la inflación de la crisis capitalista y de las contradicciones inherentes al proceso de acumulación. La mejor demostración de que es inaceptable consiste en que, con frecuencia, los precios suben pese a que los salarios no aumentan y aun disminuyen en términos reales.

Otras explicaciones

No podríamos ocuparnos aquí de otras explicaciones burguesas de la inflación. Nos limitaremos a recordar que una de ellas se caracteriza por su eclecticismo y su empirismo, pues toma parcialmente algunos elementos de las anteriores y más que buscar las causas primarias de la inflación, repara en relaciones más o menos obvias, a menudo en planos meramente descriptivos, así como en la influencia que ejercen ciertos fenómenos de escasez, el alza de los combustibles o de las materias primas, el encarecimiento de las importaciones, la elevación de los impuestos, las devaluaciones, el militarismo, etcétera, llegando inclusive, en sus versiones más elementales y dignas de Perogrullo, a sugerir que los precios de ciertos artículos aumentan porque los de otros lo hacen también, lo que en buen romance equivale a decir que la causa de la inflación es la inflación.

La concepción “estructuralista” de la CEPAL, por último, recoge ciertos elementos de algunas variantes keynesianas y en general reformistas, aunque comprende mejor los fenómenos monetarios y de distribución

²⁰ Citados por Jean-Luc Dallemagne, Jacques Valier *et al.*, en *L'inflation*, París, François Maspero, 1975, p. 86.

del ingreso al ubicarlos entre los “mecanismos de propagación” y centra su atención en los factores que determinan no el exceso de demanda, sino la inflexibilidad de la oferta, lo que se explica en parte en razón de la mayor rigidez de las economías subdesarrolladas. El alegato de la CEPAL, sobre todo si se tiene presente que se produce hace poco más de dos décadas, es significativo y digno de estudio. Pero si bien implica el rechazo y a la vez el replanteo de algunas tesis keynesianas, de hecho desplaza la explicación de la inflación de una forma a otra de institucionalismo. Es decir, aunque alude a ciertas fallas del aparato productivo que considera “estructurales”, y que no dejan de ser obstáculos efectivos al aumento de la producción y en general al desarrollo, cuando se advierte de qué problemas se trata se comprueba que también quedan en parte al margen de las contradicciones fundamentales del capitalismo latinoamericano en la etapa actual de desarrollo del imperialismo.²¹ [. . .]

Hacia una explicación marxista

“[. . .] A nuestro juicio —decía Lenin— la falta de una teoría priva a una tendencia revolucionaria del derecho a existir y la condena inevitablemente, tarde o temprano, a una catástrofe política [. . .].” En cambio, para ciertos “revolucionarios” —añadía— “[. . .] la ausencia de toda teoría es una cosa excelente, muy adecuada ‘para la unificación’ ”.²²

El escaso interés por la teoría se explica en parte porque ésta no es un camino fácil. El marxismo no es un catálogo de respuestas infalibles ni menos de fórmulas mágicas. La teoría, como se sabe, es sólo una guía, una base a partir de la cual es menos difícil entender la realidad en la que se actúa. Su papel, en consecuencia, no es sustituir a la práctica sino solamente alumbrarla. Ésta es siempre la fuente más rica del conocimiento y por tanto sólo a través de ella, y en la perspectiva revolucionaria, a través de una lucha militante y consecuente, es posible avanzar. Pero si se carece de una teoría revolucionaria se cae, quiérase o no, en

²¹ Sobre la posición de la CEPAL, véase Osvaldo Sunkel, “Un esquema general para el análisis de la inflación”, en *Economía*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1959, núm. 62, así como Héctor Malavé Mata, *Dialéctica de la inflación*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1972, y José Consuegra, *Un nuevo enfoque de la inflación*, Medellín, Universidad Simón Bolívar, 1976.

²² V. I. Lenin, “Aventurerismo revolucionario”, en *Obras completas*, Editorial Cartago, tomo VI, p. 220.

el pragmatismo, en una rutina que impide descubrir las leyes que rigen el proceso histórico y que concretamente vuelve imposible la revolución [...].

Acaso no sea exagerado decir que si siempre ha sido difícil el examen teórico de la realidad, hoy lo es más que nunca, porque el capitalismo se desenvuelve a través de múltiples, muy complejas y más profundas contradicciones, que aun contando con el valioso herramental analítico que aporta la teoría del socialismo científico no es fácil comprender y menos todavía, resolver. Tan es así que no sólo se advierten diferencias de opinión entre autores marxistas de diversos países, sino incluso entre quienes, en un país determinado, militan en el mismo partido.

Los monetaristas de izquierda: creciente rivalidad interimperialista

Esta corriente tiende a subrayar la influencia que los fenómenos monetarios ejercen sobre la inflación. Desde luego no se trata de una copia de las posiciones burguesas, pues en general considera que tales fenómenos son políticos y no meramente técnicos, y los subordina a otros que constituyen las causas primarias. En un reciente debate entre marxistas ingleses, varios economistas sostuvieron que la inflación de los últimos años es fruto de la crisis monetaria internacional, y ambas de una creciente rivalidad interimperialista [...].

En ciertas versiones que en parte coinciden con las monetaristas se pone énfasis en la influencia del gasto estatal y en particular de los gastos militares desde la Segunda Guerra Mundial, así como en el hecho de que su financiamiento descansa parcialmente en la emisión de papel moneda y en general en la creación de medios de pago [...].

El militarismo ha sido un rasgo propio del capitalismo en toda la fase imperialista. En los años treinta cobra inusitado impulso con el fascismo y anuncia el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y desde entonces está presente incluso en tiempos de paz, como medio para estimular la demanda y evitar o al menos mitigar la sobreproducción capitalista, y como arma a la vez, contra el movimiento de liberación nacional y las luchas por el socialismo. En años recientes, empero, junto al decremento de la importancia relativa del gasto militar se produce una rápida elevación de los precios, lo que comprueba que debe haber otros elementos en juego que es necesario descubrir.

La teoría del conflicto social

Otra corriente significativa, entre aquellas que a partir del marxismo intentan explicar la inflación, es la llamada teoría del conflicto. Según ella, de la que Bill Warren y Pat Devine se consideran dos de sus exponentes en Inglaterra, pero que tiene también sus voceros en Francia, los Estados Unidos y otros países, hasta antes de la Segunda Guerra Mundial la reproducción del capital se desenvolvía en general, conforme, o al menos más cerca del modelo de Marx, en que un aumento de salarios no afecta los precios sino las utilidades y en que, cuando la creciente composición del capital se expresa en un descenso de la tasa de ganancia, la crisis cíclica interrumpe el proceso de acumulación, hace crecer el desempleo, abate los salarios y restablece las utilidades [...].

Para los teóricos del conflicto, la inflación no obedece al tan socorrido aumento de la demanda global, en el sentido keynesiano, a la elevación de costos y menos a la expansión de la oferta monetaria, que en rigor es un síntoma más que una causa del aumento de los precios. Lo importante es el peso de las presiones sociopolíticas y la imposibilidad de controlarlas. “Atribuir la inflación a abstracciones sociales como la oferta de dinero o el exceso de demanda —escribe Devine— oscurece los conflictos sociales que subyacen a la inflación crónica del capitalismo moderno.”²³ Más si bien considera que la competencia por los recursos disponibles no sólo es un factor económico que afecta la balanza de pagos y la competitividad internacional de cada país, sino un grave problema que expresa contradicciones que rebasan y aun vuelven inaconsejable responsabilizar de la inflación a los trabajadores, los empresarios o el Estado, al menos en la actual correlación de fuerzas señala a los primeros como el factor que, al aumentar los salarios, incita a los capitalistas a subir los precios.²⁴

[...]

Como dicen Sweezy y Magdoff: “Todo el sistema está armado a favor de los que tienen y en contra de los desposeídos. El único pro-

²³ Pat Devine, “Inflation and Marxist Theory”, en *Marxism Today*, Londres, marzo de 1974, p. 87.

²⁴ Con una posición similar, Alian Cota afirma que, “después de 1968, en Francia el deseo de los trabajadores de ver crecer sus salarios reales al mismo ritmo que el producto nacional bruto, se tradujo en una presión que se manifestó en la aceleración de la inflación”. Véase Paul Boccara, “Inflation, chômage, ressources naturelles, automation”, en *La crise*, París. Editions Sociales, 1975, pp. 51-52.

blema es que cuando más funciona de este modo, tanto peor trabaja.” Para seguir adelante requiere de estímulos que eleven artificialmente la demanda y alienten la inversión. “Como una llanta ponchada, la economía deber ser inflada permanentemente, si no, se desinfla y se detiene por completo.” Mientras tanto “[...] todas las fuerzas monopolistas [...] trabajan [...] para elevar su participación en el producto”. Pero esto “[...] exagera los desequilibrios” del sistema. O en otras palabras “[...] tanto la llanta como el agujero de ésta crecen con el paso del tiempo [...] lo que reclama un más intenso bombeo”. “Éste —comentan los autores citados— [...] es el embrión de una adecuada teoría de la inflación bajo las condiciones del capitalismo monopolista [...]”²⁵

Y en dirección análoga, Jacob Morris denuncia, por su parte, la política keynesiana de sustituir parcialmente el desempleo por el aumento de precios como responsable de la inestabilidad y de la <esencia> de la inflación. “La principal meta de la estrategia inflacionaria keynesiana —dice— [...] es prevenir la depresión de los negocios [...] mientras se mantiene a la clase obrera en condiciones de explotarla. Pero esto estorba e inhibe el propio proceso autocurativo de capitalismo [...]”²⁶ En cierto modo la inflación actual podría, en efecto, atribuirse a la política keynesiana, pero, en un sentido más profundo, una y otra expresan las contradicciones cada vez más graves del capitalismo monopolista de Estado.

Capital monopolista de Estado e inflación

La tendencia a ver la inflación como un fenómeno fundamentalmente ligado a la distribución del ingreso, en que sobre todo el alza acumulativa de los precios, o sea la inflación corriente, resulta de la interacción ejercida por los aumentos de salarios y utilidades y en general por la presión sobre los recursos, acusa una influencia keynesiana que impide encontrar las causas primarias del fenómeno. La inflación no expresa ni deriva solamente de contradicciones en la esfera de la circulación o de la demanda, sino de la producción misma [...].

²⁵ Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, “El keynesianismo tuvo repercusiones desagradables”, en *El fin de la prosperidad*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977. pp. 133 y 134.

²⁶ *Ibid.*, p. 122.

En el capitalismo monopolista la relación precios-valores se altera sensiblemente y la igualación de la tasa de ganancia tropieza con crecientes dificultades. El debilitamiento de la competencia de precios hace que éstos sean generalmente superiores al valor e incluso a los precios de producción. La crisis cíclica, sin embargo, se encarga periódicamente de corregir o al menos de acortar la distancia entre unos y otros.

Los rápidos y aun espectaculares avances técnicos de los últimos decenios, al elevar grandemente la productividad y hacer bajar los costos fijos debieron haberse traducido en una baja o al menos en una notable estabilidad de precios. Lo que ocurrió, sin embargo, fue lo contrario: los precios subieron permanentemente. ¿Significa esto que deja de operar la ley del valor? No; las leyes fundamentales que rigen el proceso capitalista siguen en acción, aunque modificadas por nuevas condiciones y nuevas y más graves contradicciones.²⁷

Al llegar a un alto grado de concentración y centralización, el capital monopolista, ahora convertido en capital monopolista de Estado, perturba profundamente el funcionamiento del mecanismo de los precios, presionando a favor de su alza o impidiendo que bajen. Los monopolios elevan los precios no sólo cuando la demanda es inelástica —o sea cuando ésta cambia menos que la proporción en que lo hacen aquéllos— sino a menudo, también, cuando es elástica [...].

Son muchas y a veces no fáciles de advertir las formas en que el capital monopolista contribuye y aun determina el aumento de los precios. La más obvia, aunque no necesariamente la principal, es la decisión de elevar directamente, en la mayor medida posible, los precios de bienes y servicios controlados por los monopolios. Una más es la política de aumentar artificialmente los costos —vía altos coeficientes de depreciación y obsolescencia, publicidad, burocracia, desperdicio y múltiples gastos improductivos. Una tercera es la manera en que, directa e indirectamente, los monopolios transmiten el aumento de precios al conjunto del sistema, incluso en escala internacional, y otras más las for-

²⁷ Como dice P.K. Hall: "La contradicción contenida en la relación valor-precio determina la posibilidad inherente de una seria ruptura que se vuelve realidad bajo el capitalismo monopolista [...]. El precio y el valor son así despedazados por el monopolio [...]. En particular, el precio, que se deprecia fácilmente y que se convierte en una medida de valor meramente nominal [...]." "Inflation and Marxist Theory", en *Marxism Today*, Londres, julio de 1975, pp. 222 y 223.

mas que adoptan la competencia monopolista, la integración regional, la rivalidad interimperialista, la rigidez que en los periodos de descenso de la actividad económica imponen aquéllos a los precios y las restricciones que hacen tanto de la producción como del aprovechamiento de numerosos avances científicos y tecnológicos [...].

La inflación y la crisis

[...]

Los capitalistas entienden la necesidad de la crisis y saben valorar sus ventajas como medio para elevar la tasa de ganancia, sobre todo cuando ésta cae a un nivel que desalienta la inversión, especialmente la inversión monopolista [...].

A estas alturas parece indiscutible que los años setenta se caracterizan por una crisis más aguda y, concretamente, por un descenso de la tasa de ganancia en todos los países capitalistas desarrollados y, seguramente también, en muchos de los subdesarrollados. Conforme al patrón tradicional del ciclo económico, la presente situación debió haberse manifestado en una profunda y larga depresión del tipo de la de los años treinta. Pero si bien ha habido una fuerte declinación en las tasas de crecimiento y aun bajas absolutas en la producción industrial y en el nivel de empleo, no ajenas a las políticas de <estabilización> y <austeridad>, la caída en la tasa de ganancia se ha tratado de contrarrestar fundamentalmente a través de una política inflacionaria, que aparte de transferir el mayor valor a favor del capital monopolista, exhibe la tendencia a descargar el peso de la crisis sobre los trabajadores del propio país y de los países subdesarrollados; pero también, así sea a menudo en posición débil, del propósito de éstos de defender sus ya mermaados niveles de ingreso [...].

La crisis capitalista, y concretamente la que ahora aqueja al sistema, es el fruto inevitable del largo proceso de acumulación que arranca de la Segunda Guerra Mundial. Es en el seno de ese proceso en el que se gestan las contradicciones y los desequilibrios que ahora empiezan a volverse explosivos [...]. La reducción de ciertos elementos del capital fijo —edificios e instalaciones, por ejemplo— no basta generalmente para impedir el aumento del capital constante en su conjunto; los avances técnicos y la disminución del valor resultante de la mayor productividad incluso incrementan el capital circulante y elevan la composición

orgánica del capital y de ahí la tendencia a que, a medida que se acelera la acumulación, decline la tasa de ganancia [...].

¿Qué hacer frente a la inflación?

[...]

Mientras los trabajadores no comprendan qué es la inflación y cuál es su verdadero alcance; mientras acepten las explicaciones burguesas más insuficientes como si fueran la expresión misma de la verdad y de la ciencia; mientras sus propias reivindicaciones no rebasen el marco de la política de la clase en el poder, o sólo se expresen en ilusiones pequeñoburguesas que la realidad se encarga, día a día, de desvanecer; mientras no comprendan que esa clase defiende fundamentalmente sus intereses y no los de la nación y menos, todavía, de los trabajadores, éstos seguirán siendo manipulados por aquélla, y en particular por la oligarquía, como indefensos peones de ajedrez.

Y en parte ello es lo que está ocurriendo. Cuando los trabajadores moderan y aun renuncian a sus demandas salariales creyendo de buena fe que así contribuyen a la estabilidad; cuando piensan que la acción del Estado responde a intereses generales y no de clase; cuando aceptan a la burguesía en aras de una irrealizable y engañosa <unidad nacional>; cuando apoyan la política de austeridad recomendada por el Fondo Monetario y también cuando la objetan desde posiciones keynesianas; cuando en medio de una severa inflación sugieren que el Estado gaste más —lo que en la práctica significa en gran parte que infle más—, sin reparar en que las fórmulas empleadas hasta hace unos años con éxito son hoy ineficaces y hasta peligrosas, revelan estar presos en el marco de la ideología burguesa y lejos, todavía, de poder forjar una alternativa a la política de la clase en el poder.

El esfuerzo de quienes trabajan por mejorar sus condiciones de vida es legítimo y digno del mayor respeto. La sola idea de preservar lo poco que tienen y de defender sus bajos ingresos reales merece simpatía y solidaridad. Pero para combatir la inflación no basta una política defensiva. Sin menoscabo de las justas demandas de aumento de salarios, sobre todo cuando éstos quedan visiblemente atrás de los precios y la productividad del trabajo, la lucha contra la inflación reclama una acción más intensa, más amplia y más consciente del proletariado [...].

Mas el hecho de que no pueda ofrecerse a estas horas una alternativa democrática a la política burguesa y que la opción estratégica que parece más viable sea una u otra variante de tal política, no quiere decir que no haya tareas fundamentales y aun impostergables que acometer [...].

Entender que la inflación y la crisis no son fenómenos universales sino fundamentalmente capitalistas; que quienes hacen subir los precios son, sobre todo, los monopolios y el Estado, no los trabajadores; que la lucha por mejores salarios, mayores servicios sociales, reducción del desempleo y defensa de un sindicalismo combativo e independiente debe concebirse no sólo como una cuestión laboral sino como una lucha política de corto y largo plazos, y que en nuestros países latinoamericanos —salvo naturalmente Cuba, que recorre ya otra etapa histórica— el enfrentamiento al capital monopolista y a la oligarquía debe tener una clara proyección antimperialista, y que la lucha contra la inflación y la crisis debe escapar al seguidismo y el reformismo, dejar de expresar en actitudes suplicantes en que, no pocas veces de rodillas, se pide al Estado hacer lo que nunca hará, y entender que la esencia de la soberanía del pueblo no consiste en pedir tal o cual cosa a sus enemigos de clase sino en gobernar, en ejercer él mismo el poder. Todo ello es decisivo para que, en el curso de un proceso de profundas transformaciones revolucionarias, sea posible resolver los problemas que, por ahora, no son susceptibles de una verdadera solución.

EL CICLO ECONÓMICO Y SU DESARROLLO EN LA POSGUERRA²⁸

Análisis marxista de la crisis a partir de los años veinte

S.M. Menshikov recuerda que, desde los años veinte, el Instituto de Economía y Política Mundiales de la URSS, durante mucho tiempo bajo la dirección del economista Eugenio Varga, empezó a trabajar sistemáticamente en el análisis de la economía capitalista [...]. Varga anticipó el curso que el ciclo seguiría en los años veinte y treinta, comprendió la profundidad de la crisis de 1929-33, anunció inclusive la de 1937-38 y

²⁸ Comentario presentado al Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, en septiembre de 1977; publicado en *La crisis del capitalismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1979, pp. 115-140.

advirtió los cambios en el módulo del ciclo y concretamente el hecho de que la depresión sería cada vez más larga y grave y la recuperación breve e insuficiente.

Varga atribuyó el cambio en el ciclo —y concretamente la ausencia de un verdadero auge— a que la crisis general se expresa en un exceso crónico de capital, y por consiguiente en una subutilización de la capacidad de producción, la que alarga la vida del capital fijo y del ciclo en su conjunto. Fue esa situación la que llevó al Estado burgués a intervenir crecientemente en la economía, a fomentar el armamentismo y otros gastos improductivos, y sobre todo a preparar la Segunda Guerra Mundial como única salida a la crisis, la que se acentuó en 1920-21, 1929-33 y 1937-38 como nunca antes.

A partir de los años cuarenta el ciclo se suaviza; las crisis son menos violentas que antes [...].

Para comprender el presente ciclo, Menshikov parte de la recapitulación referida y de otras premisas que conviene recordar [...].

- Siendo la crisis de sobreproducción el único medio económico hasta ahora más o menos eficaz para contrarrestar la ley de la tendencia descendente de la tasa de beneficio y para suavizar las contradicciones más graves [mientras no sea preciso recurrir a medios más violentos, pero de otra naturaleza, como la guerra], el capital monopolista y el propio Estado la ven como un “mal necesario” y aun como un expediente que, pese a afectar incluso a muchos capitalistas, debilita a la clase obrera y hace posible su mayor explotación.
- La severidad de la crisis y de la depresión de los años treinta hizo temer por la suerte del sistema, sobre todo en un momento en que el socialismo y la lucha revolucionaria avanzaban. Ello influyó sin duda en el auge del keynesianismo y sobre todo en el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, como condición de una política anticíclica.
- La crisis actual, empero, demuestra que pese a todos los esfuerzos, la inestabilidad económica y aun política del capitalismo sigue presente y que el nuevo patrón cíclico de la inflación con desempleo intensifica la lucha de clases y, desde otro punto de vista, demuestra la incapacidad del keynesianismo para ofrecer solución a las crisis mediante una política monetario-fiscal de grandes gastos improductivos e inflacionarios, sobre todo del Estado.

La gran empresa monopolista tiene hoy un conocimiento del mercado del que careció la empresa capitalista tradicional. En parte ello es así por los múltiples servicios de que dispone y en parte porque el monopolio opera en gran medida sobre pedidos y porque muchos de sus clientes le están subordinados. No obstante, la previsión de las ventas es con frecuencia inadecuada.

La forma primaria de la crisis, recuerda el profesor Menshikov, es la sobreproducción de mercancías, de capital-mercancías. Pues bien, aunque los monopolios cuentan hoy con medios para evitar la sobreacumulación de inventarios, ésta sigue presente y es una de las manifestaciones de la crisis, sobre todo en las empresas no monopolistas. Aun los más grandes consorcios generalmente reducen sus existencias cuando la crisis se ha iniciado e incluso antes de que ésta se produzca, lo que sin duda revela una sobreproducción oculta.

El descenso deliberado de la producción suele emplearse para mantener los precios y las ganancias de los monopolios, lo que sin duda daña a las empresas no monopolistas, que a primera vista parecen ser las responsables de la sobreproducción, aunque lo que acontece en realidad es que éstas soportan en mayor medida el peso de las crisis. En síntesis, si bien la sobreproducción de mercancías se ha reducido en parte por la acción de los monopolios, gracias al control que éstos ejercen del mercado, el "ciclo de inventarios" ha cambiado, pero sigue siendo una de las formas que adopta la crisis capitalista. Una segunda forma es la sobreproducción de capital productivo, aunque en la posguerra la inversión de capital ha sido menos inestable que en periodos previos.

En general, en años recientes —salvo probablemente en Japón— aumenta la importancia de las fuentes internas de financiamiento del capital monopolista, sobre todo por mayor reinversión de utilidades y más altas reservas de depreciación. Los patrones de financiamiento exhiben rasgos comunes así como apreciables diferencias de un país a otro, pero lo típico de las crisis de posguerra ha sido la reducción de las reinversiones extensivas [destinadas a ampliar la capacidad de producción] y el aumento de las intensivas, o sea las que tienden a renovar y modernizar instalaciones y equipo. En las fases de ascenso, en cambio, la tendencia ha sido la inversa, en parte las condiciones más favorables permiten operar equipos menos eficientes.²⁹

²⁹ Véase S. Menshikov, *The Economic Cycle: Postwar Developments*, Moscú, Progress Publishers, 1975, pp. 126-127.

El creciente empleo de la programación, incluso a plazos medio y largo, por los monopolios, con miras a obtener y estabilizar una alta tasa de ganancia, ha contribuido a estabilizar la inversión, pero al mismo tiempo a una mayor sobreacumulación de capital productivo derivada de la competencia monopolista, que aun en las fases de ascenso obliga a disponer de capacidad suficiente para ganar a los competidores, así sea a costa de un gran subempleo de capital en otros sectores.

Menshikov hace notar que, naturalmente, la sobreproducción de capital productivo es mucho más difícil de eliminar que la de inventarios y que incluso al reducir éstos se provoca a menudo un subempleo de capacidad productiva. A ello obedece que al salir de la crisis haya mucha capacidad ociosa, lo que permite aumentar la producción sin necesidad de nuevas inversiones, pero se traduce también en los largos periodos de relativo estancamiento.

Finalmente, la crisis implica la sobreproducción de capital-dinero, en parte por la mayor estabilidad del sistema de crédito y el mayor poder del capital financiero, que se expresan en la disponibilidad de cuantiosos fondos en poder de las empresas y especialmente de los bancos, compañías de seguros y otras instituciones financieras que, junto al control del mercado de valores, permite disponer de una masa enorme de dinero [. . .].

Intervención del Estado

El estímulo estatal a la demanda es, sobre todo, indirecto. Las facilidades fiscales y crediticias no se traducen, generalmente, y menos de inmediato, en mayores inversiones, sino más bien en una redistribución de ingresos favorable al capital monopolista. Aun los programas más coherentes y ambiciosos de regulación anticíclica tropiezan en la práctica con contradicciones económicas y aun políticas del capitalismo monopolista de Estado (CME), que reducen sus efectos e incluso hacen inviable su realización. Esto al margen del hecho de que los capitalistas, cuando sus relaciones con la clase obrera se han vuelto más difíciles, prefieren la crisis a la anticrisis. Finalmente, tanto las contradicciones entre los países capitalistas como aquellas de que adolecen los propios programas anticíclicos, reducen y aun hace nugatorio su efecto.³⁰

³⁰ Véase *ibid.*, pp. 174-178.

Desplazamiento tecnológico y cambios en el proceso de reproducción

La aceleración del avance técnico-científico ha traído consigo cambios que afectan el proceso económico. Entre los principales, Menshikov señala un aumento significativo de la productividad, una relación cada vez más estrecha entre la investigación, el desarrollo y la producción, sobre todo en los monopolios, y una creciente intervención del Estado para organizar y financiar la investigación científica y tecnológica. En años recientes se ha intensificado tanto la tendencia al estancamiento propia del monopolio como la contratendencia al mayor avance técnico, derivada de la competencia monopolista. En no pocos países el Estado se ha hecho cargo de entre el 60% y el 75% del financiamiento de la investigación.

El desarrollo tecnológico se expresa en nuevos y más eficientes medios y procesos de producción, pero también acentúa la desigualdad inherente al capitalismo. La rápida introducción de nuevos artículos modifica la estructura productiva y de la demanda, sobre todo de bienes de producción, afectando grandemente a los viejos instrumentos desplazados por los nuevos. Así, mientras unas actividades crecen incluso más de prisa que antes —aquéllas con mayores avances técnicos— otras se rezagan y aun sufren caídas en la producción. El impacto de los cambios tecnológicos depende en parte del nivel y la variabilidad de los coeficientes técnicos, pero si bien éstos generalmente no afectan las tasas globales de crecimiento económico, sí ejercen gran influencia en ciertos sectores.³¹ En general, la crisis es más severa para las actividades técnicamente más atrasadas, en las que con frecuencia se vuelve crónica. Las más avanzadas, en cambio, sufren menos su impacto, porque la demanda de sus productos crece más de prisa y a un ritmo más estable y porque en ellas se concentra buena parte de los gastos para investigación. De lo que se deriva que la crisis afecta el proceso económico de manera mucho más compleja y desigual que antes, lesionando gravemente a ciertas ramas y mucho menos a otras.

El proceso de inversión y la duración de los ciclos

Entre los factores que más afectan el proceso de inversión, Menshikov menciona los siguientes:

³¹ El autor ofrece una serie de ejemplos referidos a la economía norteamericana. *Op. cit.*, pp. 289-290.

- la duración media del capital fijo y la tasa de renovación del mismo;
- la intensidad del progreso tecnológico en las industrias de maquinaria y equipo;
- la intensidad de capital en la producción.

Como se sabe, la duración del ciclo depende fundamentalmente de la del capital fijo, que principalmente se expresa a su vez en el volumen de la inversión. Ésta se divide en dos partes: aquella necesaria para reponer los equipos gastados, y la nueva inversión. La primera, a la que el autor denomina inversión de reposición (*restorative investment*), depende del volumen de capital fijo a reponer y de la tasa de depreciación. Cuando se sustituyen activos obsoletos, el nivel de la nueva inversión depende de que los costos de ésta sean inferiores a los de la vieja maquinaria. O más estrictamente, de que los costos medios de la nueva sean inferiores a los *costos variables* de la vieja inversión.³²

La baja de la relación capital-producto no significa, desde luego, vista dinámicamente, la necesidad de mayores inversiones. Al contrario, es la expresión de crecientes inversiones en nuevos medios de producción. La demanda de capital fijo depende de la proporción que la inversión bruta represente en el producto total, proporción a la que Menshikov denomina “velocidad de acumulación”, para distinguirla de la “tasa de acumulación”, o sea de la relación inversión neta-ingreso nacional.

“La velocidad de acumulación de capital fijo depende directamente del índice de intensidad de capital, las tasas de crecimiento del producto y la tasa de reposición del capital fijo [...]” Con tasas medias de producción constantes, la menor intensidad del capital reduce la velocidad de acumulación, siempre y cuando no aumente la tasa de depreciación o lo haga muy lentamente.³³

Progreso tecnológico y consumo privado

El avance técnico-científico influye no sólo en la inversión, sino también en el consumo, porque trae consigo cambios en la estructura de la

³² Véase *ibid.*, p. 196.

³³ Véase *ibid.*, cuadro 5-2, p. 202.

población; implica la introducción de nuevos bienes de consumo y amplía la importancia relativa de los bienes durables. El impacto es mayor donde la urbanización y la industrialización se realizan más de prisa, como ocurrió en años recientes en Italia y Japón.

El capitalismo monopolista crea nuevas necesidades, así como nuevas maneras de satisfacer las viejas, lo que trae consigo fuertes aumentos del consumo y formas de consumo autónomo, que dependen más de los propios técnicos y de otros factores que del crecimiento del ingreso personal. Dados ciertos niveles de consumo gubernamental y de acumulación, la tasa de crecimiento del ingreso depende de la magnitud del consumo personal. Y aun podría agregarse que bajo el capitalismo monopolista de Estado depende en gran parte del consumo improductivo.

El crecimiento del consumo autónomo debido a la influencia del avance técnico es hoy, por consiguiente, un importante factor de estímulo a la producción, el ingreso y la demanda.³⁴ La creciente producción de bienes durables de consumo, en particular, desempeña un papel de especial importancia en el ciclo.

La demanda de bienes durables muestra ciertas modalidades propias. Como muchas de ellas se han introducido hace poco tiempo, su dinámica es similar a la de los nuevos productos, lo que hace que con frecuencia ejerzan cierta influencia anticíclica, pero una vez que rebasan el punto de saturación, dicha influencia es más bien cíclica, lo que los vuelve una base material y un factor de intensificación del ciclo, sólo que en general de menor importancia, tanto cuantitativa como cualitativamente, que el movimiento del capital fijo.

Causas de la inflación actual

En los años de posguerra, a diferencia de lo ocurrido en periodos previos y concretamente en las crisis anteriores, se observa una tendencia más o menos definida al alza de los precios de mayoreo y, sobre todo, de menudeo. Inclusive en las crisis, dichos precios caen sensiblemente y en algunas se mantienen y aun suben. De ser la regla, el descenso de los precios se convierte ahora en la excepción, lo que claramente distingue las crisis recientes de las anteriores.

³⁴ Véase *ibid.*, p. 213.

Ello obedece, según Menshikov, en primer lugar a la creciente monopolización de la economía capitalista. En el capitalismo monopolista de Estado no hay, como antaño, competencia de precios. El mecanismo de formación de precios es otro. Y a la influencia del monopolio se añade la regulación ejercida por el Estado, que al afectar artificialmente los precios, altera también el funcionamiento del ciclo.

En la posguerra, el sistema monopolista de formación de precios lleva a una inflación crónica. Influyen en ello la militarización sin precedentes —actividad por cierto altamente monopolizada—, el aumento casi ininterrumpido de los gastos gubernamentales para otros fines y la elevación de los ingresos de la población, todo lo cual, en un régimen de papel moneda inconvertible, es aprovechado por los monopolios para subir los precios.

En resumen: si bien en los años de posguerra se han suavizado las fluctuaciones cíclicas de la producción, el ingreso y los precios, las contradicciones del proceso de reproducción han seguido presentes, aunque se manifiestan de nuevas maneras.

Así, por ejemplo:

- el descenso de la producción y del ingreso es ahora menor, pero la sobreacumulación de capital es mayor y más persistente;
- el desempleo en los países industrializados se ha reducido, pero el costo de la vida aumenta cada vez más;
- los monopolios han afirmado su control del mercado y contribuido a mantener precios altos, pero ello estimula a los trabajadores a reclamar aumentos de salarios e intensifica la lucha de clases;
- el Estado, al mantener un alto nivel de demanda global, reduce la intensidad de las crisis de sobreproducción, pero promueve, como nunca antes, la inflación, reduce la competitividad en el mercado mundial y acentúa el desequilibrio de la balanza de pagos;
- a consecuencia de todo ello, las crisis no tienen la intensidad necesaria para resolver, en un momento dado, la contradicción resultante de los aumentos de salarios y la declinación de la tasa de ganancia, lo que a la postre se traduce en una situación que invariablemente implica inflación y desequilibrio de las balanzas de pagos, lo que hace que, a menudo, el Estado intervenga no ya con fines anticíclicos, sino para tratar de acelerar la crisis y lograr que ésta cumpla su papel correctivo y reequilibrador tradicional.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO, LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS
Y EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL³⁵

La crisis actual del capitalismo es una de las más severas que el sistema ha sufrido en su historia. Desde hace diez años se multiplican los problemas de todo orden y aunque a menudo se asegura que el fin del túnel está ya a la vista, lo cierto es que las dificultades persisten y que los hechos siguen imponiéndose a las palabras. La vigorosa recuperación que muchos esperaban tras la caída de 1974-75 está todavía por verse y aun en los países en que las tasas de crecimiento económico han sido relativamente más altas, persisten el desempleo, el rezago de la inversión privada, los desajustes comerciales y financieros y la inflación. Desde luego no faltan los economistas que, provistos de la nueva bola de cristal que suelen ser las computadoras, con una precisión digna de su ligereza, anuncian que el producto nacional subirá, digamos 4.27%, cuando en realidad desciende 2%, o que los precios sólo aumentarán 3.5%, cuando suben 12 por ciento.³⁶

Aun las modestas amas de casa, sin más conocimientos de la economía que el que les da el manejo de una cada vez más exigua quincena y con no otro equipo que una licuadora, y un poco de sentido común, suelen tener mayor capacidad de previsión que ciertos técnicos de costosas instituciones gubernamentales y privadas, cuyos sofisticados modelos econométricos parecen incapaces de advertir incluso las más graves contradicciones del capitalismo.

En el curso de la ya larga crisis de los últimos años, una y otra vez se había prometido a los países subdesarrollados que su suerte cambiaría y que la brecha que los separa de las potencias imperialistas comenzaría a cerrarse. En vez de inflación, desequilibrios financieros y de balanza de pagos, endeudamiento incontenible y desempleo, tendrían por fin un desarrollo estable y una amplia cooperación. Mas la verdad es que la crisis continúa, la brecha se amplía y el "Nuevo Orden Económico" brilla por su ausencia [...].

³⁵ Ponencia presentada a la VII Conferencia de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, celebrada en Quito, Ecuador, del 3 al 7 de septiembre de 1978; publicada en *La crisis del capitalismo*, op. cit., pp. 141-208.

³⁶ Véase, al respecto, la información de la revista *Fortune*, reproducida por André Gunder Frank en "Mainstream Economists as Astrologers", en *U.S. Capitalism in Crisis*, Nueva York, The Union for Radical Political Economics, 1978, pp. 12-13.

[. . .]

En cuanto a la posibilidad de un cambio en el sistema de relaciones internacionales, en vez de la respuesta afirmativa a las justas demandas de los países subdesarrollados, lo que parece tomar cuerpo es más bien la nueva estrategia trilateral con la que los poderosos países metropolitanos se empeñan en preservar el viejo orden de cosas.

En los últimos cinco años se ha hablado mucho de la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Para no pocos funcionarios y economistas gubernamentales, el NOEI es la condición para corregir los actuales desequilibrios y liberar a los países subdesarrollados de las más pesadas cargas que la crisis les impone. Para otros, sin menoscabo de tal reajuste, es preciso promover simultáneamente ciertas reformas internas que contribuyan a utilizar mejor el potencial productivo [. . .].

Si bien la caída de la actividad económica en 1974-75 hizo admitir aun a los más reacios la presencia de la crisis, lo cierto es que desde años atrás ésta venía incubándose y ya en 1968-71 exhibía signos inconfundibles. Después de 1976, por otra parte, cuando los más optimistas pensaron que la crisis llegaba a su fin, ésta ha continuado, manifestándose principalmente en un sensible rezago de la inversión, un alto nivel de desempleo y una inflación que por sí sola bastaría para comprender por qué se ha acentuado la inestabilidad económica [. . .].

CME y crisis general

[. . .]

El capital monopolista de Estado socializa como nunca antes la producción y, tratando de detener la revolución y de no rezagarse frente al socialismo, impulsa el desarrollo tecnológico y científico; pero a fin de no intensificar la contradicción fundamental, proyecta esos avances y destina buena parte del potencial productivo hacia la militarización de la economía y toda clase de gastos improductivos, lo que fomenta la inflación y la inestabilidad, sin poder lanzar su fuerza destructiva a la manera en que cuarenta años atrás lo hizo el nazismo. Aunque el peligro de guerra no ha desaparecido y las agresiones del imperialismo siguen al orden del día, el socialismo, y en general los pueblos, le imponen ahora una coexistencia pacífica que por sí sola agrava sus contradicciones y cierra el paso a la sombría ilusión de resolver los problemas de la crisis con una guerra termonuclear.

La crisis actual no anuncia la muerte del capitalismo sino su decadencia y su cada vez más profunda descomposición. Y por ello descubre sus contradicciones más graves y por tanto sus flancos más débiles y vulnerables. Actuar sobre esas contradicciones y atacar estos flancos; entender que el imperialismo no es una mera política exterior lesiva a los países subdesarrollados sino una fase histórica inevitable en el desarrollo del capitalismo, [...] y percatarse, sobre todo, de que la posibilidad de vencer al imperialismo descansa hoy fundamentalmente en los avances del socialismo, en la nueva correlación de fuerzas y en la capacidad de los pueblos para llevar adelante una transformación revolucionaria, son cuestiones estratégicas que el movimiento antimperialista y los países no alineados que luchan por un nuevo orden económico internacional tienen, seguramente, presentes.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA³⁷

[...]

En la Cuarta Evaluación de la Estrategia Internacional del Desarrollo (EID), hecha en Bolivia a mediados de 1979, la CEPAL concluye que los conceptos fundamentales expresados en evaluaciones anteriores, y concretamente en la realizada en Guatemala en 1977,

[...] adquieren hoy aún mayor vigencia, [...] pues el sistema productivo se ha seguido mostrando incapaz de dar respuesta y solución a acuciantes problemas como los de la pobreza masiva, el creciente desempleo, la insuficiencia de servicios sociales básicos y la escasa participación de los estratos mayoritarios de la población en la vida económica y social de sus países.

La propia CEPAL hace notar la “obstinada permanencia” y el agravamiento de “serios problemas”, “[...] especialmente en aspectos como la concentración del ingreso, la polarización del consumo, la subutilización de la fuerza de trabajo y las situaciones de pobreza”.³⁸

³⁷ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 33, mayo-junio de 1980, pp. 47-69.

³⁸ CEPAL, Naciones Unidas, Evaluación de la Ciudad de La Paz. Resolución 388 (XVIII), Cuarta Evaluación de la EID, mayo de 1979, pp. 2 y 3.

Signos de la crisis económica

El rasgo más característico de la economía latinoamericana en los años setenta es la inestabilidad [...].

La altas tasas de desarrollo de los primeros años de la década se asocian y apoyan en el rápido aumento y la diversificación de las exportaciones, así como en la mejoría de la relación de intercambio, lo que propicia cuantiosas importaciones de bienes de producción y un alto coeficiente de inversión que se financia en gran parte con recursos internos. Desde 1974 la situación cambia: disminuye la demanda externa y se vuelven desfavorables los términos de intercambio, sobre todo para los países que no son exportadores de petróleo, y aun en aquellos donde la situación parecía más sólida se interrumpe o decae sensiblemente el crecimiento, se contrae la inversión privada, se agrava el desempleo, se acentúa la inestabilidad monetaria y los desequilibrios financieros internos y de balanza de pagos, que como nunca antes se acompañan con un aumento desmedido de la deuda exterior y una elevación de los precios que año por año deja atrás las previsiones gubernamentales, lo que por sí solo exhibe la verdadera dimensión de la crisis.

La crisis ideológica y política

Si la crisis económica adopta con frecuencia modalidades diferentes en cada país, la crisis política exhibe casi siempre una mayor especificidad, que se explica porque en ella suelen sintetizarse múltiples contradicciones. A la vez, sin embargo, aun los problemas aparentemente privativos de ciertos países tienen un alcance mayor y dejan ver fallas propias del capitalismo, y en particular del capitalismo latinoamericano. La crisis política de América Latina es, en tal virtud, un aspecto de la crisis general del sistema en una fase muy avanzada de su desarrollo.

¿Cuándo empieza a gestarse esa crisis? Probablemente a principios de los años sesenta. La Revolución cubana demuestra que no hay destinos manifiestos ni fatalidades geográficas y que, dadas ciertas condiciones, nuestros pueblos pueden enfrentarse con éxito incluso a sus enemigos más poderosos. Tras ella se lanzan otros pueblos y se aviva la lucha armada, incluso en países y circunstancias en que las condiciones para el empleo de tales medios no eran acaso propicias. Pero la violencia del enfrentamiento deja ver, por sí sola, la intensidad de la crisis.

Cuando el imperialismo advierte el peligro revolucionario, responde con la Alianza para el Progreso (Alpro), o sea con un programa reformista en el que tras constantes evasivas, ante el temor de que el ejemplo de Cuba se propague, acepta contribuir con algunos fondos al desarrollo latinoamericano. El plan no es, ciertamente, ambicioso. Las reformas que propone son ambiguas y en la práctica se supeditan de hecho al acuerdo de los propios posibles afectados. Y las nuevas consignas democratizantes no excluyen las posiciones más reaccionarias, como lo demuestra el que, apenas a un mes de anunciarse la Alpro, los Estados Unidos lancen contra Cuba la invasión mercenaria de Playa Girón, y el que, pese a ser la víctima, la VIII Conferencia de Cancilleres de la OEA la expulse del sistema interamericano.

En 1964, cuando el régimen constitucional del Goulart parece abrir una prometedora perspectiva democrática, el ejército lanza un golpe sorpresivo y lo derroca. Ese mismo año cae también el gobierno progresista de Guyana, y cuando el pueblo dominicano reclama el cumplimiento de la Constitución, a partir de un movimiento antimperialista que conquista prestigio día a día, los Estados Unidos, como en los viejos tiempos del <gran garrote>, desembarcan en Santo Domingo millares de infantes de marina y reinstalan la dictadura.

En 1968 se fortalece la lucha nacionalista en Panamá y triunfa un gobierno democrático en Perú. Dos años después, Allende llega a la presidencia en Chile pese a todo lo que se hace por impedirlo, y en 1972 toma el poder en Ecuador un gobierno militar que llama a defender la soberanía nacional y los recursos naturales del país. Casi simultáneamente, la lucha popular se refuerza desde Uruguay, Argentina y Bolivia, en el sur, hasta Venezuela, Jamaica y Trinidad Tobago en el Caribe.

Pero la respuesta de las oligarquías latinoamericanas y del imperialismo no se hace esperar. Aun la democracia burguesa que en otros tiempos contribuyó a acelerar el desarrollo del sistema, resulta ya inviable. Enarbolar la Constitución y gobernar con ella en la mano se vuelve peligroso y hasta subversivo. La clase en el poder no tolera el cambio y para preservar el orden establecido recurre a la violencia y rompe una y otra vez su propia, precaria legalidad. Especialmente cuando la crisis económica se agrava, el marco democrático se angosta y aun desaparece. Son bien conocidas las dramáticas experiencias de Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador y otros países y desde luego la vieja y larga historia de atropellos, dictaduras y violencia en Guatemala, Nicaragua, El Salvador,

Colombia y Haití. Al intento de sentar las bases de un desarrollo democrático y progresista se responde con un golpe de estado tras otro. Al ejercicio de los derechos y las libertades democráticas se contesta con la arbitrariedad, la represión, la cárcel y aun el asesinato.

Si hay un signo inconfundible de la profunda crisis política que vive América Latina, él es precisamente el desplome de la frágil democracia hasta entonces existente en algunos países y la decisión de la oligarquía y el imperialismo de impedir cualquier intento de las fuerzas populares de avanzar por vías democráticas, como acontece en el Chile de la Unidad Popular [...].

La lucha por mejores condiciones de trabajo y de vida no es, pues, tan sólo un arma y un hecho de alcance meramente económico. En la medida en que se sustenta en planteos que a menudo impugnan la ideología burguesa dominante, es también un medio de acción y un signo de la crisis ideológica, crisis que, por lo demás, se exhibe en el cada vez más serio debate que se desenvuelve en el movimiento obrero, entre estudiantes e intelectuales y en ciertas capas pequeñoburguesas, y en el que a menudo se discuten y replantean cuestiones fundamentales. Y cuando la lucha ideológica rebasa este marco y toma cuerpo en conflictos propiamente políticos entre los trabajadores y los capitalistas con el imperialismo e incluso en el seno de la clase dominante, adquiere el carácter de una crisis política, que en una medida u otra afecta el funcionamiento del Estado y el sistema de poder.

La creciente internacionalización de la economía latinoamericana y el peso cada vez mayor de las empresas transnacionales en todos los órdenes aviva con frecuencia la lucha ant imperialista y hace de ésta otra importante manifestación de la crisis política. La crisis general del capitalismo y el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado lanzan a dichas empresas a nuestros países en busca de mejores condiciones de operación. Pero como estas condiciones entrañan casi siempre la explotación más intensa de hombres y recursos y el drenaje incontenible de fondos hacia el extranjero, aun ciertas fracciones de la burguesía se sienten afectadas por tal política y así sea tímida, titubeantemente y en planos casi siempre verbales, apoyan o al menos dejan manifestarse ciertas demandas nacionalistas y ant imperialistas, mientras la oligarquía se subordina abiertamente al imperialismo, sobre todo cuando las luchas populares cobran mayor ímpetu, lesionan sus intereses y apuntan en una dirección políticamente peligrosa. Y el que así proceda no es

sorprendente: expresa una subordinación que en rigor caracteriza a las fracciones hegemónicas de la burguesía en la fase imperialista, así como una estrategia de desarrollo que, no importa lo que se diga, de hecho refuerza esa subordinación.

Causas y alcance de la actual crisis

Cuando se repara en los problemas que aquejan a Latinoamérica es fácil incurrir en serios errores. Uno consiste en suponer, desde una posición dogmática, que las cosas son hoy las mismas de siempre. Nuestros países, podría ser el argumento, son atrasados, subdesarrollados, dependientes; a ello obedece su difícil situación. En parte tal planteamiento es correcto, pero adolece de la falla de no advertir los cambios que aun en el marco del subdesarrollo se registran continuamente, de no percatarse de la profundidad de la presente crisis, y a la postre de no apreciar las diferencias entre unos países y otros ni entre una fase y la siguiente del proceso capitalista.

Descubrir lo que es común es necesario para entender el alcance real de un fenómeno como la actual crisis al nivel latinoamericano; pero peligroso e inaceptable si se cae en esquemas que impidan descubrir y situar correctamente lo que hay de específico y a la vez de diverso, tanto en una región tan vasta y compleja como Latinoamérica, como sobre todo en el tiempo, es decir, en la presente fase del capitalismo en relación con las previas.

Otro error consiste en confundir las manifestaciones y efectos de la actual crisis con la problemática propia del subdesarrollo, o bien en ver en ella un mero reflejo de lo que acontece en los <centros> del sistema. Y otro más en creer que la crisis es sólo un fenómeno económico de carácter cíclico, sin comprender que se trata de un problema global [...].

Acaso la explicación más socorrida de la crisis que aqueja a Latinoamérica es la que la asocia al <desgaste de un modelo> de acumulación determinado. En otros trabajos hemos criticado tal posición y no volveremos esta vez sobre ella.³⁹ Nos limitaremos a recordar que esencialmente se caracteriza por que, en vez de aceptar que la crisis expresa contradicciones orgánicas, inherentes al capitalismo y en particular al

³⁹ Véase *La crisis del capitalismo*, op. cit. y los artículos publicados en *Estrategia*, México, núms. 31 y 32, 1980.

capitalismo monopolista de Estado de nuestros días, la atribuye a que el <modelo sustitutivo de importaciones> —que en México suele llamarse del <desarrollo estabilizador>—, a partir de los años setenta deja de funcionar en forma satisfactoria, razón por la cual, para superar los desajustes en que la crisis se expresa, es menester contar con un nuevo <modelo>, entendido generalmente éste como una nueva política, o cuando más como otra estrategia de desarrollo [. . .].

Lo que tal planteamiento no advierte es que el <nuevo modelo> a partir del cual se espera resolver los más graves problemas estructurales, no es en rigor tan <nuevo> ni tan diferente del anterior como pudiera parecer; no es realmente una alternativa, sino más bien la continuación actualizada, remozada, contradictoria, a la vez digamos formalmente lógica y en el marco de esta lógica en cierto modo inevitable del <viejo modelo>. [. . .] El cambio en la relación de ciertas variables o el énfasis que ahora se desplaza de unas a otras no altera las bases fundamentales en que descansa la estrategia ni libra al desarrollo capitalista de sus más graves contradicciones y fallas, y por ello —como hoy lo comprobamos—, el <nuevo> modelo supuestamente en marcha acentúa la desigualdad, refuerza al capital monopolista nacional y a menudo sobre todo extranjero, ahonda la dependencia y coexiste con una crisis que si bien no es idéntica a la de años previos, está presente y no es menos grave que las anteriores.

Internacionalización del capital y contradicción fundamental

En ciertas versiones de la explicación anterior, la crisis se asocia y aun atribuye a la cada vez mayor internacionalización del capital y concretamente a la acción de las empresas transnacionales, acción que a su vez se relaciona estrechamente con los cambios habidos en la división internacional del trabajo.

Pero esta explicación es también parcial e inadecuada. Si bien tales hechos contribuyen a agudizar la crisis —aunque a la vez intentan contribuir a resolverla—, más que ser su causa eficiente son expresión y aun consecuencia de aquélla, y sobre todo son signos de la creciente intensidad de las contradicciones del capitalismo y en particular de la contradicción fundamental.

Las transnacionales tienen sin duda mucho que ver con la actual crisis de Latinoamérica. Su sola presencia en nuestros países es ya a menudo

una manifestación de ella. Y además, contribuyen a hacer más inestable el desarrollo, a ahondar los desajustes de balanza de pagos, a hacer crecer el déficit financiero interno y de la deuda exterior, a estimular la concentración monopolista de la producción y del capital, acentuar la inflación, desnacionalizar las economías y profundizar la dependencia respecto al capital extranjero.

Por eso es comprensible que en la VI Cumbre del Movimiento de Países no Alineados celebrada recientemente en La Habana, los jefes de Estado y de gobierno ahí reunidos denunciaran

[. . .] una vez más las políticas y prácticas inaceptables de las empresas trasnacionales que, buscando los beneficios de la explotación, agotan los recursos, trastornan la economía y lesionan la soberanía de los países en desarrollo; violan los principios de la no injerencia en los asuntos internos de los Estados; menoscaban el derecho de los pueblos a la libre determinación y frecuentemente recurren al soborno, la corrupción y otras prácticas indeseables y subordinan los países en desarrollo a los [. . .] industrializados.⁴⁰

Las nuevas y más sofisticadas formas de organización de las trasnacionales y sus filiales no alteran esencialmente el esquema anterior. Como las viejas grandes empresas que antes se interesaban —y desde luego todavía hoy— por controlar ciertos recursos naturales y obtener materias primas, las que más tarde se disponen a surtir el mercado interno de los países latinoamericanos y que hoy buscan mano de obra barata y máxima liberalidad para exportar en mejores condiciones competitivas, todas tratan de obtener más altos beneficios y de explotar, no de ayudar, a los pueblos de las naciones del llamado <Tercer Mundo>.

El capital imperialista ya no se limita a abastecer los mercados internos de los países extranjeros en que opera. Ahora empieza a exportar, sobre todo desde aquellos en los que abunda la mano de obra barata y se dan las precondiciones institucionales necesarias para hacerlo con tasas de beneficio mucho más altas que las de la metrópoli. La consecuencia de tal política es la rápida internacionalización del trabajo y la producción y los consiguientes cambios en la estructura productiva de los países en donde se da tal situación. Con frecuencia el capital trasnacional se vuelve incluso el elemento más dinámico y también el factor de ma-

⁴⁰ VI Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de Países no Alineados, Declaración Económica, La Habana, septiembre de 1979, p. 29.

yor influencia en el trazo de la estrategia industrial [...] y provoca desequilibrios aún más profundos que los previos, ahonda la dependencia, que ahora adquiere formas más complejas, y extrema la vulnerabilidad de los países subdesarrollados respecto a las fluctuaciones de la economía internacional capitalista e incluso a las decisiones que unilateralmente toman las trasnacionales.⁴¹

Las formas y la intensidad que caracteriza a la internacionalización del capital no son hoy las de antes. El conglomerado trasnacional que opera en varios países y en múltiples campos de actividad no es, desde luego, comparable al viejo cartel de los inicios del imperialismo. La internacionalización del capital productivo industrial es un nuevo rasgo de la acumulación de capital a la escala de todo el sistema, que incluso ha hecho de las filiales de los grandes consorcios que operan en países diferentes del de la matriz, fuentes de ingresos más importantes que el comercio de exportaciones tradicionales de ésta.

La internacionalización no sólo expresa el desarrollo desigual del capitalismo ni el impulso que, en la fase imperialista, cobra la exportación de capital. Si bien ambos fenómenos siguen presentes, la internacionalización, al nivel que la llevan los conglomerados trasnacionales, es fundamentalmente un signo de la socialización sin precedentes que la producción —y en un sentido más amplio las fuerzas productivas— alcanzan en la fase actual del capitalismo. El otro gran factor determinante de esa creciente socialización es el Estado, sin cuya acción sería imposible que incluso el capital privado se internacionalizara en la forma en que lo hace después de la Segunda Guerra Mundial.

La acción misma de los Estados en los países que más destacan como receptores del capital trasnacional es una de las condiciones que hacen posible que dicho capital se inserte más y más en esas economías. En efecto, sin las costosas obras de infraestructura necesarias para proveer a las empresas extranjeras de energía y combustibles, de medios de comunicación y de transporte, de servicios básicos para los trabajadores:

⁴¹ Sobre el papel y las formas de operación de estas empresas en México y en general en los países subdesarrollados, véase Peter Baird Ed McCaughan, *Beyond the Border*, Nueva York, NACLA, 1979; el ensayo de Pedro Vuskovic, "América Latina ante nuevos términos de la división internacional de trabajo", publicado en la revista del CIDE, *Economía de América Latina*, de marzo de 1979, y la ponencia de Eugenio Espinoza y Héctor Ayala, "Monopolios trasnacionales y códigos de conducta", presentada al Seminario sobre el Nuevo Orden Económico Internacional, realizado en La Habana en agosto de 1979, como parte de los trabajos preparatorios de la VI Cumbre de Países no Alineados.

salud, educación, vivienda y otros; sin la política fiscal que exime a aquéllas prácticamente de toda clase de gravámenes; sin la ayuda crediticia; sin las facilidades cambiarias y sobre todo sin la política laboral que ha hecho posible que el capital trasnacional disponga de una fuerza de trabajo que incluso cuando adquiere cierta calificación no reclama más que un bajo salario, la presencia de ese capital en Latinoamérica habría sido mucho menor y a veces imposible. Y la intervención, digamos indirecta del Estado, no es menos importante como factor de impulso a la internacionalización [...].

Si no se comprende el alcance de la asociación del Estado tampoco se entiende el marco en que se desenvuelve y el carácter de la relación Estado-capital monopolista, pues éstos no son dos fenómenos aislados que marchen paralelamente, sino que se entrelazan, se apoyan mutuamente, interactúan y aun se asocian hasta convertirse a menudo en uno solo. Y la relación entre ambos, sin ser nunca mecánica ni de mera subordinación de uno al otro, se inserta en la categoría histórica más amplia y compleja que es el capitalismo monopolista de Estado.

Lo anterior demuestra que la internacionalización del capital y las formas que adopta el funcionamiento de las trasnacionales no son fenómenos autónomos, ni menos todavía que invaliden o suplanten las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, concretamente en la presente fase [...].

LA CRISIS ECONÓMICA ACTUAL Y EL TERCER MUNDO⁴²

La crisis [actual] es en el fondo una sola, más que una serie de crisis diferentes cuyo número y diversidad den al fenómeno un carácter especial [...]. En una perspectiva histórica, podría decirse que el hecho central es la descomposición del capitalismo en una fase ya muy avanzada de lo que Lenin denomina su crisis general. Pero aun esta apreciación dejaría las cosas en un nivel demasiado abstracto, a partir del cual sería difícil entender la naturaleza, el desenvolvimiento y las principales manifestaciones de dicha crisis. Por eso conviene hacer notar que si bien ésta expre-

⁴² Fragmento de la ponencia al II Encuentro de Economistas del Tercer Mundo, La Habana, 1981; publicada en *La crisis del capitalismo y los países subdesarrollados*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1982 y recogida en varias revistas de otros países.

sa y resulta a la vez del agravamiento de la contradicción fundamental del sistema [...], las formas y planos en que tal contradicción y otras secundarias dialécticamente ligadas a ellas se expresan, son diferentes. De ellos hay tres muy importantes y bien definidos: la crisis y el funcionamiento del ciclo en su conjunto, por ejemplo, exhiben la forma en que en la fase actual del capitalismo se manifiesta la contradicción fundamental concretamente en el proceso de reproducción y acumulación del capital.

El segundo plano en que se advierte la crisis atañe a los mecanismos de regulación y coordinación del sistema, cuyo funcionamiento parece ser cada vez más ineficaz para asignar los recursos disponibles en forma medianamente racional y resolver problemas fundamentales del desarrollo, incluido el sistema de relaciones económicas internacionales.

El rasgo distintivo de las dos variantes de la crisis señaladas podría ser más bien que la crisis *es pasajera, recurrente por naturaleza y condición y parte integrante del ciclo de reproducción, en tanto que las que hemos llamado crisis del sistema de regulación afectan al funcionamiento de ciertos mecanismos, unos espontáneos y otros propiamente institucionales y es un desajuste de larga duración y de alcance no sólo económico sino social más amplio.*

La tercera y más importante forma de expresión de la actual crisis general, vista principalmente como un proceso histórico, es que en su presente fase exhibe la intensificación de la lucha social y política en el seno del sistema, y la cada vez menor capacidad de éste para imponer a los pueblos las condiciones más favorables para el desarrollo del capital y para enfrentarse con éxito a los procesos de liberación nacional, a la revolución y al socialismo [...].

La crisis cíclica

A diferencia de lo acontecido en crisis económicas previas, la presente muestra, entre otros, los rasgos que siguen:

- mayor inestabilidad, y a partir de 1977 un descenso sustancial de las tasas de crecimiento económico, sobre todo de los países capitalistas desarrollados; [...]
- mayor sincronización internacional en el desenvolvimiento del ciclo; [...]

- tendencia, sin embargo, a la vez, de los países subdesarrollados a contrarrestar la dinámica internacional del ciclo económico y a tratar de impedir que los países capitalistas desarrollados descarguen sobre ellos el peso de la crisis;
- persistencia y creciente severidad de la inflación, incluso cuando conforme a pautas tradicionales los precios debieran haber caído de prisa y al iniciarse la recuperación y durante la contracción de los últimos años, en que se intensifica y alcanza niveles sin precedente; [. . .]
- aumento del desempleo aun en la fase de recuperación posterior a 1975, en prácticamente todos los países capitalistas; [. . .]
- tendencia a una cada vez mayor internacionalización del capital productivo, a nuevas formas de división del trabajo, especialmente en los propios países capitalistas desarrollados, y concretamente al llamado “redespliegue industrial”; [. . .]
- carácter contradictorio, vacilante y débil de la recuperación, la que fundamentalmente descansa a menudo en el aumento del consumo, del gasto improductivo y de la expansión desmedida del crédito más que en aumentos sustanciales de la inversión real, [. . .] y
- dificultades crecientes para superar la crisis, pues incluso en donde se logra restablecer la tasa de ganancia se recurre crecientemente a la inflación y la mayor explotación, lo que sin menoscabo de otros desajustes provoca forcejeos en torno al reparto del ingreso, intensifica la lucha de clases y deja ver que la actual crisis no es sólo cíclica o siquiera económica.

[. . .]

Incluso la cada vez mayor y más directa injerencia del Estado en el proceso económico, que en otros momentos pareció ser un eficiente mecanismo regulador, ahora es cada vez menos eficaz para estabilizar el funcionamiento del sistema.

Podría decirse que tal fue la situación incluso en los años treinta, y que aun una crisis de sobreproducción tan severa como la de entonces resultó incapaz para dar al sistema el impulso que requería y en parte, ciertamente, ello fue así. Lo nuevo y más grave, sin embargo, consiste en que los cambios en el régimen del ciclo le han hecho perder en gran medida su carácter regulador y su eficiencia correctiva, y sobre todo en que la crisis cíclica se produce ahora en condiciones diferentes no porque —como algunos piensan— se inserte en una supuesta onda

larga declinante o depresiva en la que se imponga la tendencia [...] al estancamiento [...].

[...] la agudización de la contradicción fundamental reclama una más intensa y frecuente desvalorización del capital. El más rápido avance técnico influye en la misma dirección y en la medida en que para favorecer al capital monopolista se imponen tasas de depreciación y obsolescencia mucho más altas que las que justificaría el desgaste real de la maquinaria y el equipo, el ciclo se acorta y la actividad económica toda se vuelve más inestable.

Todavía más: a diferencia de lo que acontecía en otros tiempos, la inflación, la sobreacumulación y el desempleo, sólo presentes en ciertos momentos y en determinadas circunstancias, se vuelven *crónicos*, en parte porque la dilapidación de recursos y la incapacidad tanto de la empresa privada como del Estado para utilizar racionalmente el excedente provoca graves desequilibrios y sobre todo porque el CME altera profundamente el funcionamiento del mercado y de la ley del valor, manteniendo en ciertas esferas precios monopolistas muy altos, e influyendo, a través del desarrollo desigual y cada vez más antagónico del avance técnico, en términos en que la [...] cada vez más alta composición técnica y orgánica del capital lleva aparejado un también alto nivel de desempleo aun en las fases de ascenso de la actividad económica.

La crisis del sistema de regulación y el CME

[...]

Podría aducirse que lo que se requiere para regularizar el régimen del ciclo es tan sólo una caída más pronunciada que permita desvalorizar el capital que no esté en condiciones de resistir tal prueba. Pero a juzgar por lo acontecido en la depresión de los treinta, más bien parecería que —además de ser difícil y aun imposible repetir tal experiencia— el capitalismo recorre una fase en la que ni una destrucción de capital similar a la producida por la “gran depresión” sería hoy suficiente para reiniciar un largo periodo de prosperidad. En todo caso se requeriría una destrucción masiva no sólo económica sino física de capital, y además de producción y fuerza de trabajo mucho mayor que la provocada por la Segunda Guerra Mundial y desde luego por la agresión a Vietnam.

La crisis del sistema de regulación tiene quizá como su principal causa —aparte [...] de la agudización de la contradicción fundamen-

tal— la incapacidad del viejo mecanismo del mercado para funcionar como antes debido a la alteración que sufre la ley del valor con el CME, y la creciente incapacidad de éste para suplir y complementar aquél. En efecto, ni el mercado propiamente de mercancías, ni el de trabajo, ni el de capitales cumple hoy la función de asignar adecuadamente los recursos [...].

La crisis de que hablamos deriva en parte de las crecientes dificultades para regular el propio ciclo económico y de la ineficacia del CME para acelerar, encauzar, estabilizar y coordinar el proceso económico.

La inflación, que tampoco es un mero reflejo del auge cíclico, sino un fenómeno crónico, merece también aquí al menos una breve referencia, pues sin duda está en el centro de la actual crisis del sistema de regulación monopolista. El que desde la fuerte caída de la actividad económica en 1974-75 los precios se hayan elevado en forma persistente y con una rapidez desconocida en los últimos cincuenta años, muestra el verdadero alcance de la política antinflacionaria y descubre el nuevo carácter de la inflación, que de “sano” estímulo del recetario keynesiano se ha vuelto otro problema insoluble para el capitalismo. La inflación está sin duda ligada a la militarización de la economía, al aumento desorbitado del circulante monetario y del crédito con regímenes de papel moneda inconvertible, al monto cada vez mayor del gasto improductivo y de los presupuestos estatales casi siempre deficitarios, a la crisis monetaria internacional, a la dilapidación de recursos y a las presiones que se ejercen en torno a la redistribución del ingreso, y sobre todo al carácter del sistema de formación de precios y al propósito de hacer de éstos un nuevo expediente anticíclico, y a menudo incluso cíclico, que alienta al capital monopolista.

El régimen de formación de los precios cambia grandemente en esta fase del capitalismo. Los precios de monopolio no sólo se apartan cada vez más de los de producción, sino que la crisis deja de ser un vehículo que periódicamente acerque a unos y otros y restablezca en cierta medida la relación con los valores correspondientes [...].

La cada vez mayor concentración y centralización monopolista y en particular el desarrollo del CME [...], si bien socializan al máximo la producción —hecho del que da cuenta la creciente internacionalización—, no pueden rebasar el marco restrictivo que imponen las relaciones de producción dominantes e incluso la propia rivalidad interimperialista, o dicho de otro modo, aunque la intervención directa del Esta-

do en el proceso de acumulación contribuye a hacer crecer las fuerzas productivas más de lo que podría hacerlo por sí solo el monopolio privado, al volverse a la vez el CME el soporte fundamental de la propiedad monopolista y de la extrema concentración que éste requiere para su reproducción ampliada, refuerza la medida en que las relaciones de producción dominantes obstruyen la socialización, estimulan la inflación y generan otros desequilibrios.

La tendencia a la internacionalización de la producción y el capital propia del desarrollo del capitalismo en la fase imperialista, adquiere su mayor momento con la actual crisis y da lugar a nuevas y más complejas formas de integración monopolista, como el conglomerado transnacional y los esquemas interestatales de integración regional, mecanismos ambos que fundamentalmente expresan la internacionalización de la propia crisis y el desarrollo del CME.

La internacionalización del capital abre nuevos mercados, abarata ciertos insumos, promueve el avance técnico y mitiga a corto plazo, para el sistema en su conjunto, la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, sobre todo cuando se logran tasas de explotación más altas o una más baja composición orgánica del capital que en el país de origen.

Y, precisamente por ello, tanto la internacionalización del capital como la crisis que lo impulsa se manifiestan hoy en nuevos desplazamientos y formas de explotación de la fuerza de trabajo que de hecho entrañan también la internacionalización de ésta y en general del mercado de trabajo, que fundamentalmente se manifiesta en la emigración por un lado de trabajadores de los países subdesarrollados o de menor desarrollo hacia los más altamente industrializados y por otro de las transnacionales a países atrasados, en los que además de contarse con una adecuada infraestructura se dispone de mano de obra abundante y barata, lo que claramente muestra que el patrón imperialista ostenta un nuevo y singular rasgo: ahora no sólo importa el acceso a ciertos recursos naturales, materias primas y mercados, sino explotar directamente y aun superexplotar la fuerza de trabajo asalariada surgida de la propia transformación impuesta por el capitalismo en los países subdesarrollados.

En fin, otra dramática expresión de la crisis del sistema de regulación es la llamada "crisis ecológica". Hasta hace unos años, aun estando presente el agotamiento de ciertos recursos a consecuencia de su explotación irracional, la relación con la naturaleza se desenvolvía en otras condiciones. A últimas fechas la situación se agrava. Ya en la guerra

contra Vietnam, además de descargar el mayor poder explosivo que país alguno haya lanzado contra otro en la historia, Estados Unidos emplea grandes volúmenes de sustancias químicas contaminantes y altamente destructivas. El solo enorme arsenal de armas nucleares ya acumulado amenaza no únicamente múltiples recursos sino la supervivencia de la humanidad [. . .].

Acentuación de la crisis general

Todas estas manifestaciones de acentuación de la crisis, de una crisis múltiple, permanente, global [. . .] y, en una perspectiva más amplia, la acentuación de la crisis general del capitalismo, [son] dos categorías históricas sin cuya comprensión es imposible entender la crisis a que hoy nos enfrentamos. Porque lo que hay tras ellas es un desarrollo sin precedentes del capital monopolista, uno de los más largos y sostenidos periodos de expansión económica en la etapa imperialista, una creciente internacionalización del capital [. . .] y un lapso de más de treinta años sin una guerra mundial, significativos cambios en la división internacional del trabajo y un reacomodo de las grandes potencias dentro del sistema [. . .].

LA CRISIS CAPITALISTA Y LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS⁴³

El análisis de la actual crisis fue el tema central del Congreso de La Habana y pese a tratarse de una cuestión tan vasta y compleja, a que la reunión fue breve y a que en ella participaron numerosas personas, a veces con diferentes posturas teóricas y metodológicas, el saldo de la discusión fue muy positivo y muy amplio el consenso entre los participantes. El informe de la primera comisión, preparado por una comisión relatora especial y aprobado por unanimidad en la sesión plenaria de clausura planteó, entre otras, las cuestiones que siguen:⁴⁴

⁴³ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 40, julio-agosto de 1981, pp. 1-27.

⁴⁴ Esta Comisión del II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, realizado en La Habana en 1981, fue presidida por Alonso Aguilar M. (México), y de ella formaron también parte Silvio Baró (Cuba), Armando Córdova (Venezuela), Theotonio Dos Santos (Brasil) y Xabier Goroztiaga (Nicaragua).

Tendencias recientes del capitalismo

El sistema capitalista de economía mundial afronta graves problemas desde la segunda mitad de los años setenta [. . .]:

- a) creciente inestabilidad económica, que se pone de manifiesto en la evolución de los principales indicadores macroeconómicos; [. . .]
- b) tendencia a la desaceleración de la tasa de inversión productiva y del crecimiento del PIB;
- c) aumento y generalización del desempleo, y simultáneamente de la inflación;
- d) agudización de las contradicciones entre las potencias imperialistas y recrudescimiento de las prácticas proteccionistas y discriminatorias en el comercio internacional, las cuales afectan, sobre todo, a los países subdesarrollados;
- e) empeoramiento de la situación de las balanzas comerciales y de pagos, en especial de los países subdesarrollados y creciente endeudamiento externo de éstos, cuyo servicio sustrae una alta proporción de los ingresos procedentes de las exportaciones de bienes y servicios;
- f) resquebrajamiento del sistema monetario internacional existente y aparición de presiones inflacionarias de carácter crónico que rápidamente se propagan a nivel mundial;
- g) secuela de devaluaciones monetarias que reducen la capacidad de importación de los países subdesarrollados y acentúan sus desequilibrios comerciales y financieros.⁴⁵

[. . .]

La inestabilidad se expresa concretamente en las bruscas fluctuaciones del PIB en los principales países capitalistas; la tendencia al menor crecimiento económico —que incluso en ciertos momentos llega a ser negativo— se advierte sobre todo durante la severa recesión de 1974-75. Aun en los años siguientes, la tasa de crecimiento de los siete países más importantes declina, de hecho sin interrupción, desde 5,4% a aproximadamente 1%. El aumento del desempleo se observa también a partir de esa fecha y la presencia simultánea de la inflación caracteriza prácticamente a todo el decenio, aunque se intensifica a partir de entonces y sobre

⁴⁵ Informe de la Comisión Relatora de la Comisión núm. 1 del II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, *Granma*, La Habana, 27 de mayo de 1981.

todo en 1979-80. Es tan grave esta situación que solamente en los principales países capitalistas el desempleo afecta ya a más de 20 millones de trabajadores y las tasas anuales de inflación exceden en general de 10% y en ciertos casos se acercan al 20 por ciento.

Todo lo anterior —prosigue el informe de la comisión relatora mencionada— revela la ineficiencia de los mecanismos estatal-monopolistas de regulación [...], así como que nos encontramos ante un periodo de agudización de todas las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista y ante un nuevo nivel [...] de la crisis general [...]. Una crisis en la que se expresan las cada vez más profundas contradicciones inherentes al sistema y, en particular, la nueva dimensión histórica de la contradicción fundamental: la crisis, aunque desde luego no en forma idéntica ni con la misma intensidad, afecta de manera global [...] a todos los países. Es, además, una crisis de larga duración y en algunos aspectos incluso permanente [...].

[...] la recuperación, posterior a 1976, muestra un carácter vacilante y débil; en parte porque más que en un aumento sustancial de la inversión descansa en el incremento del consumo, del gasto improductivo, del crédito y de enormes presupuestos militares. Y a diferencia de lo acontecido en otras épocas, la inflación y el desempleo se han convertido en problemas crónicos que la crisis y la política anticíclica no logran mitigar y menos todavía eliminar.

La crisis del sistema monetario internacional, las devaluaciones y la creciente especulación en los mercados financieros, la inflación e inclusive la crisis alimentaria, la crisis energética y ecológica, al igual que la creciente militarización, lejos de ser problemas aislados o meros desequilibrios parciales son manifestaciones de la incapacidad del Estado y del sistema, en su conjunto, para regular adecuadamente el proceso económico.

En una perspectiva histórica más amplia, la actual crisis exhibe la intensificación de la competencia monopolista y en general contradicciones interimperialistas especialmente severas en materias monetaria y comercial y, desde luego, entre el capital trasnacional y las clases dominantes de los países capitalistas subdesarrollados, así como un debilitamiento del neocolonialismo y crecientes antagonismos entre las grandes potencias capitalistas y los países subdesarrollados.

[...] la agudización de la crisis capitalista afecta, aunque no de manera uniforme, a los propios países socialistas, que si bien prosiguen su desarrollo planificado, son también perjudicados a través de la inestabilidad y la inflación capitalistas, de medidas restrictivas y discriminatorias y especialmente porque el reavivamiento de la guerra fría, la incontenible carrera armamentista del imperialismo y concretamente la amenaza de guerra obligan a tomar me-

didás defensivas que naturalmente sustraen recursos que, en otras condiciones, podrían dedicarse a fines productivos y contribuir a acelerar el desarrollo y a elevar más rápidamente el nivel de vida.⁴⁶

La internacionalización del proceso económico y las trasnacionales

[. . .]

En la etapa de los conglomerados —o sea en la fase actual del CME— los monopolios adquieren un poder enorme y no sólo controlan ya la banca y la industria pesada y ligera, sino la agricultura, el comercio y múltiples servicios no financieros. Y, lejos de promover como a menudo se dice, una genuina interdependencia, lo que hacen es reforzar la dominación de un lado y la dependencia del otro. En efecto:

- [. . .] En la nueva división internacional del trabajo auspiciada por las trasnacionales, éstas retienen usualmente los centros de investigación científico-técnica y las principales industrias productoras de medios de producción, y dejan en cambio a los países menos industrializados actividades que debido al rápido desarrollo tecnológico pierden significación;
- de tal estrategia resulta una industrialización sustitutiva de importaciones débil y dependiente, para no mencionar la experiencia aún más desalentadora que acompaña al llamado <redespliegue>, en que las trasnacionales instalan en los países subdesarrollados empresas maquiladoras que fundamentalmente se proyectan hacia el mercado exterior a partir de la sobreexplotación de mano de obra barata y de un régimen de máximas concesiones [. . .].

En resumen, las trasnacionales concentran y centralizan grandemente el capital, acentúan el desarrollo y el intercambio desiguales, obstruyen e inclinan a su favor el intercambio internacional de mercancías, capitales y tecnología, generan un tipo de actividades que dificultan la sólida integración interna de los países subdesarrollados, extraen de éstos más recursos de los que mueven hacia ellos, determinan procesos internacionales que sin embargo responden a los intereses y se mantienen bajo el control de unos cuantos Estados nacionales poderosos, impiden el acceso a la nueva tecnología en condiciones satisfactorias, pro-

⁴⁶ *Idem.*

mueven y alimentan la llamada <fuga de cerebros>, particularmente lesiva para los países subdesarrollados, y provocan desequilibrios y contradicciones que ahondan la inestabilidad y a la postre llevan a la crisis.

Principales manifestaciones de la actual crisis

En varias ponencias se examinó la crisis del sistema monetario y financiero internacional,⁴⁷ quedando bien establecido que ésta es en realidad la expresión de una crisis más profunda [. . .]. Entre los factores que determinan la crisis del sistema monetario se señalaron la creciente desigualdad del desarrollo y de los niveles de productividad, la severidad de la inflación en los últimos años, la expansión de las transnacionales y en particular de la banca y su tendencia a escapar a las medidas reguladoras de los gobiernos nacionales, y la rivalidad y los cambios en las relaciones de poder de las potencias imperialistas [. . .].

A consecuencia de la crisis y del impacto especialmente desfavorable de ésta en los países subdesarrollados, su deuda externa ha crecido a un ritmo sin precedentes, sólo inferior a aquel con que se incrementa el servicio de la misma, lo que muestra su encarecimiento. El financiamiento externo, además, procede ahora principalmente de bancos privados y se concentra en unos cuantos países entre los que destacan Brasil, México, Argelia, Corea del Sur, Indonesia y la India.

El comercio, por su parte, se concentra en gran medida en los países desarrollados, los que compensan los altos precios del petróleo con la exportación de manufacturas hacia el Tercer Mundo. Los cambios recientes en la división internacional del trabajo parecen limitarse a pocos países subdesarrollados, la mayoría de los cuales siguen siendo exportadores de materias primas y petróleo, situación que las empresas maquiladoras transnacionales no logran modificar.

*Efectos de la crisis en el Tercer Mundo*⁴⁸

La crisis económica —señala el Informe de la primera Comisión— afecta en forma diversa a los países del Tercer Mundo, según su mayor o menor articu-

⁴⁷ Entre otras, la de Maza Zavala y Malavé Mata (Venezuela), Pedro Paz (Argentina), George Carriazo y José Luis Rodríguez (Cuba) y David Colmenares P. (México).

⁴⁸ Muchas ponencias hacen referencia a este tema. Entre otras, la de Víctor Perlo (Estados Unidos), Theotonio Dos Santos y Ruy Mauro Marini (Brasil) y Eugenio Mateev (Bulgaria).

lación con la economía mundial, el grado de penetración [...] del capital internacional, de [...] industrialización y de las relaciones capitalistas de producción. [...]. Las economías más abiertas [...] sufren crecientes déficit de balanza de pagos, sea por el deterioro de los términos de intercambio, las enormes remesas de ganancias [...] y el servicio de endeudamiento externo [...] acumulativo, cuya irracionalidad económica fue también subrayada [...].

Para garantizar sus intereses, el imperialismo recurre [...] cada vez más a soluciones de fuerza, a dictaduras militares y técnicas de contrainsurgencia y desestabilización, al bloqueo y hostigamiento de las naciones que optaron por su liberación del dominio imperialista [...].⁴⁹

Entre los factores que expresan y a la vez contribuyen a hacer más grave la crisis y a profundizar la dependencia se señaló la política de inversiones de los países imperialistas en el Tercer Mundo, que fundamentalmente consiste en buscar allí tasas de ganancia más altas que las prevalecientes en las metrópolis, fomentar industrias contaminantes, o bien que consumen mucha energía o requieren de abundante mano de obra barata y se orientan a menudo hacia la exportación; financiar tales inversiones al menos en gran parte con recursos de los propios países subdesarrollados y extraer de éstos grandes sumas de divisas por concepto de precios desiguales, regalías y pago de dividendos que contribuyen a acentuar el déficit en la balanza de pagos y a recurrir cada vez más a préstamos bancarios extranjeros, cuyo costo es ya prohibitivo y absorbe con frecuencia una alta proporción de los ingresos procedentes de la exportación.

También se puso énfasis en la necesidad de entender que la crisis no es un producto de importación, sino a menudo la forma en que se expresan las contradicciones del desarrollo capitalista en los propios países subdesarrollados y desde luego en el conjunto del sistema; de ahí la importancia no sólo teórica, sino práctica, de conocer a fondo los rasgos y la fase que recorren las formaciones sociales del llamado Tercer Mundo, pues es obvio que, dependiendo en buena parte de ellas, las crisis y desde luego las estrategias con las cuales se les haga frente serán distintas según en tales formaciones predominen o no relaciones capitalistas de producción.

⁴⁹ Informe de la Comisión Relatora de la Comisión núm. 1 [...], *op. cit.*

Se subrayó que la expansión sin precedentes del capital monopolista internacional tiene como contrapartida la cada vez más amplia base popular para una lucha antimonopolista, antimperialista y antioligárquica, y que para conquistar y retener la independencia nacional se considera necesario realizar profundas reformas agrarias, controlar los recursos naturales, nacionalizar la banca, el comercio exterior y los sectores estratégicos tanto productivos como de distribución, y sustituir la anarquía por una planificación que permita racionalizar el uso del potencial productivo [. . .].⁵⁰

La lucha antimperialista y el NOEI

El congreso de La Habana fue, en resumen, económica y políticamente muy importante. Demostró entre otras cosas que el Tercer Mundo empieza a pensar por sí solo y no acude ya a las viejas metrópolis en busca de respuesta a sus problemas; demostró madurez y capacidad para examinar complejas cuestiones sobre la base del respeto mutuo, a veces incluso desde posiciones muy diversas y hasta encontradas; demostró que la actual crisis no es algo circunstancial o pasajero, sino el signo de una profunda descomposición del capitalismo y de su creciente incapacidad para superar sus más graves contradicciones. Demostró, en fin, que la crisis no es meramente económica, sino también social y política y si bien la teoría económica burguesa no es capaz de explicarla y mucho menos de resolverla, desde una posición científica y política avanzada no sólo es posible comprenderla a fondo, sino sumar y encauzar a las fuerzas susceptibles de abrir a nuestros países caminos nuevos, verdaderamente revolucionarios, que remuevan los obstáculos que impiden su plena independencia y su progreso.

Fue muy positivo advertir que, pese a explicables divergencias, a menudo afloraron los puntos de acuerdo y la comunidad de intereses de los participantes. Y el clima creado por la Revolución cubana contribuyó decisivamente en tal sentido. El respecto y la solidaridad hacia Cuba no dejaron lugar a dudas. Y la presencia en La Habana de 600 economistas venidos de los más lejanos países en el momento en que el imperialismo norteamericano desata una nueva agresión contra el país hermano y contra la revolución latinoamericana, fue muy importante para dejar constancia, una vez más, de que esos pueblos no están solos. Con ellos están todos aquellos que luchan por su liberación definitiva.

⁵⁰ *Idem.*

CRISIS Y ESTRATEGIAS DE DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA⁵¹

En los tres últimos años, y especialmente a partir de 1982, de hecho prácticamente todos los países latinoamericanos se han estancado y aun retrocedido respecto a los niveles de actividad económica logrados en 1981. En ese lapso se produjo además una fuerte caída de la inversión, un aumento de la capacidad productiva ociosa y una elevación del desempleo y el subempleo, no obstante lo cual la inflación alcanzó las más altas tasas registradas hasta ahora. En la órbita financiera se acentuaron los desequilibrios internos y externos, crecieron con gran rapidez la circulación monetaria y los déficit y se desplomó el tipo de cambio de la mayor parte de las monedas de la región. El intercambio comercial con el exterior perdió impulso y se volvió más desigual y la relación de precios internacionales fue más desfavorable para América Latina, todo lo cual, junto con la fuga de capitales, el proteccionismo de los países capitalistas industrializados, las cuantiosas importaciones, las altas tasas de interés, la restricción de los créditos y la menor afluencia de inversión extranjera directa trajo consigo profundos desajustes en las balanzas de pagos y un crecimiento en espiral de la deuda externa tanto pública como privada

*El desenvolvimiento de la presente crisis cíclica
y su impacto en la producción y la inversión*

“A partir de 1981, la generalidad de los países latinoamericanos se precipitó en una crisis económico-financiera que puede considerarse la más profunda y prolongada desde la crisis mundial del treinta.”⁵²

En 1982 la situación se torna más difícil y por primera vez en más de medio siglo el PIB declina 0.7% [. . .]. La CEPAL hace notar que

el producto interno bruto por habitante en cuatro países volvió en 1982 a los niveles de alrededor de dos decenios atrás [. . .]; el de seis países retrocedió cerca de un decenio, en dos [. . .] se redujo algo más que al nivel registrado

⁵¹ Ponencia presentada al VIII Seminario Internacional sobre Problemas de los Países en Desarrollo, organizado por el Instituto de Relaciones Internacionales e Integración Socialista, Academia de Ciencias, Varna, Bulgaria, 26 de mayo al 12 de junio de 1984. Publicado en *Estrategia*, México, núm. 57, mayo-junio de 1984, pp. 40-65.

⁵² CEPAL, *La crisis en América Latina: su evaluación y perspectivas*, Santiago de Chile, 8 de febrero de 1984, E/CEPAL/CES.20/G.25, p. 15.

hace un quinquenio, y en varios [. . .] llegó a los niveles de comienzos de los años ochenta.⁵³

La depresión se acentúa en 1983, en que el producto global cae más de 3% [. . .]; en los tres últimos años el ingreso por habitante en Latinoamérica se reduce alrededor de 10% y en varios países la baja excede del 15 por ciento.

Lo ocurrido con la acumulación de capital es aún más grave, pues la caída de la inversión supera a la del producto global [. . .]. Todavía más: si se compara el ahorro interno bruto con el nacional, o sea se estima a un valor constante en dólares considerando la transferencia de recursos de Latinoamérica hacia otros países por intereses y utilidades y el efecto de las variaciones en la relación de intercambio, resulta una situación aún más perjudicial [. . .].

Desempleo, inflación y desequilibrios financieros internos

Las difíciles condiciones prevalecientes a partir de 1981 se expresan en un notable aumento del desempleo y el subempleo. Las cifras de que se dispone al respecto son defectuosas e insuficientes. Aun así se sabe que muchos de los jóvenes que ingresan a la fuerza de trabajo en ese lapso —más de 10 millones— no consiguen empleo, y que incluso lo pierden muchos otros que lo tenían. En los países más industrializados y con mayor población urbana los índices de desocupación son más altos, quizá del 6 al 12%, y si se considera el equivalente del subempleo, acaso superiores al 25% de la fuerza laboral.

Los altos niveles de desempleo y subempleo contribuyen directa e indirectamente a abatir los salarios reales y a acentuar la inequidad en la distribución del ingreso [. . .].

Las altas tasas de crecimiento económico ejercen presión sobre los recursos disponibles y, cuando el endeudamiento interno y externo llega a niveles sin precedente, factores como el rápido aumento del gasto público y privado y de la circulación monetaria contribuyen al alza de los precios, los que por la influencia sobre todo del capital monopolista nacional y extranjero se elevan, sin que parezcan afectar las ventas. Pero apenas la demanda empieza a contraerse, las monedas se devalúan y

⁵³ *Ibid.*, p. 30.

el crédito externo casi se paraliza, la inflación cobra un nuevo impulso y los desequilibrios financieros se agudizan.

Desde 1981 el intercambio con el exterior tropieza con serios escollos y el viejo y el nuevo proteccionismo de los países industriales capitalistas limitan las exportaciones de manufacturas y constituye un obstáculo cada vez más difícil de superar.

Tan sólo en ese año y el siguiente, según la UNCTAD, los precios de los productos básicos —que concurren con el 40% de la exportación latinoamericana y con el 80% si se incluyen los energéticos— caen en cerca de 31%, lo que representa la mayor reducción en los últimos veinte años. A partir de los niveles de 1979-80 el descenso de los precios de las exportaciones latinoamericanas es de 57.1% en alimentos y bebidas, 40.4% en productos tropicales y 22% en minerales y metales [. . .].

La agudización de la crisis y las políticas de <reordenación> económica

En un principio el desequilibrio comercial y financiero no parece excesivo. Incluso cuando empieza a crecer pero hay suficientes recursos financieros internos y externos, los desajustes se compensan sin mayor dificultad. Pronto, sin embargo, la situación se complica y el déficit se amplía con celeridad. En 1981 el costo del dinero en los mercados internacionales se dispara y los plazos de pago son cada vez más cortos e inflexibles. Pero aun así la afluencia de capital del exterior es cuantiosa. En 1982 varios países sufren severas devaluaciones, caen de hecho en suspensión de pagos e inician la renegociación de sus deudas. Los altos intereses, la perentoriedad de los vencimientos y la casi total paralización de los préstamos del exterior crean una situación insostenible. Mientras que en 1980-81 el ingreso neto de capital extranjero a Latinoamérica es de 68.1 miles de millones de dólares, en los dos años siguiente apenas alcanza poco menos de 20 000, en un momento en que el solo pago por intereses reclama unos 35 000 millones y absorbe el 36% y en no pocos casos más de tres cuartas partes de los ingresos por exportaciones de bienes y servicios.⁵⁴

En una situación realmente difícil, la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos ponen en marcha, a partir de 1982, los llamados pro-

⁵⁴ Véase Enrique Iglesias, *América Latina: crisis y opciones de desarrollo*, documento presentado al vigésimo periodo de sesiones de la CEPAL, Lima, marzo-abril de 1984, pp. 12-14.

gramas de <reordenación> económica, en cuyo desarrollo se aprecia en general la influencia de los bancos acreedores extranjeros y del Fondo Monetario Internacional [. .].

Al concluir 1983 los logros de tal política son, para decir lo menos, muy discutibles. La producción cae incluso más que en el año previo. La inflación persiste y en algunos países se agrava. El déficit financiero interno se reduce pero con el consiguiente impacto contraccionista de la oferta y de la actividad económica. Se corrige el desequilibrio de la balanza comercial y aun se obtiene un superávit de 20 000 millones de dólares, sobre todo a partir de una reducción vertical de las importaciones, en busca de fondos que permitan pagar los intereses de la deuda exterior. Aumenta el desempleo y bajan los salarios reales, lo que de paso claramente muestra que, como de costumbre, los más afectados por la crisis son los trabajadores.

En lo que va de 1984 la situación no mejora sensiblemente. Y aun los gobiernos que defienden la política en acción empiezan a quejarse de las restricciones que les impone [. .].

La perspectiva inmediata

En general, se reconoce que 1984 no será un año fácil para América Latina. En varios de los principales países de la región se espera que el producto global permanezca estancado y no se descarta la posibilidad de que sufra un nuevo descenso. Y si se logra un aumento, éste será mínimo y no impedirá que decrezca el ingreso por habitante por tercer año consecutivo. A partir de 1985 se cree que la situación podría mejorar, sobre todo si se refuerza la recuperación económica de los países capitalistas industrializados.

El cambio tecnológico que se está produciendo en la economía norteamericana es un signo importante de la restructuración del capital que seguramente elevará la productividad y que puede contribuir a activar el proceso económico en los Estados Unidos —no así en Latinoamérica—, no sin ahondar profundas contradicciones, como son la desvalorización y aun la eliminación de capitales ineficientes y el aumento del desempleo. Ello además de que el avance tecnológico no es una variable independiente sino que depende en realidad de la acumulación de capital y de que, en las condiciones prevalecientes, o sea a partir de una larga crisis como la que el capitalismo vive desde la segunda mitad de

los años sesenta, no parece que la revolución científico-técnica pueda cobrar en los países capitalistas un impulso comparable al que logró en los dos decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, capaz de abrir una nueva larga fase de expansión.

ACERCA DE LA NATURALEZA DE LA ACTUAL CRISIS⁵⁵

A partir de la segunda mitad de los sesenta cambia el escenario internacional. Los primeros signos de las crisis reaparecen y lo que se tenía por un sistema monetario estable —el surgido de los acuerdos de Bretton Woods— empieza a resquebrajarse y, tras la caída de la libra esterlina y más tarde la devaluación del dólar y otras monedas, se generaliza una crisis que si bien se acentúa con el descenso cíclico de 1974-75 y 1980-82, en realidad está presente desde 1967 y muestra que el carácter de las crisis económicas ha cambiado grandemente.

Naturaleza y alcance de la presente crisis: algunas opiniones

A menudo se expresa que la actual crisis, sobre todo en los países subdesarrollados, es una crisis financiera, de balanza de pagos y, para algunos, una crisis de deuda. Se repara aquí en el comportamiento de ciertas variables, a las que en vez de verse como expresión de contradicciones más profundas se les convierte en causa de éstas. En general, se caracterizan estas explicaciones porque postulan que la crisis es internacional. Pero en tal perspectiva la crisis se asocia a desequilibrios en la esfera de la circulación y no de las relaciones de producción, y no obstante reconocerse su carácter internacional, en realidad casi siempre se atribuye a lo que acontece en los Estados Unidos y en un sentido más amplio en las grandes potencias capitalistas. De esto resulta que para la mayor parte de los países del sistema la crisis resulta algo que obedece a factores externos más que a contradicciones internas [...].

Desde luego la actual crisis tiene un innegable ingrediente financiero. Bastaría recordar la inestabilidad monetaria y el desmoronamiento del sistema de Bretton Woods, la inestabilidad cambiaria y las múltiples

⁵⁵ Publicado en Alonso Aguilar Monteverde, Arturo Guillén et al., *Naturaleza de la actual crisis*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 9-44.

severas devaluaciones de casi todas las monedas, la sobrevaluación artificial del dólar, los déficit financieros internos sin precedente, los desequilibrios de las balanzas de pagos, el incontenible endeudamiento interno y externo y el cada vez más oneroso servicio de esas deudas debido a la inflexibilidad y el alto interés de los créditos, para convenir en que la crisis financiera por sí sola muestra una extrema gravedad [. . .].

Con frecuencia se atribuye la crisis a una política económica determinada, es decir, a la línea de acción concreta seguida por ciertos países en un marco estratégico preestablecido [. . .] y desde posiciones diversas, la actual crisis suele asociarse al <agotamiento> de un modelo de acumulación.

El que esto escribe no considera especialmente útil el concepto de <modelo>, porque piensa que puede sustituirse con indudables ventajas por ciertas categorías históricas más rigurosas, más ricas en contenido y más útiles para el análisis teórico de un fenómeno como la crisis. Pero independientemente de ello, creo que al margen del alcance que en cada explicación se da al <modelo> que supuestamente provoca la crisis, lo cierto es que es ésta la que vuelve inoperante determinados <modelos>, y no a la inversa [. . .].

La explicación anterior suele coincidir con la de quienes, aun no haciendo expresa referencia a los problemas señalados, consideran que el aspecto central de la crisis, y concretamente de la actual, es la presencia de un ciclo largo de carácter depresivo. En el pasaje ya mencionado de Córdova, éste incluso identifica la crisis global con una <gran depresión> en el sistema.

Según otros autores, visto en una amplia perspectiva histórica, el capitalismo exhibe largas fases de expansión seguidas de ciclos de estancamiento, concretamente en la acumulación de capital.⁵⁶

¿A qué obedecen estos ciclos, o qué es lo que explica que a partir de cierto momento el proceso de expansión —las llamadas fases <A>— tropiecen con insuperables dificultades? Wallerstein considera que la respuesta es la “disparidad entre las determinantes sociales de la oferta y la demanda globales” [. . .].

Y ¿cómo supera el capitalismo los ciclos de estancamiento o depresión, o sea las fases ? Según el autor mencionado, tras intentar es-

⁵⁶ Véase, por ejemplo, Immanuel Wallerstein, “Economic Cycles and Socialist Politics”, intervención en el I Congreso Internacional de Política Económica, Río de Janeiro, del 12 al 17 de agosto 1984.

capar a la crisis tratando de vender a precios más altos que compensen la baja de las ventas, lo que en la práctica lleva con frecuencia a perder dinero más que a incrementar la ganancia por unidad, los capitales recurren a la reducción de costos, principalmente, deprimiendo los salarios reales, a la creación de deudas, sobre todo con los bancos, y a utilizar sólo una parte de su capacidad instalada, lo que sin duda se expresa en un creciente desempleo.

Para autores como Mandel, en cambio, "la economía capitalista internacional atraviesa actualmente la depresión más grave de su historia [. . .]", debido a la combinación de tres procesos: las recesiones (crisis de sobreproducción) se generalizan en el conjunto de los países capitalistas; una <nueva onda larga depresiva> que comienza hacia fines de los años sesenta o principios de los setenta, y los efectos de la <crisis histórica> de más largo plazo <declinación del sistema imperialista>.⁵⁷

Las revoluciones tecnológicas, según Mandel, desempeñan un papel "decisivo" para explicar el carácter prolongado y acumulativo de las <ondas largas>, pero no para explicar su <desencadenamiento>.⁵⁸ La aplicación de las innovaciones al proceso económico permite elevar la tasa de acumulación, pero a partir de una previa restauración de la tasa media de ganancia.

[. . .]

Mas apenas se repara en tales <ondas largas>, surgen explicables dudas: ¿Tienen esos periodos una duración fija determinada? ¿Se puede decir que, como lo sugieren ciertos autores, cada una de sus dos fases requiere de unos 25 años? ¿Existe realmente esta regularidad? ¿Se trata de fases periódicas y recurrentes similares a las del llamado ciclo <corto>, o sea el ciclo económico propiamente dicho? ¿Responden en su caso los ciclos largos a la dinámica o lógica interna del sistema? ¿Rigen sus movimientos los de la acumulación de capital no sólo a largo sino incluso a corto plazo? ¿O se da al menos la correlación señalada por autores como Mandel? ¿Y a la inversa, son el ciclo económico y las contradicciones digamos clásicas del proceso de reproducción lo que explica la duración y el carácter de los ciclos y las ondas largas? ¿Tienen éstas una relación estrecha con el fenómeno histórico mucho más

⁵⁷ Véase Ernest Mandel, "La crise économique du capitalisme contemporain et son influence sur les rapports et institutions politiques et sur la lutte des classes", en *Socialism in the World*, Yugoslavia, núm. 42, 1984, p. 22.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 24-25.

vasto de la crisis general, o más bien su duración está preestablecida y podemos ya anticipar, como lo hacen Wallerstein y otros, que hacia 1990 superaremos la actual crisis al abrirse una nueva larga fase de expansión?

Parecería, en primer lugar, simplista e inaceptable sostener que las <ondas largas> tienen una duración determinada. Y para demostrarlo bastaría recordar que ni las guerras, las revoluciones tecnológicas y ni qué decir de las revoluciones sociales, se producen conforme a planes y calendarios elaborados de antemano. Esto significa que la duración de tales procesos suele ser muy variable y que incluso un hecho grave inesperado puede modificar súbitamente la situación y poner fin o dar principio a un estado de cosas muy diferente del que privaba la víspera.

Tampoco creemos que las ondas largas sean fenómenos que se registren regularmente y de manera cíclica, o sea recurrente, como acontece con el ciclo económico [. . .].

[. . .]

La contradicción advertida por Lenin de que la competencia monopolista tiende por una parte a hacer crecer el capital incluso más de prisa que en la fase premonopolista, y a la vez el monopolio tiende al estancamiento, podría ayudarnos a entender la creciente inestabilidad y también la dirección en que, a largo plazo, se mueve el capitalismo. Por ello, lo que queremos subrayar es más bien que los llamados ciclos largos no son periódicos ni tienen en tal sentido una regularidad comparable a la del ciclo económico, como expresión de la duración del capital fijo [. . .].

En cuanto a la relación de unos ciclos y otros y su influencia en la acumulación de capital, parece obvio que un análisis riguroso del proceso económico y en un sentido histórico de la crisis misma, debiera tomar en cuenta los factores que condicionan su desarrollo, a corto y largo plazos, y la forma en que interactúan. Pero ello, no como un co-tejo formal de conceptos diferentes, sino como expresión del modo real como se desenvuelven y relacionan entre sí, en cada fase y aun en cada etapa del desarrollo [. . .].

La crisis cíclica

Para algunos, la crisis cíclica sigue siendo una crisis <clásica> de sobreproducción. Yo difiero de este punto de vista [. . .] porque creo que

las crisis clásicas de sobreproducción correspondieron sobre todo a la fase premonopolista o incluso a la época imperialista anterior a los años treinta. Aun si consideráramos —y esto es muy discutible— a la crisis que se inicia en 1929 como una crisis <clásica> sería más difícil atribuir tal carácter a la de 1974-76 o a la que comienza en 1980.

¿Por qué pensamos que éstas no son ya crisis <clásicas>? Por múltiples razones: porque se registran con mayor frecuencia que antes, o sea porque el ciclo se ha acortado grandemente debido al agravamiento de la contradicción fundamental, al peso creciente de la maquinaria y el equipo en el capital fijo, y a que las tasas de depreciación y obsolescencia son casi siempre superiores a las que corresponden a los coeficientes de desgaste físico del capital; porque las fases de recuperación son más cortas, inestables y vacilantes; porque la fase recesiva o depresiva es menos intensa y se expresa más que en una sobreproducción propiamente dicha de mercancías en una persistente sobreacumulación de capital, y acaso sobre todo porque en la recuperación y aun en el auge el desempleo sigue siendo masivo y elevado y durante la recesión no sólo no bajan los precios a la manera clásica, sino que incluso se acentúa o al menos persiste la inflación, la que en realidad va adquiriendo un carácter crónico. Y todo ello, además, se produce no ya en respuesta solamente al mecanismo más o menos espontáneo del mercado y de los precios, sino a partir de la regulación propia del capitalismo monopolista de Estado, en una fase muy avanzada de la crisis general.

Todo esto, sin embargo, no significa que la crisis cíclica pierda importancia o que, como pretenden algunos autores, su movimiento se subordine al carácter de la fase correspondiente del ciclo largo. A estas horas, por ejemplo, es ya claro que quienes anticipaban que el sistema caería en el estancamiento o subrayaban que el signo principal de esta etapa sería una larga e inevitable depresión, se han equivocado de nuevo, pues si bien la tendencia al estancamiento está presente, ella es sólo uno de los extremos de una contradicción propia del capital monopolista. Y si bien la fase de recuperación que se inicia en 1983 está dejando ver rasgos que dan cuenta de que más que el inicio de una nueva expansión de largo alcance, parece un repunte limitado, inestable y desigual, que incluso no se generaliza siquiera en los países capitalistas industriales, coincide además con el agravamiento de la crisis en los países subdesarrollados, los que ahora tienen que enfrentarse en condiciones muy desfavorables tanto a esa crisis como al saqueo imperialista, a las con-

secuencias de las medidas con que los países imperialistas intentan salir de ella y estabilizar sus economías, sin importarles que las pesadas cargas del reajuste caigan sobre los países económicamente más atrasados y débiles.

[...] el dispositivo a través del cual el sistema desvaloriza y reestructura cíclicamente el capital modifica los términos en que se reparte la plusvalía y la base técnico-material de la producción al menos en ciertas actividades, elimina fracciones débiles del capital mientras refuerza otras y a la postre consigue con todo ello restablecer la tasa de ganancia, renovar el capital fijo y abrir una fase de recuperación y crecimiento que, aun siendo débil y de corta duración, da cuenta de que la recesión previa, en este caso la de 1980-82, fue suficientemente larga y severa para crear las condiciones que hicieron posible el crecimiento de la economía sobre todo en los Estados Unidos y en menor medida también en otros países en 1983-84.

La crisis actual, como una de largo plazo

Por encima de disquisiciones que incluso pueden resultar semánticas, lo que parece indudable es que el capitalismo atraviesa por una crisis de largo plazo, similar a otras que lo afectaron en ciertos momentos de su historia y a la vez con rasgos específicos que es necesario distinguir y situar con precisión. Esta crisis afecta el funcionamiento del sistema en sus bases mismas. Es decir, tanto la estructura productiva como las relaciones de producción y de distribución y las relaciones entre ambas, al sistema monetario-financiero, las relaciones entre países y la existente división internacional del trabajo y desde luego al Estado, su política y la estructura social y la lucha de clases.

Los desequilibrios propios de esta crisis de largo plazo resultan en parte del nuevo régimen de funcionamiento del ciclo económico, pero en parte a la vez expresan problemas más permanentes y cuyo alcance rebasa el marco del ciclo, como ocurre por ejemplo hoy con la inflación, el desempleo, el armamentismo y el carácter cada vez más parasitario del capitalismo.

En el surgimiento y desarrollo de estas crisis de largo plazo desempeña un papel principal el cambio tecnológico, pues en realidad no sólo son ciertos avances en tal sentido los que, ligados a la elevación en la composición técnica y orgánica del capital, afectan la tasa de ganancia y

llevan a la crisis, sino que esos cambios también son los que la agravan y los que a través de cuantiosas pérdidas resultantes de una dura competencia permiten desvalorizar y destruir parte del capital en operación, mientras otras fracciones siguen presentes e incluso se fortalecen y afirman su posición monopolista dominante [. . .]. Pero el cambio tecnológico profundo y que adquiere un rango cualitativo diferente, lejos de ser un hecho aislado o una variable independiente de la que dependa el proceso de acumulación, resulta de un lado de las propias contradicciones de éste y de la posibilidad de superarlas no por medios meramente técnicos, sino a través de la lucha de clases y del enfrentamiento a contradicciones tan irreconciliables como las que provocan las guerras y las revoluciones y que se desenvuelven en lapsos más prolongados que los de las crisis.

Ahora bien, las crisis de largo plazo aparte de no ser, por definición, pasajeras sino persistentes, no son tampoco permanentes ni menos aún catastróficas o mortales para el capitalismo [. . .] y por eso a nuestro juicio no se les puede ver tan sólo como largas y profundas depresiones a las que sucederían prolongadas fases ascendentes, pues el capitalismo no tiene esa dinámica pendular. Más bien son hechos que dejan ver una creciente inestabilidad que no logra superarse a la manera tradicional.

Ahora bien, al apreciar la dinámica y la problemática propia de las crisis de largo plazo y advertir no sólo las vicisitudes de la tasa de ganancia y la forma incluso violenta en que cada fracción del capital monopolista intenta llevarse la mejor parte de aquélla, sobre todo cuando descende, sino la forma en que tales hechos contribuyen a extremar la inestabilidad del proceso de acumulación y de desarrollo capitalista en su conjunto, se sugiere a menudo que ello es así porque, en realidad, lo distintivo y más importante de la actual crisis es que se trata de una que afecta todo el <modo> o sistema de regulación, y que es precisamente la ineficacia de éste lo que determina la profundidad y la persistencia de la presente crisis.

Algunos piensan al respecto que si la actual crisis es estructural, afecta por tanto a todo el funcionamiento del sistema, lo que significa que no escapan a ella los mecanismos de regulación. De ahí que desde tal perspectiva podría decirse que la ineficacia de aquéllos es tan sólo un aspecto de la crisis estructural. Para otros, en cambio, el concepto <crisis estructural> es inadecuado y no explica satisfactoriamente el hecho de

que es el <modo> de regulación, o sea, el sistema mismo, el conjunto de factores objetivos que contrarrestan el agravamiento de la contradicción fundamental y aseguran la continuidad de la acumulación de capital, lo que básicamente entra en crisis.

En explicaciones como la de Gérard de Bernis y el grupo de economistas de Grenoble, quienes aceptan sin duda que la actual crisis es de largo alcance, el concepto de crisis estructural es impreciso y no da cuenta con suficiente claridad de que lo que está en crisis es el <modo> de regulación, entendido para ellos como la articulación misma de las leyes de la ganancia, articulación que deja de estar presente a partir del momento en que se rompe la <estabilidad estructural> del proceso de acumulación, porque no operan ya con eficacia las fuerzas que contrarrestan la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y las que determinan la tendencia a la igualación de ésta, y por tanto el reparto de la plusvalía entre los capitalistas, que antes hizo posible superar las contradicciones más graves y asegurar el desarrollo más o menos estable de la acumulación.⁵⁹

[. . .] la actual crisis no sólo afecta al <sistema de regulación>, o sea la forma específica en que se intenta asegurar el desarrollo más o menos estable de la acumulación, sino al modo de producción capitalista en su totalidad y por tanto a cada una de las formaciones sociales concretas en que ese modo de producción opera en nuestro tiempo.

[. . .]

Evidentemente —señala al respecto el economista de la RDA, Günter Krause, cuya posición coincide en lo fundamental con la de otros autores de su país— ni la depreciación y destrucción del capital ni el mecanismo de regulación del capitalismo monopolista de Estado son capaces de establecer un equilibrio entre el movimiento de la tasa de ganancia y la acumulación de capital. Por lo visto, no es posible poner en acción fuerzas impulsoras más poderosas para el crecimiento económico. A ello obedece que el ritmo de desarrollo económico sea notoriamente menor que el de periodos anteriores [. . .].⁶⁰

⁵⁹ Véase Gérard de Bernis, "La crise des économies avancées comme crise du mode de régulation des économies capitalistes", ponencia presentada al Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas y publicada en *La fase actual del capitalismo*, México. UNAM-UAM Iztapalapa-Editorial Nuestro Tiempo, 1985, pp. 104-137.

⁶⁰ Günter Krause, "Sobre los procesos de crisis en el imperialismo actual", ponencia presentada al mencionado Seminario de Teoría del Desarrollo de la UNAM, México, diciembre de 1983.

Esto demuestra que la acumulación sólo es hoy viable a través de crisis cada vez más profundas, o sea de una creciente inestabilidad que se expresa en una "crisis en los instrumentos y formas de la regulación monopolista de Estado [...]".

Al margen de las discrepancias que puedan advertirse en los planteamientos anteriores, en nuestra opinión hay dos aspectos fundamentales del problema en torno a los cuales probablemente habría mayor acuerdo: uno es que la actual crisis, como vimos, es sin duda estructural, o sea un fenómeno de largo alcance y desde luego no meramente un desajuste cíclico.

El otro aspecto es que por regulación entendemos no sólo el empleo de ciertos instrumentos o determinadas políticas, sino el mecanismo de operación de las leyes económicas y la relación entre ambos y, en un sentido más profundo, el sistema conforme al cual el capitalismo intenta asegurar la continuidad del proceso de acumulación en cada etapa de su desarrollo, la crisis sería sin duda también una crisis del sistema de regulación en esta etapa de la crisis general y del CME.⁶¹ Visto así el problema, más que ser idénticas o por el contrario excluyentes, la crisis estructural y la de regulación, podría pensarse que aquélla resulta en cierto modo de ésta y que a la vez contribuye dialécticamente a que el sistema de regulación opere cada vez con menor eficiencia. En una perspectiva más amplia, por otra parte, ambas se insertan en el marco histórico de la crisis general del capitalismo [...].

[...] conviene subrayar que la clave de la crisis de regulación, entendida como fenómeno de largo alcance, a nuestro juicio, más que resultar directamente de la caída de la tasa de ganancia, del nivel de ésta y de la incapacidad para repartir la plusvalía conforme a la tendencia a la igualación de esta tasa, expresa la profunda alteración que sufren la ley del valor y de la plusvalía en la presente etapa del CME, es decir, en una en la que el proceso de acumulación no se desenvuelve ya en forma más

⁶¹ A propósito de la regulación y de alcance, el economista de la RDA, Dieter Klein, comenta: "En realidad, el mecanismo de operación de las leyes económicas (o mecanismos de regulación) tiene dos aspectos insuperables entre sí, los cuales forman una unidad contradictoria: 1) las leyes económicas que existen independientes de la voluntad y conciencia del hombre y que provocan forzosamente la acción de los sujetos económicos, y 2) la acción económica de los actores económicos y de las clases, así como los instrumentos de esta acción que incluyen la política económica del Estado imperialista." "La concepción del mecanismo de regulación en el capitalismo, según Marx", publicado en la revista del Instituto de Política y Economía Internacionales, núm. 3, 1983. A nuestro juicio debiera, como segundo elemento, aludir a la política del Estado, sea ésta o no imperialista.

o menos estable ni siquiera cuando hay una alta tasa de ganancia, que por lo demás no es ya una tasa media que beneficie proporcionalmente al capital en su conjunto, sino que es en gran medida apropiada, en parte incluso por medios extraeconómicos, por los más poderosos monopolios trasnacionales, a costa no sólo del capital no monopolista sino de importantes fracciones del propio capital monopolista.

El solo hecho de que para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia se recurra cada vez más a intensificar la explotación de los trabajadores tanto en los países capitalistas avanzados como en los subdesarrollados, explica por qué las tasas altas de ganancia de ciertas fracciones del capital monopolista con frecuencia se expresan en una creciente inestabilidad económica y aun social y política, y no en el desarrollo estable de la acumulación de capital y del conjunto de la economía capitalista.

[. . .]

En parte ello es así no sólo porque los precios estatal-monopolistas se divorcian crecientemente de sus valores, sino porque el CME impide en general los movimientos de los precios a la baja incluso cuando la productividad aumenta y durante la recesión, lo que de paso se vuelve un estímulo permanente de la inflación.⁶²

Todo esto, en un régimen en que el proceso de reproducción en su conjunto se desenvuelve cíclicamente [. . .] y se subordina por tanto al móvil de lucro, explica por qué —como observa Pervsner— resulta tan difícil mantener la proporcionalidad de la producción y el consumo, entre la oferta y la demanda y entre el capital fijo y el circulante y otros componentes, así como la interacción estable de aquéllos en las diversas fases del ciclo del capital, a saber: capital productivo, capital-mercancía y capital-dinero.⁶³

[. . .]

Y ante el hecho innegable de que la regulación estatal-monopolista no basta para que la economía crezca en forma satisfactoria, la macroeconomía empieza —especialmente en los Estados Unidos de Reagan—, a ser sustituida por enfoques microeconómicos de tipo neoclásico, según los cuales el Estado debe replegarse, limitar su intervención, aligerar su

⁶² Véase Y. Pevsner, *State Monopoly Capitalism and the Labour Theory of Value*, Moscú, Progress Publishers, 1982, p. 275.

⁶³ *Ibid.*, pp. 166-167.

burocracia y dejar que el capital monopolista privado restablezca la capacidad del mercado para que éste y el sistema de precios estimulen la inversión e impulsen de nuevo la producción y el nivel de empleo. Mas lo cierto es que ni una ni otra terapéutica logran su propósito. Lo que comprueba lo antes dicho de que si bien no se han agotado totalmente las posibilidades del CME, éste tropieza con dificultades cada vez mayores y aunque en los dos últimos años hay una recuperación cíclica, ni la variante estatista ni la neoliberal que exagera las virtudes de los monopolios privados parecen capaces de abrir una nueva larga fase de expansión.

La crisis general

El capitalismo de hoy no es el de hace un siglo o siquiera el de los años de la Segunda Guerra Mundial. Si bien no ha dejado de crecer económicamente, aunque desde luego en forma desigual y cada vez más inestable, de ser un sistema universal en ascenso que hasta 1917 operó sin la competencia de ningún otro, ahora es sólo uno de los dos sistemas en que la sociedad se ha dividido, un sistema sin duda todavía poderoso y capaz de seguir creciendo pero minado por sus profundas contradicciones internas y que, consciente de que la historia no está de su lado y de que por tanto el futuro ya no le pertenece, se empeña obstinadamente en impedir el progreso, el cambio, la transformación social, no mediante una política que ofrezca una opción racional digna de tomarse en cuenta, sino a partir de posiciones cerradas y reaccionarias que intentan detener el curso de la historia por la fuerza, que se oponen a las leyes del desarrollo social con las armas y que consideran incluso que ante el peligro de que la humanidad avance hacia la revolución y el socialismo, es preferible la preservación del orden establecido así sea el más injusto, la defensa del *statu quo*, la privación de la libertad, la violación de cualquier derecho, la agresión abierta a otros pueblos y aun la guerra nuclear y el exterminio de buena parte de todo lo que el hombre ha creado hasta ahora.

[. . .]

De no situar nuestro examen en la perspectiva de la crisis general veríamos [. . .] la economía, pero no la política y menos la estrecha y dialéctica relación que hay entre una y la otra, y sobre todo, tendríamos una imagen unilateral incompleta de los dos problemas actuales del capitalismo; careceríamos de una visión propiamente universal y escaparía

a nuestro horizonte la contradicción principal de nuestra época, o sea la existente entre el capitalismo y el socialismo, en una fase en que el fortalecimiento de este sistema y el avance desigual y no exento de tropiezos, vicisitudes y aun derrotas dolorosas, pero a la vez firme, inconfundible y en un sentido profundo irreversible de la lucha revolucionaria y el socialismo, vuelven a esa contradicción el eje del proceso histórico en nuestro tiempo.

Si bien la lucha de clases en los países capitalistas más poderosos deja todavía mucho que desear y muestra que los trabajadores siguen en gran parte ideológica y políticamente sometidos a la burguesía y aun a posiciones imperialistas del todo inaceptables, en la presente crisis se generan conflictos obrero-patronales y situaciones nuevas que no debieran menospreciarse, se advierte mayor conciencia crítica acerca del papel del capital trasnacional y sobre todo tiene innegable importancia la movilización popular contra el armamentismo y la guerra, que claramente deja ver que si bien sobre todo el imperialismo norteamericano y en mayor medida también el de los otros países de la OTAN intensifican la carrera armamentista y refuerzan el militarismo, los pueblos se pronuncian por la paz y expresan, a este nivel, su profundo desacuerdo con las clases en el poder en sus respectivos países, lo que sin duda es una nueva y significativa manifestación de la contradicción capital-trabajo.

A estas horas es claro que los trabajadores empiezan a cobrar conciencia. Y aunque muchos de sus dirigentes se muestran vacilantes y siguen sometidos a las líneas burguesas, la inconformidad de aquéllos es creciente. Los trabajadores comienzan a comprender que el imperialismo les impone condiciones inaceptables y que aun renegociadas las deudas externas de los países más endeudados, éstos no podrán pagar mientras impere un sistema de relaciones económicas internacionales tan desfavorable como el actual.

Aun en países latinoamericanos y de Asia y África en que la lucha de clases es todavía débil, la presente crisis ha mostrado que los pueblos rechazan las posiciones que el imperialismo pretende imponerles. Las propias burguesías de esos países, aun careciendo de vigor, de capacidad y de independencia para ofrecer una alternativa antimperialista nacional y popular, expresan a menudo sus desacuerdos con las posiciones del capital financiero internacional y sobre todo norteamericano, como por ejemplo lo han revelado las recientes reuniones económicas latinoamericanas de Quito, Cartagena y Mar del Plata. Y sobre todo la

clase obrera, la pequeña burguesía y las capas medias radicalizadas se oponen abiertamente a la política de corte monetarista que el Fondo Monetario Internacional y el Estado ponen en marcha y que fundamentalmente intenta salir de la crisis intensificando la explotación de los trabajadores.

[...]

Lo que acontece hoy en Nicaragua, en El Salvador y en Guatemala, lo que ocurrió hace un año en Granada; lo que sucede en Chile, Uruguay y otros países latinoamericanos, y también en el Cercano y el Medio Oriente y otras regiones, comprueba no sólo que la presente crisis es, además de económica, social y política, sino que el imperialismo se empeña a toda costa en privar a los pueblos de su libertad e independencia, así sea interviniendo ilegalmente en sus asuntos internos y aun echando mano de la agresión armada. Y lo que subyace, además, a tal política es un drenaje constante de recursos, en parte provocado por el capital extranjero y en parte por la propia burguesía nacional, la que con frecuencia prefiere también mantener sus excedentes en los bancos de otros países, en vez de invertirlos en el propio.

[...]

Acaso como nunca antes la riqueza se concentra en unas cuantas grandes potencias, con los Estados Unidos a la cabeza. Y mientras tanto los países del Tercer Mundo no sólo no avanzan, sino que a menudo retroceden y son víctimas de la inflación, el desempleo, los bajos precios de sus exportaciones y toda clase de desajustes internos y externos [...].

La respuesta de las burguesías nacionales en los países subdesarrollados no cambiará esencialmente las cosas. Si algo comprueba la actual crisis es que, sin menoscabo de la responsabilidad fundamental que toca al imperialismo en los desequilibrios y las deformaciones socioeconómicas de esos países, las oligarquías locales tienen también mucho que ver en ellos. La forma en gran medida improductiva de usar el excedente y la tendencia cada vez más clara a enviar al extranjero —en lo que ya es un drenaje crónico— cuando más se requiere en los países de los que ese capital procede, bastaría para señalar lo grave de esa responsabilidad.

Y si el imperialismo se opone incluso a reformas que en otros tiempos la propia burguesía impulsó, pero ahora se consideran subversivas e inaceptables, lo que ocurre frente al socialismo es todavía más revelador de la incapacidad del viejo sistema para aceptar la coexistencia

pacífica y el trato respetuoso con países que empiezan a dejarlo atrás e incluso a decidir el curso de la historia. En el plano económico, aunque a menudo no sin contradicciones inevitables, el imperialismo trata desde hace años de estorbar de múltiples maneras el crecimiento y la integración de la comunidad socialista. Ideológicamente mantiene que el socialismo es totalitario y que priva a los pueblos de su libertad e iniciativa. Y política y militarmente —y como se sabe la acción militar no es sino un medio de hacer política—, busca desestabilizar a ciertos países y promueve la carrera armamentista hasta extremos que ponen al mundo al borde de la guerra.

EL CAPITALISMO LATINOAMERICANO EN LA APRECIACIÓN DE LA REALIDAD DE HOY⁶⁴

[. . .]

La recomposición del capital monopolista nacional, el fortalecimiento de ciertos grupos privados que se orientan crecientemente hacia el exterior, a costa de otros que han perdido significación y desde luego del capital no monopolista, señala un cambio que (en Latinoamérica) no debiera pasar inadvertido y lo mismo acontece con la cada vez más estrecha relación de algunos de esos grupos con el capital extranjero, la creciente importancia y las nuevas formas de funcionamiento de éste, el que, ante el repliegue del Estado, la venta de empresas públicas y aun el abandono de campos fundamentales que ahora se dejan a la empresa privada, empieza a operar incluso en áreas estratégicas que hasta hace poco estuvieron vedadas a los extranjeros.

O sea que si bien la crisis sigue siendo un tenaz obstáculo al desarrollo latinoamericano, las condiciones en que se expresa suelen ser muy diversas de un país a otro, como es también desigual el grado de desarrollo en la región y la medida en que la propia crisis y la política en boga contribuyen a crear situaciones nuevas, que si bien no logran cristalizar en altas tasas de acumulación de capital y rápidos y más estables ritmos de crecimiento de las economías, entrañan cambios y, al menos en ciertos países, crean situaciones que es necesario comprender a fon-

⁶⁴ Fragmento de "Reflexiones sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy", en *¡Hagamos cuentas... con la realidad!*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1991, pp. 9-20.

do y tomar en cuenta como expresión de una nueva realidad que obliga a responder a ella también de nuevas maneras [...].

Lo que ahora se requiere es [...] entender cuáles son los nuevos ejes en torno a los que se producen los principales cambios y qué contradicciones expresan, y sin negar que en ciertos casos empiezan a lograrse algunos avances económicos, también se agravan viejos y nuevos problemas sociales, se vuelve más desigual el reparto de la riqueza y el ingreso y no se ve cómo, de esa manera y a partir de una política "neoliberal" de corte fondomonetarista, puedan nuestros países fortalecer sus bases nacionales, preservar su soberanía y afirmar su independencia, hacer posible su integración regional y asegurar a sus pueblos un nivel de vida digno.

Y si ello es realmente así, tendríamos que entender también a qué obedece que una situación tan adversa y una política tan perjudicial para los intereses nacionales y populares, incluso en países en los que cayeron viejas dictaduras militares y se han hecho ciertos avances democráticos, los pueblos no hayan sido hasta ahora capaces no sólo de forjar líneas de acción alternativas y de contribuir de otras maneras a que las cosas cambien, sino incluso de oponerse eficazmente al desplome de sus niveles de vida a consecuencia de la inflación, el desempleo, la mayor explotación, las llamadas políticas de "choque"; los conservadores, parciales y extranjerizantes programas de "ajuste" y la creciente dosis de ilegalidad y violencia en nuestras sociedades [...].

CRISIS DEL SOCIALISMO⁶⁵

[...]

Quienes piensan que el socialismo ha muerto o que al menos vive una crisis definitiva sin posible solución consideran que, si hemos de ser realistas, debiéramos admitir que el capitalismo no es sólo el mejor sino el único de los mundos posibles. Desde luego yo no comparto esta posición catastrofista, según la cual el futuro sólo nos reserva capitalismo, explotación y desigualdad. Creo incluso que más que ante el fin de la historia, entendido como el fracaso y la inviabilidad del socialismo y

⁶⁵ Véase Alonso Aguilar M., "Reflexiones sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy", en *Hagamos cuentas... con la realidad!*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1991, pp. 104-126.

la demostración de que el capitalismo, el capitalismo de carne y hueso que hoy padecemos, es lo único viable y aun la estación terminal de la historia, nos acercamos, aunque desde luego no fácil, rápida ni linealmente, sino de manera accidentada, lenta y aun penosa, al fin de la prehistoria, o sea de los regímenes brutales cuya prosperidad se basa esencialmente en la opresión, la miseria de las grandes masas y la violación a los derechos y libertades que una comunidad internacional civilizada y democrática debiera respetar.

La comprensión de la crisis que vive el socialismo es algo que sin duda nos importa, pues es parte de la realidad. A nuestro juicio no tienen razón quienes piensan que lo que ahí ha acontecido es ajeno a nuestros problemas o que sólo debiera interesarnos en la medida en que los países de Europa del Este puedan ser ahora centros que atraigan a la inversión extranjera privada y que, por tanto, compitan con Latinoamérica. Y tampoco tienen razón quienes creen que la desaparición y el debilitamiento del socialismo en varios países frenarán y aun harán imposible nuestro desarrollo.

Lo primero que se debe entender es el alcance de lo que ha pasado en los países socialistas. En nuestra opinión se trata de una profunda crisis, de una crisis de significación histórica indudable, cuyo saldo hasta ahora ha sido nada menos que la desaparición de un Estado como fue la RDA y su anexión —más que unificación— a la República Federal de Alemania; la caída de regímenes dictatoriales como en Rumania; la presencia de fuerzas no sólo antisocialistas, sino que incluso no ocultan su interés en volver al capitalismo, sobre todo en Polonia y Hungría, pero que se advierten también en otros países, y el profundo cambio que la perestroika, la gestión encabezada por Mijail Gorbachov y las posiciones y exigencias de otros grupos hicieron posible en la URSS, y que si bien puede significar importantes avances en el intento de dar vida a posiciones y prácticas revolucionarias, puede también implicar nuevas desviaciones, graves problemas y serios retrocesos. O sea que aun rechazando explicaciones simplistas como las de que en tales países nunca hubo socialismo o que si lo hubo fracasó y ha sido destruido, lo cierto es que tales países son ya lo que fueron y están viviendo procesos de cambio de tal magnitud que no sería exagerado decir que incluso son el fin de una época histórica y, a la vez, el inicio de una nueva.

Esto, sin embargo, no debiera hacernos olvidar que, pese a las crecientes dificultades con que tropieza el socialismo en Europa, y aun

aceptando que no será fácil para otros países escapar a ellas, las cosas en China, Vietnam y Cuba son diferentes, pues están experimentando también importantes cambios y reclaman ser examinados con otros criterios, desde otras perspectivas y a partir de sus propias realidades.

Desbordaría, desde luego, lo que aquí pretendemos y lo que está a nuestro alcance intentar explicar qué fue lo que determinó la difícil situación de lo que hasta hace muy poco se consideró la comunidad socialista. Pero, brevemente, podrían señalarse tres tipos de factores que influyeron en la crisis del socialismo y que por haber sido, a la vez, hechos y fuerzas políticas en acción, forman parte de la realidad que tratamos de entender y que, querámoslo o no, condicionará el desarrollo latinoamericano y del Tercer Mundo en su conjunto.

Confrontación, anticomunismo y guerra fría

El primero está estrechamente ligado a la confrontación entre los dos sistemas, a la guerra fría y a las múltiples presiones que las grandes potencias ejercieron para impedir el avance del socialismo.

Desde el momento mismo en que triunfa en Rusia la Revolución de Octubre, el capitalismo responde con una abierta hostilidad, que va desde la constante tergiversación y la insidiosa propaganda anticomunista de todo tipo, hasta el sabotaje, las acciones terroristas y aun la invasión armada. Y a medida que, pese a los enormes obstáculos a superar, avanza la URSS, para los grandes imperios occidentales se convierte en el principal enemigo a combatir, estrategia que en la Segunda Guerra Mundial culmina en la invasión del nazismo alemán y el propósito de destruir, en definitiva, al nuevo sistema.

Los daños causados a la Unión Soviética por cuatro años de guerra, tanto en riquezas materiales como en vidas humanas, fueron enormes. De hecho destruyeron buena parte de lo que, en un proceso ejemplarmente rápido y en lo fundamental exitoso de industrialización, se había construido. Y apenas terminado el conflicto, la guerra fría encabezada por Churchill y Truman obligó a hacer cuantiosos gastos militares que a menudo impidieron atender necesidades sociales y económicas básicas y afectaron negativamente el proceso de desarrollo.

La carrera armamentista significó una carga especialmente pesada para la economía soviética y la hostilidad imperialista nunca dejó de estar presente, aunque sus formas de expresión cambiaran. Esto quiere

decir que antes de la Segunda Guerra Mundial, durante y después de ella, los países socialistas vivieron de manera ininterrumpida una desgastante confrontación —económica, ideológica, política y militar— con las potencias capitalistas que constituyó un escollo de mayor dimensión y mucho más difícil de superar de lo que se creía.

Ahora es claro que no se comprendió la medida en que tal confrontación, y concretamente el gasto en armamento, afectaría a la Unión Soviética. El hecho de que, en un momento dado las fuerzas militares de ese país y de los Estados Unidos alcanzaran niveles similares se vio como expresión de que la URSS había logrado un desarrollo económico y tecnológico que le permitiría mantener esa posición. Pero los hechos empezaron a demostrar que ello no era así; que en tanto la carrera armamentista —cuya irracionalidad nunca estuvo en duda— para el capitalismo, sobre todo norteamericano, era en cierto modo un estímulo a la demanda y un factor de impulso al crecimiento, para la Unión Soviética fue una exigencia y un elemento de presión que obligaba a sustraer cuantiosos recursos que se requerían tanto para aumentar la inversión productiva como, sobre todo, para elevar y diversificar la producción de bienes de consumo que la población reclamaba.

Y probablemente tampoco se comprendió el verdadero alcance de otros aspectos de la confrontación y, en un sentido más profundo, de la contradicción capitalismo-socialismo. Se menospreció, por ejemplo, la capacidad del capitalismo para incorporar los nuevos aportes de la ciencia y la tecnología para internacionalizar la vida económica y para actuar conjuntamente los países industrializados, pese a sus desacuerdos y contradicciones secundarias; se menospreció, además, la capacidad del viejo sistema para difundir y hacer valer su ideología y para confundir, desorientar y aun ganar posiciones antisocialistas en millones de personas, incluso en los propios países de Europa del Este; y debido a un incorrecto análisis de la crisis capitalista, y desde luego de la problemática y las limitaciones reales del socialismo, se tendió a pensar que dicha crisis debilitaría a tal punto al capitalismo que éste sería rápidamente rebasado por el socialismo, que a su vez se volvería el hecho de mayor influencia en el desarrollo de la sociedad. Esto, a la postre, no fue así y dejó ver problemas del socialismo que no fueron oportuna y seriamente examinados, ni menos resueltos.

Algunos piensan que, por fortuna, la guerra fría ha concluido, que el capitalismo resultó la parte triunfante y que a partir de aquí cambia to-

talmente la situación internacional, gana terreno la distensión y pierde sentido la confrontación Este-Oeste. A nuestro juicio tal posición es incorrecta. Y si bien no es deleznable que surja un clima más propicio para el desarme y la paz y es comprensible que donde el socialismo desaparezca o se debilite grandemente, el imperialismo tenga una posición menos beligerante, donde, en cambio, el socialismo se refuerce o la lucha revolucionaria, incluso no socialista, cobre impulso, la contradicción capitalismo, y sobre todo imperialismo-revolución, que en rigor fue siempre la dominante en la estrategia de la confrontación y de la guerra fría, seguirá presente y aun se acentuará, sin importar el punto cardinal en que se produzcan tales hechos.

Limitaciones, fallas y errores

El segundo conjunto de factores que explica la crisis del socialismo tiene que ver con las limitaciones, las fallas y los errores propios de las condiciones históricas en que surge y se desenvuelve el socialismo a partir de 1917. La revolución no triunfó en los países capitalistas más industrializados, sino en uno grande y potencialmente rico, pero a la vez relativamente atrasado y sin tradición democrática, como Rusia. Aun después de ese triunfo la revolución no se extendió, como en un momento dado pareció que ocurriría, concretamente en Alemania. Y a consecuencia de ello la etapa en la que el socialismo se implanta y desenvuelve en un solo país, asediado por un poderoso enemigo, resulta larga y muy accidentada.

La democracia, que siempre se supuso inseparable del socialismo, tropezó con grandes dificultades y aun fue a menudo sacrificada. La relación democracia-socialismo nunca fue, como pensaba Lenin, fácil, y más desarrollo no significó en la práctica necesariamente más democracia, sino a veces lo contrario. Esto desde luego no quiere decir que, como asegura el enemigo, en la URSS y otros países sólo hubiera regímenes totalitarios. Si bien el stalinismo fue en muchos aspectos evidentemente antidemocrático y aun responsable de disposiciones, abusos y crímenes que hoy causan una explicable consternación, no sólo en la URSS, sino en países en donde la transformación social fue también profunda, el socialismo propició, en más de un sentido, grandes avances democráticos e hizo posible el acceso de nuevas fuerzas sociales al poder, a la educación, a la salud y, en resumen, a la dirección de la economía y a mejores

niveles de vida. Y todo eso fue democrático, como incluso lo fue el clima en que se producen los inesperados cambios del último año en Europa del Este, y en el último quinquenio en la URSS, que se realizaron con mínimas y aun prácticamente ninguna dosis de violencia. Pero en cambio faltó democracia en el manejo de la información; se limitaron con frecuencia gravemente las libertades de pensamiento, de expresión, de prensa y para viajar; se redujo, fue débil o de hecho no estuvo presente la base democrática de la planificación y se concentró la toma de importantes decisiones en cúpulas burocráticas partidarias y del gobierno, o sea de funcionarios que se alejaron de las bases y aun se opusieron obstinadamente a los cambios que el pueblo exigía.

La sola experiencia en materia de planificación económica ahora dejaba ver claramente que si bien gracias a ella se lograron avances sin precedente, su desarrollo mostró a la vez que se trata de una compleja categoría histórica cuya racionalidad y eficiencia, lejos de ser inherentes a ella, dependen de la acción humana, de la dirección en que se actúe, del nivel de organización y de la capacidad para resolver en la práctica la contradicción centralización-descentralización, ambas necesarias y aun susceptibles de apoyarse mutuamente pero difíciles de realizar y sobre todo de conjugar, y de la medida en que se lograra romper con una burocracia con frecuencia excesiva y rígida y dar a la acción estatal en esa materia una base realmente democrática y participativa, que hiciera posible que los trabajadores intervinieran directamente e influyeran en la conducción del proceso productivo.

La historia y la complejidad de la transición

Y un tercer tipo de factores que en nuestro concepto explican la crisis del socialismo se relaciona con hechos aún más complejos y de mayor alcance, como los siguientes:

Quienes pontificalmente condenan a la historia por tomar caminos inesperados o por desenvolverse de manera distinta a como suponen debiera hacerlo, se apresuran a declarar que el socialismo ha fracasado y que ello no debiera sorprendernos. Olvidan que el propio desarrollo del capitalismo nunca fue fácil y que aun los más serios investigadores se equivocaron muchas veces e incluso no advirtieron siquiera su presencia y menos pudieron prever su curso, el que a menudo no fue el que se esperaba. Aun después de la Revolución Industrial inglesa [...] el papel

de la economía clásica inglesa y su relación, por ejemplo, con el fenómeno capitalista en ascenso, no fueron comprendidos. Y en cuanto a Francia, quien hubiera pensado que el avance social sería fácil tras una revolución tan profunda como la que se inicia en 1789 difícilmente podría entender los altibajos y los retrocesos de los siguientes decenios.

¿Por qué sorprendernos, entonces, de que al abrirse la época del socialismo, sin contar con experiencias previas y teniendo que dar vida a esa nueva sociedad ante tremendos obstáculos, las cosas hayan sido mucho más difíciles de lo que se pensaba? Probablemente muchos tendimos a idealizar la revolución y el socialismo, a creer que se abría una nueva fase en la que el hombre empezaría, en mayor medida que nunca antes, a hacer su propia historia y a decidir racional y libremente su destino; que podría avanzar más de prisa y hacer en unos decenios lo que con formaciones sociales previas requirió siglos. Pero los hechos demostraron que si bien el ritmo del desarrollo se aceleró como nunca antes, a la vez se subestimó la capacidad del viejo sistema y de las clases en el poder en cada país para oponerse al cambio y tratar de cerrar el paso y aun hacer fracasar a esa nueva sociedad.

A sabiendas de que se iniciaba un complejo y nuevo proceso histórico sin contar con una práctica en la que pudiera apoyarse, acaso se tendió también a exagerar el valor de la teoría, sin reparar en que ésta sólo era un bosquejo, no más que una guía inicial —pues sus autores no fueron ni pretendieron ser profetas— que tendría que irse modificando, actualizando y enriqueciendo a partir de nuevas realidades, lo que con frecuencia, sin embargo, no ocurrió.

Ahora advertimos que el proceso de transición es más largo, más difícil y penoso de lo que pensábamos, que incluso los más importantes avances no son permanentes ni irreversibles y que, sin menospreciar su significación, a la luz de los hechos y de los graves problemas hoy presentes, tenemos que reformular y enriquecer la teoría socialista de la transición. Se sabía, desde luego, que ésta apenas había empezado a formularse en los escritos de algunos autores clásicos y que por tanto era sólo el punto de partida en un proceso hasta entonces desconocido. Sería sobre todo la práctica la que, en adelante, aportaría los nuevos elementos que permitieran teorizar, sobre bases más sólidas, en torno a una nueva fase de la historia.

Pero la falta de un examen riguroso, sistemático y crítico de la realidad concreta, de sus problemas y sus cambios, derivó no pocas veces en

el debilitamiento de la teoría y en la tendencia al esquematismo y aun la complacencia. El aporte leninista en torno a la viabilidad del socialismo en un país como la URSS, aun si la revolución no triunfaba de momento en otros, se convirtió a menudo en una hipótesis a comprobar, incluso en una literatura apologética que sugería que lo hecho no adolecía de serias fallas, limitaciones y explicable errores. El complejo y accidentado tránsito del socialismo soviético a la implantación y desarrollo de un sistema socialista internacional se vio en ocasiones como un proceso sencillo, inclusive casi lineal y en continuo ascenso, en que el socialismo maduraba con rapidez y se acercaba, sin tener que vencer obstáculos mayores, al comunismo. Todo esto resultaba en una parcial y aun errónea apreciación de la contradicción capitalismo-socialismo, pues mientras la importancia y los avances de éste se exageraban, al capitalismo se le suponía un sistema en franco declive e inevitable descomposición, que rápidamente era desplazado por el nuevo sistema y era incapaz, en tal virtud, de influir en el curso del proceso social. La influencia, en particular, que ejerció el anticomunismo en múltiples planos tendió a menospreciarse y se le vio como una mera ideología amañada y sin fundamento ni validez alguna y no como la expresión de un poderoso complejo de fuerzas dispuestas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, a impedir o al menos a estorbar cualquier cambio revolucionario que debilitara al capitalismo.

En torno a otros problemas cabría una reflexión similar. Ante lo ocurrido uno podría preguntarse si, concretamente en los países de Europa del Este, era y es hoy viable el socialismo; si en el momento en que éste se implantó había condiciones objetivas y subjetivas que hicieran posible y dieran una sólida base y estabilidad al nuevo sistema, o si más bien éste resultaba del triunfo de la URSS sobre el nazismo, de la ocupación soviética y de la convicción de que a partir de tales hechos, aunque en esos países no hubiese habido una revolución propia suficientemente profunda y que incorporara a las grandes masas, podría realizarse exitosamente dicha transformación.

Y, a la vez, en el necesario reexamen de la problemática de la transición tendría también que llevarse al primer plano el hecho de que, a diferencia y aun en contra de lo que, en un momento dado se pensó que ocurriría —o sea que el socialismo triunfaría primero en ciertos países capitalistas industrializados—, la revolución se abría paso en China, Cuba, Vietnam y otros países económicamente atrasados, en donde la

clase obrera era en general débil, pero en los que había una tradición antimperialista que sin duda contribuyó a movilizar, organizar y unir al pueblo en la lucha por su liberación nacional y social.

La incapacidad del socialismo, sobre todo en los últimos años, para crecer rápidamente y en particular para impulsar un proceso de desarrollo intensivo y ganar la batalla de la productividad, parecería mostrar, entre otras cosas, que no sólo la planificación exhibió serias fallas como mecanismo regulador e impulsor del desarrollo económico, sino que el sistema de incentivos y estímulos no funcionó como, según la teoría, debía hacerlo. Lo cierto es que a menudo los estímulos materiales mostraron serias limitaciones y, lejos de contribuir a afirmar y hacer funcionar mejor el sistema de distribución socialista (a cada quien según su trabajo), resultaron insuficientes e inadecuados y aun contribuyeron a desestimar a quienes trabajan con mayor intensidad, iniciativa y eficiencia. Y en cuanto a los estímulos morales, dado el descuido del trabajo ideológico y los bajos niveles de conciencia propiamente revolucionaria, a menudo tampoco funcionaron como era de esperarse.

Lo ocurrido en tales países en el último año y la fascinación que el consumismo capitalista, la abundancia real de ciertos bienes y aun la engañosa idea difundida sobre todo por una hábil propaganda, de que en el capitalismo incluso el lujo está al alcance de todos, parecen haber ejercido sobre mucha gente, invita a pensar que, lejos de revelar tal situación la presencia de una nueva moral revolucionaria del nuevo tipo de hombre de que hablaba el Che, lo que exhibió fue más bien la persistencia y el peso de viejos valores mercantiles, de viejas ideas y prejuicios, de una moral convencional y aun del móvil de lucro y los mecanismos a través de los cuales funciona.

Un punto más, de obligada reflexión a nuestro juicio, es que el énfasis en las formas y métodos de acción colectiva quizá contribuyó a que no se prestara la debida atención al individuo y la iniciativa individual, sin duda muy importantes, y a que la proyección internacionalista que desde un principio se quiso dar al socialismo y aun la insistencia en ciertas líneas ideológicas generales, ayudaran a menospreciar o dejar de lado el problema nacional y a no darle la máxima atención que, como los hechos han demostrado, reclamaba.

Aun reconociendo que la contribución leninista para crear un nuevo Estado multinacional como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas fue extraordinaria y significó un gran avance en la solución del pro-

blema nacional, ahora se advierte que el desarrollo de ese nuevo Estado se alejó, en realidad, y no aseguró en la práctica la vigencia de principios fundamentales que hicieran de la Unión una de Estados verdaderamente soberanos que de manera voluntaria se asociaban e integraban, para conjugar esfuerzos, apoyarse mutuamente y hacer frente juntos a problemas comunes.

El caso de Alemania, en particular, revela que el problema nacional no se comprendió en toda su complejidad, y que se subestimó la importancia política de la posición adoptada y sostenida por la RFA hasta el final, de que Alemania era una sola nación cuyas fronteras eran las establecidas en 1937, o sea nada menos que en tiempos de Hitler. En la RDA, en cambio, se tendió a ver la cuestión nacional como algo ya superado y secundario frente al carácter socialista e internacionalista del nuevo Estado alemán. Pero en un momento de aguda crisis no fue difícil advertir que el interés nacional seguía presente, que el apoyo de mucha gente al socialismo era menor de lo que se pensaba y que incluso posiciones chovinistas que se creían liquidadas empezaron a expresarse abiertamente y a cobrar fuerza al amparo de la intervención abierta e ilegal, pero a la postre políticamente decisiva, del gobierno de la RFA en los asuntos internos de la otra Alemania.

Lo acontecido en Polonia, Hungría y otros países hasta hace poco socialistas dejó ver claramente que el problema nacional no había sido adecuadamente resuelto, que la contradicción nacionalismo-internacionalismo no se manejó a menudo correctamente y que en vez de que, desde posiciones nacionalistas revolucionarias y a partir de altos niveles de conciencia, se avanzara hacia un genuino internacionalismo humanista y socialista, éste fuera visto en ciertos casos como algo artificial, que a menudo no tomaba debidamente en cuenta y aun reñía con el interés nacional.

Una última cuestión. Si bien siempre se aceptó que el socialismo debía reivindicar y hacer suyos los avances logrados con el capitalismo e incluso aprovechar lo mejor de su legado cultural, la contradicción entre continuidad y ruptura revolucionaria, o sea entre lo que era conveniente y aun necesario preservar y rescatar y lo que era indispensable destruir y rehacer, no fue fácilmente resuelta. Con frecuencia persistieron situaciones e intereses que a la postre fueron un obstáculo al desarrollo y que debieron haber sido removidos, y a la vez se acabó con mecanismos y formas de organización que en el fondo no reñían con el

propósito de impulsar el socialismo. Lo que se había previsto como una dictadura revolucionaria, o sea como un expediente transitorio necesario para preservar el poder de los trabajadores ante enemigos poderosos y dispuestos a emplear la fuerza para reconquistarlo, careció de la calidad revolucionaria que le era esencial y dejó de ser en la práctica una nueva y más profunda forma de democracia, y lo que debió haber sido participación directa y consciente de las masas, a menudo fue sustituido por la intervención burocrática del aparato estatal.

Incluso las libertades que el capitalismo había hecho posibles —y que desde luego en los países de Europa Oriental y Central nunca fueron tan importantes como en algunos países de Europa Occidental—, en vez de tomarse como punto de partida de un proceso que debía ampliarlas y enriquecerlas, se menospreciaron, se restringieron, se cancelaron y se vieron a veces con prejuicios, reserva y hasta antipatía, sin comprender la significación que, desde luego a partir de la ruptura con las posiciones propiamente burguesas, pudieron haber tenido en la lucha por enriquecer la vida democrática. Ejemplos claros de ello se advirtieron en la forma de actuar y en la práctica de ciertos partidos.

Con frecuencia se procedió en la actitud de dar por supuesto que, por definición, el partido actuaba en nombre de los trabajadores y expresaba sus mejores intereses. La relación partido-masas y en particular la vinculación con la clase obrera se manejaban como algo obligado y obvio, pero en la práctica las cosas fueron a menudo muy diferentes. Las iniciativas de las masas no se estimularon y lo que a veces se presentaba como fruto de ellas fueron decisiones estatales que se tomaban al margen de la participación de los trabajadores. La independencia del partido se daba, también, por supuesta, mas lo cierto es que en donde el partido se alejó de las masas se burocratizó y empezó a admitir como parte de su línea lo que en realidad eran decisiones gubernamentales que se adoptaban por separado; la independencia se fue perdiendo y con ella la posibilidad de mantener posiciones revolucionarias necesarias para encarar críticamente ciertos problemas y hacer cambiar las cosas de manera positiva. Y en donde el partido fue convirtiéndose en parte integrante del aparato estatal y en rigor dejando de ser una organización de los trabajadores, explicablemente sus dirigentes perdieron autoridad política y moral ante las bases.

La respuesta a esos y otros problemas no fue, en general, oportuna ni adecuada. Para comprender su verdadero alcance y contribuir a resol-

verlos era necesario, entre otras cosas, encarar la realidad y reconocer autocriticamente incluso los problemas más graves y las fallas más serias. Mas en no pocos casos ni siquiera se examinó la situación con el rigor con que era preciso hacerlo. Podría decirse que faltó el análisis concreto de la situación concreta y en no pocos casos el marxismo "oficial" se volvió un marxismo sin "alma", dogmático y apologético. "[...] Toda la tradición marxista —como dice Althusser— está marcada por la exigencia del análisis concreto [...]. Y esta exigencia responde a una necesidad política [...]." ⁶⁶

Sin ese análisis "[...] no es posible definir la línea de acción correcta que permita alcanzar los objetivos de la lucha". ⁶⁷ Y tal análisis exigía un examen riguroso de la estructura social y de clases, de la medida en que los trabajadores estaban o no participando realmente en el proceso político, del alcance real de ciertos avances y, sobre todo, de los tropiezos y fallas, del estado de ánimo de las masas y de la razón por la cual reclamaban cambios que, no pocas veces, los dirigentes vieron con reserva y aun se negaron a realizar.

Esa actitud contribuyó explícitamente a que, con frecuencia, la "teoría" se repitiera dogmáticamente e incluso se manejara de manera apologética, lo que a la postre resultó negativo y empobrecedor y afectó no sólo ciertos planteos, sino el desarrollo todo de la ciencia social e incluso de la lucha revolucionaria. La teoría dejó de confrontarse, de ser puesta a prueba frente a los hechos y a veces se redujo —comenta Althusser respecto al partido francés— a la reiteración de una "línea" política que se consideraba "justa". "La ideología, la 'teoría', el análisis se reducen así a la condición de instrumentos, de medios de manipulación para convencer a los militantes a que se comprometan 'libremente' a adoptar una línea y práctica establecidas al margen de ellos." "Lo que en definitiva —agrega el autor citado— subyace a tales cuestiones es la relación del partido con las masas a través de su práctica política." ⁶⁸

A la luz de lo ocurrido en los países socialistas, ahora es claro que esa práctica no fue la adecuada; incluso no fue revolucionaria; subordinó a los trabajadores a las decisiones estatales; no supo distinguir entre lo que era propio del partido y del gobierno; tendió a suponer que los

⁶⁶ Louis Althusser, *Ce qui ne peut plus durer dans le parti communiste*, París, Maspero, 1978, p. 95.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 96.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 102.

trabajadores y en particular la clase obrera eran la clave del proceso y actuaban en la dirección y de la manera correcta, descuidando la necesidad de ganar otras fuerzas que, pese a exhibir discrepancias, no constituían el enemigo y, como los hechos lo demuestran, a la hora de las pruebas decisivas dejó ver que en amplios segmentos de la propia clase obrera no había la conciencia revolucionaria de que se hablaba, o sea, faltaba la condición fundamental para que las cosas marcharan en una dirección revolucionaria.

EN EL UMBRAL DE UN NUEVO SIGLO⁶⁹

[. . .]

A punto de iniciarse un nuevo siglo, y esta vez incluso un nuevo milenio, nos preguntamos a menudo qué será de América Latina y del mundo en que vivimos. Y lo cierto es que no lo sabemos.

La futurología suele anunciarnos quién sabe cuántas cosas, pero los hechos son distintos y van en otra dirección. La propia ciencia social, como lo hemos comprobado recientemente, sobre todo quienes la practicamos, tiene todavía una capacidad de previsión muy limitada.

Se nos dice con frecuencia que nuestra situación es hoy favorable porque hemos dejado atrás la crisis que tanto nos afectó en los últimos años, porque nos movemos en una nueva y mejor correlación de fuerzas y porque al menos los principales países latinoamericanos son ya países "en desarrollo", o sea no "subdesarrollados", que gracias a la política "neoliberal" en boga avanzarán rápidamente del tercero al primer mundo y pronto serán naciones industriales ricas y de alto nivel de ingreso.

Se olvida que si bien están en proceso múltiples cambios que en efecto es preciso tener presentes y evaluar correctamente, nuestras economías siguen siendo subdesarrolladas, es decir, profundamente desiguales e inestables, de baja productividad e ingreso, con dramáticos contrastes de riqueza y miseria, altos niveles de subempleo y desempleo, internamente desarticuladas y con muy débil desarrollo industrial, sobre todo en cuanto a bienes de capital, dependientes del exterior y que adolecen

⁶⁹ Intervención en el Coloquio "Nuestra América ante el V Centenario", organizado por la Casa de las Américas, La Habana, del 5 al 8 de febrero de 1992. Publicada en *Estrategia*, México, núm. 104, marzo-abril de 1992, pp. 22-37.

de múltiples deformaciones estructurales. Y es que, como dice Fidel Castro, “[. . .] durante casi 200 años, desde que la mayoría de América alcanzó su independencia, hemos sido divididos, agredidos, amputados, intervenidos, subdesarrollados, saqueados [. . .]”. Ésta es la verdad.

Algunos cambios muy importantes

A riesgo de volver sobre cuestiones bien conocidas, que a veces dan la impresión de ser ya lugares comunes, entre los hechos más importantes de estos últimos años podrían mencionarse la crisis y restructuración del capitalismo tanto en los países industriales como en los subdesarrollados, la crisis y desaparición de la comunidad socialista, incluida la propia Unión Soviética, la cambiante y más desfavorable correlación de fuerzas que de ello resulta y las propuestas que, a partir de esos y otros hechos, se hacen hoy a nuestros pueblos.

La crisis capitalista

Al hablar de la crisis del capitalismo no me refiero a la que, con inevitables altibajos, sufre el sistema, de hecho desde fines de los años sesenta y la fase de rápida y generalizada expansión de la posguerra; no aludo siquiera a la situación que acompaña a la llamada “crisis de la deuda”, o sea a los profundos cambios y desajustes financieros que se producen en 1982 y en los años inmediatos siguientes: pienso más bien en lo que acontece en los tres o cuatro años más recientes, y en lo que ello significa para Latinoamérica.

Pues bien, del lado de los países más industrializados destacan hechos como éstos:

- la formación y fortalecimiento de tres poderosos bloques económicos regionales; [. . .]
- la recesión que hoy sufren los Estados Unidos y otros países industriales [. . .] que deriva en nuevos obstáculos al crecimiento económico así como en una más severa competencia entre ellos y con nuestras economías;
- la restructuración y creciente internacionalización del capital y concretamente del capital productivo, no para financiar a los países sub-

desarrollados, sino para extraer de éstos —vía deuda, intercambio desigual, industria maquiladora y otros mecanismos— recursos que permitan elevar la tasa de ganancia del capital trasnacional;

- la imposición a nuestros países de una política conservadora —la hoy curiosamente llamada “neoliberal”— que además de restringir a toda costa, deja que el mercado supuestamente “libre” —que en la práctica significa a menudo el capital monopolista— decida el rumbo de las economías [. . .].

No es sorprendente, entonces, que tras un decenio de que esa política se pone en marcha, sus resultados sean en general insatisfactorios e inaceptables, y no porque las cosas no hayan cambiado, sino porque los cambios responden a intereses que no son los de nuestros pueblos [. . .].

EL “BREVE SIGLO XX”, INICIO Y FIN DE UNA ÉPOCA HISTÓRICA⁷⁰

[. . .]

¿Cómo se desenvuelve y qué caracteriza a esa época? Como lo dice el título de la obra: los extremos, los contrastes, las más profundas contradicciones. El siglo XX es uno de destrucción y violencia, de regímenes dictatoriales, de guerras calientes y frías, de largas y profundas crisis en el que mueren viejas y nuevas civilizaciones e imperios. Pero también es un siglo de esperanza, de luchas revolucionarias, de nacimiento y desarrollo de un nuevo sistema más racional, justo y humano, que pretendía ser la alternativa al capitalismo; de descolonización y liberación nacional, de espectaculares avances de la ciencia y la tecnología, de prosperidad económica, transformación social y difusión cultural sin precedentes.

El siglo XX se abre con una crisis y se cierra con otra. La crisis es, en rigor, una constante, acaso la principal característica, y aun en lo que nuestro autor llama “los años dorados” los signos de crisis están presentes. A la vez, como puede advertirse más claramente en su trilogía sobre “el largo siglo XIX”, el mundo de nuestros días sólo puede comprender-

⁷⁰ Comentarios sobre el libro de Erich Hobsbawm *The Age of Extremes. History of the World 1914-1991*, Londres, 1994. Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, México, 1995, publicado en *Desarrollo Indoamericano*, Barranquilla, 1996, pp. 14-21.

se como parte y dentro de la corriente histórica que arranca de las revoluciones industrial y política de fines del siglo XVIII y a partir de ahí del proceso de industrialización y desarrollo desigual del capitalismo.

Hobsbawm destaca tres fases sucesivas como centrales en la dinámica del siglo XX: 1] la de la catástrofe; 2] la época dorada, y 3] la del derrumbe. La nota distintiva de la primera, en la que caen viejos imperios y llega a su fin la civilización del siglo XIX, es la violencia: dos guerras mundiales trágicamente cruentas, una crisis económica sin precedentes, hambre, desempleo, genocidio, fascismo.

La segunda fase, que va de la guerra a la primera mitad de los años setenta, es muy diferente. En ella se restablece la paz, se vive una larga expansión económica, se liberan múltiples países coloniales y se registran profundos cambios que permiten grandes avances.

La tercera fase vuelve a ser de crisis y de un nuevo tipo de inseguridad y violencia. Con ella termina la prosperidad económica de la posguerra. Esta crisis es económica y también moral y global. Es la crisis "no sólo de una forma de organización sino de todas [. . .], y como la economía y cultura se globalizan, también lo hace la crisis".

Visto en perspectiva histórica, el siglo XX, pese a la violencia y a la destrucción hizo posibles grandes progresos. Tres cambios cualitativos son: 1] que el mundo no es ya eurocéntrico y que el futuro parece estar no en Europa sino en el Pacífico; 2] que se vuelve una sola unidad operacional, en la que debido a la internacionalización y globalización cambia el papel de los Estados y las economías nacionales, y 3] se desintegran los viejos patrones que relacionaban el pasado y el presente. Quizá lo más característico de esta última transformación es la creciente tensión entre esa globalización y la incapacidad de los organismos y las acciones públicas para hacerle frente.

"El mundo de la segunda mitad del siglo XX es incomprensible si no se entiende el impacto del colapso económico." La caída tan profunda que puso en peligro al sistema. "La gran depresión destruyó el liberalismo económico por medio siglo [. . .]."⁷¹

La principal consecuencia de la crisis fue el triunfo del militarismo, en 1931 en Japón y en 1933 en Alemania.⁷² Los comunistas soviéticos, en opinión del autor, contribuyen después de 1920 a mantener dividido al

⁷¹ Erich Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 86 y 95.

⁷² *Idem.*, p. 104.

movimiento obrero y la Comintern adopta una posición sectaria y menosprecia al fascismo [. . .].

[. . .]

Hobsbawm advierte como una ironía que el socialismo, que se proponía acabar con el capitalismo, lo salvó en la Segunda Guerra Mundial. El Ejército Rojo fue, en gran medida, el que venció a la Alemania nazi. La URSS salió de la guerra como una superpotencia y gracias a su rápido desarrollo industrial y a su fortalecimiento pareció que se enfrentaría con éxito al capitalismo, pues aun en sus primeros y muy difíciles años pudo resistir la intervención militar extranjera y resolver graves problemas. Mas a partir de la revolución de las comunicaciones y la información, el socialismo demostró carecer de esa capacidad y la URSS se quedó en las industrias tradicionales. Su caída no fue, pues, consecuencia de una confrontación violenta, sino fruto de fallas de su economía y de la “invasión de la más avanzada y dinámica economía capitalista [. . .]”.⁷³

La “época de oro”

[. . .]

Entre 1940 y 1970, observa el autor, se produjeron cambios muy profundos y nadie escuchó a los “teólogos del mercado libre”; la expansión económica sin precedentes se apoyó no sólo en la revolución científico-tecnológica, sino en una más eficaz división del trabajo, en mano de obra y energía abundantes y baratas, en la intervención del Estado en la economía, una rápida industrialización en un mayor número de países, estabilidad monetaria y financiera y, en general, una política económica y social que impulsó el crecimiento y mejoró las condiciones de vida. Todo ello se entrelazó con una reestructuración y reforma del capitalismo y un avance espectacular de la internacionalización y globalización que a juicio de Hobsbawm es el hecho central que explica “la escala y profundidad de la transformación de la posguerra[. . .]”.⁷⁴

La cuantiosa inversión que hizo posible ese desarrollo fue intensiva en capital y tecnología y requirió de menos gente, excepto como consumidores, y un subproducto de ella fue la contaminación y el deterioro ecológico:

⁷³ *Idem.*, pp. 250 y 252.

⁷⁴ *Idem.*, pp. 269 y 270.

[...] la economía mundial de los años dorados siguió siendo internacional; más que transnacional, ésta “empezó a emerger especialmente desde los años sesenta [...]”, y en la primera mitad de los setenta se convirtió en una “efectiva fuerza global”, que a partir de 1973 cobraría aún mayor impulso[...].⁷⁵

[...]

En los años setenta los Estados Unidos y otros países trasladaron ciertas industrias al extranjero. Y sobre todo cuando la producción pudo fragmentarse y el proceso fue ya controlado electrónicamente, algunos países subdesarrollados se insertaron en la nueva industrialización y todo ello hizo posible desplazarse de lugares de alto costo a los de mano de obra barata. Hobsbawm considera que tales cambios fueron “la innovación decisiva de los años dorados”, aunque su mayor desarrollo fue posterior, pues requería de la revolución en los transportes y las comunicaciones.

El problema principal hacia fines de esta etapa fue cómo controlar una creciente demanda y hacer frente al peligro de la inflación. La prosperidad dependía grandemente de la capacidad de los Estados Unidos para estabilizar la economía internacional; pero la base oro del dólar se rompió, la productividad empezó a declinar y la disponibilidad de mano de obra a agotarse. El movimiento estudiantil del 68, el colapso del sistema monetario de Bretton Woods, el alza de los precios del petróleo, el creciente déficit de Estados Unidos y la presión inflacionaria anunciaron la descomposición del sistema y el fin de la expansión económica. En conjunto, sin embargo, la larga fase de expansión de la posguerra e incluso la transformación social hasta 1990 representó, según Hobsbawm, “una profunda revolución social, la mayor, más dramática, rápida y universal transformación en la historia del hombre [...]”.⁷⁶

En esa etapa se registró “la muerte del campesinado” y el hecho de que, no obstante la espectacular reducción de su población rural, los países industriales se convirtieran en los principales productores agropecuarios; otro cambio fue la rápida, anárquica y más moderna urbanización; otros más el gran aumento del número de estudiantes, profesionistas y técnicos, la entrada masiva de la mujer a la fuerza de trabajo, la mayor presencia de la juventud, la descomposición de la familia tradicional y la disminución del número de obreros [...].

⁷⁵ *Idem.*, p. 277.

⁷⁶ *Idem.*, p. 288.

El viejo orden estaba basado en la desigualdad, y contra ésta se pronunciarían muchos jóvenes. La nueva moral individualista minó a numerosas organizaciones y la posición de “no hay sociedad, sólo individuos”, encontró su expresión política en el conservador gobierno de la señora Thatcher, en Inglaterra, y contribuyó a abrir paso al neoliberalismo basado en el mercado libre y el posmodernismo.⁷⁷

El propio Tercer Mundo cambió grandemente durante esos años, “la descolonización y la revolución transformaron drásticamente el mapa político [...]” y el rápido aumento de la población alteró el equilibrio demográfico [...]. En los años setenta empezó a hablarse de una nueva división internacional del trabajo, lo que en buena parte obedeció al traslado de industrias del primer mundo al segundo y tercero, y más tarde de tecnologías complejas.

El derrumbe

[...]

La época de oro terminó con la caída de 1973-75, en la que en un solo año la producción industrial se redujo 10% y el comercio internacional de los países industriales, 13%. Después de 1973, lo dominante en el mundo es la inestabilidad y la crisis, una larga y profunda crisis cuyo carácter global no se advirtió de momento. La economía empezó a crecer en 1977, pero hubo una recesión en 1981-83, y de hecho en el resto de la década, y los altos niveles de actividad de la etapa anterior nunca se recuperaron. En Latinoamérica y en general en el Tercer Mundo los años ochenta fueron de estancamiento y aun de retroceso.

Hobsbawm, a mi juicio, repara con razón en que la actual crisis se gestó en el marco y bajo la política socialdemocrática de los “años dorados”, que “fue minada fundamentalmente por la globalización económica y después dejó a los gobiernos a merced de un mercado mundial incontrolable [...]”.⁷⁸ La creciente industrialización hizo más severa la competencia y el avance tecnológico reemplazó a los hombres por máquinas, porque “mientras más alta es la tecnología, más caro es el componente humano con relación al mecánico [...]”.⁷⁹

⁷⁷ *Idem.*, p. 339.

⁷⁸ *Idem.*, p. 411.

⁷⁹ *Idem.*, p. 414.

Los gobiernos —ahora con serios problemas financieros— dejaron de ser “empleadores de última instancia”. La crisis volvió ineficaz su intervención porque el Estado-nación perdió sus poderes económicos. Y la única alternativa fue la de los “teólogos económicos ultraliberales”, que reclamaban elevar la tasa de ganancia a partir de abatir la inflación y reducir costos, como condición para reactivar la economía.⁸⁰

A partir de entonces se aceleró la restructuración. Ahora no ya bajo la influencia de Henry Ford, sino de Bennetton, esto es, de la producción flexible y el sistema *just in time*, que redujo todos los insumos: “desde la gente a las máquinas”.

La crisis acentuó la desigualdad tanto entre países ricos y pobres como en cada uno de ellos. La restructuración de la producción redujo el nivel de empleo y debilitó al movimiento sindical y a los grupos progresistas, que a menudo se dispersaron, objetando las viejas formas de hacer política.

Fin del socialismo

Hobsbawm considera

[...] una ironía de la historia que las economías “realmente socialistas” de Europa y la URSS, así como partes de las del Tercer Mundo fueran las verdaderas víctimas de la crisis posterior a la época dorada de la economía global capitalista [...].⁸¹

A las fallas e inflexibilidad de la economía soviética ya en declinación, se agregaron enormes gastos militares que resultaron insostenibles. La vieja estructura política era también muy defectuosa, pero necesaria dentro de ese sistema. La reforma no ofreció una alternativa viable y en vez de la reconstrucción provocó el colapso. La crisis final del socialismo fue política. Los gobiernos abdicaron pacíficamente ante la acción de las masas y en verdad fue increíble que el socialismo cayera de un día para otro y que así desapareciera también la “simplista y dogmática versión” del marxismo-leninismo que los gobiernos del Elba al Mar de China habían impuesto a sus ciudadanos.⁸²

⁸⁰ *Idem.*, p. 409.

⁸¹ *Idem.*, p. 473.

⁸² *Idem.*, pp. 473-496.

La tragedia de la Revolución de Octubre “fue precisamente que sólo pudo producir esa clase de socialismo cruel, brutal y autoritario”.

Hacia el nuevo milenio

“La economía mundial es un motor cada vez más poderoso e incontrolable. ¿O puede ser controlado y si es así, por quién?”⁸³ Lo que hoy caracteriza la situación política es su inestabilidad, ligada al debilitamiento del Estado-nación. Al finalizar el siglo éste estaba a la defensiva frente a una economía mundial que no podía controlar. Si las décadas de crisis demostraron algo, ello fue que el principal problema político del mundo, y ciertamente del mundo desarrollado, no es cómo multiplicar la riqueza de las naciones, sino cómo distribuirla mejor en beneficio de sus habitantes.⁸⁴

La distribución social y no el crecimiento dominarán la política del nuevo milenio. Una mejor asignación de recursos se vuelve esencial para hacer frente a la crisis ecológica. El destino de la humanidad en el nuevo milenio dependerá, de un modo u otro, de la restauración de las autoridades públicas [...].⁸⁵

La política de los organismos financieros internacionales a favor de la ortodoxia monetarista, la empresa privada y un comercio global libre tendrá que cambiar, aunque por ahora ello no parece fácil [...].

Esto no niega la posibilidad de que en el siguiente cuarto o medio siglo las cosas puedan ser más prometedoras. Vivimos en un mundo “capturado, sacudido y transformado” por el desarrollo del capitalismo dominante en los dos o tres últimos siglos. Sabemos, o al menos parece razonable suponer, que ese proceso no seguirá adelante *ad infinitum*. Hay signos de que las cosas no pueden continuar como hasta aquí y de que la actual es una crisis histórica. Las fuerzas generadas por la economía técnico-científica pueden destruir el ambiente, o sea las bases materiales de la vida, e incluso la estructura de las sociedades humanas mismas está a punto de ser destruida por la erosión de lo que heredamos del pasado.

⁸³ *Idem.*, p. 572.

⁸⁴ *Idem.*, p. 577.

⁸⁵ *Idem.*, p. 578.

No sabemos a dónde vamos. Sólo sabemos que la historia nos ha traído hasta aquí [...], y por qué. Pero una cosa es clara, si la humanidad ha de tener un futuro admisible, ello no podrá ser prolongando el pasado o el presente. Si tratamos de construir el futuro sobre esa base, fracasaremos. Y el precio del fracaso, o sea la alternativa a una sociedad diferente, es la oscuridad [...].⁸⁶

Hobsbawm tiene razón al señalar que sabemos poco de lo que acontece y no tenemos claro qué hacer frente a ello. Pero tan cierto como que concluye una época histórica es que se abre otra, una nueva que incluso puede —por qué no— ser mejor. El capitalismo “global”, como la actual crisis lo demuestra, no resuelve los más graves problemas. Y si bien la alternativa que representó la URSS y el socialismo “real” no existe ya, ello no significa que los pueblos no sean capaces de forjar nuevas estrategias y abrir nuevos caminos en respuesta a esa crisis, a las nuevas contradicciones y a los aspectos más negativos de la “globalización” capitalista, que contribuya a una mejor organización social. El siglo XX comprueba que la historia no es un proceso lineal, sino siempre desigual y profundamente contradictorio. Si caímos en el error de no comprender tal cosa ello no invalida a la ciencia social ni a los más serios esfuerzos desplegados hasta aquí.⁸⁷

CAMBIOS EN EL JUEGO DE CONTRADICCIONES⁸⁸

[...]

Cuando se hace una apreciación como la que sigue, es fácil caer en simplificaciones y aun en serios errores. Un riesgo es el de que las contradicciones que se examinan, más que recogerse de la realidad misma, sean elementos de un esquema ideológico prefabricado o, en otras palabras, tengan un origen doctrinario y libresco que a la postre derive en posiciones dogmáticas. Otro riesgo consiste en que a partir de la idea de que en un sentido histórico las contradicciones del capitalismo, concretamente en la fase actual de su desarrollo tienden a agravarse, proceda-

⁸⁶ *Idem.*, p. 585.

⁸⁷ Véase Justin Rosenberg, “Hobsbawm Century, In Defense of History”, en *Monthly Review*, Nueva York, julio-agosto de 1995.

⁸⁸ Fragmentos de *Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1996, pp. 39, 41, 42, 44-53, 55, 56, 59-61, 63, 77-80 y 82.

mos de manera mecánica en vez de hacerlo en forma dialéctica y no entendamos la complejidad, los altibajos, las contratendencias y la diversidad de situaciones que se dan en el proceso social [. . .].

La contradicción fundamental

La producción social y la propiedad privada no son incompatibles. Un tipo determinado de relaciones de producción y la forma jurídica de propiedad en que esas relaciones se manifiestan, pueden impulsar o frenar la producción. Las relaciones de producción capitalistas hicieron posible progresos que en el Feudalismo eran irrealizables. Y ya dominante el nuevo sistema, incluso el tránsito de una fase a otra y el recorrido de ciertas etapas permitieron lograr tasas de crecimiento y de inversión altas y aun superiores a las previas.

La creciente socialización, apoyada ahora en una base tecnológica-organizativa más moderna, hace crecer en general las fuerzas productivas, aumenta la productividad —más que la producción misma— e influye y es influida por unas relaciones de producción en las que además se expresa el impacto del reforzamiento de la propiedad privada, sobre todo monopolista, que al mismo tiempo que impulsa la producción y el crecimiento económico en ciertos países, áreas y procesos, los inhibe, frena y reduce en otros, lo que revela que el movimiento socialización-privatización es en sí mismo muy contradictorio y desigual [. . .].

Esto comprobaría que la propiedad privada no es, en sí misma y necesariamente, un obstáculo insuperable para una mayor producción. No lo es porque si bien en el capitalismo el régimen de apropiación fundamental es siempre privado, éste cambia en respuesta a la socialización de las fuerzas productivas⁸⁹ [. . .].

La globalización genera contradicciones económicas y, acaso sobre todo, sociales. El desarrollo capitalista es, en las palabras de Schumpeter, un proceso de “destrucción creadora”. En las condiciones actuales esa “destrucción” significa un reparto cada vez más inequitativo del ingreso, desempleo de trabajadores, despojo de ciertas comunidades, devastación del ambiente, disminución de la capacidad reguladora del Esta-

⁸⁹ Véanse S. Novosseleov, *La contradicción fundamental del capitalismo y la época contemporánea*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1984, p. 55, y Alonso Aguilar Monteverde, *op. cit.*, p. 45.

do, debilitamiento del poder del pueblo y restricción de sus derechos y libertades, con el consiguiente empobrecimiento de la vida democrática.⁹⁰

El cambio en la relación Estado-empresa privada, y específicamente en la contradicción Estado-capital monopolista, sugiere nuevas modalidades en el funcionamiento del sistema. El capital monopolista de Estado desde luego no sólo no desaparece, sino que sigue siendo probablemente el eje central en torno al cual se desenvuelve el proceso de acumulación. Pero tanto el capital como el Estado sufren múltiples cambios [...]. En años recientes, en los que de nuevo se han impuesto políticas ortodoxas, parecería que el Estado es cada vez más débil frente al gran capital privado y que, por encima de ciertas variantes, la política en boga es restrictiva y contraccionista, sobre todo del campo de acción del Estado; [...] lo que en principio parecería profundizar la contradicción, como antes dijimos no necesariamente es así, tanto porque la nueva propiedad privada transnacional —contando ahora con un mayor apoyo del Estado— tiene más amplias posibilidades de acción que las formas monopolistas previas, como porque, en no pocos casos, la propiedad estatal no era ya un vehículo adecuado para estimular la producción [...].

Otras formas de manifestación de la contradicción fundamental se expresan de diferentes maneras. Por ejemplo, la contradicción producción-consumo a mi juicio se agrava y tiende a la sobreproducción, no obstante que debido a presiones recesivas la producción crece lentamente, y aun se estanca, en tanto que al consumo se le alienta de múltiples maneras, no pocas de ellas artificiales.

En torno al papel del avance tecnológico en el comportamiento de la contradicción fundamental, si bien la apropiación privada, en particular monopolista, entraña un grado sin precedente de concentración y centralización que en principio representa una severa limitación, el cada vez mayor poder de los más fuertes consorcios no sólo sobre la sociedad en su conjunto y el sistema capitalista todo, abre posibilidades de aplicación de la nueva tecnología antes inexistentes o muy pequeñas, lo que también suaviza, en cierto modo, la contradicción fundamental, aunque a la vez intensifica otras [...].

⁹⁰ Véanse Arthur MacEwan, "Globalización and Stagnation", en *Monthly Review*, Nueva York, 1994, vol. 45, núm. 11, p. 3, y Alonso Aguilar Monteverde, *op. cit.*, p. 47.

La contradicción capital-trabajo

La contradicción capital-trabajo conserva su lugar central, pues el desarrollo del capitalismo en medio de una profunda y persistente crisis favorece sobre todo a los capitalistas más poderosos y debilita a los trabajadores —e incluso a los empresarios pequeños y medianos—, cuyas condiciones se deterioran visiblemente en comparación con las de años atrás, lo que también ocurre a los millones de trabajadores de países antes socialistas y ahora reincorporados a la economía capitalista en condiciones desventajosas [...].

Reestructuración del capital

Sostener que, en sistemas de producción como los actuales, lo que más importa es crear el mayor valor agregado posible en escala mundial y que por tanto la base nacional pasa a un plano enteramente secundario, es por lo menos discutible. Si bien algunos autores piensan incluso que la soberanía nacional es ya inviable y anacrónica, que el Estado-nación no sólo se ha debilitado, sino que está en vías de desaparecer o que el componente nacional en los nuevos flujos económicos es cada vez menos importante porque la producción misma es ya internacional, lo cierto es que el elemento nacional sigue influyendo, de una u otra manera —a menudo más de lo que se cree—, en la nueva economía.

Tampoco parece que estemos en una fase en que la tendencia tradicional hacia una mayor concentración en la actividad económica, concretamente en el ámbito de las grandes corporaciones, haya llegado a su fin o siquiera se haya debilitado y que ahora se busque comprimir el tamaño de todo, y menos todavía que, como algunos autores sugieren, lo pequeño se esté imponiendo y demostrando su superioridad sobre lo grande [...].

En un interesante y esclarecedor estudio, Bennett Harrison retoma y examina la tesis, tan socorrida en años recientes, de que mientras las “[...] grandes firmas fracasan bajo su propio peso [...], las pequeñas empresas crean la mayor parte de los empleos en los países altamente industrializados [y son ya] el motor del crecimiento económico”.⁹¹

⁹¹ Bennett Harrison, *Lean and Mean. The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility*, Nueva York, Basic Books, 1994, pp. 12 y 13, y Alonso Aguilar Monteverde, *op. cit.*, p. 60.

Harrison demuestra que en los Estados Unidos —y los datos que ofrece de otros países parecerían comprobar ese hecho—, no es cierto que las pequeñas empresas sean las que crean más empleo. En Estados Unidos, en 1987, el 1% de las empresas manufactureras —con 500 o más trabajadores cada una— ocupaba el 75% del personal de esa industria y los ejemplos podrían multiplicarse [. . .].

El autor mencionado llama a este nuevo sistema, en el que la producción se descentraliza y desenvuelve en un mayor escenario geográfico, “pero el poder, el financiamiento y el control permanecen concentrados en los directores de las grandes compañías, [. . .] concentración sin centralización”.⁹²

Cambios en la rotación del capital

Los profundos cambios que sufre el sistema afectan, entre otras cosas, el proceso de rotación del capital, o sea el ciclo del capital en su conjunto y en cada una de sus fases.⁹³

Así por ejemplo, el capital-dinero que abre ese ciclo no es ya lo que fue en otros tiempos. Ahora se trata de una enorme e incontrolable masa de dinero que no resulta directa y fundamentalmente de la producción y venta de bienes y servicios ligados a ella, sino de la actividad, en gran parte improductiva y aun especulativa que se realiza en los mercados financieros. En rigor es un “capital ficticio”, sin arraigo en ningún país, al que fundamentalmente atraen los altos rendimientos que propicia la inestabilidad de los mercados de cambios, de las tasas de interés y de las cotizaciones bursátiles.

La fase del capital productivo se modifica también grandemente debido a que en el capitalismo de hoy pierden importancia las actividades productivas [. . .] —y la ganan, en cambio, el comercio y los servicios, el mercado de bienes raíces y en particular la actividad financiera. Por esto podría decirse que si bien el capital productivo sigue siendo importante y necesario para convertir el capital-dinero en capital-mercancías, esto es en bienes y servicios, la cada vez mayor irracionalidad del sistema se expresa en el hecho, por sí solo revelador, de que el grueso del

⁹² Barnett Harrison, *op. cit.*, p. 131, y Alonso Aguilar Monteverde, *op. cit.*, p. 63.

⁹³ Véanse M.W. Dowidar, *L'économie politique, une science sociale*, Paris, François Maspero 1974, pp. 201 y 202, y Alonso Aguilar Monteverde, *op. cit.*, p. 77.

dinero disponible [...] se destina a actividades improductivas, en las que sin embargo el capital se valoriza de maneras muy desiguales, inestables y riesgosas, pero en general con mayor celeridad que en la esfera productiva [...].

Acaso el principal cambio que sufre el capital-mercancías consiste en que si bien la suma de valor incrementado que representa y que se obtiene de su venta procede del capital productivo, la diversidad de servicios, muchos de ellos no ligados ya directamente a la producción, en el capitalismo de hoy se vinculan más bien —como dijimos— al gasto improductivo y a la actividad comercial y financiera, [...] lo que hace que numerosas mercancías —es decir esos servicios— no sean propiamente capital-mercancías y que el dinero resultante no sea, en un sentido estricto, capital-dinero capaz de reiniciar el ciclo y convertirse en capital productivo,⁹⁴ lo que afecta gravemente el proceso de acumulación.

Las enormes cantidades de dinero inconvertible en circulación, por otro lado, no sólo se divorcian del proceso productivo, sino que a menudo rebasan con mucho la capacidad financiera del país en que ello ocurre y expresan las nuevas y en cierto modo incontrolables e inestables formas en que se mueven los recursos financieros en escala internacional.

En fin, el capital-mercancías sufre, sobre todo, los cambios resultantes de lo que se registra en las dos fases previas del ciclo, siendo acaso los principales que disminuye la proporción que en el proceso de valorización del capital representan las mercancías y aun los servicios más ligados a la producción y aumenta grandemente la que corresponde a otros servicios, en particular financieros, aunque aquí las rápidas y desmedidas ganancias que algunos suelen hacer se compensan con las no menos cuantiosas pérdidas que otros sufren, lo que significa que se altera la distribución del ingreso, el que en general tiende a concentrarse en los países económicamente más poderosos y en los estratos más ricos de las clases dominantes, tanto en esos países como en los subdesarrollados.

Y más que demostrar su capacidad para crear un mayor valor agregado, la actividad financiera sustrae a menudo buena parte del valor

⁹⁴ “La magnitud del capital existente condiciona el volumen del proceso de producción y éste, a su vez, el volumen del capital-mercancías y del capital-dinero, allí donde éstos funcionan al lado del proceso de producción”, Carlos Marx, *El capital*, tomo II, p. 111.

creado por las actividades propiamente productivas. Por eso algunos consideran que los mercados financieros se han convertido en “el gen-darme, el juez y el jurado de la economía mundial”.⁹⁵

La esfera financiera representa la punta de lanza de la mundialización del capital y la capacidad del capital-dinero para valorizarse a sí mismo —como dinero que produce dinero— de manera autónoma y sin pasar por la inversión productiva, y descansa sobre la globalización del capital financiero, que para algunos equivale a “el fin de la geografía”.⁹⁶

La gran diferencia entre la mundialización de las actividades financieras y las productivas en términos de tasas de crecimiento burdamente da cuenta del grado de autonomía, o si se prefiere, de la dinámica propia de los mercados financieros.⁹⁷ Los mercados de cambios son el compartimiento del mercado financiero que más crece y su actividad depende no de la del comercio de bienes y servicios, sino que excede con mucho a ella y a otros indicadores.

Chesnais recuerda que Keynes habló de la eutanasia del rentista, que correspondería a una fase de abaratamiento del dinero. Mas lo cierto es que, lejos de que actualmente estemos en tal situación, el capital rentista —y podría añadirse el capital especulativo y aun usurario— y su poder opresivo crecen como nunca antes, lo que según el autor resulta de la larga fase de expansión de la posguerra, de las contradicciones del proceso de acumulación y la baja de la rentabilidad del capital industrial en los años setenta y de que los capitales industriales mismos se lanzan a formas de valorización puramente financieras. Lo que por cierto se hace a menudo con la ayuda de los gobiernos.⁹⁸

⁹⁵ *Financial Times*, 30 de septiembre de 1994.

⁹⁶ François Chesnais, *La mundialización du capital*, París, Syros, 1994, p. 206.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 211.

⁹⁸ Véase *ibid.*, p. 215.

2. DESARROLLO Y SUBDESARROLLO

EL CAPITALISMO HOY¹

[. . .]

Con la Segunda Guerra Mundial se inicia una larga etapa de prosperidad para el capitalismo. Durante un cuarto de siglo se mantienen tasas de crecimiento del ingreso y el nivel de empleo que hacen pensar a los economistas burgueses que el sistema ha encontrado, ahora sí, la manera de enfrentarse con éxito a sus más graves problemas. La expansión económica no es, sin embargo, un proceso armonioso ni fácil. En diversas ocasiones surge el fantasma de la crisis [. . .].

Aun en los años relativamente más prósperos se acumulan desajustes y contradicciones y el solo intento de escapar a la depresión a través de una política de gastos improductivos en masa y de aliento a las más variadas formas de parasitismo, dilapidación y aun destrucción física de la riqueza, lleva a la inflación y a una cada vez más grave irracionalidad que, extraña, aunque conforme a la siniestra lógica del capitalismo, comprensiblemente, hace que coincidan los altos precios, el desempleo, los presupuestos deficitarios, el peligro de una depresión tan severa como la de los treinta, e incluso una guerra como la que el imperialismo desata y mantiene en Indochina [. . .].

La presión, concretamente, que la burguesía de los países más fuertes ejerce sobre las burguesías dominantes-dominadas y en general sobre los países del Tercer Mundo, así como los naturales intentos de defensa de estos últimos, afloran aquí y allá en torno a cuestiones tales como los precios de las materias primas, el deterioro de las relaciones de intercambio, la crisis del petróleo y la decisión de los países productores de mantener sus precios y no ceder al chantaje imperialista, la escasez de alimentos, la renegociación de las cada vez más asfixiantes deudas extranjeras y aun el mar territorial y los límites de la soberanía nacional [. . .].

¹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 1, diciembre de 1974-enero de 1975, pp. 17-23.

Con frecuencia se admite que gracias a esa política agresiva ha sido posible alentar la demanda y, en cierto modo, evitar la crisis. Pero no se repara en que, al mismo tiempo, el remedio está resultando peor que la enfermedad y dicha política está llevando al capitalismo a extremos de irracionalidad sin precedente y a verdaderos callejones sin salida.

[...] Los Estados Unidos ya no buscan, como en los años treinta, enfrentarse a la depresión a través de un *New Deal*, liberal y antifascista. Con la mancuerna republicana Ford-Rockefeller, el complejo industrial-militar del Pentágono y los conglomerados transnacionales empieza a forjarse una estrategia que fundamentalmente descansa en la superexplotación, el reacomodo y, de ser necesario, aun el traslado físico de millares de obreros a donde se les requiera, y naturalmente de los trabajadores de los demás países —y sobre todo de los del Tercer Mundo [...].

Los conglomerados transnacionales crean nuevas y más complejas formas de integración monopolista, impulsan más y más la concentración y centralización del capital, elevan la productividad y las tasas de explotación del trabajo [...].

[...] el sistema no sólo es incapaz de lograr un alto nivel de inversión sino de dirigir adecuadamente el esfuerzo productivo, de seleccionar las técnicas más convenientes, de financiar el desarrollo por vías no inflacionarias, de romper con la dependencia y modificar el cuadro en que se desenvuelven las relaciones económicas internacionales, de hacer que el Estado, al fin capitalista, contrarreste con decisión y eficacia las más graves fallas de los capitalistas privados; de movilizar activamente los recursos disponibles y absorber, en particular, la fuerza de trabajo y en última instancia de hacer crecer con mayor celeridad y utilizar el excedente con cierta racionalidad.

Lo que el capitalismo monopolista puede hacer es desarrollarse en la forma anárquica, inestable y desigual en que lo hace [...].

EN BUSCA DE UNA EXPLICACIÓN TEÓRICA DEL DESEMPLEO: DE LOS CLÁSICOS A LOS "NEOCLÁSICOS"²

[...] El fenómeno del desempleo no fue, en un sentido estricto, estudiado por los economistas clásicos porque implicaba un tipo de desajuste o

² Fragmentos tomados del libro *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1974.

desequilibrio que según su esquema teórico no podía producirse o solamente podía aparecer en situaciones excepcionales, de corta duración y sin llegar a manifestarse como un problema de sobreproducción general. Como es sabido, el mecanismo de la competencia se encargaba en dicho esquema de hacer funcionar racionalmente a un mercado que, a través del sistema de precios, mantenía generalmente en equilibrio la oferta y la demanda gracias a la libre movilidad de los recursos productivos y a una creciente división del trabajo, que por un lado determinaba la necesidad de un continuo intercambio de productos y por otro, al amparo de un régimen de *laissez-faire*, hacía posible la mejor asignación del potencial productivo [...].³

La Ley de Say, que en rigor debió haberse conocido como Ley de Mill, pues fue éste quien primero la enunció en Inglaterra, postulaba:

La producción de mercancías es la causa universal y única que crea un mercado para las mercancías producidas. El poder de compra de una nación se mide exactamente por su producción anual. Cuanto más aumenta la producción anual, más se amplía, por ese mismo hecho, el mercado nacional [...]. La demanda de una nación siempre es igual a la producción de esa nación.⁴

O, en las palabras de Say:

Tan pronto como se produce un artículo, se abre un mercado para otros con una amplitud igual al propio valor de aquél. De ese modo la mera circunstancia de la producción de un artículo abre inmediatamente una salida para otros productos.⁵

Inclusive Ricardo, cuya penetración analítica le permitió reparar en más de un aspecto fundamental del funcionamiento del proceso económico, en su teoría del mercado aceptó esencialmente la llamada Ley de Say y sólo admitió la posibilidad de sobreproducción parcial.

Nadie produce —decía en un bien conocido pasaje de sus *Principios*—, como no sea para consumir o vender lo producido, y nadie vende, como no sea con

³ Véase John Strachey, *Contemporary Capitalism*, Nueva York, Random House, 1956, p. 43.

⁴ James Mill, *Commerce Defended*, Londres, 1808, citado por Maurice Dobb, en *Economía política* [...], p. 48.

⁵ *Ibid.*, p. 58.

el propósito de adquirir otra mercancía que pueda serle inmediatamente útil o contribuir a la futura producción. Al producir, el productor se convierte, por tanto, necesariamente, en el consumidor de sus propios productos o en comprador y consumidor de los productos de otro [...], no es probable, por tanto, que se dedique a producir continuamente una mercancía para la que no existe demanda.⁶

El hecho de que algunos economistas posricardianos reconocieran la posibilidad y aun el peligro de una eventual sobreproducción de capital, pero no de mercancías —sin advertir que en una economía capitalista una y otra eran en rigor la misma cosa—, y el que John Stuart Mill, en particular —aun aceptando también la Ley de Say—⁷ advirtiera que al desdoblarse el intercambio de las mercancías en compras y ventas podría producirse una crisis, no fue suficiente para explicar adecuadamente el desempleo, como tampoco lo serían las posiciones que, en cierto modo desde un ángulo opuesto, adoptarían Malthus y Sismondi, el primero al advertir que la reducción del consumo podría afectar el proceso de acumulación y aun provocar una sobreproducción general, y el segundo al pensar que la sobreproducción sería, incluso, inevitable.

La corriente teórica que a partir de Jevons y la escuela austriaca se desenvuelve en el cuerpo doctrinal que culmina en la economía neoclásica, no aporta nada fundamental para el estudio del desempleo. Antes al contrario, implica un sensible retroceso y un creciente divorcio de la teoría y la realidad que trae consigo que los problemas socioeconómicos más importantes queden al margen del radio de preocupaciones de los economistas burgueses, como meras variables “exógenas”. Los neoclásicos abandonan el estudio de la problemática del desarrollo así como el intento de construir una teoría de la distribución ligada estrechamente al funcionamiento del proceso productivo y desplazan su interés hacia un mercado casi siempre perfecto y entendido como un mero mecanismo de cambio, a través del cual los precios mantienen al sistema en equilibrio. De los problemas reales del desarrollo pasan a especu-

⁶ Citado por Carlos Marx en *Historia crítica* [...], tomo II, pp. 493-494.

⁷ “Los medios de que dispone una persona para pagar las producciones de otras consisten en aquellos que él mismo posee. Todos los vendedores son de manera inevitable y *ex vi termini* compradores. Si pudiéramos duplicar de pronto las fuerzas productivas de un país, duplicaríamos la oferta de mercancías en todos los mercados; pero al mismo tiempo duplicaríamos la capacidad para comprar [...].” John Stuart Mill, *Principios de economía política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, libro III, cap. XIV, pp. 484-485.

lar sobre las complicaciones artificiales del equilibrio estático —que supone el pleno empleo— y del intento de explicar en planos macroeconómicos y a partir de una teoría objetiva del valor-trabajo las leyes de la producción y la distribución, caen en una economía a la que esencialmente interesan las “abstinencias” y “esperas” de los capitalistas y que, preocupada ahora especialmente por los deseos, caprichos, “placeres” y “penas” de los consumidores y su grado subjetivo de satisfacción, se manejaría tan sólo con una teoría en gran parte psicológica de la utilidad —y las desutilidades marginales— y con una noción del capital que apologeticamente convierta a éste, de excedente producido por el trabajo, en fruto del sacrificio y la productividad de los capitalistas.

Es tal el divorcio entre dichas posiciones y la realidad que las rodea que, en vísperas del colapso de 1929, mientras algunos economistas niegan el peligro de crisis y sólo ven estabilidad y progreso en su bola de cristal, otros, como el profesor Pigou —incluso en el momento más dramático de la depresión—, escriben sobre el desempleo como si se tratara de un accidente pasajero y sin importancia, que seguramente podría resolverse tan pronto volvieran los salarios a su nivel “normal”.

Refiriéndose precisamente a su obra, Keynes comenta que:

El profesor Pigou concluye que la desocupación se debe primordialmente a una política de salarios que no se ajusta lo bastante por sí misma a los cambios en la función de demanda real de mano de obra.⁸

Lo que en palabras más llanas significa que, para tal autor, y en general para los economistas neoclásicos de su época, la causa del desempleo es, generalmente, el mantenimiento de un alto nivel de salarios, y el remedio, en consecuencia, la baja de los mismos.

⁸ Y tras subrayar que Pigou sustenta precariamente la ocupación plena en el constante ajuste de la tasa de interés y la eficacia marginal del capital, sin tomar en cuenta en absoluto las variaciones del nivel de inversión debidas a cambios en la tasa de interés o en el “estado de confianza”, añade: “El título *Theory of Unemployment* es, por tanto, algo impropio. Su libro no se ocupa en realidad de este tema. Es un estudio de cuánta ocupación habrá, dada la función de oferta de mano de obra, cuando se satisfacen las condiciones de la ocupación completa [...]. Podemos considerar este libro como una investigación no causal de las relaciones funcionales determinantes del nivel de salarios reales que corresponderá a cualquier volumen dado de ocupación. Pero no es capaz de ilustrarnos sobre lo que determina el nivel de ésta; y no tiene relación directa con el problema de la desocupación involuntaria.” J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, apéndice al capítulo 19, pp. 267 y 264.

Cuando, en 1936, Keynes publica su *Teoría general* es imposible negar la “desocupación involuntaria”. La crisis sin precedentes de 1929, la aguda depresión de los años 30-34, los millones de hombres y mujeres sin trabajo en todas partes, las miles de fábricas cerradas y la destrucción criminal de múltiples mercancías que resulta imposible vender con alguna ganancia, hacen añicos el microanálisis económico tradicional y la ideología burguesa en que se sustenta [...].

Comparando la situación de la economía de entonces con la de los inicios de la geometría no euclidiana al rechazar el axioma de las paralelas, Keynes abandona varios de los supuestos de lo que él llama “economía clásica” y admite que la desocupación involuntaria “sí es posible”.⁹ Lo excepcional para él es la ocupación plena, pues ésta sólo se da en condiciones especiales y no como la forma normal de funcionamiento del sistema [...].¹⁰

Keynes considera que el volumen de ocupación y el monto del ingreso son dos variables dependientes que resultan, a su vez, de tres independientes, a saber: la propensión a consumir, la eficacia marginal del capital y la tasa de interés. Admite que sobre estas últimas pueden influir —aunque no determinarlas— ciertos factores como el capital disponible y otros (el estado de la técnica, la magnitud de la fuerza de trabajo, la competencia, la estructura social, la medida en que éstos y otros hechos afecten el reparto del ingreso, etc.), no obstante lo cual los da por supuestos y en tal virtud no los introduce en su teoría del empleo. En cambio, dada la mayor influencia que sobre aquéllos ejercen ciertos “factores psicológicos” (“la propensión psicológica a consumir, la actitud psicológica respecto a la liquidez y la esperanza psicológica de rendimiento futuro de los bienes de capital”), la “unidad de salarios” y la “cantidad de dinero”, puede decirse que, en rigor, éstas son las “variables independientes finales”.¹¹

[...]

Al aumentar la inversión debiera hacerlo, también, el consumo, aunque éste a un ritmo más lento que el ingreso en su conjunto. La propor-

⁹ “[...] necesitamos —dice— desechar el segundo postulado de la economía clásica y elaborar la teoría del comportamiento de un sistema en el cual sea posible la desocupación involuntaria, en sentido estricto”. *Ibid.*, p. 29.

¹⁰ “La demanda efectiva que trae consigo la ocupación completa es un caso especial que sólo se realiza cuando la propensión a consumir y el incentivo para invertir se encuentran en una relación mutua particular [...]; es, en cierto sentido, una relación óptima [...].” *Ibid.*, p. 39.

¹¹ *Ibid.*, p. 236.

ción en que crezca el consumo dependerá de la propensión marginal a consumir, en tanto que la del ingreso será resultado del multiplicador de inversión. Al aumentar la ocupación tenderá, asimismo, a hacerlo la preferencia por la liquidez, debido a una creciente demanda de dinero determinada por el mayor valor del producto que acompaña a un más alto nivel de empleo, aun si los precios y salarios permanecen invariables; estos últimos, sin embargo, tenderán a elevarse a medida que aumente el empleo y el incremento en la producción “irá acompañado por un alza de precios” [. . .].¹²

Keynes considera que, en la operación práctica del sistema, será posible mantener la estabilidad “alrededor de una posición intermedia, apreciablemente por debajo de la ocupación completa y por encima del mínimo”,¹³ debido fundamentalmente a que el multiplicador no sea muy elevado, a que no ocurran cambios bruscos en la tasa de inversión ni grandes alteraciones en los salarios y a que, aun si la tasa de inversión sube o baja “más allá de cierto límite”, el solo transcurso del tiempo ajuste la eficiencia marginal al nivel que permita frenar o estimular aquélla.

[. . .]

En resumen, Keynes atribuye el desempleo a una “demanda efectiva insuficiente”¹⁴ que resulta, como hemos visto, de la forma en que se combinan en un momento dado la propensión a consumir y la tasa de inversión, y a la tendencia a reducir la “eficiencia marginal del capital” a consecuencia de la elevación del tipo de interés en que se expresa la “preferencia por la liquidez”. O en otras palabras: los responsables son unas veces los “rentistas” que cobran demasiado por su dinero y otras los trabajadores, que pretenden salarios reales excesivos [. . .].

¿El antídoto? Comprender que el problema no es el capitalismo, sino los extremos individualistas propios del *laissez-faire* o, en todo caso, “[. . .] el aspecto rentista del capitalismo como una fase transitoria que desaparecerá tan pronto haya cumplido su destino [. . .]”.¹⁵ Esto quiere decir que, conforme a la terapéutica keynesiana, todo lo que se requiere es una acción sistemática de parte del Estado, destinada a man-

¹² *Ibid.*, p. 238.

¹³ *Ibid.*, p. 243.

¹⁴ Lo que, como dice el economista E. Varga, “[. . .] es completamente cierto, pero no explica el desempleo”. *Politico-economic* [. . .], p. 312.

¹⁵ *Ibid.*, p. 361.

tener un alto nivel de “demanda efectiva” a través de una política deficitaria de gasto público, bajas tasas de interés y un constante estímulo al consumo improductivo [. . .].

¿Ciencia pura o pura ideología?

[. . .]

Después de la cruzada keynesiana contra la Ley de Say nadie volvió a postular en los círculos académicos que la oferta creara, necesariamente, su propia demanda, y aun el ortodoxo y en un primer momento hostil a las formulaciones revisionistas, profesor Pigou, acabó en cierto modo pasándose al bando de Keynes y reconociendo que sus críticas iniciales a la *Teoría general* habían sido excesivas.¹⁶

A partir del esquema teórico keynesiano era razonable suponer que si por cualquier motivo la inversión no lograba mantenerse al nivel necesario para asegurar un volumen suficiente de demanda efectiva reaparecería el peligro de desempleo. Y en las nada propicias condiciones de los años treinta era comprensible que ciertos economistas, como Alvin Hansen, desembocaran en una teoría del estancamiento o del desempleo “estructural” o “secular”, que en su opinión debía producirse a consecuencia del menor crecimiento de la población y la imposibilidad de abrir nuevos territorios en un momento en el que, simultáneamente, el volumen del ahorro aumentaba y los avances técnicos determinaban una menor absorción de capital en algunos procesos productivos.¹⁷ Schumpeter, por su parte, desde una perspectiva analítica diferente, incluso unos años antes haría notar, en el mismo sentido, que el defectuoso funcionamiento del mercado podría traer consigo “[. . .] independientemente de la evolución del proceso cíclico, recursos no utilizados [. . .]”.¹⁸ Y en una dirección análoga, aunque en cierto modo bajo la influencia de Rosa Luxemburgo y mucho más cerca del análisis marxista, el profesor Kalecki, quien con anterioridad a la publicación de la *Teoría general* había criticado las posiciones neoclásicas, advirtió que las fases de auge del ciclo serían muy cortas debido a que un incremento de la tasa de in-

¹⁶ Véase Keynes *General Theory. A Retrospective View*.

¹⁷ Véase al respecto A.H. Hansen, *Full Recovery of Stagnation?*, Nueva York, W. W. Norton, 1938.

¹⁸ Joseph Alois Schumpeter, *Business Cycles. A Theoretical, Historical and Statistical Analysis*, Nueva York, Mc Graw Hill, 1964, vol. 1, p. 16.

versión apoyado en buenas expectativas de ganancia tendería a incrementar el acervo de capital. Al crecer éste, la mayor capacidad productiva traería consigo una reducción de la demanda de nuevas inversiones, las que en un momento dado llegarían a ser insuficientes incluso para cubrir el desgaste del capital, culminando todo ello en la depresión y el desempleo, del que sólo se saldría cuando la tasa de ganancia empezara a recuperarse. Kalecki, empero, a diferencia de Keynes, comprendió muy bien el porqué de tales altibajos en la actividad económica.

La tragedia de la inversión —decía— consiste en que provoca la crisis porque es útil. Sin duda, muchos consideran esto como algo paradójico. Pero no es la teoría la paradójica, sino su objeto, es decir: la economía capitalista.¹⁹

Y a diferencia, también, de Hansen, quien pensaba que la tendencia al estancamiento podría corregirse con una política de ocupación plena que los grandes Estados capitalistas pusieran en marcha, en un interesante artículo escrito durante la guerra, o sea cuando el problema de la desocupación estaba en cierto modo transitoriamente resuelto, expresaba:

El supuesto de que el gobierno mantendrá el pleno empleo en una economía capitalista, si solamente sabe como hacerlo, es falaz [...]. La función social de la doctrina de las “finanzas sanas” hará depender el volumen de empleo del “estado de confianza”.

Es cierto que las ganancias serían mayores en un régimen de ocupación plena de lo que son en promedio bajo el *laissez-faire* [...]. Pero la “disciplina en las fábricas” y la “estabilidad política” son más apreciadas por los dirigentes de los negocios que las ganancias. Su instinto de clase les dice que un empleo pleno prolongado es indeseable desde su punto de vista y que el desempleo es parte integrante del funcionamiento normal del sistema capitalista.²⁰

Unos años más tarde, desde una perspectiva similar a la de Kalecki, el economista Josef Steindl, acaso también bajo la influencia de Rosa Luxemburgo, destacó el hecho de que si bien la tasa de explotación

¹⁹ Kalecky, *Essays in the Theory of Economic Fluctuations*, Londres, 1939, citado por Maurice Dobb, en *Theories of Value and Distribution since Adam Smith*, Londres, 1973, p. 222.

²⁰ Michel Kalecki, “Political Aspects of Full Employment” (1943), en *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*, Nueva York, 1972.

tiende a elevarse en un régimen dominado por el oligopolio, el problema principal no es producir la plusvalía, sino realizarla y que, dada la tendencia del capitalismo al subconsumo, el problema de realización se iría agravando y expresando en una creciente capacidad ociosa, que a su vez tendería, a partir de un momento dado, a desalentar las nuevas inversiones y a hacer crecer el desempleo,²¹ aunque probablemente el autor no tomó debidamente en cuenta el papel del cambio tecnológico y, en general, de los factores que tienden a contrarrestar la tendencia al estancamiento y a acentuar la inestabilidad.

Mientras ciertos autores subrayan el peligro de una caída secular de la inversión y la perspectiva de desempleo que podía acompañarlo, otros, más cercanos a las posiciones keynesianas, a partir de una situación teórica de ocupación plena tendieron a elaborar modelos de crecimiento destinados a mostrar el tipo de relaciones que serían necesarias para mantener el equilibrio. Tal fue el caso del inglés Roy Harrod y del norteamericano Evsey Domar, de quienes sólo recordaremos aquí la forma en que, de acuerdo con su análisis, puede perturbarse el equilibrio y surgir, concretamente, el desempleo [. . .].

Harrod considera que el logro de lo que en su ecuación del crecimiento es la *warranted rate of growth* (*Gw*), o sea la tasa que teóricamente asegura un ritmo de crecimiento económico estable,²² no es fácil de mantenerse, ya que fuerzas de diferente naturaleza determinan que la tasa real, y concretamente lo que él denomina "tasa natural de crecimiento", se mueva a un nivel superior o inferior al de aquélla. Pues bien, cuando la tasa "natural", o sea la máxima posible de acuerdo con la combinación de población, acumulación de capital y progreso técnico, no alcance el nivel de la necesaria para lograr el equilibrio, porque la inversión resulte inferior al ahorro, habrá depresión y desempleo. Y cuando ocurra lo contrario, o sea que la tasa real supere a la de equilibrio, los precios subirán hasta culminar en una inflación generalizada.²³ Domar, tras subrayar que la inversión ejerce el doble papel de generar ingresos y ampliar la capacidad de producción, señala que el equilibrio sólo

²¹ Véase J. Steindl, *Maturity and Stagnation in the American Economy*, Oxford, 1952, cap. XIX.

²² Según Joan Robinson, dicha tasa es "un concepto metafísico", que no tiene que ver con el logro de la estabilidad en la práctica. Véase *Economic Heresies*, Londres, Macmillan, 1971, p. 11.

²³ Véase Roy F. Harrod, *Towards a Dynamic Economics*, Londres, 1948-1952, así como M. Dobb, *Theories of Value* [. . .], pp. 226-228.

puede mantenerse en una economía en constante expansión. Pero como la relación producto-capital no cambia fácilmente, el crecimiento tiene que depender de una inversión cada vez mayor y en caso de no aumentar ésta al ritmo necesario hay declinación y desempleo.²⁴

[...] Las críticas de Kalecki, Joan Robinson, Dobb y otros a la teoría neoclásica del capital, de los años cincuenta, culminan en 1960 en el discutido y ya clásico ensayo de Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities*, en el que el concepto del capital como magnitud medible —desvinculada de la tasa de ganancia y supuestamente productiva— y la función de producción utilizada en la teoría tradicional de los precios serían objeto de nuevos embates, incluso en los círculos académicos tradicionales.²⁵

Sin criticar, expresamente, los planteos marginalistas sobre el valor y la distribución —aunque admitiendo que sus formulaciones estaban destinadas a servir de base para una crítica de los mismos—, Sraffa pone gravemente en entredicho la bien conocida tesis neoclásica, según la cual los cambios relativos en los precios de los factores —dada cierta función de producción— implican cambios inversos en la selección de técnicas, es decir: un alza relativa de los salarios frente a las utilidades trae consigo un mayor empleo de técnicas que absorben más capital y menos trabajo [...].

Como en los clásicos y en Marx, en el análisis de Sraffa el beneficio del capitalista vuelve a ser un residuo, un excedente producido por el trabajo y ya no el fruto de la “escasez” del capital o de la “espera” de los ricos y las propias relaciones de precios —como observa Dobb— vuelven a depender en gran parte de la distribución del ingreso y cambian en tanto cambie la relación salarios-beneficios.²⁶

Podría pensarse que tras recibir críticas tan severas como las anteriores, los economistas ortodoxos debieran haberse vuelto más discretos al postular lo que, pese a su frecuente ropaje matemático y aun engañosa apariencia de objetividad, a menudo son trivialidades de escaso o nulo

²⁴ “[...] Por lo que atañe al desempleo, la inversión es al mismo tiempo un remedio para la enfermedad y la causa de males aún mayores en el futuro [...]” E. D. Domar, *Essays in the Theory of Growth*, citado por M. Dobb, *op. cit.* [...], p. 229.

²⁵ Véanse los interesantes comentarios en torno al ensayo de Sraffa, de Joan Robinson y Maurice Dobb: “Prelude to a Critique of Economic Theory” y “The Sraffa System and Critique of the Neo-Classical Theory of Distribution”, en *A Critique of Economic Theory*. Londres, E. K. Hunt y Jesse G. Schwartz, 1972.

²⁶ M. Dobb, *Theories of Value* [...], p. 252.

valor científico, carentes casi siempre de contenido, pero cargadas casi siempre también de ideología burguesa. Pero como comenta la señora Robinson, los

[...] neoclásicos no se dieron por enterados: siguieron, como de costumbre, trazando funciones de producción en términos de “capital” y trabajo y diseminando la teoría de la distribución basada en la producción marginal [...].²⁷

A partir de ahí, los “neoclásicos”, más empeñados en defender su vieja apologética sobre el funcionamiento del capitalismo, tendrían que olvidarse de la realidad, refugiarse una vez más en su torre de marfil y recurrir a los lugares comunes, verdades a medias, mitos y formulaciones anacrónicas y estáticas, que Galbraith ha llamado “sabiduría convencional”, acaso sinceramente convencidos de que, si no el de los demás, el suyo sí era el mejor de los mundos posibles, pues, en caso necesario —como su propia actitud lo demostraba—, aun los más graves problemas podrían resolverse divorciándose de la realidad [...].

Acumulación de capital, mercado y desempleo

[...] Más de medio siglo antes de que la “revolución” keynesiana sacudiera, con su rechazo de la Ley de Say, a los círculos académicos más conservadores de Occidente, Marx había puesto en evidencia tanto la invalidez de dicha teoría como su total divorcio de la realidad [...].

Marx rechaza esta “fraseología apologética”, a la que califica de “chácharas pueriles, buenas para un Say, pero indignas de un Ricardo”,²⁸ fundamentalmente porque: 1] en el capitalismo no se intercambian productos sino mercancías; 2] el cambio no se realiza directamente sino a través de compraventas en que interviene el dinero; 3] la función que éste desempeña no es simplemente la de un medio de circulación; 4] las compras y ventas no son simultáneas o siquiera, necesariamente, inmediatas; 5] la supuesta identidad entre productores y consumidores no existe, y 6] si bien hay una estrecha relación entre la producción y el consumo y cierta dependencia de éste respecto a aquélla, hay también una contradicción entre ambas [...].

²⁷ Joan Robinson, “Capital Theory Up to Date”, en *A Critique of Economic Theory*, Londres, E.K. Hunt y Jesse G. Schwartz, p. 234.

²⁸ Véase C. Marx, *Historia crítica* [...], tomo II, pp. 509 y 494.

La mercancía arrastra una contradicción interna que le es inherente entre el valor de cambio y el de uso.²⁹ Y al desdoblarse el cambio en compras y ventas separadas entre sí unas de otras en el tiempo y el espacio, en las que interviene el dinero como medio de pago y como condición, por tanto, de la realización, surge la posibilidad de la crisis.

[. . .] La sobreproducción no significa, desde luego, que el capitalismo tienda a desbordar las necesidades de la sociedad.

Lejos de ello, [. . .] en el régimen de producción capitalista, la producción es, en este sentido, inferior y no superior a lo que debiera ser. Lo que sirve de límite a la producción no son, ni mucho menos, las necesidades del productor, sino la ganancia del capitalista.³⁰

[... Las crisis] son parte esencial de la normalidad y la “estabilidad” capitalistas, pues la producción y la reproducción se realizan, en este régimen, cíclicamente, y en ellas el desempleo suele adoptar caracteres realmente dramáticos, lo que no significa que sólo aparezca en fases depresivas o en los momentos más desfavorables [...].³¹

A medida que la productividad del trabajo aumenta se intensifica la acumulación, crece el acervo de bienes de producción y se altera la composición técnica y orgánica del capital.³²

El crecimiento del capital constante no sólo expresa una creciente productividad del trabajo y un cambio significativo en la composición del capital; también entraña un avance en el proceso capitalista que al-

²⁹ “Por este camino es como se descartan discursivamente las crisis: olvidando o negando las premisas primordiales de la producción capitalista, la existencia del producto como mercancía, el desdoblamiento de éste en mercancías y dinero, las fases de la separación en el cambio de las mercancías que de aquél se deriva y, finalmente, la relación entre el dinero o la mercancía y el trabajo asalariado.” *Ibid.*, pp. 493 y 494.

³⁰ *Ibid.*, p. 517. “La moderna sobreproducción tiene como base el desarrollo incondicional de las fuerzas productivas y, por tanto, la producción en masa, basada por una parte en el hecho de reducir a la masa de productores a los medios indispensables de subsistencia y, por otra parte, en la barrera que traza la ganancia del capitalista.” *Ibid.*, pp. 518 y 524.

³¹ “Un efecto principal de las crisis es el de volver a crear, o aumentar, este ‘ejército industrial de reserva’ que, a su vez reducirá el precio de la fuerza de trabajo.” M. Dobb, *Economía política y capitalismo* [. . .], p. 123.

³² “A una determinada cantidad de medios de producción —señala Marx— corresponde un determinado número de obreros y, por tanto, a una cantidad de trabajo ya materializado en los medios de producción corresponde una determinada cantidad de trabajo vivo. [. . .] Este factor —añade enseguida— es la composición técnica del capital y constituye la verdadera base de su composición orgánica.” Y en la página siguiente dice: “La composición de valor del capital, en cuanto se halla determinada por su composición técnica y es un reflejo de ésta, es la que noso-

tera el funcionamiento de la ley del valor en cuanto a que el cambio, más que de acuerdo con los valores correspondientes de las mercancías se realizará en adelante con base en los precios de producción, o sea considerando la ganancia media del capital.

A más acumulación de capital y mayor desarrollo del capitalismo corresponde, lógicamente, una creciente demanda de trabajo que sería imposible satisfacer si la oferta no aumentara con la debida oportunidad y a un ritmo satisfactorio. El sistema se encarga, a este respecto, en cada etapa de su desarrollo, de que la población y la fuerza de trabajo crezcan adecuadamente y lo que a primera vista podría parecer un fenómeno puramente demográfico desvinculado del proceso productivo, resulta, en realidad, una ley del desarrollo capitalista.³³

El aumento de la demanda de trabajo, si bien trae consigo un aumento absoluto del capital variable debido a la cada vez más alta composición técnica y orgánica del capital, se expresa, al mismo tiempo, en un descenso relativo de aquél respecto al capital constante, que en el fondo obedece a que a medida que se acentúa el carácter social del trabajo aumenta su productividad y por tanto la posibilidad de movilizar una masa creciente de capital por hombre ocupado [...].³⁴

El factor que en el fondo determina el desempleo es la creciente capacidad de los trabajadores para operar medios de producción, la cada vez mayor productividad del trabajo y la imposibilidad, en un régimen de explotación, de que esa capacidad se emplee racionalmente. Al respecto, una medida simple pero ilustrativa de la forma en que el problema del desempleo se agrava al acumularse el capital se obtiene al comprobar que al producirse el descenso relativo del capital variable aumenta grandemente el capital que se requiere incluso para mantener el nivel de empleo y, con mayor razón, para incrementarlo. Esto explica que —contra lo que suele decirse a menudo de manera simplista— “cuando más

tros llamamos la composición orgánica del capital.” Carlos Marx, *El capital*, op. cit., tomo III, vol. I, pp. 190 y 191.

³³ “[...] al producir la acumulación del capital, la población obrera produce también, en proporciones cada vez mayores, los medios para su propio exceso relativo. Esta es una ley de población peculiar del régimen de producción capitalista, pues en realidad todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias”. *Idem.*, tomo I, vol. II, pp. 712-713.

³⁴ “[...] es una ley de la producción capitalista el que, conforme va desarrollándose, decrezca en términos relativos el capital variable con respecto al constante y, por consiguiente, en proporción a todo el capital puesto en movimiento”. *Idem.*, tomo III, vol. I, p. 266.

se desarrolla en un país el régimen capitalista de producción, más acusado se presenta en él el fenómeno de la superpoblación relativa" [...].³⁵

A partir de Adam Smith, la economía clásica sólo vio en la composición del producto social y por tanto en los precios de las mercancías, tres elementos que, por su naturaleza, se distribuían como ingreso, a saber: el salario, el beneficio y la renta; en la terminología de Marx: el capital variable y la plusvalía. En realidad se confundía el producto bruto con el neto y se suponía, erróneamente, que la parte de la plusvalía destinada a la acumulación se invertía totalmente en fuerza de trabajo, o sea en capital variable.³⁶ Al objetar la forma injustificada en que el análisis clásico omitía el capital constante y subrayar la enorme importancia de éste en el proceso de acumulación, Marx hizo una contribución teórica de primer orden tanto para explicar correctamente el proceso de reproducción como para entender el fenómeno de la realización y el funcionamiento del mercado.

[...]

Todo esto nos permite afirmar que, lejos de que la población obrera sobrante obedezca a la imposibilidad de que crezca el mercado, en rigor es más bien la consecuencia de la forma antagónica en que éste se expande en una economía capitalista.³⁷

Y el hecho de que, en un momento dado, la ausencia de demanda a ciertos niveles de precios desenlace en una crisis y obligue a un reajuste más o menos violento que permita contrarrestar un descenso de la tasa de ganancia, no invalida el análisis anterior. Antes bien, lo confirma y

³⁵ *Idem.*, p. 293.

³⁶ "No cabe mayor error —escribe Marx— que el que Ricardo y todos sus sucesores toman de A. Smith al decir que *la parte de la renta capitalizada es consumida por obreros productivos*. Según esto, *toda la plusvalía* convertida en capital pasaría a ser capital variable [...]." *Idem.*, tomo I, vol. II, p. 666. Y en otro pasaje, añade: "La idea de que el producto sobrante, por ser simplemente un producto del trabajo nuevo añadido durante el año, sólo puede convertirse en capital variable [...] responde a la concepción falsa de que, por ser el producto mero resultado o simple materialización del trabajo, su valor se reduce exclusivamente a rentas —salario y renta del suelo—, falsa concepción sostenida por A. Smith y Ricardo." Carlos Marx, *Historia crítica* [...], tomo II, p. 482.

³⁷ En las palabras de Marx: "No constituye ninguna contradicción el que esta sobreproducción de capital vaya acompañada de una superpoblación relativa más o menos grande. Los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aumentan la masa de los productos-mercancías, que (permítase subrayarlo) extienden los mercados, que aceleran la acumulación de capital tanto en cuanto a la masa como en cuanto al valor, y que hacen bajar la cuota de ganancia, han creado y crean constantemente una superpoblación relativa, una superpoblación de obreros que el capital sobrante no emplea [...]", porque no le conviene. Carlos Marx, *El capital*, op. cit., tomo III, vol. I, p. 314.

comprueba que cualquiera que sea el ritmo a que crezca el mercado y en particular la capacidad de consumo de las masas, siempre, y sobre todo bajo el capitalismo monopolista, tenderá a crecer más de prisa la capacidad de producción. Esto demuestra que lo que importa al capitalista y al capitalismo no es el consumo y menos aun la satisfacción de las necesidades sociales, sino el obtener la mayor ganancia posible a partir de la explotación de los trabajadores.³⁸ O sea que no se trata de que no haya mercado ni de que —a la manera sugerida por Rosa Luxemburgo— la realización se vuelva imposible. Lo que ocurre es que el propio proceso de acumulación agudiza las contradicciones del sistema [...].

“Ejército industrial de reserva” y “marginalidad”

Marx nunca intentó —y de haberlo hecho no habría sido marxista— elaborar una teoría general a la que, en sus propias palabras, se hallen “sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren [...]”.³⁹ Se limitó en realidad, y sin duda ello contribuyó a que su aportación científica fuera más relevante, a examinar los aspectos fundamentales del desarrollo capitalista europeo y en particular la forma que el fenómeno adoptó en Inglaterra, país al que consideraba el “ejemplo” o “modelo clásico”. Este solo hecho volvería muy difícil y aun imposible —a menos que hiciéramos de la obra de Marx un recetario infalible, de aplicación mecanicista y dogmática— tratar los problemas que hoy aquejan al capitalismo latinoamericano, como si cada uno de ellos hubiera de corresponder, aun en sus modalidades y rasgos menos importantes, a los fenómenos estudiados por el autor de *El capital*. Pero a la vez, si el marxismo tiene realmente valor científico y el sistema en el cual se agudiza y aun configura plenamente el subdesarrollo es el capitalismo, debiera entonces servirnos para entender la razón de ser y la dinámica de problemas tan graves como el desempleo y otros que, lejos de ser accidentales, obedecen a las contradicciones básicas de tal sistema.

³⁸ “El verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital [...]”. *Idem.*, tomo III, vol. I, p. 308. “Pero la contradicción inherente a este régimen de producción —añade el propio autor— consiste precisamente en su tendencia a desarrollar de un modo absoluto las fuerzas productivas, tendencia que choca constantemente con las condiciones específicas de producción dentro de las que se mueve y tiene necesariamente que moverse al capital.” *Ibid.*, p. 316.

³⁹ Véase Carlos Marx, *El capital*, op. cit., apéndice al tomo I, vol. III, pp. 930-931.

[...] Rebasaría el marco del presente ensayo [...] examinar las causas históricas que explican que la acumulación de capital y por tanto el proceso todo de la formación del mercado interno en una economía subdesarrollada se desenvuelvan de manera muy diferente a aquella en que lo hacen en el llamado "modelo clásico". El mero hecho de que la dependencia se torne propiamente estructural en la fase monopolista y el que el nacimiento del imperialismo imponga un nuevo patrón de división internacional del trabajo en que los países metropolitanos se reservan para sí los procesos productivos más complejos e importantes, frustra la posibilidad de que, en países como los nuestros, el capitalismo asegure la continuidad del largo proceso que, a partir del artesanado y a través de la manufactura, culmina en otros casos en el desarrollo de una moderna y gran industria propia, del tipo de aquella en que descansa el capitalismo independiente.

Y aun podría añadirse que los procesos que en el capitalismo clásico tienden a producirse con rapidez inusitada, a menudo hasta febril y en apariencia casi automáticamente y en forma más o menos estable y racional, en el capitalismo del subdesarrollo tienen lugar de manera sinuosa, profundamente inestable y desigual, a menudo condicionados por obstáculos infranqueables y sin que puedan jamás librarse de las deformaciones estructurales en que se expresa el subdesarrollo. A ello obedece que, en esta nueva variante histórica del capitalismo, el desempleo alcance niveles nunca antes conocidos y a que incluso su apariencia no sea ya la de un ejército de reserva a disposición del capitalista, sino la de una masa informe de trabajadores vencidos y en plena desbandada, desgarrados por la miseria, dispersos y trashumantes, muchos de ellos ganados por la frustración y la desesperanza y que, cualquiera que sea el ritmo con que el proceso capitalista se desenvuelva, queden total o parcialmente desocupados.

Tan sólo por lo que hace a la acumulación de capital y a los factores que, en el marco de ésta, más parecen influir en el fenómeno de la población sobrante o desempleada, podrían mencionarse los hechos siguientes, en los que se advierten marcadas diferencias y aun rupturas profundas respecto al funcionamiento del modelo clásico:

- 1] El aumento mucho más rápido de la población, sobre todo entre las masas rurales y urbanas [...].
- 2] La creciente movilidad de la fuerza de trabajo y la más fácil manera

en que, en un movimiento obrero y campesino débil y desorganizado sindical y políticamente [. . .], la masa de trabajadores desocupados influye para mantener un régimen de bajos salarios.

- 3] A consecuencia, principalmente, de lo señalado en los dos puntos previos, la oferta de mano de obra tiende, en mucho mayor medida que en las condiciones clásicas a superar a la demanda [. . .].
- 4] La tasa de inversión, y sobre todo la formación neta de capital siempre es insuficiente para movilizar los recursos productivos y en particular para emplear, a niveles más o menos satisfactorios, la mano de obra disponible [. . .].
- 5] La insuficiencia y la defectuosa composición de la inversión real —cuyo nivel tiende a ser muy inferior al del excedente potencial— [. . .].
- 6] La inversión extranjera y la compleja y cada vez mayor dependencia respecto al capital monopolista internacional no sólo implica el drenaje constante del excedente [. . .], también trae consigo una mayor vulnerabilidad económica, una industrialización dependiente [. . .], un alto grado de monopolio, elevadísimas tasas de ganancia en las grandes empresas [. . .], creciente dependencia tecnológica y un patrón de opciones técnicas costoso, inadecuado y que por sí solo entraña un serio obstáculo para emplear los recursos disponibles con una mínima racionalidad.⁴⁰
- 7] En cuanto a la parte del excedente que se retiene en el país subdesarrollado, sabido es que una alta proporción del mismo queda ociosa, se desperdicia y aun dilapida criminalmente debido a los patrones de gasto de la clase en el poder; pero también a consecuencia del comportamiento de los estratos medios e incluso del “dinámico” papel que en tales economías desempeñan la burocracia, la corrupción, el sostenimiento de costosas fuerzas armadas y policíacas que esencialmente cumplen funciones represivas, la especulación y un sin fin de negocios más o menos ilegales en los que se expresan las más variadas formas de parasitismo.

⁴⁰ Armando Córdova señala que todo hace pensar que, en los próximos años, incluso se incrementa el empleo de técnicas de alta intensidad de capital en nuestros países “[. . .] por el alto grado de dependencia respecto a la tecnología de aquellas sociedades que caracteriza a la industrialización latinoamericana y, lo que es igualmente importante, por la creciente penetración de capital extranjero en su forma más avanzada y más ahorradora de mano de obra, la de las grandes corporaciones multinacionales”. “Empleo, desempleo, marginalidad”, en *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, México, 1973, p. 88.

Y aunque el Estado, en particular, suele contrarrestar con éxito situaciones que de dejarse a su suerte crearían problemas aún más graves, el hecho es que también el poder público y su aparato empresarial cada vez mayor influyen en la agudización de múltiples contradicciones [. . .]. Y todo ello no es extraño ni sorprendente salvo para quienes, convencidos de que el mercado no es ya capaz de asignar en forma medianamente racional los recursos disponibles, creen o al menos pretenden hacer creer que en tal virtud sólo el Estado puede asegurar el mejor empleo de los mismos [. . .].

- 8) A todo esto habría que agregar que al margen de los hechos señalados que impiden que el excedente crezca más de prisa y se utilice mejor, las relaciones de producción características del capitalismo del subdesarrollo determinan que el proceso de acumulación y de formación del mercado interno, lejos de estimularse y apoyarse mutuamente —a la manera en que, con todas sus graves contradicciones, lo hicieron en las condiciones clásicas— exhiben lagunas, desproporciones, desajustes, rupturas y nuevos antagonismos, que en última instancia determinan que la parte de la plusvalía que se destina a la acumulación sea menor, el ritmo al que se convierte en capital sea más lento, el peso de las actividades productivas y concretamente de la industria en el proceso económico sea muy inferior, el patrón de relaciones internacionales contribuya decisivamente no a ampliar sino a reducir y a desviar el excedente y, a consecuencia de todo ello, las deformaciones en la estructura técnico-económica se multipliquen y, tanto a corto como a largo plazos, la demanda de mano de obra siempre se mueva a un nivel muy inferior al de la oferta [. . .].

NACIONALIZACIÓN Y CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO⁴¹

Algunas posiciones teóricas erróneas

[. . .] La burguesía no tiene una teoría unitaria de la nacionalización. Antes al contrario, a medida que en su propio seno se abre la brecha entre las fracciones y estratos superiores, propiamente oligárquicos, y los inferiores; a medida, sobre todo, en que se agudiza la contracción fun-

⁴¹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 7, enero-febrero de 1976, pp. 1-23.

damental del sistema, se multiplican los enfoques, los matices y las divergencias así sean de grado y no de fondo. Entre las posiciones más difundidas tanto en México como en otros países capitalistas podrían recordarse las siguientes:

- la nacionalización es innecesaria e injustificable; obstruye el desarrollo, acentúa la ineficiencia burocrática, atenta contra los derechos individuales y lleva al totalitarismo;
- en principio sólo es deseable cuando suple, alienta y estimula, no cuando compete con la empresa privada;
- en un régimen de economía <mixta>, en que la propiedad estatal se desenvuelve armoniosamente con la privada, la nacionalización de ciertas actividades es necesaria para mantener el equilibrio social.

En capas pequeñoburguesas y desde posiciones revisionistas que incluso suelen usar el marxismo como disfraz, se advierten otras posiciones:

- la nacionalización, sobre todo en los países atrasados, expresa un <nacionalismo revolucionario> de la clase <gobernante> o <dirigente>, que choca con los intereses de la burguesía doméstica y el capital extranjero;
- sin ella no puede reivindicarse la riqueza nacional, protegerse los intereses generales del pueblo, ni conseguirse un desarrollo realmente independiente;
- sólo mediante ella puede ampliarse el radio de acción del Estado y suplirse eficazmente a la empresa privada como agente principal del desarrollo;
- el control estatal de ciertas actividades estratégicas no solamente puede sustituir a la empresa privada, sino incluso abrir la vía de un <desarrollo no capitalista>;
- la nacionalización puede corregir las fallas más graves del capitalismo, fortalecer la democracia y aun llevar al socialismo sin necesidad de una revolución.

Es obvio que tales posiciones no son idénticas. Incluso hay entre ellas diferencias significativas que exhiben desacuerdos y contradicciones reales, aunque también rasgos comunes que, en última instancia, se explican por el peso que ejerce en conjunto la ideología burguesa. Al-

gunos de estos rasgos son la tendencia a identificar al Estado con la nación, a disociarlo y aun a situarlo por encima de las clases y a ignorar las relaciones y luchas de éstas entre sí y con el poder político. En el fondo, la afinidad obedece a que el concepto de nacionalización se mueve en el marco de una teoría del Estado y del derecho, que pese a todas sus variantes se asienta sobre una base común.

¿Qué es lo característico de esta teoría? A riesgo de incurrir en un esquematismo excesivo podríamos decir que es idealista; maneja los fenómenos como conceptos absolutos meramente formales y no como categorías históricas; vuelve permanente lo que es transitorio y lineal lo que es complejo y dialéctico; divorcia los fenómenos políticos y jurídicos de los económicos; aísla a todos ellos de las clases sociales y los despoja de contenido real, confundiendo la autonomía relativa del Estado con una supuesta neutralidad; sustituye la lucha de clases por la conciliación entre ellas; supone al Estado burgués democrático por excelencia y representativo, por tanto, de la voluntad general y adopta una concepción gradualista o evolucionista del desarrollo de la sociedad que <demuestra> que la transformación y el progreso social no requieren de la revolución [...].

Al igual que en la economía y la sociología, en el derecho y la teoría política se deja sentir la influencia del desarrollo capitalista y el inicio del imperialismo. En su conocida obra *La lucha por el derecho*, Ihering, a la manera en que lo harían los ideólogos del nazismo medio siglo después, se convierte en vocero y defensor del militarismo alemán, adopta en apariencia una posición <realista> y aun crítica de lo viejo, pero ni la lucha de la que según él surge el derecho, ni el reconocimiento del Estado como un "aparato de coerción", le sirven para entender el contenido de clase de ambos.

Bajo la influencia de Darwin y su teoría de la evolución de las especies, el positivismo aporta una explicación organicista de la sociedad y del Estado que más que descubrir las leyes que rigen su desarrollo cae en un gradualismo y un mecanicismo que identifican a los fenómenos sociales con los naturales y los supone regidos por leyes inmutables que pertenecen al reino de la naturaleza. Esto, por cierto, hace del capitalismo un sistema social eterno.

Frente al avance del marxismo, que asigna a la lucha de clases un papel fundamental en el desarrollo de la sociedad, otros autores (principalmente Gierke y Gumplowieks) destacan la importancia de las luchas

entre naciones y razas, cayendo en una actitud reaccionaria que no sólo reconoce sino que, a partir de la propia historia alemana, justifica sin recato el empleo de la violencia por parte del Estado capitalista.

Stammler, a su vez, ganado también más por la idea de combatir al materialismo histórico que por el interés en comprender el origen del derecho y del Estado, postula que tales fenómenos no están regidos por leyes, sin reparar en que desde la perspectiva neokantiana y estática en que él las busca es imposible encontrarlas.⁴² Y al concebir el derecho como algo divorciado de la realidad histórica y reivindicar el viejo <derecho natural> abre paso en el campo teórico a un normativismo puramente formalista y, en la práctica, a la defensa de un inocuo y oportunista reformismo. Tocaría a Hans Kelsen, empero, convertir años más tarde esa concepción en toda una <teoría pura> del derecho, que al modo de la economía neoclásica construye un sistema jurídico abstracto y supuestamente <puro>, basado en una serie de relaciones lógicas entre unas normas y otras y que ni siquiera intenta reflejar de alguna manera la realidad. Para Kelsen no sólo es innecesario precisar el origen y las relaciones entre el Estado y el derecho, sino que éste sólo puede explicarse a través de sí mismo.⁴³ En otras palabras: desde un engañoso y falso <apoliticismo> que ignora las relaciones del derecho con la realidad social y con las disciplinas que como la historia, la economía y la sociología estudian esa realidad, se pretende que aquél sólo expresa normas de conducta formales, un <deber ser> abstracto, vacío y, por ello, desprovisto de todo valor científico. Pero no es casual que con base en tal andamiaje se concluya que la explotación de que son víctimas los trabajadores no tiene relación con el régimen de propiedad privada ni ésta con el sistema jurídico que la consagra y el Estado que tan celosamente la defiende.

⁴² Véase R. Stammler, *Doctrinas modernas sobre el derecho y el Estado*, México, Compañía General Editora, 1941.

⁴³ Refiriéndose a la esencia de la teoría de Kelsen, Luis Recaséns Siches comenta: "La ciencia jurídica no versa sobre hechos. Las normas pertenecen a la categoría del <deber ser> [...]. La teoría jurídica debe ser elaborada siguiendo un método rigurosamente nomológico, esto es, empleando tan sólo conceptos pertenecientes a la lógica de las normas [...]. La labor de la teoría pura del derecho puede ser comparada a la de la geometría [...], la teoría jurídica no puede ocuparse de los contenidos sociales [...], estudia exclusivamente las formas [...], pues es la forma lo que de jurídico tiene cualquier fenómeno inscrito en el ámbito del derecho." En "Prólogo" a *Derecho y paz en la relaciones internacionales*, de Hans Kelsen, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 10-12.

Con enfoques diferentes, aunque respondiendo en realidad a fines análogos y desenlazando a la postre en conclusiones similares, los franceses Émile Durkheim y Leon Burgeois, en el momento mismo en que la lucha de clases se agudiza, intentan convertir la solidaridad entre ellas en el vehículo más importante del cambio social. En verdad, más que explicar ese cambio, lo que tratan es de evitarlo a toda costa, de evitar, concretamente, la revolución, a través de una fórmula solidarista que en rigor no rebasa el reformismo burgués y la invocación demagógica a la justicia social. Dentro de la misma corriente, Leon Duguit llegó aún más lejos: sin negar la explotación —que según él nada tiene que ver con el capitalismo—, la acepta como una necesidad que impone la división del trabajo, la que también determina relaciones de <interdependencia> entre los individuos, no entre clases, cuya regulación satisfactoria sólo es posible a partir de un régimen de derecho que a su vez descansa en el principio y la norma de la solidaridad social, solidaridad que entraña tanto un hecho como un deber. El derecho de propiedad resulta así una <función social> y los capitalistas, sujetos que no sólo ejercen derechos sino que cumplen deberes y se subordinan a las exigencias de la solidaridad, al amparo de un Estado —el Estado imperialista— que tiende a democratizarse y a <humanizarse>.

El solidarismo, al postular que en la dirección del Estado burgués participan de hecho todas las clases sociales, da pie a un institucionalismo no menos demagógico, según el cual vivimos bajo un <Estado de derecho> que representa a la nación entera y no a una clase dominante y que es necesario para salvaguardar el orden social, un orden en el que la desigualdad es inevitable y el móvil de lucro necesario para estimular la iniciativa del hombre. Conforme a esta doctrina, que recuerda también el <pluralismo> de Harold Laski y otros, el Estado no es sino una serie de instituciones —familia, Iglesia, sindicatos, empresas, asociaciones, civiles, etcétera— a través de las cuales se ejerce el poder.

En una época en que la propia legalidad burguesa es a menudo un estorbo para la clase dominante no es extraño que el <Estado de derecho>, en vez de basarse como antaño en la objetividad de la ley, descansa ahora en gran medida en la interpretación subjetiva y pragmática que de ella hagan los jueces, al amparo de un arbitrario instrumentalismo que de palabra presenta la salvaguarda del interés social como el fin principal del Estado y del orden jurídico y de hecho pone a ambos al servicio de la burguesía [...].

La nacionalización en la práctica

Las nacionalizaciones no son un hecho nuevo. Se producen y aun adquieren cierta significación desde fines del siglo pasado en países como Alemania y Japón. Ya en la fase monopolista cobran impulso, principalmente en Francia, durante la Primera Guerra Mundial. Se refuerzan grandemente bajo el nazi-fascismo, en Alemania e Italia, y se multiplican —incluso en Inglaterra y los Estados Unidos—, en la depresión de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial [...]. En el <Tercer Mundo> cobran también importancia en ciertos procesos de reforma agraria o al reivindicarse recursos naturales o actividades de especial significación económica. México, por ejemplo, nacionaliza la industria petrolera a fines de los años treinta, lo que años más tarde hará también Irán, aunque a la postre teniendo que ceder ante el capital monopolista extranjero, y en estos días, Venezuela. Bolivia nacionaliza sus minas de estaño y Chile, en el gobierno del presidente Allende, el cobre. Egipto rescata el canal de Suez y la India impone el control estatal de ciertas industrias básicas y de los grandes bancos.

No existe un patrón rígido al que se amolden las nacionalizaciones. Difieren de un país y de un momento a otro. Pero a juzgar por la experiencia del último medio siglo en los principales países capitalistas, entre sus características podrían señalarse las siguientes:

- la propiedad estatal absorbe hasta el 30-35% del capital fijo, casi nunca una mayor proporción;
- la participación de la inversión del Estado oscila con frecuencia entre un tercio y la mitad de la inversión total;
- las empresas estatales operan principalmente en la industria militar y en actividades que proveen de servicios al capital privado —telecomunicaciones, caminos, puertos, ferrocarriles, transporte aéreo, abastecimiento de agua, electricidad, gas y otros energéticos. Aunque en años recientes tales empresas han crecido en la producción de materias primas y en ramas de la industria antes reservadas a la empresa privada, así como en la banca y los seguros;
- en general, el Estado prefiere tomar a su cargo negocios y aun ramas de actividad que, por su baja rentabilidad o los altos riesgos que entrañan, no son atractivas para los monopolios privados. En ciertos casos las nacionalizaciones tienden incluso a sanear empresas priva-

das en malas condiciones financieras y aun a evitar la quiebra de negocios en bancarota;⁴⁴

- aun en casos en que el Estado participa en campos dominados por el capital privado, su interés no es competir con él, sino más bien estimularlo y apoyarlo de múltiples maneras;⁴⁵
- las formas de organización de las empresas estatales varían desde aquéllas directa y exclusivamente controladas por el Estado, hasta las que funcionan como empresas mercantiles regidas por el derecho privado, y en cuya dirección participan prominentes burgueses. En cambio, casi nunca hay una representación obrera y cuando la hay es virtual, pues más que de obreros se trata de dirigentes sindicales de probada sumisión a la clase en el poder;
- las nacionalizaciones no son confiscatorias; implican casi siempre una cuantiosa indemnización que suele ser una fuente más de ganancias para los capitalistas. Usualmente, sin embargo, los traspasos a favor del Estado se hacen a través de compraventas a precios que favorecen a las empresas vendedoras;
- incluso en aquellos países en los que la banca privada tiene gran importancia en el sistema de crédito, el Estado controla el banco central de emisión y casi siempre otras instituciones que operan en campos especializados;
- si bien la nacionalización parece responder al propósito de fortalecer al capital nacional, con frecuencia, sobre todo en los países menos industrializados, suele coincidir con situaciones de creciente subordinación al capital monopolista internacional en otras ramas. Ello ha sido característico, por ejemplo, del proceso industrial conocido como de "sustitución de importaciones". De esto resulta que muy a menudo la nacionalización, lejos de debilitar a los grandes consorcios extranjeros, los fortalece;
- y lo mismo podría decirse de su impacto sobre la oligarquía nacional y sobre el sistema en su conjunto. Es decir, que la nacionali-

⁴⁴ Al respecto podría decirse que, si bien con graves fallas y ante obstáculos cada vez mayores derivados del alto grado de monopolio, el mercado tiende a desplazar recursos hacia las áreas y procesos de más alta rentabilidad; sólo el Estado, y además tan fiel al capital como es el Estado burgués, puede cumplir la misión inversa, o sea la de canalizar recursos hacia donde menos producen.

⁴⁵ Como dice un autor: "Los monopolios del Estado jamás actúan en ningún país capitalista en detrimento de los intereses del capital monopolista considerado en conjunto." V. A. Cheprakov, *El capitalismo monopolista* [. . .], p. 137.

zación burguesa no atenta contra ellos. Antes bien los refuerza y contribuye a reproducir las relaciones sociales en que ambas descansan. En efecto, independientemente de las formas que adopte, la intervención del Estado y concretamente la nacionalización se vuelven indispensables para contrarrestar la tendencia descendente de la tasa de ganancia, bien a través de la desvalorización del capital estatal en beneficio del gran capital privado, o bien mediante medidas que hagan posible intensificar la explotación del trabajo asalariado y elevar la tasa de plusvalía.

Nacionalización y lucha revolucionaria

[. . .]

Podría pensarse que, siendo la nacionalización burguesa lo que es, en el seno de la clase dominante hay un amplio consenso en su favor. Pero la verdad es otra. En el capitalismo monopolista de Estado la burguesía reclama de éste todo aquello que la beneficie, se opone a lo que entraña un perjuicio y teme siempre que, bajo la presión de las masas o de una grave crisis del sistema, el Estado lleve su intervención demasiado lejos. Lo mismo ocurre con la nacionalización, que en rigor ha sido y es bandera de unos y otros y cuya significación política varía de acuerdo con las condiciones y el momento en que se produce.

A menudo se tiende, en nuestro concepto erróneamente, a asociar de manera simplista la nacionalización al capitalismo de Estado y aun a suponer a éste la condición imprescindible de un desarrollo independiente en los países atrasados. Lo cierto es que la propiedad estatal recorre un largo proceso histórico a través del cual cambian su naturaleza y alcance.

Se la encuentra en los inicios del capitalismo, mucho antes de que surja el capitalismo de Estado; cobra en ciertos casos importancia en éste, cuando se vive todavía la fase premonopolista e incluso ya en el imperalismo; reaparece en lo que suele llamarse el capitalismo monopolista privado o simple; se multiplica y refuerza en el capitalismo monopolista de Estado y especialmente cuando al triunfo de la revolución —antes o después de instaurarse la dictadura del proletariado, pero siempre como condición para impulsar la lucha de clases, conquistar y retener el poder y avanzar hacia el socialismo— se recurre a ella para echar las bases económicas del nuevo Estado [. . .].

La nacionalización y en particular la estatización burguesa no son, como hemos visto, ninguna panacea. Pretender que el Estado puede resolver a fondo problemas que se expresan en contradicciones profundas y aun insalvables implica pensar que el principal obstáculo al desarrollo y al empleo racional de los recursos consiste en ciertas formas jurídicas de propiedad y no en las relaciones de producción y explotación capitalistas, incluida la propiedad estatal. El capitalismo monopolista de Estado puede mitigar desajustes menores, pero es incapaz de liberar las fuerzas productivas, a la manera en que la socialización de los medios de producción y la planificación socialista pueden hacerlo. Creer otra cosa es como pensar que todo lo que se requiere es ampliar el radio de acción del Estado; es quedarse en un reformismo palaciego que a la postre sólo lleva al conformismo, a la contemporización y a ceder ante la clase dominante. Es como abrigar la ilusión pequeñoburguesa de que a medida que el Estado intervenga más en la economía habrá mayor justicia, democracia e independencia.

El capitalismo nacional independiente es ya inviable para los países atrasados. Aun en aquellos en donde el capital monopolista nacional es poderoso, el crecimiento de las empresas estatales, más que ser en la práctica la condición de la independencia, significa a menudo más dependencia y más íntima trabazón con los monopolios internacionales, impulso a un capitalismo deforme y subordinado y agravamiento, no tanto de la contradicción de la burguesía nacional con el imperialismo, sino principalmente con el proletariado.

Mientras el capital monopolista decida la estrategia del desarrollo no habrá un mejor reparto de la riqueza y el ingreso ni patrones de consumo equitativos. La estructura del consumo y de la distribución dependen de las relaciones de producción y no a la inversa. Como Marx lo señalara: "[...] mientras las clases ricas se hallen en el poder, toda esa cotización no significará la supresión de la explotación sino únicamente un cambio de su forma [...]".⁴⁶

¿Quiere esto decir que ni la nacionalización ni la lucha por llevarla adelante tienen mayor importancia? De ninguna manera. La nacionalización, como todas las cosas, se desenvuelve dialécticamente y no escapa ella misma a profundas contradicciones. Exhibe tanto el desarrollo y consolidación del capitalismo monopolista de Estado como la prepa-

⁴⁶ C. Marx, cit. por Cheprakov, *op. cit.*, p. 101.

ración de las condiciones en que habrá de fincarse el socialismo; tanto la creciente socialización de la producción como la cada vez mayor concentración de la propiedad y la riqueza. Por ella lucha en ciertos momentos la burguesía y lo hace y debe hacerlo también el proletariado.

La propiedad estatal no entraña, hemos dicho, un cambio de fondo en el capitalismo, pero comparada con la propiedad privada tradicional supone un avance que sería un error menospreciar. La lucha por la nacionalización, por consiguiente, es una demanda democrática que si bien por sí sola no lleva al poder ni menos al socialismo, es parte importante de ambos [...].

Desafortunadamente no existe la posibilidad de librar al pueblo de la explotación, de una plumada. Para lograrlo es menester una lucha larga y difícil. Y para que ésta cobre fuerza es preciso que los trabajadores tengan conciencia de que su lucha diaria por vivir mejor y la lucha por el socialismo son una y la misma causa. Si rehuimos hoy trabajar por ciertas reformas que mejoren las condiciones del pueblo, rehuiremos también la posibilidad de avanzar en la lucha por el poder y, por ende, hacia el socialismo. Las masas no entregan lo mejor de su energía ante metas abstractas y lejanas. Lo hacen tras reivindicaciones concretas y casi siempre inmediatas. Un programa de nacionalizaciones anti-monopolistas y por la democratización de las empresas estatales puede, sin duda, incorporar a los más valiosos contingentes obreros y a sus mejores posibles aliados, avivar la lucha ideológica y política y acortar el camino al socialismo. Pugnar por tales nacionalizaciones significa seguir el cauce de la historia, en vez de apartarse de él, o peor aún, tratar de remontarlo [...].

LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO⁴⁷

¿Qué es el fascismo?

[...]

El fascismo no es sólo una política reaccionaria, represiva y violenta o siquiera una dictadura militar. Tampoco es solamente demagogia, reiteración inescrupulosa de toda clase de mentiras, cinismo, calumnia, ruptura de la legalidad, decisiones que se imponen arbitrariamente de arri-

⁴⁷ Publicado en *Estrategia*, México, núm. 11, septiembre-octubre de 1976, pp. 18-40.

ba abajo, corrupción y terror. Si bien todo ello suele estar presente, el fascismo es un fenómeno político complejo y de mayor alcance al que sólo puede entenderse a partir de una teoría científica del imperialismo y del Estado. Dimitrov lo definió alguna vez como “una dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más militaristas del capital financiero”.⁴⁸ Togliatti, a su vez, escribía en 1928:

El fascismo es una forma particular específica de la reacción [...]. Si tomamos como punto de partida el dicho de que <de noche todos los gatos son pardos> y [...] deducimos que todos los fenómenos de la reacción son fascistas, entonces no llegaremos nunca a conquistar sólidas posiciones políticas y tácticas [...]. En el fascismo, el Estado deviene dictadura del capital financiero y de la gran industria [...] revelándose como un régimen de opresión feroz y de explotación odiosa de las masas proletarias [...], y haciéndose pasar como un remedio infalible en donde el capitalismo atraviesa por una crisis y teme un colapso.⁴⁹

El fascismo es el método usado por los monopolios para mantener su poder y sus privilegios, para intensificar la explotación y destruir la democracia, para acabar ante todo con las organizaciones de la clase obrera [...].⁵⁰

[...] es la salida del capitalismo moderno en crisis, [...] cuando no puede ya mantener su poder mediante los viejos métodos, y que por ello recurre al empleo de medios cada vez más violentos de supresión de todas las organizaciones de los trabajadores [...].⁵¹

Para Gramsci es una forma de <cesarismo> diferente del bonapartismo de que hablaba Marx respecto a Francia. Poulantzas considera que “el Estado fascista es una forma específica de Estado de excepción”, que no debiera confundirse con otras formas de Estado capitalista; “una forma crítica de Estado y de régimen correspondiente a una crisis política [...]”, un Estado que se caracteriza por fisuras profundas del sistema institucional, que supone el reforzamiento económico y político del capital monopolista y que fundamentalmente persigue postrar a la clase

⁴⁸ André Glucksman, *El viejo y el nuevo fascismo*, México, Era, p. 30.

⁴⁹ P. Togliatti, *La vía italiana al socialismo*, México, Ediciones Roca, 1972, pp. 12, 13 y 35.

⁵⁰ Gordon Schaffer, *Revista Internacional*, Praga, 1975, núm. 4, p. 20.

⁵¹ R. Palme Dutt, *Fascism and Social Revolution*, Nueva York, 1935, p. 290.

obrera, privarla de sus conquistas, de su organización, de su ideología proletaria.⁵²

En el fascismo no hay instituciones <autónomas> “entre el Estado y el individuo”. Sindicatos, asociaciones, partidos, Iglesias, universidades y otras organizaciones se subordinan al Estado <totalitario>.⁵³

El fascismo, en resumen, es una respuesta enérgica y especialmente reaccionaria a las contradicciones del capitalismo en la fase imperialista, una respuesta a la crisis cíclica y sobre todo general, a la intensificación de la lucha de clases, al socialismo o al peligro de que éste pueda instaurarse. Generalmente nace y se desarrolla, como proceso de fascistización, en el seno de la democracia burguesa. Estimula grandemente el racismo, el anticomunismo y también la debilidad y la complacencia de los liberales, que en momentos críticos temen más a la acción espontánea y al <desorden> de las masas que a la violencia de quienes defienden la preservación del viejo orden, así se imponga éste por la fuerza. El fascismo es la ruptura de la legalidad burguesa cuando ésta, por débil que sea, es aprovechada por las masas para intensificar la lucha de clases. Es el abandono de las formas democráticas cuando éstas ya no sirven para que la clase en el poder ejerza su dominio.

El fascismo no surge en el capitalismo premonopolista; ni siquiera en la primera fase del imperialismo. Aparece, se desarrolla y se vuelve especialmente peligroso cuando el capitalismo monopolista privado se convierte en capitalismo monopolista de Estado.

Otras de sus características son las siguientes:

- se apoya principalmente en ciertos sectores, generalmente los más reaccionarios de la pequeñoburguesía y las llamadas capas medias, del <lumpen> y de la burguesía, cuyos prejuicios estimula de múltiples maneras. Aunque responde, sobre todo, a los intereses del capital y la oligarquía monopolista;
- se impone en gran medida a través de la lucha ideológica;⁵⁴
- no es sólo una política defensiva sino también y, sobre todo, ofensiva, que generalmente se produce cuando las fuerzas en que se apoya están en lucha abierta contra la clase obrera;

⁵² Véase N. Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1971, p. 3, así como Palmiro Togliatti, *Lectures on Fascism*, Nueva York, International Publishers, 1976.

⁵³ Poulantzas, *ibid.*, p. 373.

⁵⁴ Clara Zetkin observaba ya en 1923: “Antes de triunfar militarmente, el fascismo alcanza la victoria ideológica y política sobre la clase obrera.” Glucksman, *op. cit.*, p. 53.

- al menos en su versión italiana y alemana, el fascismo llega al poder en el marco de la ley. El rechazo al régimen legal se produce después;
- el fascismo no sólo expresa la contradicción principal, antagónica, entre la burguesía y el proletariado, sino también contradicciones secundarias que, en un momento dado, se [agravan];
- tanto los métodos de intervención estatal como de represión empleados por el fascismo y la democracia burguesa son, en general, diferentes, aunque los fines que una y otra persiguen sean análogos [...];
- en el fascismo no se da el pluralismo propio de la democracia tradicional. El Estado es absoluto. Los derechos <naturales> del individuo conforme a la tradición liberal no existen. Sólo al Estado le corresponde otorgarlos o suprimirlos, aunque el totalitarismo se configura —como lo señala Togliatti— al afirmarse el poder del capital financiero;⁵⁵
- la lucha de clases es negativa y peligrosa. Bajo la influencia de la socialdemocracia el fascismo postula demagógicamente la conciliación social. El Estado corporativo, a través de organizaciones integradas verticalmente y que incluyen en su seno a patrones, trabajadores y capas medias, puede y debe unificar a todas las clases [...];
- el fascismo es, en todas sus variantes, anticomunismo. Por comunismo entiende no sólo los partidos marxistas sino los sindicatos libres, la contratación colectiva, las huelgas, el derecho de asociación y reunión, la lucha de clases, las organizaciones y partidos políticos de izquierda y cualquier oposición al régimen;
- es también racista porque postula la existencia de razas superiores e inferiores y discrimina, y aun intenta liquidar a estas últimas por medio de la violencia. La política nazi hacia los judíos y la del *apartheid* sudafricano hacia los negros comprueban (dramáticamente) tal característica;
- el fascismo es, además, nacionalista y chovinista. Su nacionalismo no exalta los valores culturales propios más genuinos y profundos. Corresponde más bien a una postura agresiva, demagógica [...], mediante la cual los capitalistas identifican habitualmente sus intereses con los de la nación, confunden a las masas y apoyan su hostilidad hacia el internacionalismo proletario y el socialismo;

⁵⁵ Véase el estudio ya citado de Togliatti, *Lectures on Fascism*, pp. 5 y 24.

- la economía fascista gira alrededor del respaldo a los monopolios, del armamentismo y de la guerra. Como ha dicho algún autor, el fascismo resuelve el problema del desempleo uniformando a los desocupados y convirtiéndolos en soldados;⁵⁶
- en momentos difíciles no deja de hacer ciertas concesiones a las masas, en tanto ello contribuya a consolidarse en el poder y a aislar y destruir a la vanguardia revolucionaria [. . .];
- es tan complejo el fascismo que la propia izquierda lo hace frecuentemente objeto de apreciaciones erróneas. Mientras algunos han pensado que el fascismo era inevitable y que incluso constituía una etapa necesaria del imperialismo, otros han creído que era más bien una situación de emergencia cuyas contradicciones internas y la reacción revolucionaria provocada por el terror se encargarían de echarlo abajo. Ni siquiera se aceptaba por muchos que el fascismo frenaría y haría más difícil la revolución.

En 1924, Bujarin escribía al respecto:

Nosotros, los comunistas, habíamos considerado la situación de manera demasiado simplista y habíamos creído: primero estaba la democracia, después vendría el fascismo y después del fascismo vendrá necesariamente la dictadura del proletariado. Esto puede ocurrir, pero puede igualmente no ocurrir. En el caso de Italia, es posible que el régimen de Mussolini no sea seguido inmediatamente por la dictadura del proletariado, sino por una nueva forma de <democracia>.

Y Clara Zetkin [. . .] tras reconocer que el fascismo “[. . .] comprende numerosos elementos contradictorios y que será desgarrado desde el interior [. . .]”, prevenía:

Pero sería extremadamente peligroso creer por eso que el desgarramiento ideológico y político del fascismo habrá de ir directamente seguido por su derrota militar. Muy al contrario, hay que contar con [. . .] que el fascismo tratará de mantenerse en el poder por todos los medios terroristas posibles [. . .].⁵⁷

⁵⁶ Robert A. Brady, *The Spirit and Structure of German Fascism*, Londres. 1937.

⁵⁷ Poulantzas, *op. cit.*, pp. 46-47.

[...] Aun hoy, ciertas corrientes ultrarradicales mantienen una posición fatalista. Consideran al fascismo inevitable, menosprecian la capacidad del proletariado para enfrentársele en la lucha política, caen en una u otra forma de catastrofismo o incluso parecen pensar que en tanto peor se pongan las cosas, tanto mejor. Y el hecho de que después de varios decenios de derrotado el fascismo reaparezca y vuelva a ser una grave amenaza, contribuye a [...] que no se comprenda bien ni su razón de ser ni la significación histórica del triunfo logrado en la Segunda Guerra Mundial.

La victoria de 1945 tuvo enorme importancia. No solamente significó la destrucción del poderoso aparato militar del eje Berlín-Roma-Tokio, sino que fue un duro golpe para el capitalismo y el imperialismo y un gran impulso para el movimiento revolucionario, las luchas de liberación nacional y el socialismo. Sin esa victoria que alteró profundamente la correlación de fuerzas políticas el mundo en que vivimos no sería lo que es y, o bien habríamos caído bajo el fascismo o estaríamos librando la tercera guerra mundial. ¿Cómo explicar, entonces, el hecho no menos cierto de que el fascismo, al que muchos creían definitivamente vencido, resurja ahora en la propia Alemania, en Italia, en Rodesia y Sudáfrica, en los Estados Unidos, en Chile y otros países latinoamericanos? Para comprender tal cosa es menester recordar al menos algunos de los hechos ocurridos después de la Segunda Guerra Mundial.

ORÍGENES DEL IMPERIALISMO⁵⁸

[. . .]

No es Lenin el primer autor que habla del imperialismo. El término empieza a usarse, aunque con otra connotación, desde los últimos decenios del siglo XIX [. . .]. Lo original de Lenin consiste en la ubicación histórica que hace del fenómeno y en el alcance y significación que le atribuye. En una breve definición que recoge sus principales rasgos económicos, expresa:

El imperialismo es el capitalismo en aquella etapa de su desarrollo en que se establece la dominación de los monopolios y el capital financiero; en que ha

⁵⁸ Fragmentos tomados del libro *Teoría leninista del imperialismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1978.

adquirido señalada importancia la exportación de capitales; en que empiece el reparto de todos los territorios del planeta entre las más grandes potencias capitalistas.⁵⁹

[. . .] “La sustitución de la libre competencia por el monopolio es el rasgo económico fundamental, la quintaesencia del imperialismo. El monopolio se manifiesta en cinco formas principales [. . .].”⁶⁰ 1] cárteles, sindicatos y *trusts* (asociaciones monopolistas), 2] monopolio de los grandes bancos, 3] apropiación de las fuentes de materias primas por los *trusts* y la oligarquía financiera, 4] reparto (económico) del mundo entre los cárteles internacionales, y 5] terminación del reparto territorial.⁶¹

Por lo que a Europa se refiere, se puede fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo vino a sustituir definitivamente al viejo: ello ocurrió a principios del siglo XX. Huelga decir, por supuesto —aclara Lenin— que en la sociedad todos los límites son convencionales y mutables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década precisos en que se estableció “definitivamente” el imperialismo.⁶²

De la concentración al monopolio

¿Cómo y dónde surge el monopolio, y por tanto el imperialismo?

⁵⁹ V. I. Lenin, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1975, tomo XXIII, p. 387.

⁶⁰ *Ibid.*, tomo XXIV, pp. 114-15.

⁶¹ “El *cártel* es una asociación monopolista basada en un acuerdo sobre la distribución de mercados, precios únicos, reparto de materias primas, condiciones de contratación de mano de obra, unidad de cálculo de ganancias, limitación de la producción y establecimiento de una cuota, para cada uno de los integrantes del *cártel*, en la producción y la venta. Los llamados acuerdos sobre patentes constituyen una importante variedad de los cárteles [. . .].”

“El *sindicato* constituye una alianza de capitalistas en la que la venta de la producción de todos sus participantes, así como la compra de materias primas, se verifica a través de oficinas comunes, lo que permite vender más caro y comprar más barato [. . .]; los participantes en los sindicatos, a diferencia de los cárteles, pierden su autonomía comercial [. . .].”

“El *trust* es una alianza de capitalistas cuyos componentes pierden por completo su independencia productiva, comercial y jurídica, convirtiéndose en socios [. . .].”

“El consorcio constituye un complejo de empresas heterogéneas —de monopolios enteros a veces—, tanto en la esfera de la producción como en la del comercio, los bancos [. . .], los seguros y los transportes que se encuentran bajo el control de un grupo financiero [. . .].” N.S. Spiridovna y L.A. Cherkasova, *Rasgos económicos del imperialismo*, México, Grijalbo, 1970, pp. 21 a 24.

⁶² V. I. Lenin, *Obras* [. . .], tomo XXIII, pp. 319 y 388. “El imperialismo, como etapa superior del capitalismo en Norteamérica y en Europa, y después en Asia, se formó plenamente en el periodo 1898-1914. La guerra hispanoamericana (1898), la guerra anglo-boer (1890-1902), la guerra ruso-japonesa (1904-1905), la crisis económica de Europa en 1900, son los principales jalones históricos de esta nueva época de la historia mundial.” *Ibid.*, tomo XXIV, p. 115.

[...] la propia concentración, al llegar a un grado determinado de su desarrollo conduce directamente, por así decirlo, al monopolio [...]. Esta transformación de la competencia en monopolio es uno de los fenómenos más importantes —si no el más importante— de la economía capitalista moderna[...].⁶³

El imperialismo no es, por tanto, algo anormal; no es una desviación y menos todavía una ruptura del proceso capitalista. Antes al contrario, surge “[...] como el desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general [...]”, sólo que en una fase superior, muy elevada [...].

Lenin inicia su análisis a partir de las leyes del desarrollo capitalista descubiertas por Marx y Engels [...]. A diferencia de los economistas burgueses, Marx no concibió la libre competencia como una constante en el capitalismo ni menos algo eterno. Advirtió que se trataba de un rasgo propio de una fase determinada —la premonopolista—, y a partir del estudio del proceso de acumulación descubrió que, al expresarse ésta en un grado creciente de concentración y centralización, debía desenzalar —usando las palabras de Lenin— en su “perfecto contrario”, es decir, en el monopolio [...].

El capitalismo convierte al darwinismo en un nuevo soporte y en un estímulo al régimen de competencia y del *laissez-faire*. Y los avances de la ingeniería, la química, la electricidad y concretamente la introducción del motor eléctrico y sobre todo de combustión interna, llamada a dar gran impulso a la industria petrolera y a revolucionar la industria automotriz, la mecanización agrícola y años más tarde la aviación, promueven grandemente la concentración de capital y consolidan el monopolio. El profesor Bernal hace notar al respecto que “las industrias parcial o totalmente fundadas sobre la ciencia, como la química y la eléctrica, fueron monopolistas desde un principio”.⁶⁴

[...]

El capital monopolista, además de combinarse e integrarse en formas cada vez más ramificadas y complejas —hecho que por cierto anuncia ya el conglomerado de nuestros días— se internacionaliza, es decir, desborda las fronteras territoriales y los marcos del Estado nacional y se proyecta hacia el mercado mundial [...].

⁶³ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 316.

⁶⁴ Véase John D. Bernal, *Science in History*, Londres, Watts, 1957, pp. 483, 489 y 494.

La supremacía de los monopolios no se limita a la actividad económica. "Una vez que se forma un monopolio y controla miles de millones, penetra, inevitablemente, en *todas* las esferas de la vida pública, con independencia de la forma de gobierno y demás 'detalles' [...]." ⁶⁵ La competencia monopolista desplaza a la libre competencia, la subordina y le impone sus términos, pero ésta no desaparece totalmente. El monopolio puro no existe ni puede existir en el capitalismo. La competencia entre el capital monopolista y el no monopolista no sólo está presente sino que es más severa y más desigual que la competencia premonopolista [...].

Lenin subraya [...] que incluso la pequeña producción mercantil, en apariencia y a veces realmente no capitalista, se desenvuelve en el marco y bajo la influencia del capitalismo y, concretamente del capital monopolista, pues constituye una esfera subordinada a dicho capital [...].

Precio, competencia y monopolio

Una de las formas en que se expresa el poder de los monopolios es su capacidad para fijar precios, que [...] permiten obtener ganancias extraordinarias, así sea a costa de frenar el progreso técnico y volver más irracional el funcionamiento del mercado capitalista [...].

Lenin no estudia en forma específica los cambios que, en la fase imperialista, sufre el funcionamiento de la ley del valor. Entiende, sin embargo, por qué los precios de monopolio tienden a superar a los de producción y las ganancias monopolistas a ser más altas también que la tasa media, y, sobre todo, que aquella con que generalmente operan las empresas más pequeñas y menos eficientes. Entiende también que no por darse esa diferencia deja de estar presente la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia y la influencia de la tasa media [...].

[...] el precio de monopolio, como cualquier otro, es definido por el valor. Pero en el capitalismo monopolista se modifica la acción de la ley del valor y se complica debido a que la libre competencia se convierte en su antípoda. El monopolio provoca la tendencia ascendente del valor comercial y modifica el mecanismo que establece: valor comercial y precio de mercado iguales [...]. ⁶⁶

⁶⁵ V. I. Lenin, *Obras* [...], tomo XXIII, p. 357.

⁶⁶ V. I. Lenin, citado por S. L. Vigotski, *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1964, p. 177.

Todavía más: la influencia que ejercen los monopolios en la formación de los precios y en el alejamiento de éstos de sus valores [...] altera una relación fundamental en el funcionamiento del mercado y distorsiona profundamente el sistema de precios, impidiendo que éste asigne los recursos productivos con racionalidad —así fuere ésta solamente mercantil— comparable a la correspondiente a la fase premonopolista. Esto por sí solo subraya el carácter antisocial del monopolio.

El capital financiero es, pues, una forma superior, más compleja del capital.

La concentración de la producción; los monopolios que surgen de ella; la fusión o entrelazamiento de los bancos con la industria: tal es la historia del surgimiento del capital financiero y tal es el contenido de ese concepto.⁶⁷

Y ¿cómo se desenvuelve o reproduce este capital? En un reciente análisis de la metodología de la teoría leninista del imperialismo, se destaca, de la explicación de Lenin, lo que sigue:

El movimiento del capital monopolista [...] se realiza en escala internacional [...], la internacionalización del régimen capitalista, predicada por Marx, en el imperialismo adquiere el máximo desarrollo posible. Sobre esta base se forma el sistema imperialista mundial [...].

La esencia metodológica de la investigación leninista de las relaciones económicas internacionales inherentes al imperialismo consiste en aclarar qué contradicciones internas de la acumulación del capital financiero en las metrópolis se “resuelven” a expensas de otros pueblos, cómo se consigue esto y cuáles son las leyes y antinomias objetivas de ese modo de su movimiento [...].⁶⁸

[...]

Lenin [...] se percata de que el dominio del capital financiero no implica la desaparición o liquidación de las “formas inferiores” o “atrasadas” del capitalismo. Éstas, si bien subordinadas en general y modificadas por la influencia de aquél, siguen presentes y desempeñan un papel que, no obstante ser secundario, se requiere tomar en cuenta para el análisis del proceso capitalista y, sobre todo, para el trazo de una lí-

⁶⁷ V. I. Lenin, *Obras* [...], tomo XXIII, p. 346.

⁶⁸ Autores varios, *Problemas del movimiento comunista. Algunas cuestiones teóricas y metodológicas*, Moscú, Editorial Progreso, 1975, pp. 27 y 28.

nea política correcta y capaz de llevar al pueblo al poder en un país determinado [. . .].

[. . .] el análisis leninista deja claro que el capital financiero [. . .], sobre todo en las grandes potencias, tiene a su alcance nuevas formas de apropiación y explotación, despojo y enriquecimiento que, utilizadas en una escala internacional cada vez más amplia, le permiten influir en el proceso de acumulación, descargando las contradicciones internas no sólo sobre los trabajadores nacionales, sino sobre los pueblos atrasados que forman parte del sistema imperialista [. . .].

Gracias a todo ello y a que la política del Estado “refuerza la dominación de la oligarquía financiera”,⁶⁹ el poder de ésta es enorme. “El imperialismo es la subordinación de todas las capas de las clases poseedoras al capital financiero [. . .].” Y el dominio de éste no es sólo nacional sino internacional [. . .].

Pero volvamos a la relación entre el capital y la oligarquía financiera.

Es propio del capitalismo en general que la propiedad del capital esté separada de la aplicación del capital en la producción, que el capital monetario esté separado del capital industrial o productivo y que el rentista [. . .] esté separado del empresario o de todos los que están directamente relacionados con la administración del capital. El imperialismo [. . .] es ese grado superior del capitalismo en el que esta separación adquiere enormes proporciones. El predominio del capital financiero sobre todas las demás formas de capital significa el predominio del rentista y la oligarquía financiera [. . .].⁷⁰

El párrafo anterior contiene dos partes [. . .] fundamentales en la teoría leninista del capital financiero. La primera consiste en que la separación entre la propiedad del capital y su aplicación concreta a la producción, típica del capitalismo, se acentúa grandemente en el capital monopolista. Como el lector habrá advertido, Lenin llega incluso a distinguir la nueva fase histórica precisamente a partir de tal separación cuando afirma: “El imperialismo [. . .] es ese grado superior del capitalismo en el que esta separación adquiere enormes proporciones” [. . .].

A partir del momento en que el capital monopolista se impone en el proceso económico [. . .] ello se expresa y tiene su forma de correspon-

⁶⁹ V. I. Lenin, *Obras* [. . .], tomo XXII, pp. 324-325.

⁷⁰ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 358.

dencia en la estructura social y política. Y así como ahora es el capital financiero el dominante en la economía, en el seno de la burguesía los sectores o fracciones que en la fase premonopolista ejercieron la mayor influencia serán desplazados por la oligarquía financiera, o sea por una nueva, más pequeña, pero más poderosa capa hegemónica.

Capital financiero y dependencia

En el análisis leninista del capital financiero y en general del imperialismo, ocupa un lugar central la categoría o fenómeno de la dependencia. La oligarquía financiera, para ejercer su poder

[. . .] tiende —en la expresión de Lenin ya transcrita— una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de las sociedades burguesas sin excepción [. . .].

En el imperialismo, como se sabe, la desigualdad se acentúa y el mundo se divide no ya tan sólo en un pequeño grupo de países poderosos y ricos y un gran número de naciones menos desarrolladas, sino en un puñado de grandes potencias opresoras y en una mayoría de países oprimidos.⁷¹

El análisis leninista de la dependencia descansa en la comprensión de que, en el imperialismo, la desigualdad del desarrollo se profundiza.

[. . .] el capitalismo se desarrolla en forma desigual y la realidad objetiva nos muestra, junto a naciones capitalistas altamente desarrolladas, una serie de naciones económicamente poco desarrolladas o no totalmente desarrolladas, atrasadas y oprimidas.⁷²

Ahora bien, el dominio monopolista no sólo se ejerce nacionalmente: rebasa las fronteras de cada país y se extiende al mercado exterior. Y para ello trata de imponerse a sus competidores y aun de eliminar la competencia.

¿Es posible económicamente en la “época del capital financiero” —pregunta Lenin— eliminar la competencia inclusive en un país extranjero? Por su-

⁷¹ “El capitalismo —dice Lenin— se ha transformado en un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del mundo por un puñado de países ‘adelantados’.” *Ibid.*, tomo XXIII, p. 306.

⁷² *Ibid.*, tomo XXIV, pp. 61 y 62.

puesto que sí: se hace a través de la dependencia financiera del competidor y del acaparamiento de sus fuentes de materias primas, y eventualmente de todas sus empresas [...].

Para eliminar a sus competidores los monopolios se valen, como dijimos, de todos los medios a su alcance: económicos y no económicos, legales e ilegales. Pero "sería un error muy grave creer que los *trusts* no pueden establecer su monopolio por métodos puramente económicos".

Y una vez que una nación es dominada por otra, sus condiciones difieren y aun se oponen entre sí. La situación del proletariado, concretamente, "[...] no es la misma desde el punto de vista económico, político, ideológico, espiritual, etc. [...]"⁷³

Lenin descubre aquí otro rasgo fundamental del imperialismo, a saber: la forma en que, a partir de la superexplotación de los trabajadores de los países atrasados, la burguesía metropolitana contribuye a crear una "aristocracia obrera" dócil y complaciente. En otros pasajes distingue también las condiciones de la propia burguesía, que en los países coloniales y dependientes tiene que renunciar a una parte de sus beneficios a favor del capital monopolista extranjero.

[...] Lenin advierte que la dependencia afecta de un modo u otro a la mayor parte de los países. De hecho, dice: "[...] en lo financiero, sólo Norteamérica es absolutamente independiente", lo que demuestra que incluso entre los países capitalistas más desarrollados la desigualdad se expresa en "diversas formas *transitorias* de dependencia estatal", y que aun la orgullosa Inglaterra, que hasta la Primera Guerra Mundial parecía imbatible, al término del conflicto quedaba ya a la zaga del naciente y poderoso imperialismo norteamericano.

Pero las formas más graves de dependencia aquejan a los países económicamente atrasados [...]. Porque las relaciones de dominación-dependencia se vuelven en la etapa imperialista un "sistema general", y porque, como afirma Lenin, una de las principales características de la oligarquía financiera y aun "la manifestación más notable" del monopolio que ejerce consiste en que "[...] tiende una espesa red de relaciones de dependencia [...]". He señalado en otros estudios que en el imperialismo cambian el carácter y el alcance de la dependencia, al convertirse ésta en un fenómeno estructural, orgánico, en un modo de ser del capi-

⁷³ *Ibid.*, p. 16.

talismo, que incluso permite hablar no sólo de un régimen de *competencia* monopolista sino también, y acaso en no menor medida, de un régimen de *dependencia propiamente monopolista*.⁷⁴

Lenin critica a Kautsky y a otros autores por no comprender el papel de la dominación y la dependencia en el desarrollo del imperialismo. Y con la misma claridad y firmeza con que al defender el derecho a la autodeterminación de las naciones subraya la viabilidad de tal reivindicación democrática y nacional, rechaza la posición de quienes, no comprendiendo el alcance de la dependencia, caen en la ilusión de que los pueblos que la sufren pueden liberarse plenamente de ella en el imperialismo [...].

Es tal la atención que Lenin da al saqueo de que son víctimas los países dependientes, que en una de sus obras escribe:

[...] el imperialismo es la explotación de cientos de millones de seres de las naciones dependientes por un puñado de naciones ricas [...]. Los inteligentes dirigentes del imperialismo dicen: no podemos, desde luego, lograr nuestros objetivos sin estrangular a las pequeñas naciones, pero hay dos maneras de hacerlo. En algunos casos, la manera más segura —y más ventajosa— es [...] creando estados *políticamente* independientes; ¡nosotros, por supuesto, nos ocuparemos de que sean financieramente dependientes! [...].⁷⁵

La exportación de capital

Lo típico del antiguo capitalismo, cuando la libre competencia dominaba plenamente, era la exportación de *mercancías*. Lo típico de la última etapa del capitalismo, cuando impera el monopolio, es la exportación de *capitales*.

Esto no significa que el comercio exterior de mercancías pierda importancia. Se sigue haciendo incluso en volúmenes y valores crecientes [...].

A diferencia de Rosa Luxemburgo, que cree que al generalizarse el capitalismo se reducen las posibilidades de realización y aun de desa-

⁷⁴ Véase "El capitalismo del subdesarrollo", en *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1976, así como *Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, cuadernos, núm. 2, 1976.

⁷⁵ V. I. Lenin, *Obras* [...], tomo XXV, pp. 252 y 289.

rollo del imperialismo, Lenin piensa que ello es lo que impulsa grandemente el movimiento internacional de capitales.

Lo que ha hecho posible exportar capitales —dice— ha sido el hecho de que una serie de países atrasados hayan sido ya incorporados al mercado capitalista mundial; en esos países se han construido o se están construyendo las principales líneas ferroviarias, se han creado condiciones elementales para un desarrollo industrial, etc. [. . .].⁷⁶

O en otras palabras, la existencia de un mercado que hace del capitalismo un sistema mundial, la incorporación de nuevos países a este sistema, el estrechamiento de sus relaciones comerciales y culturales y el que las leyes mismas de la acumulación de capital lleven al monopolio y al desarrollo del capital financiero determinan, en un sentido histórico, la posibilidad de que, sobre todo las grandes potencias —como expresión de su poderío y como condición, a la vez, para afirmar su hegemonía—, canalicen hacia el exterior una parte de los cuantiosos recursos financieros de que disponen.

[. . .]

El solo hecho de que el capital industrial sea desplazado por el financiero es decisivo para comprender el porqué de la exportación de capital, entendido éste no tanto como capital-dinero sino como expresión de nuevas y más complejas relaciones de producción.

Aunque las grandes potencias obtienen a menudo en las colonias y países dependientes tasas de beneficio que entrañan una forma de superexplotación que no es fácil lograr en las naciones industriales, el movimiento internacional de capital no se limita a aquellos países, como tampoco la anexión ni la búsqueda de <zonas de influencia> se circunscribe a las <regiones agrarias>. Expresamente admite Lenin la posibilidad de que el capital se canalice en mayor medida hacia los países industriales, y a menudo critica a Kautsky por no comprender que lo que fundamentalmente guía la acción monopolista es el propósito de obtener las mayores ventajas posibles, sean éstas económicas, políticas o incluso militares, si ello contribuye a extender y fortalecer el sistema imperialista [. . .].

Convencido de que en el imperialismo [. . .] las fuerzas productivas se desenvuelven y socializan al máximo posible en un régimen de propie-

⁷⁶ *Ibid.*, tomo XXV, p. 361.

dad privada, es lógico que Lenin concluya que la exportación de capital acelera el desarrollo del capitalismo. Y los hechos lo comprueban sin lugar a dudas, como comprueban también que en la fase imperialista [. . .] el capitalismo no podrá ya abrir a los países atrasados la perspectiva de un desarrollo independiente, con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y patrones generales de vida comparables a los que otros países lograron en condiciones históricas diferentes.

Aunque Lenin no estudia en particular las condiciones del desarrollo capitalista en las colonias y países dependientes, advierte que adolece de graves fallas y profundas deformaciones. Comprende que responde a los intereses del capital monopolista internacional, que a la postre es el que obtiene los mayores beneficios, e incluso alude una y otra vez al saqueo de que son víctimas los países atrasados.

En la etapa imperialista:

En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es, en general, cada vez más desigual, sino que su desigualdad también se manifiesta, en particular, en la descomposición de los países de mayor capital (Inglaterra).⁷⁷

Sin embargo, los países económicamente más avanzados, independientes y que cuentan con una mayor y más sólida base productiva, se desenvuelven con mayor celeridad que los atrasados y dependientes y, sobre todo, que las colonias, que sin duda son las más explotadas por el capital monopolista.

Asociación internacional del capital monopolista

La oligarquía financiera [. . .] trata de controlar el mercado interno y exterior, o sea el mercado mundial. Para lograrlo tiene que convertirse en una fuerza propiamente internacional y que coordinar sus esfuerzos con otras grandes asociaciones de capitalistas [. . .].

Parasitismo y descomposición

La dominación ejercida por los países más poderosos afirma al capital monopolista y reporta enormes ganancias económicas y muchas otras

⁷⁷ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 422.

ventajas a las grandes potencias. La consolidación del monopolio, sin embargo, intensifica las contradicciones inherentes al sistema. En efecto, mientras por una parte, como hemos visto, provoca incluso rápidos procesos de crecimiento profundamente anárquico y desigual, por otro engendra una tendencia al estancamiento y la descomposición.

¿Por qué genera el monopolio la descomposición y el parasitismo? Entre otras razones porque, al concentrar la producción y sobre todo el capital en una minoría cada vez más pequeña de consorcios gigantescos dominados por la oligarquía financiera, así como grandes cantidades de dinero en los centros financieros de los países dominantes, contribuye a “la formación de una enorme capa de rentistas, de capitalistas que viven de ‘cortar cupones’ y cuya profesión es la ociosidad [. . .]”, porque “la exportación de capital es el parasitismo elevado al más alto grado” y, en fin, porque “la explotación de las naciones oprimidas [. . .] convierte cada vez más al mundo ‘civilizado’ en un parásito incrustado en el cuerpo de centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados”.⁷⁸

“El imperialismo es una enorme acumulación de capital monetario en unos pocos países [. . .]”, lo que fomenta el rentismo, la usura, el ocio y el parasitismo.

*Desarrollo del imperialismo: del capitalismo monopolista
al capitalismo monopolista de Estado*

[. . .]

Lenin advierte que así como en un momento dado el peso de esas contradicciones agudiza la descomposición del régimen de libre competencia [. . .], en otro posterior, más avanzado, “resuelve” la contradicción fundamental del capitalismo al convertir al capital monopolista, hasta entonces fundamentalmente privado, en capital monopolista de Estado. Gracias a este análisis que sin duda complementa y enriquece el estudio propiamente económico del imperialismo, Lenin penetra en su dinámica interna más profunda, advierte los cambios que, sobre todo a partir de los años de la Primera Guerra Mundial, afectan al sistema, comprende la significación de tales cambios y de la nueva etapa que con ellos se abre, y contando ya con una teoría integral del imperialismo puede tra-

⁷⁸ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 397, y tomo XXIV, p. 115.

zar, sobre una base científica rigurosa, la estrategia de la Revolución rusa [...].

Estado, capitalismo y clase dominante

[...]

Y en una de sus críticas a las posiciones según las cuales la función del Estado es proteger al económicamente débil frente al fuerte, Lenin aclara: "[...] la fuerza del 'económicamente fuerte' consiste, entre otras cosas, en que tiene en sus manos el poder político. Sin él no podría mantener su dominación económica".⁷⁹

Lenin advierte el papel cambiante del Estado en el desarrollo del capitalismo. En una primera fase, cuando el naciente capitalismo se enfrenta a una ya vieja y decadente sociedad feudal, si bien el objetivo central es fortalecer y consolidar en el poder a la burguesía, el Estado nacional cumple una misión social y políticamente avanzada. Aparte de fomentar la libertad política y sustituir el absolutismo por la democracia representativa, liquida las viejas corporaciones medievales, modifica la estrategia de clases e impulsa grandemente el desarrollo de las fuerzas productivas.

El Estado de la fase premonopolista del capitalismo es, en general, un Estado que promueve la unidad nacional y la integración territorial, que afirma el principio de autodeterminación y auspicia la independencia, sobre todo de los países más avanzados. El Estado nacional centraliza el poder y de ese modo consolida el capitalismo cuando éste va históricamente en ascenso, sin dejar de recurrir a mecanismos que aseguren una autonomía que, lejos de reñir con los intereses de la clase dominante, es necesaria para dar cierta flexibilidad al sistema y defender mejor tales intereses.

Estado, imperialismo y oligarquía monopolista

El advenimiento del imperialismo modifica radicalmente la función del Estado. La democracia de la fase premonopolista se vuelve, bajo el dominio del capital monopolista, antidemocracia. La libertad, antes necesaria para asegurar el acceso de la burguesía al poder, se convierte

⁷⁹ V. I. Lenin, *Obras* [...], tomo I, pp. 172 y 274.

en opresión de las masas, que ahora constituyen el principal peligro para la estabilidad del sistema.

En su *Imperialismo*, Lenin hace muy pocas referencias al Estado, lo que se explica tanto por el carácter económico del análisis como por el temor a que la censura zarista, ante alusiones más directas, impidiera la circulación del ensayo. Pero incluso los breves párrafos que contiene al respecto revelan la convicción del autor acerca de la cada vez más estrecha relación entre la oligarquía monopolista y el Estado.

El capitalismo monopolista de Estado

Apenas concluye su *Imperialismo*, Lenin advierte que, por el impulso de la guerra, el capital monopolista se ha desarrollado grandemente, hasta el punto de abrirse una nueva fase en el proceso imperialista: la del capitalismo monopolista de Estado (CME), término, por cierto, que es él quien emplea por primera vez [. . .]; el capitalismo monopolista se ha transformado en capitalismo monopolista de Estado. Tal hecho no es para Lenin algo secundario, pasajero o meramente accidental. Es un quiebre cuyo alcance es preciso comprender. Con el mismo empeño con que en otro momento insistiría en la necesidad de entender que con el imperialismo se abre una nueva etapa histórica, ahora señala que el capitalismo monopolista de Estado entraña una profunda transformación del imperialismo.

En resumen, en la teoría leninista del capitalismo monopolista de Estado, parece esencial lo siguiente:

- la concentración de la producción y del capital lleva, histórica y dialécticamente, al monopolio y al imperialismo. La libre competencia es desplazada en gran parte por la competencia monopolista, aunque subsiste en ciertas áreas y actividades, e incluso persisten supervivencias de viejas relaciones precapitalistas;
- el imperialismo impulsa grandemente la socialización de la producción y por ello, y porque concentra como nunca antes la propiedad, agrava la contradicción fundamental del sistema. En un momento dado, ante las exigencias de la Primera Guerra Mundial y después, bajo la influencia de las nuevas relaciones creadas por la creciente socialización, ésta rebasa el ámbito del monopolio tradicional y el

capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado;

- el capitalismo monopolista de Estado es una etapa —el último “peldaño”— en el desarrollo del imperialismo, no una simple modalidad o rasgo secundario o pasajero. Una fase específica que entraña “un paso adelante” en el proceso histórico, a la vez que una profunda transformación del capitalismo.⁸⁰

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado

Parece haber un acuerdo básico en cuanto a que la Primera Guerra Mundial coincide con, y *en cierto modo* influye en el inicio de esta nueva fase. Esto se explica porque el mecanismo del mercado, que entre 1907 y 1913 se había mostrado cada vez más incapaz para asignar los recursos productivos en forma medianamente adecuada, ante las exigencias aún más perentorias de la guerra y la amenaza que tanto ella como, a partir

⁸⁰ “El imperialismo incipiente era en lo fundamental un capitalismo monopolista privado. El de nuestros días es un capitalismo monopolista de Estado.”

“El actual capitalismo monopolista de Estado es el desarrollo natural de las leyes immanentes del capitalismo en su última fase [...], es un peldaño de la fase imperialista del capitalismo, es una forma nueva y más desarrollada del capital monopolista [...], la forma actual del desarrollo de la relaciones capitalistas y el intento de mantenerlas [...].” V. A. Cheprakov, Moscú (s/f), pp. 9, 12 y 13.

El carácter del capitalismo monopolista de Estado como una fase determinada del imperialismo es subrayado por otros autores: Varga, por ejemplo, lo considera expresamente como tal (véase *Economía política del capitalismo*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972, p. 48). E. Mandel, por su parte, señala: “Los orígenes del fenómeno se ligan precisamente al conjunto de las características de la fase de decadencia del capitalismo que hemos enumerado. La economía política de esta fase asegura a la vez al consumo y a la inversión una mayor estabilidad que en la época de la libre competencia o que durante el primer estadio del capitalismo monopolista [...].” *Tratado de economía marxista*, México, Editorial Era, 1972, tomo II, p. 147.

Boccarda trata también al capitalismo monopolista de Estado como una fase del desarrollo capitalista y de su crisis general, como una fase que “[...] sucede, dentro del estadio imperialista, al capitalismo monopolista simple, bajo la presión de la lucha de clases y de la competencia con el socialismo”, y en la que “[...] los monopolios privados refuerzan su dominación con la ayuda decisiva del Estado. Podría decirse que se trata de un capitalismo monopolista al cuadrado” (véase “Qu’est que la crise du capitalisme monopoliste d’État”, en *Économie et Politique*, diciembre de 1972, núm. 221, pp. 7 y 11).

Y Antonio Pesenti dice al respecto: “De modo que el capitalismo monopolista de Estado, según una interpretación extensiva, no sería ya sólo una nueva característica que se desarrolla en el imperialismo maduro (especialmente después del inicio de la crisis general del capitalismo) y que se agrega a las otras, sino que a pesar de esto, es dominante y conforma a todas las demás; pero más aún, es una nueva y más avanzada fase del imperialismo [...].”, “Capitalismo monopolista de Estado y empresa pública”, en *Investigación Económica*, México, Facultad de Economía-UNAM, abril-junio de 1974, p. 199.

de 1917, la Revolución de Octubre entrañan para las grandes potencias, entre 1914 y 1918 exhibe limitaciones irrebasables. Aun los más poderosos monopolios no pueden por sí solos hacer crecer y movilizar con rapidez el potencial productivo, lo que hace que el Estado pase al primer plano en la lucha propiamente militar y en la contienda económica. Y aunque su intervención no crecerá uniforme ni linealmente, a partir de entonces estará siempre presente y aun se ampliará cada vez más [...].

Críticas a la teoría leninista del imperialismo

No es fácil evaluar o siquiera recordar las críticas que a lo largo de más de medio siglo se han enderezado contra Lenin y en particular contra su teoría del imperialismo. No es fácil hacerlo porque son muchas, porque a menudo no son directas ni expresas sino oblicuas e implícitas y porque, especialmente en los círculos académicos burgueses, hay una obvia y no casual tendencia a silenciar a Lenin, a menospreciarlo, [...] y aun a decir] que se apartó del marxismo y no hizo contribuciones teóricas significativas a la ciencia social. En las propias escuelas de economía y de ciencias políticas aun hoy día es común que en los cursos teóricos de desarrollo se preste mayor atención a autores bien modestos, de preferencia anglosajones, a veces de tercera y cuarta fila, mientras se ignora a Lenin o se hacen de su obra menciones aisladas y fragmentarias [...].

Concepto burgués del imperialismo

Todavía en 1948 la *Enciclopedia Británica* decía sobre el tema: "El imperialismo, una política que tiende a la formación y al mantenimiento de imperios", ha sido uno de los factores decisivos en la historia antigua y moderna [...].

Incluso en la reputada *Encyclopaedia of the Social Sciences*, en las ocho páginas que dedica al tema —al impuesto sobre la renta destina 14 y a la herencia y los impuestos sobre herencias 15—, se confunde también a los imperios con el imperialismo, empezando por decirse que éste

[...] es una política que tiene por objeto crear, organizar y mantener un imperio, un Estado de gran magnitud compuesto de varias unidades nacionales más o menos diferentes y sujetas a una sola voluntad centralizada [...].

La desideologización de la ciencia

Un rasgo común a casi todas las posiciones antes resumidas es su tecnocratismo. La técnica, de uno u otro modo, parece ser el factor decisivo del proceso social. Y al vérsela aislada, mecánica y ahistóricamente, se cae sin remedio en un tecnocratismo antidialéctico y vulgar [...].

Uno de los principales voceros de esta nueva variante de “determinismo tecnológico” que hace años defendiera Colin Clark, es el francés Fourastier. Su cuantitativismo no tiene límites. Alguna vez expresó que “lo que no puede medirse no interesa a la ciencia económica”. Lo que se explica porque, como bien ha dicho Marc Rivière, la economía que interesa a Fourastier es una economía sin hombres, sin clases y por tanto sin relaciones sociales de producción y sin contradicciones de ningún género.⁸¹ Lo único que en ella importa es el progreso técnico. Ni siquiera las fuerzas productivas consideradas en su conjunto, sino solamente la técnica.

La economía, como se ve, deja de ser una ciencia social y política y se convierte en una rama de la ingeniería mecánica, o en el mejor de los casos en una mera econometría, que preocupada por las relaciones más simples entre ciertas variables y a veces tan sólo por las apariencias, abandona de hecho el análisis abstracto, propiamente científico de los fenómenos estructurales y ni siquiera descubre —mucho menos es capaz de explicar y resolver— las contradicciones internas más profundas del proceso de producción capitalista.

La idea de desideologizar la ciencia social no es nueva. Está presente especialmente en Weber, pero se la encuentra también en Parsons y otros autores. En años recientes y en sus nuevas formas, sin embargo, probablemente son sociólogos como Bell, Lipset, Shlesinger, Aron y economistas como Galbraith y en menor medida Tinbergen y otros, en los que se observa un mayor énfasis sobre tal cuestión, cuyo objetivo central no es, desde luego, liberar a la ciencia social de la carga ideológica burguesa sino, fundamentalmente, invalidar el marxismo y sobre todo el leninismo,⁸² al que los teóricos burgueses consideran una “ideología” carente de bases científicas y sólo explicable en el contexto histórico anterior a la moderna “sociedad industrial” o “postindustrial.”

⁸¹ Véase Marc Rivière, *Economie bourgeoise et pensée technocratique*, París, Editions Sociales, 1965, pp. 92 y ss.

⁸² Véase sobre estos temas el interesante libro de L. N. Moskvichov, *The End of Ideology Theory Illusions and Reality*, Moscú, Progress Publishers, 1974.

El "fin de la ideología" no deja, pues, de ser, como señala Mills, una ideología, a la vez que la aspiración, podría agregarse, de la clase dominante y sus ideólogos de desprestigiar a través de ella la teoría del imperialismo y de la revolución.⁸³

Las múltiples variantes del revisionismo

La obra de Lenin, desde luego —como la de Marx y los más profundos pensadores—, no es acabada, completa, definitiva. No es tampoco estática, sino que se modifica y enriquece con el tiempo, en respuesta a una realidad también cambiante. Todo eso es cierto. Pero la apreciación que comentamos parece inadecuada tanto porque no aclara que el acierto estratégico y aun táctico de Lenin tuvo siempre una sólida base teórica, como porque el triunfo de la Revolución de Octubre y aun las que después se han producido comprueban que, acaso como ningún revolucionario antes de 1917, Lenin comprendió el significado de la nueva época y las posibilidades que ésta abría. Considerar que "se equivocó al valorar el ritmo de la evolución histórica" porque, digamos, no se produjo la revolución en Alemania u otros países cuando todos la esperaban, no invalida su teoría del imperialismo o de la revolución. Como recordamos en otros pasajes, Lenin nunca creyó en una revolución a fecha fija, sino que incluso insistió en que donde no hubiera una situación revolucionaria y una suma de condiciones subjetivas de organización y capacidad para aprovecharla, no habría una revolución triunfante.

Frente a ciertas actitudes revisionistas, que sospechosamente se acercan cada vez más a viejas y nuevas posiciones burguesas, no es extraño que, en el tono sentencioso y pontifical en que habitualmente hablan los ideólogos burgueses, Brzezinski, exprese: "El leninismo se ha convertido en un dogma obsoleto que tiene poco que decir respecto a los nuevos dilemas psicológicos y científicos de la era postindustrial y tecnológica."⁸⁴

Vigencia de la teoría leninista

En una formación social, y desde luego en el capitalismo monopolista, se producen múltiples cambios. En verdad es ocioso discutir esta cues-

⁸³ Véase Wright Mills, *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press, 1957.

⁸⁴ Véase Z. Brzezinski, *Alternative to Partition*, Nueva York, 1965.

tión, pues el cambio es la única constante en el proceso histórico, y para la ciencia social sólo tiene sentido saber cuáles son su naturaleza, su alcance y su origen. Sin el ánimo de hacer un inventario siquiera de las principales transformaciones, cabría recordar aquí las siguientes:

- se ha realizado un gran avance técnico-científico que sin duda afecta el crecimiento de las fuerzas productivas y en general el funcionamiento del sistema;
- se ha intensificado el desarrollo y acentuado su desigualdad;
- se ha alterado grandemente la estructura económica, demográfica y ocupacional;
- ha cambiado el módulo del ciclo económico, volviéndose crónicos el desempleo y la inflación, y se ha agudizado la crisis general del sistema;
- se ha ampliado enormemente la intervención del Estado en el proceso socioeconómico;
- se han intensificado el militarismo y en general el desperdicio y la dilapidación de la riqueza;
- se ha intensificado también la explotación y alterado la estructura y la lucha de clases;
- se ha modificado la exportación de capitales e internacionalizado cada vez más el capital;
- ha cobrado gran importancia la integración regional;
- han cambiado los patrones de división internacional del trabajo, así como las relaciones de los países capitalistas entre sí y con los socialistas, y
- se ha liquidado gran parte del colonialismo y triunfado la revolución en nuevos países, alterándose la correlación de fuerzas entre los dos sistemas mundiales existentes.

Lucha de clases e internacionalización del capital

[. . .] hay otros aspectos que aun en este rápido recuento debiéramos tener presentes. Uno es la transformación que sufren la estructura social y la lucha de clases; el otro está relacionado con las múltiples nuevas formas en que se expresa la internacionalización del capital.

En el imperialismo y concretamente en el CME, cambian la estructura social, la composición de la fuerza de trabajo y la forma en que se des-

envuelve la lucha de clases. Hemos visto que según algunos teóricos burgueses las clases sociales prácticamente desaparecen o al menos sus diferencias se suavizan y el proletariado se reduce e integra a la nueva poderosa tecnoestructura que a su vez despoja del poder a una vieja oligarquía. Pero cuando se repara no en las palabras ni en las apariencias, sino en los hechos, se observa que los cambios en la estructura social no son lo que pregonan las defensores del sistema. La burguesía no ha desaparecido. Si bien su importancia numérica relativa —incluyendo ciertas capas pequeñoburguesas— disminuyó [...], es ella la que sigue detentando el poder económico y político. La oligarquía, por su parte, consistente hoy en unos cuantos centenares de grupos financieros que controlan el grueso del capital privado y estatal dentro de cada país y a veces en todo el sistema, acumula recursos, gigantescas sumas de dinero propio y sobre todo ajeno y un poder que nunca alcanzó estrato o clase social alguna en la historia. El que la oligarquía sea hoy más ociosa que antes y el que la propiedad se separe cada vez más del manejo técnico-administrativo de las empresas no significa que los *managers* se hayan impuesto sobre ella. Y si la burguesía sigue donde siempre, también continúa en su sitio el proletariado.

La idea de que ya no hay capitalistas y la todavía más peregrina de que el proletariado tiende a desaparecer, olvida que el capitalismo no sólo reproduce bienes materiales, sino también relaciones sociales de producción [...].

¿Y qué sucede con la internacionalización del capital? Quienes afirman que éste es probablemente el rasgo más característico del capitalismo de nuestros días tienen, en parte, razón; pero olvidan que ya Marx, y sobre todo Lenin, Bujarin y otros teóricos marxistas repararon en tal fenómeno. En rigor cada nuevo nivel de socialización de la producción entraña nuevas formas de concentración, centralización e internacionalización del capital.

Ya en 1917, Lenin hacía notar que éstas eran “gigantescas” y hemos visto en páginas previas que, desde aquellos tiempos, el proceso se desenvuelve con inusitada celeridad.⁸⁵ Lenin habla también de las diversas

⁸⁵ “En las condiciones del capitalismo de nuestros días —observa Eugenio Varga—, la concentración de la producción y del capital en manos de monopolios y, especialmente, las posibilidades de la oligarquía financiera de disponer de capital ajeno son extraordinariamente mayores que a principios de siglo. Los monopolios y la oligarquía financiera son mucho más fuertes.” *El capitalismo del siglo XX* [...], p. 115. Unas páginas adelante, el propio autor recuerda que Lenin estimaba que Rockefeller y Morgan controlaban por entonces unos 2 500 millones

formas de combinación que adopta el capital monopolista, aunque es indudable que las más complejas son relativamente recientes.

A partir de la Segunda Guerra Mundial se refuerza grandemente la concentración del capital. Muchas empresas dejan de funcionar o son absorbidas por consorcios más poderosos. Las fusiones se multiplican y cambian las formas tradicionales —horizontal y vertical— de integración monopolista. Desde los años sesenta cobra especial relieve el conglomerado trasnacional, o sea un nuevo tipo de gran empresa que combina las más diversas actividades [...]. La corporación trasnacional no lo es porque reparta o redistribuya internacionalmente una posición de control antes nacional. Su domicilio sigue en el mismo país y su dirección en manos del mismo grupo financiero, pero el ámbito geográfico de sus operaciones se amplía grandemente, a través de filiales y sucursales en numerosos países que antes importaban, o sea no producían, tales mercancías [...].

Integración regional y nuevas contradicciones

En parte para hacer frente a tales problemas, en años recientes se recurre a la integración regional, mecanismo en el que también se expresa la cada vez mayor internacionalización del capital y el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Si bien no existe un modelo de mercado común, lo que destaca en los diversos esquemas ya establecidos sobre todo en Europa es la liberación gradual de restricciones comerciales, la formación de una unión aduanera, la libre movilidad de la fuerza de trabajo, la complementación industrial, la coordinación no solamente privada sino estatal, el establecimiento de empresas mixtas y [...] la adopción de acuerdos internacionales en materia científico-técnica, de publicidad e información, programación y proyecciones económicas, organización de la producción, etcétera.

A manera de conclusión

Podemos ahora replantearnos y dar respuesta a la cuestión de si es o no válida la teoría leninista del imperialismo. Desde luego, dicha teoría no es una fórmula mágica ni tampoco un tratamiento exhaustivo de

de dólares, que para 1963 se habían convertido en 132 000 millones. Véase S. Mensikov, *Millionaires and Managers* [...], p. 229.

los problemas de la fase monopolista del capitalismo. Por eso debiéramos adoptar frente a ella una posición similar a la que Lenin tenía del marxismo.

[...] No consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo perfecto e intangible: estamos convencidos, por el contrario, de que no ha hecho sino colocar la piedra angular de la ciencia que los socialistas *deben* desarrollar en todas direcciones, si es que no quieren quedar rezagados en la vida [...].⁸⁶

El leninismo no es tampoco algo acabado, completo e intocable

Los rasgos económicos que Lenin consideró más representativos del imperialismo al iniciarse la guerra de 1914-18, no son, desde luego, idénticos a los de hoy. Lo que fue típico de la primera etapa no tenía por qué repetirse, y menos mecánicamente, medio siglo después [...].

La dialéctica revolucionaria, “alma del marxismo”

Lenin gustaba recordar que el “alma del marxismo” es la dialéctica, la dialéctica revolucionaria, y criticaba enérgicamente con frecuencia a quienes no comprendían este principio fundamental.

[...] Sin un fundamento filosófico —decía— ninguna ciencia natural ni materialismo alguno puede soportar la lucha contra la ofensiva de las ideas burguesas, contra la restauración de la concepción burguesa del mundo [...].⁸⁷

Y es significativo que a punto de sistematizar sus estudios sobre el imperialismo y de redondear la estrategia y la táctica revolucionarias capaces de enfrentarse a él con éxito, se entregara con especial empeño al examen de la obra de Hegel y otros trabajos, de lo que deja constancia en sus *Cuadernos filosóficos*.⁸⁸

[...]

Desde sus primeros ensayos [Lenin] rechaza el subjetivismo y el objetivismo, a aquél por ser fuente de concepciones y acciones ideologizantes voluntaristas y utópicas que se desentienden de la realidad objetiva

⁸⁶ V.I. Lenin, *Obras* [...], tomo IV, p. 215.

⁸⁷ V. I. Lenin, *Obras* [...], tomo XXXVI, p. 197.

⁸⁸ Véase V.I. Lenin, *Obras* [...], tomo XLII.

en que se producen y aun de las leyes que rigen el proceso histórico, y al segundo porque sin reparar en el papel de la acción consciente del hombre y de la lucha de clases como motor del desarrollo de la sociedad, cae a menudo en el espontaneísmo, el automatismo y el dogmatismo.

Sin esa comprensión profunda y la aplicación rigurosa de la dialéctica habría sido imposible explicar teóricamente el fenómeno global del imperialismo y forjar la teoría de la revolución socialista como el único medio capaz de resolver las contradicciones del capitalismo en su última fase [. . .].

La idea, difundida entre algunos teóricos de la praxis, de que en sus *Cuadernos filosóficos* Lenin rompe con la posición sostenida unos años atrás en *Materialismo y empiocriticismo* y de que de hecho abandona la teoría del reflejo, no parece tener fundamento. La afirmación de que “la conciencia del hombre no sólo refleja el mundo: también lo crea”, que autores como Garaudy, Avineri y otros utilizan para demostrar lo anterior, más bien revela el énfasis de Lenin en cuanto a que el método dialéctico no puede aplicarse contemplativa ni mecánicamente. Como bien señala Hoffman, la profundización en la obra de Hegel permite a Lenin confirmar que en el centro de la teoría dialéctica del conocimiento está la teoría del reflejo. En sus notas deja expresa constancia de que una abstracción científica debe, a través de conceptos lógicos y leyes, reflejar en la conciencia del hombre la realidad objetiva.

Pero el conocimiento no es una relación pasiva y estática con fenómenos que, de golpe, puedan aprehenderse en su totalidad. Es un proceso de aproximaciones sucesivas, un proceso vivo, concreto y siempre en movimiento.

Después del triunfo de la Revolución cubana, la cuestión de la vigencia de la teoría leninista del imperialismo no es, no puede ser ya en “nuestra América” asunto especulativo o libresco [. . .].

Las palabras de Carlos Rafael Rodríguez explican mejor y con innegable autoridad la forma en que bajo la dirección de Fidel Castro y en el curso de la revolución, se expresa el tipo de leninismo que cada pueblo, si ha de lanzarse con éxito a la revolución, debe rescatar y hacer suyo.

[. . .] Mientras dependimos de dictámenes elaborados a miles de millas y sin contacto real con nuestro continente, se repitieron los ensayos frustrados. Hizo falta la prueba irrefutable de la Revolución cubana de Fidel Castro para que se comprendiera el papel de la pequeña burguesía latinoamericana que

algunos habíamos empezado a apreciar. Ni las alianzas de clase necesarias para la derrota del imperialismo pueden ser idénticas en todos los países, ni las formas de tránsito deben encontrarse necesariamente en las *Obras completas* de Lenin. Lo que está en ellas, cuando se las estudia, es un método para analizar la realidad social y un ejemplo de cómo se hizo una revolución más difícil, pues era la primera en lograr victoriosamente “el asalto al cielo” en el que los comuneros de 1871 habían fracasado gloriosamente. Si logramos asimilármolos, ese Lenin permitirá a los revolucionarios abandonar los esquemas viejos sin esquematizar de nuevo la vida. Yerran quienes imaginan que fue sólo una “praxis” revolucionaria la que permitió a Fidel Castro conducir la primera revolución socialista de América. Fue la *praxis* de alguien que, dotado de esa misma visión sagaz y totalizadora de Lenin, había sabido además extraer de sus muchas lecturas teóricas los ingredientes necesarios para saber [...] “hacia donde marchar”. Y en esta América nuestra en que militares y sacerdotes empiezan a encontrarle un sentido distinto a su oficio y su fe, mientras estudiantes, obreros y campesinos se hacen matar por la suya, en la tierra de Mariátegui, Mella y Che Guevara, ése es el leninismo que hace falta.⁸⁹

FACTORES INTERNOS Y EXTERNOS EN LAS ESTRATEGIAS DEL DESARROLLO⁹⁰

Condiciones de una estrategia eficaz

[...] se tiende a pensar que el desarrollo del hoy llamado <Tercer Mundo> se producirá en forma análoga al de los países capitalistas industrializados, es decir, gradualmente y a partir sobre todo de una lenta modernización de la agricultura, que sirva de base a la expansión del mercado interno, la elevación de la productividad y el surgimiento y desarrollo de una industria ligera de bienes de consumo, todo ello en el marco del capitalismo y de las relaciones de producción propias de tal sistema. Mas apenas empiezan algunos países a emanciparse del colonialismo y otros ya políticamente independientes pero también subde-

⁸⁹ Carlos Rafael Rodríguez, “Lenin y la cuestión nacional”, en *Casa de las Américas*, La Habana, núm. 59, p. 33.

⁹⁰ Fragmento de la ponencia presentada al Coloquio patrocinado por la Organización de Solidaridad con los Pueblos Afroasiáticos y la Asociación Francesa de Amistad y Solidaridad de los Pueblos de África, Universidad de Ciencias Sociales de Grenoble, del 6 al 10 de julio de 1981. *Estrategia*, México, núm. 41, septiembre-octubre de 1981, pp. 28-43.

sarrollados a encarar seriamente sus problemas, se comprende que lo que en otras condiciones históricas fue un desarrollo lento, espontáneo, gradual, desigual y sujeto a continuos altibajos y desviaciones, tiene ahora que ser un proceso deliberado en el que influya decisivamente la voluntad de los pueblos de llevarlo adelante en un plazo menos largo y en condiciones menos penosas.

Es así como estudiosos, partidos y organizaciones políticas y sindicales, centros académicos e instituciones gubernamentales se plantean la necesidad de que los países atrasados, aprovechando al máximo las experiencias de otros pueblos, forjen una estrategia propia que les permita hacer crecer con celeridad sus fuerzas productivas, aumentar y utilizar mejor su excedente, convertir su emancipación política en una cada vez mayor independencia económica y elevar su nivel de ingreso y de vida.

Aun entonces, los ideólogos burgueses y en particular los voceros del imperialismo no dejan de insistir en sus viejas posiciones, repitiendo a menudo que la reorganización del comercio internacional y la liberación de ciertas restricciones, el movimiento de capitales y concretamente la inversión privada extranjera, ciertos cambios en la división internacional del trabajo y el impulso al desarrollo de los países industrializados bastarán para que al amparo fundamentalmente de la empresa privada y de la <mano invisible> del mercado y el sistema de precios se refuercen también las economías de los países subdesarrollados. Pero los hechos demuestran lo contrario, y si bien algunos países logran avances significativos en el marco de una industrialización sustitutiva de importaciones, aun en ellos persisten la inestabilidad, la dependencia y las profundas deformaciones estructurales propias del subdesarrollo [...].

En realidad ni la microeconomía neoclásica ni la macroestática keynesiana son capaces de dar respuesta a los problemas del desarrollo vistos en una perspectiva histórica y menos todavía a los del subdesarrollo. Y lo mismo ocurre con los esfuerzos de algunos autores por avanzar hacia una teoría del desarrollo que no sólo no rebasa el marco capitalista, sino que ignora las contradicciones propias del imperialismo y la razón por la que éste entraña el principal obstáculo al desarrollo de los países atrasados [...].

Todo esto ayuda a entender que una estrategia del desarrollo no consiste en consecuencia en trasladar mecánicamente lo que otros países lograron en condiciones diferentes y menos en copiar tales o cuales <mode-

los> o en sustituir la dialéctica real del proceso histórico por lo que Baran llama <estática animada>, o por un tipo u otro de esquemas.

Una estrategia del desarrollo digna del nombre debiera en primer término descansar en una interpretación teórica que permita descubrir el carácter de la formación social concreta en la que intenta aplicarse, la naturaleza y grado de desarrollo del modo de producción dominante, la etapa que éste recorre, las modalidades de su inserción en el mercado y el sistema capitalista en su conjunto [...] y desde luego las contradicciones más graves que le son características y cuyo conocimiento preciso es condición indispensable para actuar en la práctica exitosamente sobre ellas.

Establecer ese marco de referencia y comprender su naturaleza y la de las leyes que condicionan su desarrollo es esencial para forjar una estrategia eficaz y concretamente para establecer metas u objetivos que sean económica y políticamente viables. Y reparar en la acción de tales leyes no significa, naturalmente, desentenderse de lo que la realidad de cada país tiene de específico y propio. Antes al contrario, [...] supone ser capaz de descubrir la forma particular en que [esas leyes] actúan en contextos históricos y aun geográficos diferentes, pues independientemente de la importancia que esto tiene para una correcta formulación teórica, es sobre todo en la práctica en donde ello es fundamental para asegurar la coherencia interna no sólo meramente formal, sino real de las metas y medios necesarios para [...] escapar al voluntarismo y subjetivismo y para entender que, sin menoscabo del papel decisivo de la acción humana en el proceso de transformación social, ésta se desenvuelve no en el vacío, sino en el marco de condiciones objetivas determinadas que es necesario conocer a fondo para poder transformarlas.

Hoy día es común que se lancen programas nacionales e internacionales y aun supuestas estrategias que establecen metas más o menos inalcanzables que quedan casi siempre en el papel. La propia estrategia de la ONU para el primero y el segundo decenios del desarrollo, y podría anticiparse que tal será también la principal limitación de la que se anuncia para el tercero, es buen ejemplo de que aun objetivos relativamente modestos quedan sin cumplirse si no se cuenta con los medios que aseguren su realización. Y algo similar podría decirse del programa del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y de otros que recogen legítimas aspiraciones de los países subdesarrollados.

Definir por tanto objetivos precisos y viables aunque es necesario,

no basta; es preciso, además, disponer de los medios para alcanzarlos. Pero cuando se habla de tales medios no se alude sólo a ciertos instrumentos, técnicas o mecanismos institucionales de diverso alcance, sino a condiciones socioeconómicas y concretamente políticas que permitan liberar y utilizar el excedente y en un sentido más amplio el potencial de desarrollo hasta entonces desaprovechado.

En años recientes se sintetiza la necesidad de cambios socioeconómicos profundos en la expresión <reformas> o <cambios estructurales>. En un momento dado parece incluso que todas las posiciones coinciden en el reconocimiento de dicha necesidad. Mas lo cierto es que persisten marcadas y aun inzanjables diferencias en los diversos enfoques estratégicos. La correspondencia de fines y medios sigue siendo con frecuencia formalista y divorciada de la realidad; su interrelación y eslabonamiento débil y falto de concreción y aun viabilidad práctica y el alcance de los cambios <estructurales> uno que mientras en ciertas formulaciones no sólo acepta y deja en pie, sino que sugiere reforzar las relaciones capitalistas como condición del desarrollo, en otras se trata a éstas incluso como el principal obstáculo y se finca el desarrollo en la posibilidad de avanzar hacia el poder del pueblo, la democracia popular y el socialismo.

Cuando se ven los problemas en esta perspectiva, los factores internos y externos adquieren una significación diferente de la que suele asignarles el análisis convencional. En cierto sentido más que internos o externos tales factores son nacionales e internacionales, entrelazándose unos y otros a menudo de manera estrecha y aun insoluble. Lo interno y lo externo, como lo nacional y lo internacional, no son con frecuencia elementos diferentes, sino más bien dos planos en los que el proceso actúa simultáneamente. Lo externo suele ser tan sólo la cara exterior, la superficie, la forma en que lo interno se proyecta hacia afuera. Y todo ello, a la vez, más que mero reflejo a menudo es también la condición histórica global —en términos de correlación de fuerzas— necesaria para que ciertos cambios internos se produzcan.

Los llamados factores internos y externos son importantes para el desarrollo, dependiendo su significación fundamentalmente de la medida en que unos y otros expresan contradicciones internas profundas, pues éstas son en realidad las que condicionan el desarrollo no sólo económico sino de cualquier proceso [. . .]. Por lo que en otro sentido podría decirse que los factores esenciales a considerar en el trazo de una estra-

tegia son más bien aquellos que expresan contradicciones fundamentales, sean internos, externos, o ambos a la vez, y secundarios los que expresan contradicciones de menor rango, o sea no antagónicas. En cualquier caso, lo que es muy importante es entender el carácter dialéctico de las relaciones entre unos y otros y no ver ciertos fenómenos sólo como <externos> o secundarios cuando en realidad resultan de contradicciones internas profundas y que además no deben ser vistas aisladamente sino como totalidad. Con frecuencia, por ejemplo, aun quienes reconocen el papel fundamental de la contradicción entre la creciente socialización de las fuerzas productivas y el carácter privado, incluso en buena medida hoy monopolista del régimen de apropiación, circunscriben el análisis de la contradicción capital-trabajo de hecho casi exclusivamente a los países capitalistas más desarrollados y dejan de lado el resto del sistema y la contradicción capitalismo-socialismo, sin advertir que ésta es una nueva y más compleja forma de manifestación de aquélla.

Por mucho tiempo el imperialismo fue visto desde posiciones reformistas o revisionistas tanto en la ciencia social como en la teoría del desarrollo y aun en la estrategia revolucionaria como mera <variable externa>, como una política de las grandes potencias capitalistas y no como una fase del desarrollo del capitalismo. Y esta errónea manera de ver al imperialismo se advierte con frecuencia incluso al hacer referencia al capitalismo como si éste fuese ajeno, diferente y lejano a los países subdesarrollados, olvidándose que en un sentido histórico profundo el subdesarrollo es uno de los frutos más característicos del capitalismo y el imperialismo.

Y a propósito del capitalismo y el imperialismo, lo que hoy tiene mucha importancia en el trazo de una estrategia de desarrollo es tener presente que el sistema atraviesa por una profunda crisis y que ésta se vuelve un obstáculo adicional a los muchos con que tropiezan los países subdesarrollados para abrirse paso hacia la independencia y el progreso. Pero en la medida en que la crisis contribuye a agudizar ciertas contradicciones, también opera como un acicate y un estímulo para romper con el orden de cosas imperante.

Factores internos fundamentales del desarrollo

Durante mucho tiempo se pensó que el advenimiento y la consolidación del capitalismo eran la condición de un desarrollo industrial indepen-

diente. Hoy día la historia de los países subdesarrollados demuestra lo contrario, y que más bien es la ruptura con aquél la condición del progreso nacional. El desarrollo no se limita al crecimiento aislado de la fuerzas productivas, sino que expresa contradicciones en el seno de éstas y sobre todo entre ellas y las relaciones de producción que deben ser debidamente resueltas. Y así como en otros tiempos el modo de producción capitalista creó las relaciones sociales necesarias para modernizar la economía y la sociedad e impulsar el desarrollo, en nuestros días tales relaciones son, concretamente en los países más atrasados, el principal obstáculo a superar. Lo que desde luego no significa menospreciar el avance capitalista en algunos países, ignorar los factores internacionales en juego, concebir el desarrollo en forma cerrada y autárquica o pensar que la solución consiste en trasladar mecánicamente la estrategia con que la URSS y otros países socialistas lograron desarrollarse industrialmente durante el presente siglo.

Al evaluar el papel de los factores internos y externos del desarrollo, debe tenerse presente que en el seno mismo del mundo subdesarrollado hay diferencias significativas que se manifiestan tanto en el nivel, la diversificación y la complejidad de las fuerzas productivas como en el desarrollo de las relaciones de producción. Por ello me referiré aquí principalmente a los países de menor desarrollo, o sea a aquellos que comprenden la mayor parte de Asia y África, y que aun dejando ver entre sí grandes diferencias se caracterizan en general por un muy bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, gran dependencia respecto a una agricultura ineficiente y atrasada, muy débil base industrial, fuerte rezago técnico, insuficiente y lenta acumulación de capital, altos índices de analfabetismo y mortalidad infantil, concentración del grueso de la población en el campo y muy bajo nivel de calificación de la fuerza de trabajo, severa dependencia comercial, financiera y tecnológica y todavía mucha importancia de las relaciones precapitalistas, sobre todo en la estructura de la ocupación.

La eficacia de ciertos factores internos en una estrategia no es ajena desde luego al comportamiento de los externos, los que a su vez suelen expresar cambios estructurales en aquéllos. Pero habida cuenta de esta estrecha relación es indudable que el desarrollo sólo es posible —y la historia del capitalismo y del socialismo lo comprueban— donde se dan entre otras estas condiciones:

- un excedente que permita un proceso sostenido, y en una etapa inicial bastante larga, de acumulación de capital productivo;
- una distribución de la inversión que haga posible el desarrollo de la industria, en particular de bienes de producción;
- una profunda transformación de la agricultura y de las relaciones sociales en el campo;
- una sustancial elevación del nivel de empleo, así como profundos cambios en la estructura del mismo y en la calidad de la fuerza de trabajo;
- una infraestructura de obras y servicios económico-sociales básicos;
- una estructura de poder en la que [...] se sostenga la nueva estrategia de desarrollo.

Aunque tales factores son fundamentalmente internos y cada uno tiene gran importancia, unos requieren de los otros y todos se relacionan, como antes se dijo, con los externos e internacionales.

El excedente en los países atrasados es casi siempre pequeño tanto en términos relativos como absolutos. Es preciso por tanto hacerlo crecer, lo que sin embargo supone aumentar la tasa de desarrollo económico, y esto a su vez sólo es posible si se dan los factores enunciados, desde luego en el orden que en cada país resulte más viable y el mejor. En segundo lugar, cualquiera que sea la magnitud del excedente, para convertirlo en la mayor medida posible en capital es preciso movilizarlo al máximo y utilizarlo de modo cada vez más racional —reduciendo la parte que se destina al consumo improductivo y sobre todo suntuario y aumentando la que corresponde a la inversión—, lo que de nuevo remite a la necesidad de una transformación social profunda como punto de partida y condición de un desarrollo acelerado. Pero esta transformación, a su vez, supone que el pueblo sea capaz de conquistar el poder y construir un nuevo tipo de Estado que, apoyado sólidamente en las masas populares, pueda reestructurar a fondo la economía y defender las conquistas revolucionarias. Esto confirma que el desarrollo es esencialmente un problema social y político y no sólo técnico-económico y que si no se da tal condición, en vez de un desarrollo planificado que permita aprovechar del mejor modo posible los recursos, sólo será viable un crecimiento lento, anárquico y desigual, que en rigor es la única perspectiva que ofrece el capitalismo del subdesarrollo. Sólo queda esta posibilidad porque la clase dominante, ligada estrechamente y subordinada al capital

monopolista extranjero y desde luego a la acción directa e indirecta de éste, resulta un obstáculo estructural insalvable ante cualquier intento de aumentar y racionalizar el uso del excedente. Porque éste se concentra y centraliza en pocas manos, se destina a fines improductivos y aun suntuarios, se dilapida de múltiples maneras, se fuga y drena hacia el exterior y aun en países grandes que cuentan con recursos considerables nunca es suficiente para satisfacer las necesidades básicas del desarrollo.

Son tan profundas y graves las deformaciones de una economía atrassada, que lo primero que ésta debe hacer es modificar y reforzar su estructura productiva, empezando por liquidar la pesada herencia de sometimiento a intereses colonialistas e imperialistas ajenos y aun contrarios a los propios. Para ello se requiere:

- reducir sustancialmente el peso de la agricultura en el producto global y en la ocupación;
- aumentar la importancia relativa de la industria y los servicios productivos, y
- modificar la composición del comercio y mejorar las relaciones de intercambio con el exterior.

Sin lo anterior no es posible aumentar la productividad en la escala necesaria para abrir una nueva perspectiva de desarrollo.

Factores externos e internacionales

Cualquiera que sea la orientación central del desarrollo, ciertos factores externos condicionan también su curso y deben por tanto ser considerados en una estrategia de desarrollo. Los países subdesarrollados, y en particular los más pequeños y económicamente más débiles, suelen depender grandemente del comercio exterior y en general de la división internacional del trabajo en la que están insertos. En tal virtud sus coeficientes de exportación e importación son altos y su dependencia respecto al mercado capitalista y a la tecnología y el financiamiento extranjero es muy grande.

Hoy día es ya indiscutible que no sólo el comercio exterior, sino el sistema todo de relaciones económicas internacionales, son muy desfavorables para los países subdesarrollados. Enunciativamente podría recordarse que:

- dicho comercio se caracteriza por su inestabilidad, los precios bajos de las exportaciones [de materias primas ...] y altos de las importaciones de manufacturas, propios de un régimen de intercambio desigual; el limitado acceso al mercado de los países industriales, el empleo de medidas restrictivas y discriminatorias, la excesiva protección y aun el <dumping>, la ausencia de mecanismos reguladores de la oferta, la especulación y la influencia creciente de las trasnacionales en el comercio internacional y aun en la producción de múltiples mercancías;
- en materia tecnológica las relaciones no son menos perjudiciales, destacando el control monopolista de la tecnología, la oposición a transferirla en condiciones equitativas, la dependencia, la imposición de técnicas inadecuadas, el alto costo de la asistencia y los servicios y el uso de la ciencia y la tecnología como instrumento de dominación del capital monopolista internacional;
- el desplazamiento del capital productivo extranjero hacia los países subdesarrollados, que a primera vista podría creerse que refuerza su estructura industrial, en realidad acentúa la dependencia y las deformaciones estructurales; no sólo afirma el poder del capital monopolista sino que implica un tipo de industrialización costosa, inadecuada, relativamente desprendida del resto de la economía e integrada en cambio a los consorcios internacionales, que provoca graves desequilibrios y descansa en la explotación irracional de los recursos naturales y sobre todo de la fuerza de trabajo barata;
- por último, el financiamiento externo no sólo no significa una afluencia masiva de recursos adicionales capaces de acelerar el desarrollo, sino que además de ser insuficiente, inestable y cada vez más oneroso, en parte debido a la severidad creciente de la inflación y a la importancia cada vez mayor de la banca privada internacional en el manejo de los préstamos, entraña restricciones inaceptables y aun presiones que a menudo constituyen graves violaciones a la soberanía nacional, intentos de imponer estrategias proimperialistas, drenaje de recursos que supera con mucho a las nuevas inversiones, movimientos especulativos y deudas externas que crecen en forma incontenible y cuyo costoso servicio es una fuente más de profundos desequilibrios comerciales y financieros.

El programa del NOEI y otras demandas de los países subdesarro-

llados —entre las que destacan las del Movimiento de Países no Alineados— intentan hacer frente a tales problemas y proponen diversas soluciones. Lo cierto, sin embargo, es que, además de ser éstas parciales y en general difíciles de lograrse, los países imperialistas no ocultan su hostilidad y aun rechazan abiertamente tales demandas, que si bien son dignas de apoyo no parecen ser capaces de lograr que, especialmente en medio de una crisis tan profunda como la actual del capitalismo, los monopolios abandonen prácticas con las que incluso pretenden descargar el peso de la crisis en buena parte sobre los países subdesarrollados.

No es fácil contrarrestar tal estado de cosas, pero con la presente correlación de fuerzas tampoco es imposible. Al margen de mantener sus justas demandas, los países subdesarrollados empiezan a comprender que ellos mismos deberían ayudarse unos a los otros cada vez más. Al menos algunos países productores y exportadores de petróleo deberían, por ejemplo, <reciclar> sus excedentes financieros hacia el Tercer Mundo, en vez de enviarlos a países industriales a los que sobran recursos financieros. Una eficaz autosuficiencia colectiva de los países subdesarrollados podría pronto convertirse en un nuevo y muy importante factor externo de estímulo al desarrollo. Y la cooperación podría ser no sólo financiera, sino comercial, industrial e incluso científica y tecnológica.

Sin subestimar tal forma de cooperación, en las condiciones internacionales prevalecientes, la cooperación de los países socialistas podría también ser cada vez más significativa no sólo porque en general tienen un alto grado de desarrollo industrial, un avanzado sistema de planificación económica y muchas experiencias que compartir, sino porque constituyen la principal fuerza entre aquellas que se oponen al imperialismo. Esto equivale a decir que el socialismo es un aliado natural y un sólido soporte para los países subdesarrollados.

IMPERIALISMO Y SUBDESARROLLO⁹¹

[. . .]

Si la teoría económica tradicional no se ocupa del imperialismo, menos todavía ofrece una explicación satisfactoria de las causas deter-

⁹¹ Fragmentos tomados del libro *Orígenes del subdesarrollo*, Colombia, Editorial Plaza y Janés, 1982.

minantes del subdesarrollo. Incluso podría decirse que ni siquiera repara en la existencia misma de este fenómeno como un aspecto y a la vez una consecuencia del desarrollo capitalista. En el mejor de los casos [repara] en rasgos fragmentarios del proceso, que en vez de asociarse a las realidades concretas y cambiantes de las que surgen, se divorcian arbitrariamente de ellas y sólo son objeto de comparaciones estáticas y a menudo de reflexiones especulativas en el marco del análisis del equilibrio. En esa perspectiva el subdesarrollo resulta una veces un caso especial, otras una etapa incipiente de un proceso que se desenvuelve en forma gradual —y aun linealmente— hacia la “sociedad de consumo”, otras más el fruto de una combinación de productividades marginales desfavorables, que sospechosamente eximen tanto a las potencias capitalistas como a las burguesías internas de responsabilidad en la generación del atraso, y en fin, [...] el subdesarrollo parece no ser más que un transitorio estado de cosas atribuible a fallas de la política económica o de la organización institucional, que generalmente se suponen susceptibles de corrección más o menos fácil, a corto o mediano plazos.

Dos defectos fundamentales que por sí solos invalidan tales planteamientos y vuelven muy poco útiles las diversas versiones de la teoría neoclásica —incluyendo los enfoques macroeconómicos más recientes y sofisticados—, son: en primer lugar, el centro del análisis económico en el marco del subdesarrollo no es ni puede ser el equilibrio y mucho menos el equilibrio estático —o siquiera la búsqueda del equilibrio dinámico que tanto importa en las economías planificadas—, sino más bien lo contrario, esto es: el desequilibrio. El subdesarrollo es un complejo de contradicciones —con estrechas relaciones entre sí y sin solución posible en el marco del capitalismo— que se expresa en toda clase de desequilibrios, [...] en la acumulación de capital y en la proyección de la inversión, en el grado de desarrollo de la actividad económica y en el reparto del ingreso, en los patrones de producción y de consumo, en el mercado de trabajo y en todo el proceso de formación de los precios, en la selección de técnicas, en el financiamiento del desarrollo y en casi cada renglón de la balanza de pagos, y por tanto en las relaciones con el exterior. Pues bien, los más graves desajustes que caracterizan al subdesarrollo son estructurales; están profunda, orgánicamente ligados al funcionamiento del sistema en que aparecen o al menos en el que se agudizan grandemente, o sea a la estructura capitalista en que se asienta y le sirve de marco histórico. Y en el análisis ortodoxo, o bien

se dan los fenómenos estructurales por supuestos como datos dados, como elementos estáticos y pasivos que no [...] influyen en las variables que se consideran económicamente más importantes, o bien se excluyen del todo, y sin ubicarse con precisión en ninguna parte se deja sentir que están más allá de la economía y por tanto del campo de estudio de la ciencia económica. De esto resulta que, en rigor, se prescinde de lo que en una genuina teoría del desarrollo es una variable histórica fundamental a explicar, y de lo que en una auténtica estrategia del desarrollo es una realidad a transformar y un obstáculo a vencer.

¿Cómo aparece y qué papel juega el imperialismo en el subdesarrollo latinoamericano?

Hasta hace relativamente poco tiempo se tendía a menudo en Latinoamérica —acaso, sobre todo, en las organizaciones y corrientes de izquierda— a dar la impresión de que el imperialismo y el subdesarrollo eran como las dos caras de una misma moneda, como dos hechos que no sólo mantenían entre sí una íntima relación, sino que correspondían, el uno al otro, exacta y cabalmente. La relación, solía ser tan mecánica y simplista que al menos en ciertos planteamientos parecía tirarse una línea que arbitrariamente cortaba el proceso histórico e impedía advertir el marco en que el capitalismo, por un lado, se convierte en imperialismo y, por el otro, las condiciones en que el proceso económico latinoamericano desenlaza en el subdesarrollo.

Más recientemente [...], autores latinoamericanos y extranjeros han llamado la atención acerca de la importancia de rastrear en un pasado más remoto y de comprender, concretamente, la forma cómo, desde sus albores, el fenómeno capitalista influyó en la conformación del atraso de los países hoy subdesarrollados. Y a partir de ambas posiciones y de la revisión crítica, la complementación y en cierto modo la síntesis de las mismas, se ha ido avanzado en el estudio teórico del subdesarrollo y de su relación con el imperialismo.

Desde mucho antes de que el capitalismo entre a la fase monopolista y aun antes de volverse el modo de producción dominante en Europa y América, se recorre un largo ciclo histórico que influye decisivamente en el curso del proceso económico latinoamericano. Para comprender mejor lo que ello significa cabría recordar aquí que Latinoamérica es conquistada principalmente por España y que este hecho no sólo ejerce influencia en múltiples aspectos de su vida económica, social y política, sino que entraña un profundo desgarramiento, una violenta ruptura

que literalmente quiebra la continuidad del proceso histórico latinoamericano.

América Latina entra al mundo económico moderno como una región subyugada, vencida por un enemigo materialmente más poderoso y uncida a intereses que, lejos de ser los suyos, son los del dominador extranjero que se impone por la fuerza de las armas. Y durante casi tres siglos vive bajo el coloniaje y sufre el despojo constante no solamente de sus riquezas, sino de todo: de su economía, de su religión, de sus tradiciones, su lengua y su identidad cultural.

Desde el siglo XVI Latinoamérica empieza a integrarse a un mercado que los avances de la navegación, los grandes descubrimientos de ultramar y la expansión del comercio van convirtiendo en un mecanismo propiamente internacional; pero ni entonces ni cuando, ya entrado el siglo XVII, el capitalismo se vuelve el modo de producción dominante en Inglaterra, nuestros países encuentran condiciones propicias para su desarrollo. Antes al contrario, lo que para unas naciones son estímulos y factores de impulso, para otras representan trabas, interferencias y aun severas y rígidas prohibiciones coloniales que detienen y deforman su desenvolvimiento. El desarrollo comercial de fines del XVIII, apoyado en buena parte en la primera Revolución Industrial inglesa y en las revoluciones democráticas de Estados Unidos y Francia, abre nuevas posibilidades de intercambio y ayuda a modificar la estructura productiva en muchos países en donde el capital empieza a imponerse como expresión de un nuevo sistema socioeconómico.

A principios del siglo XIX Latinoamérica se independiza políticamente de España —más tarde lo hará Brasil de Portugal—, pero la emancipación política no trae consigo [...] un desarrollo económico autónomo. El papel que España desempeña durante el largo régimen colonial corresponderá, a partir de entonces, a Inglaterra y a otros países que han salido adelante en la carrera capitalista y que al menos en sus relaciones con Latinoamérica, en vez de apoyarse en las viejas y ya caducas fórmulas coloniales —que España misma encuentra cada vez más difícil aplicar hacia el fin de su imperio—, enarbolarán una nueva y atrayente bandera republicana que la burguesía, y sobre todo la británica, despliega con éxito en todas partes: la bandera de la libertad; de la libertad en los mares, en la industria y el comercio; de la libertad de creer, de pensar y difundir universalmente las ideas.

La fase competitiva y, en buena medida, librecambista del capitalis-

mo no significa para Latinoamérica lo que para Inglaterra y otros países europeos. En vez de capitalistas nacionales resueltos y audaces que a partir de la empresa privada y acicateados por la libre concurrencia impulsen el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que se da es un desarrollo pobre, deforme y dependiente, rodeado de múltiples escollos y en el que la libertad siempre opera en la dirección de fortalecer a los países económica y aun militarmente más fuertes, que fundamentalmente la emplean para someter a su hegemonía a los más débiles.

Cuando el imperialismo empieza a configurarse como una nueva etapa en que la concentración del capital y la producción engendra el monopolio, los signos de que el capitalismo se ha ido abriendo paso están presentes en el escenario latinoamericano.

La rápida expansión de un mercado capitalista mundial en la segunda mitad del siglo XIX impulsa ese desarrollo, que sin duda tiene además una larga y compleja dinámica interna, que influye y a la vez recibe la influencia del desenvolvimiento del capitalismo en otros países. O sea que si bien el imperialismo acelera de momento y en algunos casos probablemente aun incorpora ciertas economías al mercado capitalista, cuando el sistema empieza a recorrer esa nueva fase histórica, la economía latinoamericana ya ha sufrido profundos cambios que sin duda revelan la presencia del fenómeno capitalista en ascenso y, en algunos casos, el predominio de las relaciones capitalistas.

El capitalismo latinoamericano no surge ni se desenvuelve a la manera clásica. En vez de ser el fruto de un desarrollo independiente, como ocurre por ejemplo en Inglaterra, Holanda, Estados Unidos y aun Francia, Alemania y otros países, nace ligado a la dominación colonial y, en general, a rígidos lazos de dependencia; en vez de resultar de un largo proceso de acumulación originaria, que poco a poco creara las condiciones que harían posible la formación del mercado capitalista y la explotación del trabajo asalariado, el capital mercantil formado en una larga etapa se succiona por las potencias metropolitanas y es dilapidado por las clases dominantes internas, lo que de hecho entraña un largo proceso de *desacumulación* originaria, es decir, una situación en que la acumulación primitiva se da a medias, sin que sus dos elementos fundamentales lleguen a integrarse en un cuerpo unitario. En efecto, si bien de una parte se disocia a los productores rurales y urbanos de sus medios o condiciones de producción y se va formando una masa creciente de trabajadores que sólo dispone de su fuerza de trabajo y de la

posibilidad de venderla en el mercado, y del otro lado se va acumulando lentamente lo que no se succiona o desperdicia del capital mercantil en proceso de expansión, la gran ventaja para las naciones más poderosas y la influencia que ejercen en la división internacional del trabajo, impiden que el desenvolvimiento del mercado interno, y en particular del mercado de trabajo, desenlace en una etapa de rápida formación de capital, que en otras condiciones habría surgido y acelerado la explotación del trabajo asalariado. El capitalismo latinoamericano es, desde su inicio, un capitalismo sin industria propia. Y como al menos en algunos países del subcontinente adviene el modo de producción dominante cuando las nacientes potencias imperialistas inician ya lo que habrá de ser la segunda gran Revolución Industrial, a ello obedece que, a partir de entonces, los países hoy subdesarrollados adquieran un carácter definitivamente tributario de las economías metropolitanas.

El hecho de que el capitalismo se vuelva el modo de producción dominante en los países hoy atrasados, precisamente cuando el sistema se desplaza de la fase propiamente competitiva a la monopolista, no es una cuestión secundaria o incidental: es una confluencia histórica decisiva, que en buena medida determinará la suerte del capitalismo latinoamericano. En efecto, en unos cuantos decenios de la segunda mitad del XIX se suceden y en cierto modo entrelazan los hechos siguientes:

- 1] la rápida expansión capitalista de Europa y Estados Unidos acelera la expansión del mercado, el que tras un largo proceso histórico culmina en un sistema de relaciones económicas propiamente mundiales y, ahora sí, *definitivamente capitalistas*;
- 2] la integración de ese mercado resulta y a la vez se expresa en una nueva división internacional del trabajo que incorpora rápidamente las exigencias que el comercio mundial plantea a países y regiones que, a veces hasta la víspera, permanecieron en cierto modo al margen de tales actividades y demandas, y ello, a la vez, acelera el desarrollo capitalista, el que, en el caso de Latinoamérica, venía desenvolviéndose penosamente desde tiempo atrás;
- 3] el advenimiento del capitalismo en los países hoy subdesarrollados parece, de momento, abrir toda una nueva y prometedora perspectiva. Y no sólo los liberales más entusiastas, sino aun los pensadores más críticos anticipan grandes progresos y creen que el nuevo sistema traerá consigo avances [...] como los que hizo posibles en In-

gllaterra y Holanda, y más tarde en Francia, Estados Unidos y Alemania;

- 4) pero la aparición del imperialismo [. . .] no sólo entraña cambios profundos en el régimen de competencia y, por tanto, en el funcionamiento interno de la economía de los países más avanzados, sino en todo el sistema de relaciones económicas internacionales y, concretamente, en el alcance, las formas y aun el carácter mismo de la dependencia. Es decir, cambia todo el funcionamiento del mercado capitalista, tanto en un sentido interno como internacional, iniciándose una etapa en la que el monopolio influirá en el mercado interno y por tanto sobre la estructura productiva y el nivel y las condiciones en que se formen los precios en los países en que realizan el grueso de su actividad, así como en el resto del sistema y en particular en las naciones dependientes de América Latina, las que a partir de entonces serán, en mucho mayor medida que antes, economías tributarias —ellas mismas, además, en proceso de monopolización— de las grandes potencias imperialistas.⁹²

¿Por qué pensamos que no sólo cambia en tal momento la forma sino la naturaleza de la dependencia, hasta volverse ésta realmente *estructural*? Porque los cambios que subyacen a las nuevas relaciones de dependencia son, a su vez, *propriadamente estructurales*, es decir, son cambios profundos, realmente cualitativos, que afectan el modo de producción y todo el complejo de relaciones sociales que le son inherentes. En otras palabras, en vez de una dependencia entre países precapitalistas, que fundamentalmente se sostiene en la violencia restrictiva de un régimen de dominación colonial y en los todavía muy débiles lazos por el capital mercantil en un mercado incipiente, como ocurre en la conquista y buena parte del coloniaje; en lugar, inclusive, de un sistema de relaciones entre países capitalistas y precapitalistas en un mercado aún no estrictamente mundial, lo que ahora va a tomar cuerpo es una relación entre países capitalistas que cuentan ya con una industria moder-

⁹² "[. . .] la dependencia [. . .] no se hereda del pasado como algo inerte. Ella misma es una categoría histórica que influye y, sobre todo, en la que se expresan los cambios estructurales del proceso económico. La dependencia colonial anterior a la expansión mundial del capitalismo difiere en muchos aspectos de la que corresponde a una fase posterior, propiadamente capitalista: el tipo de dependencia que se configura en la etapa premonopolista no es igual, ni en su alcance ni en su contenido ni, desde luego, en sus formas de manifestación a la que surge y se desenvuelve en la época del imperialismo". *Ibid.*, p. 61.

na y en los que el monopolio —ya no la libre empresa— empieza a ser la forma de organización económica dominante, y países capitalistas dependientes en los cuales el Estado tomará a menudo el lugar que antes correspondió a la empresa privada, cuyo papel en el nuevo mercado mundial será servir a las nuevas metrópolis.

Es decir, así como la *competencia* se volverá monopolista, la *dependencia* será también monopolista, con la peculiaridad de que, a menudo sin encontrar resistencia, se impondrá en Latinoamérica a las formas premonopolistas, pero en condiciones precarias, subordinadas, lentamente y sin poder crear ya procesos y mecanismos de integración comparables a los del capitalismo tradicional. Y en lo que hace a la estructura de clases y a la articulación del sistema social, la ruptura impuesta por el desarrollo desigual y la dependencia implicará, por una parte, que la burguesía, que con el capitalismo se consolida como clase dominante, a partir de la iniciación del imperialismo se configure al propio tiempo como una clase dominada, y por el otro, que al no darse un desarrollo industrial propio sino un entrelazamiento y aun una creciente subordinación de la economía latinoamericana con el capital del exterior —que en buena medida es ya un capital monopolista—, la contradicción burguesía-proletariado se proyecte hacia afuera y adquiera un carácter más complejo y, en cierto modo, triangular.⁹³

Todavía más: la dependencia será estructural también en otro sentido: el naciente capitalismo latinoamericano se convertirá en parte integrante de un sistema capitalista en donde el ya desigual desarrollo entre los países más avanzados y los que se han rezagado en el proceso de expansión de las fuerzas productivas, a partir del crecimiento de la gran industria se acentuará en mucho mayor medida, y agudizará también la dependencia.

O sea que al menos en México y otros países de América Latina no parece darse la situación de que hablaba Rosa Luxemburgo todavía hacia 1913 [...], según la cual, como se recordará, el imperialismo se lanzaba y aun esencialmente consistía en una lucha entre los países capitalistas por penetrar en las áreas precapitalistas para poder así realizar plenamente la plusvalía y llevar adelante el proceso de acumulación.

⁹³ Como bien señala Lukács, hay “[...] una profunda diferencia entre las economías capitalistas y las precapitalistas [...], las sociedades precapitalistas tienen mucho menor cohesión que el capitalismo. Sus diversas partes son mucho más autosuficientes y menos interrelacionadas que en el capitalismo [...]”, *History and Class Consciousness*, Londres, Merlin Press, 1951. p. 55.

Al margen de otros aspectos discutibles de las tesis de Luxemburgo —como los criticados por Bujarin y Lenin—, la irrupción en gran escala del capital extranjero se produce en México, Chile, Argentina, Cuba, Uruguay y otros países —digamos entre 1890 y 1915— no en un contexto histórico precapitalista, sino en economías capitalistas dependientes y profundamente deformadas, si se quiere con fuertes resabios precapitalistas, pero en las que la explotación del trabajo asalariado se estaba convirtiendo en la principal fuente de producción, de plusvalía y de capital. Parecería, en tal virtud, que más bien se trataba de una situación en la que, consumado en lo fundamental —como Marx y Engels lo consideraban— el proceso de integración de un *mercado mundial capitalista*, la expresión de los monopolios más bien acentuaría, en la forma señalada por Lenin, la desigualdad del desarrollo y colocaría a ciertos países formalmente independientes en la categoría de naciones semi-coloniales o dependientes que, con base en procesos capitalistas de explotación de una creciente fuerza de trabajo, contribuirán a acelerar la acumulación de capital, sobre todo en las economías hegemónicas del sistema.

De lo anterior se desprende que al menos en los países latinoamericanos de que hablamos el capitalismo no es un fenómeno de importación; no se produce simple e inopinadamente con la afluencia del capital extranjero, como expresión del desarrollo del imperialismo; es un fenómeno anterior y mucho más complejo, en el que se funden, aunque sin llegar a sintetizarse en un todo integrado, por una parte la influencia del capitalismo en escala mundial, que penetra esencialmente desde fuera a estas economías, y por la otra la influencia del desarrollo capitalista interno, que a pesar de las múltiples trabas impuestas en buena medida por la propia dependencia, va volviéndose el modo de producción dominante, hasta llegar a prevalecer sobre las relaciones precapitalistas y convertirse en un factor que, en estrecha relación con los cambios que se producen en el resto del sistema y sobre todo en las economías metropolitanas, determinará —como ocurre al iniciarse la fase monopolista— las nuevas formas de eslabonamiento y aun de dependencia económica internacional.

[. . .] la dependencia estructural en la explicación teórica del subdesarrollo latinoamericano, sobre todo si se definen rigurosamente su naturaleza y alcance y se la usa, no desde luego como una variable independiente [. . .], sino como una categoría histórica que permita ahondar

en el análisis de las relaciones de producción, de la dinámica interna del sistema, de los factores que condicionan la acumulación de capital, la estructura social, la lucha de clases y en resumen las principales contradicciones internas e internacionales, puede ser decisiva para profundizar en el examen del proceso. O sea que no sólo se trata [...] de aislar el fenómeno de la dependencia o de verlo como una variable externa, sino de entender que la historia moderna de nuestros países, y en particular la propiamente capitalista, a diferencia de lo que en otros tiempos fue característico de las naciones más avanzadas del sistema, se desenvuelve en el marco de una dependencia que, en la fase imperialista, se vuelve realmente *estructural*. La dependencia es, desde luego, anterior al imperialismo e incluso está presente en toda la etapa colonial; sin embargo, es a partir del momento histórico en que el capitalismo latinoamericano deviene en Latinoamérica el modo de producción dominante y se inserta en un mercado mundial, ahora sí fundamentalmente capitalista, cuando las formas de extracción, utilización, retención y aun dilapidación del excedente y, por tanto, el proceso todo de acumulación de capital, habrán de desenvolverse en un nuevo y distinto marco socio-económico. Mas si bien a partir de entonces se activa el crecimiento de las fuerzas productivas: se modernizan la minería, la agricultura y los transportes; se producen cambios significativos en los sistemas de tenencia y explotación de la tierra; cobra cada vez mayor importancia el régimen de trabajo asalariado; se acentúa la concentración de la riqueza y hace presente el monopolio, lejos de que el proceso resulte y a la vez influya en la conformación y robustecimiento de una nueva clase dominante capaz de abrir el cauce de un desarrollo nacional autónomo, desemboca en una situación histórica nueva, en un capitalismo deforme, carente de espina dorsal propia, en una economía desarticulada, inserta en un mercado mundial incontrolable y del que ella es ahora parte orgánica más o menos impotente y desgarrada en su interior por la dependencia del capital monopolista extranjero; en un sistema en el cual la burguesía que emerge como nueva fuerza en el poder, como clase dominada, es y será siempre, al propio tiempo, una clase dominante, que ni en las coyunturas más propicias podrá liberarse a sí misma, ni menos aún liberar al país del subdesarrollo.

En el marco de esa dependencia, ahora grandemente reforzada [...], el proceso de acumulación tenderá a afirmar y reproducir tanto las relaciones capitalistas como las condiciones del subdesarrollo y aunque los

patrones de la dependencia y de la división internacional del trabajo cambiarán, principalmente en razón del desarrollo y los intereses de las potencias metropolitanas y de la forma en que se planteen y resuelvan las contradicciones más graves a nivel mundial, en ningún momento podrá romperse con las bases mismas en que descansa la subordinación. Antes al contrario, el cada vez más desigual desarrollo del capitalismo en su conjunto hará que los países atrasados del llamado <Tercer Mundo> se vuelvan, crecientemente, economías tributarias.

La dependencia estructural remite pues, precisamente, a dos cuestiones esenciales: el tipo de estructura socioeconómica interna que se configura en los países capitalistas latinoamericanos en el marco de la dominación imperialista y el tipo de relaciones económicas y políticas internacionales que forman parte integrante de esa estructura. Con la ventaja —me atrevería a decir— de que supera con mucho el análisis relativamente simplista del esquema centro-periferia y de otras explicaciones análogas, como aquella que en forma casi exclusiva tiende a centrar la atención en el carácter de los mecanismos de entrelazamiento o articulación de las economías atrasadas al mercado mundial, en vez de reparar en las contradicciones principales del proceso de acumulación y desarrollo en el seno de dichas economías.

La dependencia, conviene subrayarlo, no siempre ha sido estructural, adquiere tal carácter en un momento histórico determinado: en el caso de México y otros países latinoamericanos, cuando sus economías llegan a ser propiamente capitalistas, hecho que se produce hacia los mismos años en que, en los países más avanzados del sistema, el capitalismo deja atrás la fase premonopolista y empieza a recorrer la etapa imperialista. Cuando ocurren tales hechos, no antes ni después, la dependencia se vuelve un aspecto fundamental, orgánico, una manera de ser de gran parte del sistema y, por tanto, un obstáculo irremediable al desarrollo nacional autónomo dentro del marco del capitalismo y el imperialismo [...].

En mi opinión, uno de los aspectos en que se ha enriquecido el examen del subdesarrollo latinoamericano consiste, precisamente, por una parte en convenir en que la dependencia no puede usarse como <ábrete sésamo>, como categoría única y absoluta, o como una variable que por sí sola explique el atraso de nuestros países, y por otra, en comprender que si hacemos caso omiso de ella o la manejamos al nivel en que la economía convencional suele utilizar incluso las categorías históricas

fundamentales para el análisis económico, tampoco entenderemos el subdesarrollo.

En el subdesarrollo [...] se desperdicia capital, técnica, capacidad de organización y recursos naturales y aun financieros, y de manera particularmente grave se desaprovecha energía humana, mano de obra calificada y brazos desnudos que, pese a su baja productividad, podrían ser creadores de una riqueza mucho mayor. Ni siquiera al amparo del reciente desarrollo industrial ha sido posible aumentar en forma significativa la proporción tradicional de los trabajadores industriales y reducir las filas enormes de desocupados y subocupados a los que el sistema no puede, definitivamente, absorber, y menos todavía con los niveles de inversión y las variantes y combinaciones técnicas en vigor.

Podríamos decir que es así como se abre la diferencia entre el excedente potencial que el desarrollo de estas economías —aumento de la ocupación y mayor productividad por hombre ocupado— hace posible, y el excedente real, o sea, la parte de aquél que se destina a la formación de capital. La inversión no sólo es de un nivel insuficiente; su proyección es, además, inadecuada y una parte sustancial de la misma, seguramente mucho mayor de lo que se cree, es improductiva, lo que por cierto no es accidental, sino reflejo de una estructura económica anárquica, deforme y, en más de un sentido, parasitaria.

LA REALIDAD DE HOY⁹⁴

[...]

La situación [...] al abrirse el último decenio del siglo y del milenio no es siquiera la de hace unos meses. Las cosas están cambiando con rapidez inusitada y desconcertante. Éste es el primer desafío al que es preciso responder.

Subestimar los cambios recientes, restarles significación y creer que no alteran el estado de cosas hasta aquí prevaleciente sería un grave error. Y si bien no debieran tampoco exagerarse, lejos de repetir lo que hasta aquí podamos haber pensado, a nuestro juicio es necesario partir de tales cambios y no de las situaciones previas, tratar de enten-

⁹⁴ Fragmento de "Reflexiones sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy", en *Hagamos cuentas... con la realidad!*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1991, pp. 9-136.

der su verdadero alcance, su naturaleza, sus causas, la dirección en que se desenvuelven, los obstáculos con que tropiezan y sus perspectivas.

Pues bien, ¿qué aspectos fundamentales de la realidad debemos examinar y comprender a fondo? Podrían mencionarse decenas de cuestiones de innegable interés. Pero me limitaré a señalar unas cuantas que, en verdad, parecen esenciales.

El proceso de globalización y modernización

Una primera [...] se refiere a la verdadera naturaleza y alcance de este proceso de "globalización" de que tanto se habla, de si están o no en acción nuevas leyes y, en su caso, cómo operan; si en efecto quedan atrás la dependencia y la dominación ante el empuje de una nueva interdependencia y si la modernización a la que, se dice, nadie puede sustraerse debe desenvolverse en la dirección en que lo ha hecho hasta ahora, porque así lo exigen la historia, la ciencia y la tecnología, o más bien porque eso conviene a los países dominantes y al capital trasnacional, en cuyo caso sería legítimo y hasta impostergable pensar en una división internacional del trabajo diferente, en un nuevo orden de cosas y en una estrategia de modernización alternativa, de la que, en rigor, todavía carecemos [...].

[...]

Quienes con más entusiasmo subrayan la importancia y el carácter esencialmente positivo de tal proceso aseguran que el mundo, hasta aquí dividido y parcelado, se dispone a ser uno solo en el que las partes se integren armoniosamente al todo; a abrir las fronteras a un intercambio verdaderamente libre en el que mercancías, fuerza de trabajo, capitales y servicios se trasladen de un país a otro sin restricción alguna. De lo que se trata es de romper el aislamiento, entender que los espacios nacionales son ya estrechos e insuficientes y que al amparo de la libre competencia lograremos conquistar nuevos mercados, modernizarnos tecnológicamente, elevar nuestra eficiencia y acercarnos así, por fin, a los niveles de ingreso y de vida de los países industrializados, con los que nos separa una brecha que se antojaba inzanjable.

[...] lejos de que las más estrechas relaciones entre los países que forman la comunidad internacional sean fruto de una creciente capacidad colectiva para abrir paso a nuevas, equitativas y racionales formas de intercambio y aun de desarrollo e integración nacional y regional,

resultan sobre todo de la internacionalización del capital, fenómeno [...] que se acentúa en los años de la Primera Guerra Mundial y que después de la Segunda Guerra, y especialmente en los últimos dos decenios de crisis y rápidos cambios tecnológicos, cobra un impulso sin precedente.

Debido a ello, en realidad no estamos frente a una situación en la que incluso los países económicamente más débiles, o siquiera en conjunto los del llamado Tercer Mundo, tengan fácil acceso a otros mercados y en particular al de las grandes naciones industriales. Lo cierto es que son unos cuantos países subdesarrollados aquellos que pueden aprovechar parcialmente la supuesta globalización y ello porque el repliegue del capital trasnacional y su extensión hacia las nuevas plataformas de exportación del Tercer Mundo hacen que desde ahí se pueda impulsar la producción maquiladora y el intercambio comercial, y porque algunos grupos monopolistas locales —casi siempre los más poderosos y a menudo también asociados a capital extranjero—, consolidan su dominio en diversas actividades y se convierten en exportadores e importadores de significación.

O sea que [...] más que una situación en la que los numerosos países antes relativamente aislados se integren con obvias ventajas a una nueva fuerza dinamizadora que los lance a navegar en los siete mares, como otras veces en que los países más fuertes enarbolaron la bandera de la libertad comercial, ahora vuelven a ser también sus intereses los dominantes, y la internacionalización consiste, sobre todo, en el propósito del capital trasnacional y de los grandes imperios de los que procede, de remover barreras, cubrir mayores espacios, conquistar nuevos mercados, promover intercambios que les son favorables, invertir capitales en busca de crecientes ganancias y reestructurar la economía internacional y el mercado mundial como más les convenga.

En tales condiciones, la globalización de que tanto y tan apologéticamente se habla, más que superar la dependencia y la dominación, las consolida y afirma, pues bajo cierta interdependencia los países más poderosos, a través de sus grandes empresas trasnacionales, sus gobiernos, sus bancos y otros mecanismos que, en un momento dado no excluyen el uso de la violencia, mantienen una injusta división internacional del trabajo, en la que sin importarles la soberanía de los países económicamente más débiles, unilateralmente determinan la forma en que éstos deben insertarse en la economía internacional y el nuevo y siempre

subordinado papel que les corresponde desempeñar en ella. Tal situación supone y exige cambios. La economía internacional de hoy no es, desde luego, la de antes. La respuesta, en particular de los países subdesarrollados, a los nuevos retos, no puede tampoco ser la misma. La internacionalización, vista como capacidad cada vez mayor del capital trasnacional para [...] moverse a grandes distancias, establecerse en nuevos sitios, reorganizar y aun romper la unidad geográfica de los procesos de trabajo, reubicándolos y fragmentándolos como resulte mejor para obtener más altas tasas de ganancia, sin duda es un proceso al que, concretamente en países como México —tan cerca de los Estados Unidos—, no es fácil enfrentarse y menos ahora en que la apertura hacia el exterior y el otorgamiento de crecientes facilidades al capital extranjero se señalan como necesarias para que nuestra economía se modernice.

El propio proceso de modernización, cuyo alcance exagera la clase en el poder, es un hecho que requiere un serio examen [...].

La modernización, desde luego, no se lleva a cabo con la facilidad y rapidez que algunos sugieren. En el caso, por ejemplo de México, se realiza de manera desigual; se concentra, sobre todo, en ciertas actividades; de hecho sólo está al alcance de las grandes empresas y de los grupos más poderosos; con frecuencia no se expresa en la rápida incorporación de nueva tecnología, sino más bien en reajustes corporativos que fundamentalmente tienden a desemplear trabajadores y a elevar las tasas de explotación y de ganancia y, desde luego, el grueso de las empresas medianas y pequeñas queda al margen de ella o sólo moderniza aspectos parciales y secundarios [...].

[...] la modernización de que tanto se habla en la economía no se expresa en aspectos fundamentales de la vida política, social y cultural. Y aunque el gobierno actual de México [...] se instaló prometiendo una política “moderna”, lo cierto es que el sistema político del país se antoja ya del todo anacrónico [...].

Pese a ésas y otras limitaciones, la modernización, que desde luego no es privativa de este momento, está presente y aun con las restricciones de los últimos años ha sido la causa principal de múltiples cambios en las telecomunicaciones, en la microelectrónica y la computación, en la automatización y, en general, en el proceso de trabajo, que a su vez afectan y modifican la estructura del capital y del empleo, el nivel y la composición de la producción y el uso de materiales y fuentes de energía.

Pero lo que también es cierto es que la modernización ha contribuido a acentuar la dependencia y la desnacionalización, sobre todo en los países económicamente atrasados; a una mayor concentración de la riqueza y el ingreso que tiene como contraparte el creciente empobrecimiento de millones de trabajadores; a fortalecer a los monopolios y a debilitar la vida democrática [. . .].

La libre competencia llevó, históricamente, a la concentración y el monopolio. Tal fue la dialéctica del desarrollo capitalista en un momento dado. Lo que en cambio es insostenible es que, como hoy aseguran los defensores del sistema, el monopolio haya vuelto a dar vida, a través de la globalización e internacionalización del capital, al mercado libre y la libre competencia. Explicar así las cosas no es [. . .] siquiera medianamente serio, sino [. . .] demagógico.

El capitalismo latinoamericano en la apreciación de la realidad de hoy

Un segundo asunto de gran monta es ahondar en el conocimiento del capitalismo latinoamericano y calibrar objetivamente las perspectivas que abre o no al desarrollo independiente de nuestros países, lo que entre otras cosas supone entender a fondo la verdadera dimensión de la actual crisis, la restructuración del capital en proceso, el papel del capital monopolista nacional y extranjero, el nuevo régimen de relaciones entre uno y otro y de ambos con el Estado, la reforma de éste, así como la posibilidad de un gran avance tecnológico y su impacto sobre los trabajadores, y en general de toda esta estrategia monopolista sobre la acumulación de capital, los niveles de ingreso y de vida de la mayoría de la población y las perspectivas que abre o no al desarrollo independiente de nuestros países [. . .].

Agresividad imperialista

[. . .] sabemos que, a estas horas, incluso mencionar al imperialismo puede parecer extraño, y que acaso no falte por ahí un tecnócrata [. . .] que alegue que nuestro planteo es anacrónico. Pero, de nuestra parte, convencidos de que se trata de una categoría propiamente histórica y de una realidad concreta de la que no podemos desentendernos, a menos que demos la espalda a los hechos, hablaremos, así sea brevemente, del imperialismo.

Un rasgo específico del imperialismo norteamericano, a nuestro juicio no meramente coyuntural sino de alcance estratégico y cuya gravedad es difícil exagerar, consiste en la violenta ofensiva que hoy lanza contra nuestros pueblos y que hace unos meses desenlazó trágicamente en la invasión a Panamá.

Y lo que es todavía más grave, Latinoamérica ha sido literalmente saqueada en los últimos años, tanto por las grandes potencias capitalistas como por los ricos de cada uno de nuestros países. La carga ruinosa de la deuda externa, el alto precio que cobra el intercambio desigual, la transferencia tecnológica y la fuga de capitales no son sino algunos de los signos de ese saqueo, que a estas alturas ha obligado ya a nuestros países a trasladar al extranjero buena parte de su potencial de inversión y que sin duda contribuye a mantenernos en el atraso y el subdesarrollo.

Y como si todo ello fuera poco, desde los Estados Unidos, el presidente Bush lanza ahora su "Iniciativa para las Américas", que pretende nada menos que la integración continental bajo el dominio norteamericano y cuyo punto de partida sería suscribir bilateralmente, con la potencia del norte, acuerdos de libre comercio del tipo del que está por negociarse con México [. . .]; de tener éxito la iniciativa de Bush, en vez de las dos Américas de que hablaba Martí: la nuestra y la otra, la mestiza y la anglosajona, habría una sola: la dominada y ahora sometida directamente a los Estados Unidos. Y en vez de la unidad de nuestros pueblos, con la que soñaba Bolívar, estaríamos frente al triunfo definitivo del monroísmo y la realización del viejo afán expansionista que se resume en la consigna que de hecho siempre significó: América para los norteamericanos [. . .].

La integración regional

La integración regional latinoamericana no es, como todos sabemos, fácil, y la mera reiteración retórica del ideal bolivariano no nos permitirá, es obvio, llevarla adelante. Contra esa integración atentan el subdesarrollo, el bajo nivel de las fuerzas productivas; la debilidad, incluso en los países de mayor desarrollo relativo de la industria de bienes de capital; la falta de una base científico-tecnológica propia, la escasa significación histórica de nuestro intercambio comercial, la insuficiencia de las comunicaciones y transportes, la desinformación sobre lo que

ocurre en nuestros países y aun la tendencia a menospreciar las posibilidades comerciales y de complementación industrial.

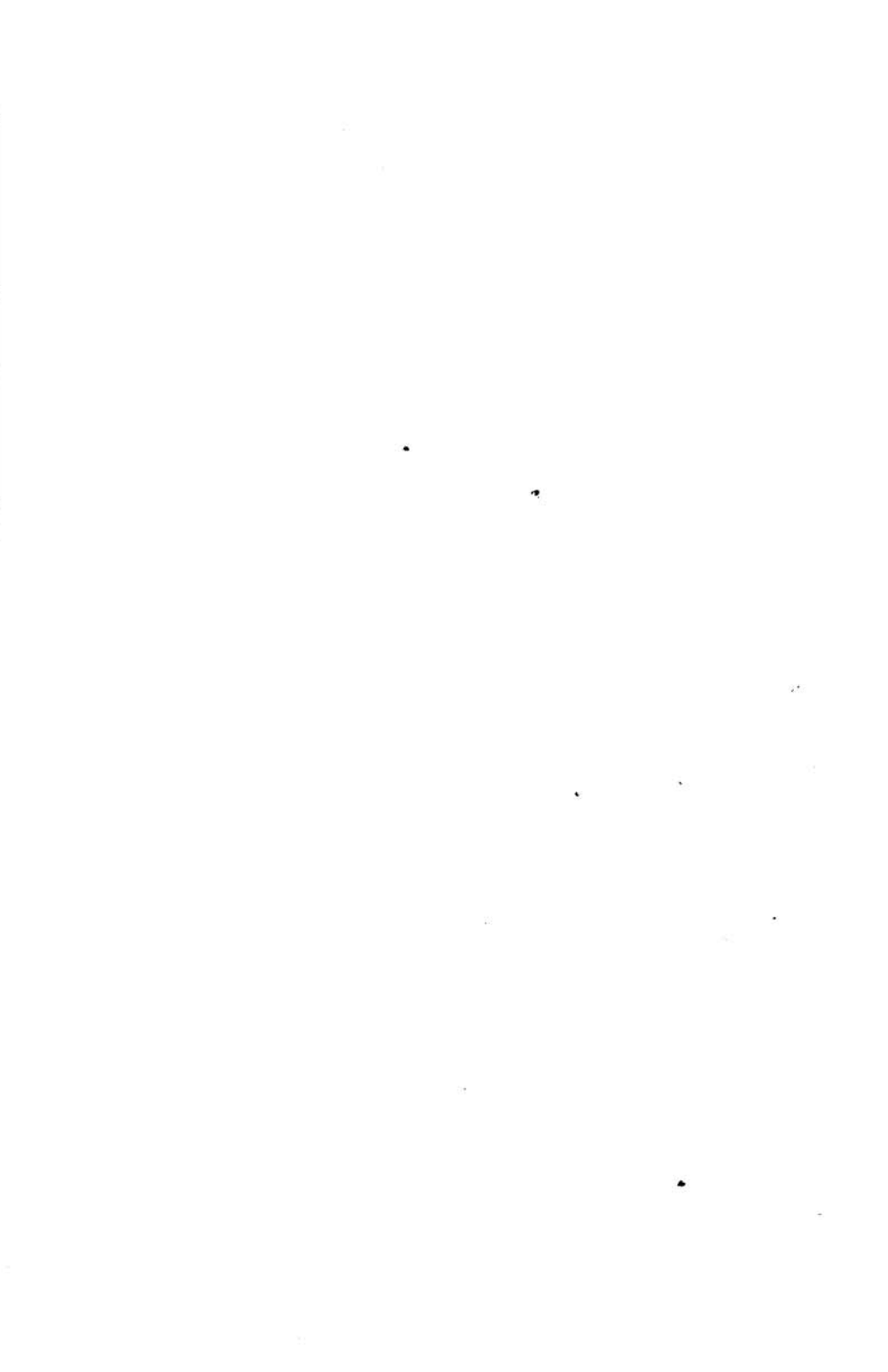
Los obstáculos a nuestra integración regional son, sin duda, múltiples y difíciles de rebasar, sobre todo si se piensa en una integración no sólo económica, sino al menos en ciertos aspectos también jurídica, política y cultural. Pero como la integración regional no es, al propio tiempo, algo que pueda decretarse de arriba abajo y de la noche a la mañana, sino un proceso complejo y de largo plazo, que necesariamente debe recorrer fases sucesivas en las que se realicen desde los cambios más sencillos hasta los más complejos y profundos, si de veras empezáramos a plantearnos y a tratar de resolver conjuntamente los problemas fundamentales, partiendo de la reapreciación crítica de lo hecho en los últimos treinta años, o sea desde que se suscribió el Tratado de Montevideo y se fundó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, y si en nuestra estrategia de desarrollo incluyéramos como uno de sus componentes y a la vez de sus soportes principales la integración regional y la necesidad de apoyarnos mutuamente en ese esfuerzo, seguramente en poco tiempo lograríamos avances que no conseguimos después de centenares de reuniones burocráticas y protocolarias, en las que probablemente prevalecieron intereses particulares a los del conjunto de nuestra América, y en que las cuestiones de fondo nunca estuvieron en el primer plano.

De lo que ahora se trata es de romper esa inercia; de plantearnos en serio el problema de la integración regional y de entender que, no obstante las dificultades que sin duda están y estarán presentes, la integración no es sólo un ideal de nuestros pueblos —que incluso como tal debiéramos rescatar—, sino una forma práctica y concreta de fortalecer, articular y hacer avanzar nuestras economías, para lograr niveles satisfactorios de desarrollo y condiciones de vida dignas.

La integración es un reto insoslayable para nuestra América. Divididos y dispersos como hasta ahora, actuando cada quien por su lado, dándonos la espalda unos a otros y creyendo que solos podremos resolver problemas que a estas horas requieren la unidad y la acción conjunta, nos debilitaremos cada vez más, dejaremos de hacer lo que si nos decidimos a actuar resueltamente y de nuevas maneras está ya a nuestro alcance y, paradójicamente, seremos arrastrados a esquemas de integración ajenos (y en realidad, de subordinación), que no sólo no respondan a nuestros mejores intereses sino que nos impongan los bloques inter-

naciones dominantes y, tratándose de nuestros países, concretamente los Estados Unidos, con grave menoscabo de nuestra soberanía.

El avance en el proceso de integración regional requiere una nueva estrategia y otra política de desarrollo. En el estrecho y conservador marco fondomonetarista en que actualmente se mueven los gobiernos y los empresarios latinoamericanos seguirán ausentes las condiciones necesarias para la integración. Por ejemplo, sin una moderna industria de bienes de capital que resulte del acuerdo sobre todo de los países latinoamericanos con mayor desarrollo y que más pueden contribuir en tal sentido, que sea genuinamente multinacional, que no excluya a países de menor desarrollo que puedan también contribuir, y que se apoye en una activa promoción estatal que no menosprecie el concurso de la empresa privada, careceremos de capacidad para articular nuestros esfuerzos, seguiremos dependiendo del extranjero y el capital trasnacional continuará apoderándose de nuestras industrias fundamentales e incluso impedirá su desarrollo para que nos mantengamos subordinados a las decisiones de los grandes consorcios internacionales [. . .].



3. EL CAPITALISMO EN MÉXICO

LA FASE ACTUAL DEL CAPITALISMO EN MÉXICO¹

Algunas tesis iniciales

Las tesis que se someten a la consideración del lector en este artículo no son, en general, nuevas. Trabajé en su elaboración en los últimos años y sus aspectos principales se recogen en ensayos publicados en cuatro libros recientes [...].²

Quizá no sea por demás recordar que la mayor parte de la literatura existente en nuestro país —y concretamente de la literatura burguesa— no alude siquiera al capitalismo.³ [...] entre funcionarios públicos y empresarios privados se sugiere a menudo que vivimos bajo el régimen de una casi idílica libre competencia, en que los monopolios son excepcionales y por fortuna, además, contrarios a la ley. La Constitución, ciertamente, dispone en el artículo 28 que “en los Estados Unidos Mexicanos no habrá monopolios [...].”, y reserva severas sanciones a los monopolis-

¹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 2, marzo-abril de 1975, p. 2-29.

² *Dialéctica de la economía mexicana*, 1968 (actualmente en su 6ª edición); *El milagro mexicano*, 1970 (con otros autores), 4ª edición; *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (con Jorge Carrión), cuya 2ª edición apareció en 1974, y *Mercado interno y acumulación de capital*, publicado a fines de 1973.

³ En un reciente libro del señor Leopoldo Solís M., se mencionan opiniones de más de cincuenta autores —de los que unos treinta y tantos han sido o son funcionarios gubernamentales de cierta importancia— y aunque la naturaleza del tema parecería obligar a continuas referencias al capitalismo, el término prácticamente no se menciona a lo largo de las 230 páginas del libro. Significativamente, al caracterizar el sistema económico, el autor, coincidiendo con otros funcionarios y con prominentes hombres de negocios, se limita a declarar: “Según la Constitución, la economía mexicana es fundamentalmente una economía mixta que implícitamente deja una gran cantidad de decisiones al mercado. En este contexto, para que continúe viable y dinámica, resulta contraproducente entorpecerla con actitudes y decisiones que dificultan la movilidad de los factores, monopolizan los bienes en manos privadas y evitan la transmisión de los estímulos provenientes de los incentivos y de las fuerzas económicas.” *Controversias sobre el crecimiento y la distribución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 173.

tas. Mas [. . .] lo cierto es que hay cada vez más monopolios a los que nadie les impone sanción alguna.

[. . .]

Los elementos principales de nuestra tesis podrían ser éstos:

- 1] México es, sin duda, un país capitalista. Lo es desde hace aproximadamente un siglo, en que el capitalismo se impone como modo de producción dominante en una formación social en la que entonces y aún hoy siguen presentes supervivencias precapitalistas;
- 2] el hecho de que el capitalismo mexicano emerja precisamente en el momento en que el sistema, en general y concretamente en los países más avanzados esté a punto de iniciar la fase monopolista, influye en forma decisiva para que el capitalismo mexicano nazca y se desenvuelva como un sistema deforme y estructuralmente dependiente, que ni ha podido hasta ahora ni podrá en adelante superar el subdesarrollo;
- 3] la confluencia anterior y el hecho de que el capitalismo mexicano se consolide y empiece a desarrollarse en nuestro país [. . .] a partir de una empresa nacional débil explican por qué, desde un principio, el peso de los monopolios, en particular extranjeros, será muy grande en su economía;
- 4] la ausencia de un desarrollo histórico comparable al del llamado <modelo clásico>, en el que la empresa privada nacional es el agente principal del cambio y el centro del proceso económico, determina también que, desde las postrimerías del Porfiriato, el Estado empiece a participar en lo que ya entonces podría considerarse un incipiente capitalismo de Estado;
- 5] con la Constitución de 1917 y las leyes e instituciones que comienzan a tomar cuerpo en los años veinte, el capitalismo de Estado se consolida y cobra nuevo impulso, porque las fracciones ahora dominantes de la burguesía tampoco cuentan con fuerza suficiente para promover el desarrollo económico exclusivamente a través de la empresa privada y sólo el poder público puede reconstruir y reorganizar el país. Este hecho, así como, sobre todo, el creciente poderío del capital monopolista extranjero [. . .] influyen para que el peso de los monopolios sea cada vez mayor [. . .];
- 6] entre la crisis de 1929 y la terminación de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo de Estado se consolida. [. . .]. El capital extranje-

ro, en cambio, pierde importancia relativa —sobre todo a consecuencia de la reforma agraria cardenista y la nacionalización del petróleo y los ferrocarriles—, en tanto que el capital nacional adquiere mayor significación, especialmente en los años de guerra, en que las grandes potencias beligerantes aflojan el dominio que ejercen en sus mercados tradicionales;

- 7] apenas concluida la guerra el capital monopolista norteamericano, primero, y el europeo y japonés unos años más tarde, se expanden e internacionalizan como nunca antes, refuerzan sus posiciones en Latinoamérica bajo el manto protector de una política de desarrollo que se orienta hacia la sustitución de importaciones, y se combinan y asocian con el capital privado nacional y con el Estado y las empresas gubernamentales en lo que, desde fines de los años cuarenta y la década de los cincuenta, empezará a convertirse en capitalismo monopolista de Estado [...];
- 8] en 1975, o sea un cuarto de siglo después de haberse iniciado ese proceso, el capitalismo mexicano no es sólo un capitalismo monopolista, en el que los monopolios sean el centro del poder económico en el sistema, sino un capitalismo monopolista de Estado, en el que las empresas monopolistas se entrelazan y combinan estrechamente con el Estado.⁴

El capitalismo monopolista de Estado en México

Sería un grave error trasladar mecánicamente la experiencia de los grandes países capitalistas a los nuestros y pensar que el desarrollo del capitalismo mexicano ha sido un reflejo pasivo de tal experiencia. Y no menos erróneo sería olvidar el carácter internacional del capitalismo y, concibiendo a nuestro país como una isla, no como parte de un todo y de un mismo proceso histórico, creer que el capitalismo monopolista es algo que sólo está presente en los países dominantes del sistema, mas no en los dependientes y dominados [...].

⁴ Para no confundir el capitalismo de Estado con el capitalismo monopolista de Estado conviene recordar que en tanto éste, como hemos dicho, es la última fase de la etapa imperialista, aquél surgió en algunos países incluso en la etapa premonopolista y en muchos otros cuando el imperialismo apenas empezaba a desévolverse. Con independencia de su origen, sin embargo, es probable que, en nuestros días, el capitalismo de Estado sea ya, en muchos países subdesarrollados del llamado <Tercer Mundo> un capitalismo monopolista de Estado.

Los monopolios estatales y su radio de influencia

La intervención directa del Estado asume formas muy diversas. Una es el control a través de organismos y empresas que legalmente o de hecho constituyen monopolios [...].

A riesgo de incurrir en alguna repetición, acaso convenga subrayar, a manera de conclusiones, lo siguiente:

- el capital monopolista público y privado, nacional y extranjero —no, desde luego en forma de un monopolio puro que nunca se da en la práctica, sino de grandes consorcios monopolistas que se apoyan mutuamente y a la vez compiten entre sí—, es, sin duda, el centro del poder económico y político de la nación;
- el capital que controla prácticamente todas las ramas de la economía mexicana es, en lo fundamental, un capital monopolista [...];
- el fortalecimiento de los monopolios y las nuevas formas de integración y de relación con el Estado modifican el proceso de acumulación y alteran el carácter de la oligarquía.

Conviene, empero, hacer ciertas aclaraciones y salvedades. Al subrayar que [...] vivimos bajo el capitalismo monopolista de Estado, ello no significa que todo el capital sea hoy monopolista. En nuestro país abundan las empresas pequeñas y medianas y aun siguen presentes ciertas formas residuales precapitalistas. Pero tales empresas [...] en rigor tienen muy poca importancia económica y, además, en muchos casos dependen y aun forman parte ya, orgánicamente, de estructuras de capital monopolista [...]. El peso del capital extranjero da a la contradicción entre el proletariado y la burguesía un claro contenido antimperialista, y aun los desacuerdos interburgueses y sobre todo las posiciones pequeñoburguesas exhiben un nacionalismo que si bien es incapaz de promover un desarrollo independiente —pues en última instancia es el nacionalismo de una clase desnacionalizada y el de quienes tienen fe en ella—, con frecuencia se manifiesta en desacuerdos y aun conflictos con el capital monopolista extranjero, que la clase en el poder utiliza para hacer creer que su nacionalismo es revolucionario [...].

CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL, INDUSTRIALIZACIÓN SUSTITUTIVA
Y PATRÓN DE ACUMULACIÓN⁵

[. . .]

Dado el papel que la industrialización desempeña en el proceso de acumulación y desarrollo [. . .] conviene recordar brevemente algunos de sus principales rasgos, teniendo presente que en nuestro país tal esfuerzo ha tendido en lo fundamental a sustituir la importación de bienes de consumo [. . .]:

- la industrialización de que hablamos descansa, en primer lugar, en una demanda preexistente de bienes y servicios que hasta entonces se importaban, y que expresa un patrón determinado de relaciones de producción y de distribución de la riqueza y el ingreso [. . .];
- concentra la acumulación de capital en ciertas ramas de la industria, el comercio y los servicios [. . .], lo que sin duda contribuye al rezago del sector agropecuario, a acentuar los desniveles de productividad y a provocar profundos desequilibrios intersectoriales;
- supone la necesidad de montar, o al menos de integrar y complementar, una costosa infraestructura de instalaciones y servicios básicos y auxiliares, que el Estado se encarga en buena parte de proveer en condiciones generalmente muy ventajosas para los capitalistas nacionales y extranjeros, o cuyo manejo deja, cuando es suficientemente rentable, en sus manos;
- la sustitución de importaciones se lleva a cabo sin que sea preciso aumentar en forma sustancial la inversión, y en particular la inversión privada, tanto porque el proceso se centra en la producción de bienes de consumo —que sin duda absorben menos capital que los bienes de producción—, como porque el Estado descarga a la empresa privada de buena parte de responsabilidad y aporta el 30-40%, y aun el 45% de la formación bruta de capital;
- los monopolios y oligopolios extranjeros, que anteriormente eran exportadores de manufacturas que nuestro país importaba, debido a los cambios en la división internacional del trabajo y al impulso del avance técnico-científico que se producen a partir de la Segunda Guerra

⁵ Fragmento de "Algunas contradicciones del proceso de acumulación de capital", publicado en *Estrategia*, México, núm. 4, julio-agosto de 1975, pp. 2-22.

Mundial, devienen principalmente exportadores de bienes de producción [...];⁶

- la nueva división del trabajo y la creciente influencia de los monopolios nacionales y extranjeros demanda la intervención cada vez mayor del Estado, el que se combina estrechamente con los grandes consorcios privados. En los últimos años, por ejemplo, las principales actividades descansan en inversiones que, en términos generales, se entrelazan [...];
- la industrialización sustitutiva estimula el desarrollo desigual del mercado interno, aunque a consecuencia sobre todo de la rápida concentración y centralización del capital [...] y del peso creciente de los monopolios extranjeros, imprime al proceso de acumulación caracteres que se expresan en graves desajustes y contradicciones. Así, por ejemplo:
 - las nuevas inversiones se orientan hacia una tecnología de alta intensidad de capital, pues generalmente es ésta la más rentable. Aparte de que ello intensifica la dependencia tecnológica, eleva la composición del capital sobre todo en las ramas más dinámicas y concentra el ingreso y por tanto la capacidad de compra en una minoría privilegiada, ahonda además el desequilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo, pues mientras la primera aumenta de prisa, la segunda se rezaga debido a que ni las actividades tradicionales ni las nuevas absorben la fuerza de trabajo disponible [...];
 - si bien en un principio la sustitución parece suavizar la dependencia comercial, el proceso pronto crea situaciones aun más difíciles que las que pretende resolver. Dadas las distorsiones de la estructura productiva, y sobre todo la ausencia de un fuerte y bien integrado sector que produzca bienes de producción, el impulso a la

⁶ "El proceso de <sustitución de importaciones> que, visto del lado de la burguesía imperialista es un proceso de <sustitución de exportaciones>, por producción en el exterior, agudizó el carácter dependiente de la estructura económica, en tanto implica un proceso de industrialización que sigue un camino inverso al de los países imperialistas [...]. A esto se agrega, lo que es decisivo en la profundización de la dependencia, la creciente apropiación del aparato productivo interno por parte del capital monopolista internacional." Elsa Cimilo, Edgardo Lifchitz *et al.*, *Acumulación y centralización del capital en la industria Argentina*, Buenos Aires, 1973, pp. 178 y 179.

producción interna de bienes de consumo demanda importaciones crecientes de bienes intermedios y de capital [...];⁷

- el desajuste de la balanza de pagos [...] exhibe en el fondo desequilibrios internos y resulta del papel que, en el capitalismo monopolista de Estado, corresponde a un país subdesarrollado como el nuestro en el sistema y en la división internacional del trabajo. Sus efectos, además [...], se extienden a la órbita monetaria y financiera, acentuando el déficit interno del gobierno y provocando un creciente endeudamiento dentro y fuera del país [...];
- en fin, la insuficiente utilización de la capacidad instalada, la ineficiencia de muchas empresas, aun de las recién construidas, el peso de las altas ganancias y la posibilidad de los grandes consorcios de manipular los precios y, sobre todo, el que pese a los avances en el proceso industrial éste vuelva a quedar atrás —en términos relativos, incluso más atrás que antes— dependiendo cada vez más de la nueva estructura económica de los países metropolitanos, todo ello vuelve muy difícil la acumulación de capital y aun reclama [...] enormes gastos improductivos para facilitar la realización del excedente [...].

En una perspectiva histórica [...] es indudable que el desarrollo del capitalismo en escala mundial y, concretamente del imperialismo, contribuyeron en forma decisiva a establecer y mantener los patrones de división internacional del trabajo que hicieron de nuestras economías lo que son: entidades subordinadas, deformes, desarticuladas y aun interiormente desgarradas por haberse desarrollado —o, si se prefiere, subdesarrollado—, dentro de un sistema que siempre las privó de las actividades productivas clave [...].

EL CAPITALISMO EN LA AGRICULTURA MEXICANA⁸

En el capitalismo del subdesarrollo, aun en aquellos países en donde la tasa de explotación alcanza niveles muy altos, la plusvalía no se convier-

⁷ Esta última, por ejemplo, cuyo déficit es de 1 796 millones de pesos en 1962, en 1965 exhibe ya un desequilibrio de 4 473 millones, de 7 362 en 1969, de 9 519 en 1972, de 14 907 en 1973 y de 32 654 millones de pesos en 1974.

⁸ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 6, noviembre-diciembre de 1975, pp. 2-16.

te automática, o siquiera fácilmente, en capital. El modelo clásico de la acumulación se subvierte: una parte sustancial del excedente se envía al extranjero y otra aún mayor la dilapidan la burguesía y los estratos intermedios que la sirven. Inclusive el Estado, si bien contribuye [. . .] a activar el proceso económico y en particular el desarrollo agrícola, a través de una costosa e ineficiente burocracia y de cuantiosos gastos improductivos desperdicia a la vez una proporción no despreciable del potencial de crecimiento [. . .].

A consecuencia de todo ello, la acumulación de capital en la agricultura se caracteriza por los siguientes rasgos:

- las tasas de inversión son bajas, incluso bastante inferiores a las correspondientes al resto de la economía;
- la inversión pública se destina principalmente a obras de infraestructura y a ciertos servicios, más que a la esfera propiamente productiva;
- la inversión privada se concentra en la agricultura de riego y, dentro de ésta, en explotaciones privadas medianas y sobre todo grandes;
- tanto en la agricultura propiamente dicha como en la ganadería, la avicultura y la silvicultura, el capital y la inversión corriente están altamente concentrados en campos que ofrecen mayores tasas de ganancia y centralizados alrededor de muy pocas explotaciones;
- la composición técnica y orgánica del capital, así como los niveles de productividad por unidad de capital y por hombre son muy variables. Mientras la agricultura más atrasada carece de instalaciones modernas y de una organización comercial medianamente adecuada, las empresas más importantes cuentan con buenas tierras, animales mejorados y de alta eficiencia en el caso de la ganadería y la avicultura, alto grado de mecanización, personal bastante calificado [. . .], recursos financieros suficientes, sobre todo para inversiones a corto y medio plazos, y fácil acceso al mercado interno y exterior;
- especialmente en las grandes explotaciones, las tasas de plusvalía y de ganancia son muy altas, en parte porque los salarios son [. . .] a menudo inferiores al mínimo legal, las jornadas son muy largas, los trabajadores carecen de prestaciones y los niveles de productividad son suficientemente elevados [. . .];
- pese al relativo rezago de la acumulación de capital, sobre todo en las explotaciones más pobres y técnicamente atrasadas, el excedente invertible supera con mucho el nivel de la formación real de capital.

Esto obedece a que buena parte de él se pierde en las relaciones con los grandes países imperialistas, en virtud del intercambio desigual, el alto costo de los servicios técnicos y financieros, la onerosa intermediación comercial en el caso de algunos productos e incluso el envío de utilidades que directamente obtienen los inversionistas extranjeros. El segundo canal a través del cual se sustrae parte del excedente agrícola es la desfavorable relación de intercambio con el resto de la economía [...]. Un tercer elemento de drenaje lo constituye el Estado, que a través de la política fiscal y de gasto suele succionar también fondos de la agricultura, y uno más [...] consiste en el traslado sistemático que la burguesía agrícola [...] hace de buena parte de sus ganancias, en busca de inversiones más remunerativas en otros sectores, enviándolas al extranjero para contrarrestar posibles devaluaciones del peso o simplemente destinándolas a gastos suntuarios en los que se desperdicia buena parte del potencial de ahorro.

NACIONALIZACIÓN Y CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO⁹

[...] en el curso de la llamada guerra de tres años —12 de julio de 1859— se nacionalizan en nuestro país los bienes del clero.¹⁰ [...] En el Porfiriato, aunque el Estado empieza a intervenir tímidamente en diversos campos, la empresa privada nacional y sobre todo extranjera es el motor del incipiente desarrollo capitalista. A principios del presente siglo, sin embargo, cuando ya construidos los ferrocarriles por el capital extranjero éste empieza a dejar de interesarse en su control directo, el gobierno adquiere una proporción considerable del capital de aquéllos; nacionalización que por cierto se completa muchos años después —en 1937— en el gobierno de Lázaro Cárdenas.

La Ley Agraria del 6 de enero de 1915 anula las transacciones de tierras hechas en perjuicio de los pueblos a partir de la ley de desamortización de 1856 y prevé la expropiación para regularizar la condición legal de los predios. Pero es el artículo 27 de la Constitución el que establece en definitiva las bases del nuevo régimen agrario, disponiendo que para

⁹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 7, enero-febrero de 1976, pp. 5-23.

¹⁰ Véase *Leyes de reforma*, en la colección *El liberalismo mexicano en pensamiento y acción*, México, 1955, p. 101.

llevar a cabo las dotaciones y restituciones se recurriría a la expropiación por causa de utilidad pública, *mediante* indemnización, a los propietarios afectados. El mismo precepto constitucional reivindica a favor de la nación la propiedad originaria de tierras y aguas y el dominio directo del subsuelo y los hidrocarburos [...]. Por lo que atañe a la minería, que tradicionalmente ha estado en poder de extranjeros, en 1961 se expide la ley de <mexicanización> [...].

Las disposiciones constitucionales en materia de petróleo concitan la inmediata hostilidad del capital extranjero. La expedición de la Ley Reglamentaria del artículo 27, en diciembre de 1925, agrava las relaciones entre el gobierno mexicano y las empresas anglosajonas, y dos años después, por la presión imperialista y la hábil negociación del embajador Morrow, el gobierno acepta la irretroactividad del nuevo régimen legal y

[...] la no limitación a cincuenta años de las concesiones confirmatorias, la seguridad de que serían entregadas también en las <zonas prohibidas>, una definición conveniente de <acto positivo>, la no obligatoriedad de la <Cláusula Calvo> y el esclarecimiento sobre la validez de los títulos de propiedad anteriores a 1917 [...].¹¹

Y en 1958, en respuesta a los cambios que ha sufrido la estructura de la industria petrolera, se [reserva] al dominio de la nación la petroquímica básica, quedando la secundaria como una rama susceptible de explotarse por el capital privado nacional y extranjero. En 1960 se nacionaliza, a partir de la compra a dos grandes empresas extranjeras, la generación de energía eléctrica de servicio público, y desde 1963 el gobierno federal adquiere el control del servicio telefónico.

[...] las nacionalizaciones en México, sobre todo la de la tierra durante la revolución y la del petróleo en el cardenismo, tienen un claro sentido nacionalista, antiextranjero y, en tratándose de la expropiación y nacionalización petroleras, antimperialista [...].

Como en otros países capitalistas, la intervención [del Estado] suele consistir en tomar empresas más o menos incosteables o que, pudiendo operar en mejores condiciones mantienen una política de precios muy

¹¹ Ricardo J. Zevada, *Calles. El presidente*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1971, p. 44. En 1938, en un acto que no sólo rescata una riqueza básica, sino la propia soberanía nacional, se expropiaron los bienes de las compañías petroleras extranjeras.

favorables para el capital privado [. . .]. Aquí tampoco son confiscatorias las nacionalizaciones, se pagan por ellas altas indemnizaciones o magníficos precios, según el caso [. . .].

La autonomía relativa del Estado, que sin duda está presente en México [. . .] no demuestra que el Estado sea un árbitro imparcial: confirma más bien su carácter de clase [. . .]. El Estado moviliza a través del presupuesto una parte sustancial del ingreso de la nación en beneficio de la burguesía; la apoya mediante exenciones fiscales, subsidios y créditos, la deja en libertad para que especule y dilapide la riqueza, y no es ella, sino los trabajadores manuales e intelectuales, quienes pagan el grueso de los impuestos, quienes sufren el desempleo y el subempleo y a quienes más afecta la inflación y la miseria y son ellos también —no los capitalistas— las víctimas de la represión y la violencia a los que el sistema recurre a menudo para [. . .] mantener la <paz> social.

Nacionalización y lucha revolucionaria

[. . .] La nacionalización y en particular la estatización burguesa no son [. . .] ninguna panacea. Suponer que el Estado puede resolver [. . .] problemas en que se expresan contradicciones profundas y aun insalvables implica pensar que el principal obstáculo al desarrollo y al empleo racional de los recursos consiste en ciertas formas jurídicas de propiedad y no en las relaciones de producción y explotación capitalistas, incluida la propiedad estatal [. . .].

[Ésta . . .] no entraña, hemos dicho, un cambio de fondo en el capitalismo; pero comparada con la propiedad privada tradicional supone un avance que sería un error menospreciar. La lucha por la nacionalización, por consiguiente, es una demanda democrática que si bien por sí sola no lleva al poder ni menos al socialismo, es parte importante de ambos [. . .].

Desafortunadamente no existe la posibilidad de librar al pueblo de la explotación, de una plumada. Para lograrlo es menester una lucha larga y difícil. Y para que ésta cobre fuerza es preciso que los trabajadores tengan conciencia de que su lucha diaria por vivir mejor y la lucha por el socialismo son una y la misma causa. Si rehuimos hoy trabajar por ciertas reformas que mejoren las condiciones del pueblo, rehuiremos también la posibilidad de avanzar en la lucha por el poder y, por ende, hacia el socialismo. Las masas no entregan lo mejor de su energía ante me-

tas abstractas y lejanas. Lo hacen tras reivindicaciones concretas y casi siempre inmediatas. Un programa de nacionalizaciones antimonopolistas y por la democratización de las empresas estatales puede, sin duda, incorporar a los más valiosos contingentes obreros y a sus mejores posibles aliados, avivar la lucha ideológica y política y acortar el camino al socialismo [...].

CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO, SUBDESARROLLO Y CRISIS¹²

Los graves problemas que aquejan a la economía y a la sociedad mexicana no son sencillos ni meramente epidérmicos; son problemas de fondo, propiamente estructurales, que obligan a llevar el análisis a planos y perspectivas que desbordan los enfoques estáticos y convencionales de la micro y la macroeconomía burguesas, que habitualmente ignoran las condiciones reales y sobre todo las contradicciones que determinan el proceso social y que nunca comprenden que "la verdadera ciencia de la economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción".¹³

[...] en la realidad social nada es uniforme ni armónico. Si algo hay típico del capitalismo, y en particular del capitalismo del subdesarrollo, son sus profundas deformaciones estructurales y su gran desigualdad, lo que quiere decir que no hay una forma unitaria y dada de conexión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sino diversos niveles en unas y otras y diferentes formas de articulación.

No pretendemos examinar aquí los rasgos fundamentales de la formación social mexicana.¹⁴ Mas para comprender mejor el alcance de las (principales) contradicciones acaso convenga recordar al menos que [...]

- para examinar los problemas fundamentales de nuestro país y las contradicciones que los determinan no basta conocer las leyes que,

¹² Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 10, julio-agosto de 1976.

¹³ C. Marx, *El capital*, tomo III, vol. I, p. 405.

¹⁴ Ello lo hemos intentado en otros trabajos como *Dialéctica de la economía mexicana, México: riqueza y miseria* (con Fernando Carmona), *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (con Jorge Carrión), publicados por la Editorial Nuestro Tiempo, así como en varios artículos publicados en los números 2, 4, 6, 7, 8, y 9 de *Estrategia*.

en general, son propias del capitalismo. Del concepto abstracto de modo de producción hay que pasar al de formación socioeconómica [. . .]. De ahí la necesidad de determinar, con la mayor precisión posible, la fase que se recorre de un proceso y la contradicción principal que lo condiciona.¹⁵

[. . .]

Considerada la fuerza de trabajo en su conjunto se advierten muy desiguales niveles de productividad y, en general, de crecimiento de las fuerzas productivas. Mientras que la participación de la industria y sobre todo del comercio y los servicios en el producto interno bruto (PIB) entre 1960 y 1975 ha aumentado aproximadamente del 36% al 55%, la de la agricultura se ha reducido al 5.5% y la de las actividades primarias, en su conjunto, al 10.4% [. . .].

Los niveles más altos y los mayores incrementos de productividad corresponden a la industria y dentro de ella principalmente a la de energéticos, metalmecánica, química, petroquímica y de maquinaria y equipo, que en general son más modernas y eficientes [. . .].

La actividad productiva que absorbe inversiones más cuantiosas es la industria: manufacturas, energéticos y construcción. La producción manufacturera y el peso del capital empleado en las principales ramas deja ver, sin embargo, la todavía muy frágil estructura industrial del país. La importancia relativa de la industria ligera es aún muy grande respecto a la de bienes de capital [. . .].

Medios y objetos de la producción

El nivel de las fuerzas productivas, incluida la tierra laborable, exhibe grandes desigualdades [. . .].

- De los casi 200 millones de hectáreas que forman el territorio nacional, sólo menos de 100 son aprovechables para fines agropecuarios. De éstas, las susceptibles de riego se estiman en 10 millones; las planas, de buen temporal, en 22 y en 11 las de montaña; hay otros 22 millones de pastizales, 32 de bosques y 22 de selvas. Actualmente se

¹⁵ "Cada etapa del desarrollo de la sociedad tiene como principal una contradicción que determina la esencia de dicha etapa." Mao Tse-tung, "Sobre la contradicción", en *Estudios filosóficos*, Pekín, Lenguas Extranjeras, 1958.

riegan 4.8 millones de hectáreas de un total de 15 millones en cultivo, disponiéndose de una capacidad de almacenamiento de 42 000 millones de metros cúbicos de agua. La agricultura de riego aporta más del 50% de la producción, localizándose principalmente en el noroeste, el norte y varias entidades del centro [...].

- El crecimiento del área en cultivo y de la producción agropecuaria ha sido muy lento en años recientes, reapareciendo un déficit de alimentos que se creía superado.
- La calidad de la tierra, los suelos y las instalaciones fijas varían grandemente de unas regiones y sobre todo de unas explotaciones a otras [...].

En la minería ocurre algo análogo [...].

- El desarrollo de la industria petrolera y eléctrica se expresa en grandes y modernas instalaciones así como en formas más completas y eficientes de organización, la expansión de la petroquímica básica, la reciente unificación nacional de frecuencias en la industria eléctrica y la construcción de la primera planta nucleoelectrónica, en Veracruz.

Petróleos Mexicanos cuenta con un activo superior a 55 000 millones de pesos y emplea a 81 000 trabajadores [...].

La capacidad de generación de energía eléctrica es de 10.8 millones de kilovatios, en su mayor parte de la Comisión Federal de Electricidad (CFE), empresa estatal cuyos activos exceden de 65 000 millones de pesos [...].

- [...] Con una inversión acumulada de más de 25 000 millones de pesos, México produce 5.2 millones de toneladas de acero y tiene en proceso ampliaciones considerables [...]. Está también aumentando la capacidad en la industria automotriz —en gran parte extranjera—, así como en la industria auxiliar —de partes y refacciones—, en la que varias grandes empresas privadas y estatales¹⁶ producirán transmisiones automáticas, diversas partes y componentes mecánicos, motores diesel, pistones y sus repuestos, ejes y frenos y forja de precisión.

¹⁶ Auto Manufacturera (filial de Budd, Co.), Ensamblajes Automotrices y Motores Perkins —asociados a Rockwell Nacional—, Forjamex y otros negocios ligados al Consorcio de Ciudad Sahagún y a Nacional Financiera.

- Ha aumentado apreciablemente la fabricación de tractores e implementos agrícolas, en su totalidad procedentes de cuatro grandes firmas, tres extranjeras y una mixta: Massey-Ferguson, John Deere, International Harvester y Sidera/Ford. En 1973-75 se fabricaron 24 500 tractores [. . .].
- Al cierre de 1975, la inversión acumulada en la industria petroquímica se hacía llegar a 15 000 millones de pesos, de los que unos 9 000 correspondían a la empresa privada y el resto a Pemex [. . .].
- La influencia del capital extranjero en la industria química es decisiva: a precios corrientes, la producción se estima en más de 38 700 millones de pesos, a los que se añaden cuantiosas importaciones [. . .].
- En la quimicofarmacéutica —más de 600 empresas, con un capital de 1 300 millones de pesos, 6 900 millones de ventas en 1975 y 42 000 obreros y empleados—, ha aumentado la producción de antibióticos, hormonas, vitaminas y varias materias primas.
- La industria del papel incrementa sobre todo la producción de celulosa y pasta de diverso origen (madera, bagazo de caña, pasta mecánica y paja de trigo) y en menor escala de papel y cartón [. . .].
- La industria textil de algodón crece lentamente y la de lana ha declinado. En cambio, la de fibras sintéticas se ha expandido con rapidez, sobre todo en la producción de fibra acrílica, poliéster y nylon [. . .].
- En las otras ramas de la industria ligera de bienes de consumo tiene importancia la cigarrera, que en 1975 produjo cerca de 8 700 millones de pesos; la de jabones y detergentes, que en dicho año sobrepasó los 6 000 millones de pesos; la de cerveza, que produce cerca de 2 000 millones de litros y emplea a 10 000 personas; la de refrescos embotellados, cuya producción se estima en 13 300 millones de litros y cuyas ventas se aproximan a 5 300 millones de pesos en 1975 [. . .].
- En la industria de materiales de construcción, cuyo capital conjunto se estima en 40 000 millones de pesos, la producción de 1975 fue de cerca de 19 300 millones, de los que 11 900 millones corresponden a cemento, con una producción de 11.6 millones de toneladas.
- En 1975, la red de caminos llegó a 175 000 kilómetros, de los que cerca de 82 000 correspondían a carreteras pavimentadas. Actualmente el país dispone de 2.5 millones de vehículos de motor, que incluyen poco más de 700 000 camiones de carga y 40 000 de pasajeros [. . .].

- Ferrocarriles Nacionales opera 1 804 locomotoras diesel y eléctricas, 24 800 vagones de carga y poco más de 1 500 para pasajeros y correo [. .].
- Han mejorado las instalaciones portuarias y aumentado la capacidad de construcción de embarcaciones de diversas clases, aunque la capacidad de la flota mercante (excluyendo la de Pemex) apenas alcanza 600 000 toneladas [. .].

Para comprender la significación de los cambios señalados y la medida en que expresan contradicciones que a su vez determinan graves problemas socioeconómicos, es indispensable examinar las relaciones de producción.

*Las relaciones de producción*¹⁷

[. .] El carácter dominante (de capital monopolista) significa que es el que condiciona el proceso de acumulación, el crecimiento de las fuerzas productivas y, en tal virtud, las principales contradicciones del capitalismo mexicano.

Capital monopolista nacional

Como se sabe, se divide en estatal y privado. El primero, apoyado en una creciente inversión federal que en 1975 representó “56% de la inversión total y 10.9% del PIB”, y que en 1976 proyectaba alcanzar 46 000 millones de pesos solamente en la industria, controla, a través de un pequeño número de grandes empresas que económica, técnica y a veces incluso legalmente son monopolios u oligopolios [. .].

El capital monopolista privado [. .] ocupa un sitio prominente en las actividades agropecuarias, la industria del acero, papel, petroquímica secundaria, alimentaria, textil y, acaso sobre todo en el comercio y los servicios, entre los que sobresalen la banca y los seguros [. .].

¹⁷ La base del modo de producción está determinada esencialmente por las relaciones económicas, aunque la influencia de las no económicas suele ser muy importante, y tanto aquéllas como el conjunto de las relaciones sociales de producción, y desde luego de distribución, descansan fundamentalmente en el régimen real de apropiación y en la propiedad de los medios de producción. Véase al respecto C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*; L. Althusser y E. Balibar, *Para leer “El capital”*; Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*; M. H. Dowidar, *L'économie politique, une science sociale*; G. Glezerman, *The Laws of Social Development*, y O. Lange, *Political Economy*.

Capital monopolista extranjero

Fundamentalmente está representado por grandes consorcios trasnacionales que disponen de vastos recursos financieros así como del control tecnológico y comercial. Su participación se estima en 10% del capital privado total, pero su influencia es seguramente mucho mayor. De mil y pico de empresas extranjeras, acaso no sean más de 250 las que realizan operaciones de especial importancia en por lo menos 12 grandes ramas: minería, cemento, petroquímica secundaria, química básica, farmacéutica, alimenticia, fibras sintéticas, papel, maquinaria y equipos industriales y agrícolas, automotriz, comercio y servicios no financieros [...].

El capital no monopolista

No existe un lindero preciso que permita establecer en dónde empiezan y terminan las empresas pequeñas y medianas. Los censos y otras fuentes, sin embargo, aportan datos que demuestran que la mayor parte de los establecimientos son, en nuestro país, de ese tipo [...].

¿Qué es lo característico de las relaciones de producción y de su entrelazamiento con las fuerzas productivas en esas empresas? Prácticamente en su totalidad son capitalistas, es decir, producen en serie y para el mercado, a partir de la explotación de trabajo asalariado [...].

Otras características de las empresas medianas y sobre todo de las pequeñas son las siguientes: su organización administrativa y su equipo e instalaciones son poco eficientes; su tecnología es inadecuada; sus sistemas de control, incluyendo los de calidad de su producción son pobres; carecen de información y de conocimiento preciso del mercado; evaden con frecuencia el cumplimiento de obligaciones laborales y fiscales; venden a través de intermediarios y no en forma directa; trabajan con altos costos y tienen escasa capacidad competitiva frente a las grandes empresas; carecen de capital de trabajo propio y dependen para su financiamiento externo de la banca privada y en menor medida de proveedores y no disponen ni de personal suficientemente calificado ni de facilidades satisfactorias para adiestrarlo.¹⁸

¹⁸ Véase "Informe del VII Congreso Nacional de Industriales", México, Concamin, 1976, pp. 194 y 218.

Impacto sobre la fuerza de trabajo

El nivel [de las fuerzas productivas], o sea la cantidad y calidad de la fuerza de trabajo, el volumen y la composición de la producción industrial y global, el acervo de medios de producción y la capacidad de hacerlos crecer siguen siendo característicos de un país subdesarrollado [...]. El bajo nivel de las fuerzas productivas es en parte herencia de un largo pasado precapitalista y colonial. Pero el hecho decisivo determinante del subdesarrollo y de los más graves desajustes de nuestra sociedad es, sobre todo en el último siglo, el capitalismo. Éste, y en nuestros días el capitalismo monopolista, es la causa principal de que las relaciones de producción y las fuerzas productivas tengan los caracteres que tienen [...].

El capital reclama una abundante afluencia de mano de obra barata con creciente movilidad, lo que consigue a través de la llamada <explosión demográfica>, la expansión del mercado, sobre todo de trabajo, y un alto y crónico desempleo [...].

Si algo dilapida y trata irracional y aun criminalmente, en particular el capitalismo del subdesarrollo, es a los trabajadores. No sólo los explota y a la vez subutiliza, sino que los degrada; los somete a una rutina monótona, alienante y a menudo embrutecedora [...].¹⁹

Estructura económica y superestructura ideológica

[...] la ideología es necesaria para que ese orden sea aceptado y aun visto por el pueblo como un instrumento a su servicio [...].

La ideología [...] es una compleja estructura, toda una instancia objetiva en la que toman cuerpo viejos usos y costumbres, hábitos de trabajo y formas de comportamiento y de conciencia social [...].

En México, la ideología de la clase dominante no se limita a los *clisés* convencionales. Al lado de aquellos que, desde luego, se utilizan y repiten todos los días sobre la libertad, la propiedad privada, la democracia, la justicia, el trabajo, la ganancia razonable, la armonía de clases, la neutralidad del Estado y del derecho, la identidad Estado-nación y las más burdas tergiversaciones del socialismo y el comunismo, en el

¹⁹ Véase al respecto el interesante ensayo de Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1975.

último medio siglo se ha forjado lo que podría denominarse la <ideología de la Revolución mexicana> [...].

Toda esa ideología es, fundamentalmente, burguesa. Pero uno de sus rasgos más característicos consiste en que muchas de sus formulaciones son a la vez típicamente pequeñoburguesas y aun no excluyen aspiraciones y exigencias populares, lo que sin duda legitima y aun refuerza, en amplios sectores de la población, la política del Estado y de la clase en el poder [...].

CAPITALISMO MONOPOLISTA Y CRISIS²⁰

[...] los hechos suelen ser tercios y, por mucho que se intente ignorarlos, [...] acaban a la postre por imponerse. Y el hecho insoslayable es que no importa cuánto se empeñen la burguesía y sus ideólogos en negarlo, México es un país capitalista [...].

Especificidad del capitalismo mexicano

[...]

- Aunque el predominio de las relaciones capitalistas —y aun concretamente monopolistas— no entraña en México un freno tal al desarrollo de las fuerzas productivas que lleve al estancamiento, la experiencia del último sexenio demuestra, incluso dramáticamente, que la contradicción fundamental del capitalismo [...] se ha agudizado, que el crecimiento económico ha sido lento e inestable, que la irracionalidad del sistema se ha extremado, que el capital privado nacional y extranjero carece del impulso que tuvo en otros países y otros tiempos y que, aun para sostener el modesto crecimiento [...] de alrededor de 2% anual del ingreso bruto por habitante, la clase en el poder ha echado mano de una severa inflación, desempleo masivo, múltiples desequilibrios internos, un endeudamiento sin precedentes, una fuerte devaluación monetaria, la explotación cada vez mayor de los trabajadores, el empleo de medios represivos y, pese al antimperialismo verbal y puramente retórico de ciertos funcionarios, un saldo

²⁰ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 12, noviembre-diciembre de 1976, pp. 2-6.

real de dependencia, sobre todo económica, mayor que en cualquier otro sexenio [. . .].

- El que el Estado, en contacto estrecho con los monopolios privados pase a ser un factor decisivo en el proceso de acumulación y por ende en la reproducción de las relaciones capitalistas [. . .] da al desarrollo económico, a la estructura social y la lucha de clases caracteres especiales [. . .] e influye para que la lucha obrero-patronal se vuelva cada vez más una lucha política; y el que una parte significativa del capital monopolista sea extranjero refuerza la conciencia y la necesidad de la lucha antimperialista como elemento indisoluble de la causa de la liberación y el socialismo [. . .].

Anarquía del capitalismo mexicano

[. . .] no es cierto, como demagógicamente lo declaran a menudo los ideólogos burgueses, que nuestro país esté dejando de ser un país subdesarrollado y convirtiéndose en una pujante nación industrial que se acerca cada vez más a los países económicamente más avanzados. Lo cierto es más bien lo contrario. Pese a los cambios sufridos y a los avances registrados en los últimos años, la distancia que lo separa de las grandes naciones industriales es mayor que hace seis, doce o dieciocho años [. . .].

Mientras algunas industrias, sobre todo aquéllas controladas por el capital monopolista extranjero y por el Estado [. . .], crecen con cierta rapidez, otras principalmente de bienes de consumo, las actividades primarias y ciertos servicios, lo hacen con lentitud.

El contraste entre el campo y las ciudades —y aun las diferencias entre diversos tipos de explotación agropecuaria— es cada vez mayor y más dramático [. . .].

Las diferencias regionales no son menos llamativas [. . .]; las zonas industriales —principalmente las de la capital de la República, Monterrey y Guadalajara— se apartan cada vez más de las regiones agrícolas más atrasadas en Oaxaca, Guerrero, Tlaxcala, Hidalgo, San Luis, Zacatecas y otras entidades.

El capitalismo que México padece es especial, incurablemente anárquico e irracional. Lo es en el viejo y también en el nuevo desarrollismo, y ni la empresa privada ni el Estado pueden enderezarlo. La verdadera racionalidad, en consecuencia, consiste en no verlo como un inevitable

fenómeno de la naturaleza, sino como un obstáculo que es posible e indispensable superar.

CAPITAL MONOPOLISTA Y EMPRESAS ESTATALES²¹

[...]

La intervención del Estado en la economía suscita, como se sabe, vivas polémicas. Para los liberales a ultranza, que sin compadecerse de la realidad repiten sus viejas y anacrónicas consignas, mientras menos intervenga el Estado en la economía, mejor. [Según ellos...] el papel de éste es regular, auspiciar, cuando más coordinar y vigilar, no suplir a la empresa privada [...]. Para los empresarios más calculadores y oportunistas, el Estado debe o no intervenir en tanto su acción beneficie o perjudique al capital privado, y para sus defensores más entusiastas debe incluso tomar las riendas del proceso económico, por ser el único órgano capaz de defender eficazmente los intereses de la nación [...].

Significación de las empresas estatales

De acuerdo con cifras oficiales recientes²² los organismos y empresas de participación estatal son en México ya más de 800. Sus ingresos en 1976 se estiman en 210 000 millones de pesos, que con los ajustes pertinentes a fin de evitar duplicaciones, representan el 12.5% del producto interno bruto. Su aporte es del 100% en la producción de petróleo y en la petroquímica básica, 85% en la generación de electricidad, 77% en las comunicaciones y 35% en los transportes y la minería. Absorben cerca del 7.5% de la población económicamente activa —casi un millón de trabajadores y empleados— y concurren con 15% de los impuestos federales y una proporción sustancial de las importaciones. Sus compras, estimadas en 10 000 millones de pesos para 1976, nominalmente deben haberse elevado con motivo de la devaluación monetaria.

Por el monto de sus recursos, que a mediados del propio año de 1976 se calculaban en 480 000 millones, las áreas más importantes son: energía eléctrica, con 71 753 millones al cierre de 1975 y más de 125 000

²¹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 14, marzo-abril de 1977, pp. 32-49.

²² Véase *Temática económica, política y social*, México, julio-agosto de 1976, p. 63.

millones a la fecha; petróleo, con cerca de 66 250 (también en 1975); comunicaciones y transportes, cuyos activos alcanzan alrededor de 66 000; la industria de transformación, que absorbe poco menos de 37 000; el sistema de seguridad social que dispone de 35 500 y diversas actividades de fomento y regulación económica, cuyos recursos ascienden a más de 25 000 millones [. . .].

¿Por qué operan mal muchas empresas?

Frecuentemente se [. . .] señala [. . .] que el Estado es un mal administrador y que la causa fundamental es la corrupción y especialmente el que los altos funcionarios se enriquezcan a costa de las empresas que dirigen [. . .]. Es indudable que algo hay de todo ello y que sólo ingenua o cínicamente podría defenderse la honradez <acrisolada> de tantos directores de empresas que han hecho grandes fortunas. Sin negar que ha habido y hay administradores honrados, seguramente son pocos los <honrados, honrados>. Pero, además, hay otros factores que no debieran menospreciarse.

Algunas empresas arrastran, desde que nacen, ciertas deformaciones. Se trata propiamente de vicios de origen. Su creación misma es circunstancial y aun arbitraria [. . .].

En ocasiones el Estado se ha hecho cargo incluso de negocios que estaban en situación económica muy precaria, como ocurrió, por ejemplo, con el Consorcio Somex, en el que al sobrevenir la crisis que determinó la intervención del gobierno, operaciones por varios cientos de millones de pesos andaban —como ahora se diría— <flotando> no sobre garantías reales o valores fácilmente liquidables, sino sobre papeles y firmas personales de escasa negociabilidad y solvencia.

Una tercera y también frecuente causa de tropiezos es la ausencia de estudios rigurosos al crearse las empresas, lo que a menudo implica fallas de localización, sobreestimación de los recursos explotables y <cuentas alegres> respecto a costos, resultados y volúmenes de demanda a satisfacer [. . .].

Mala administración y corrupción

Lo anterior no significa que las vicisitudes de las empresas del Estado no obedezcan, directamente también, a la forma en que son administra-

das. En general su organización y funcionamiento adolecen de múltiples fallas [. . .].²³

Es grave que algunas empresas pierdan cada año millones de pesos. El que unas ganen y otras pierdan dinero no es, empero, lo esencial. Una empresa que opera con números rojos puede no ser ineficiente, así como una que reporta ganancias [. . .] no cumplir con su misión [. . .].

Función y razón de ser de las empresas estatales

Aun en el capitalismo premonopolista, el Estado interviene de un modo u otro en la economía [. . .]. Después de la revolución, al amparo de [. . .] un capitalismo de Estado, éste interviene en el proceso económico-social. Su radio de acción se amplía grandemente en los años treinta y durante la Segunda Guerra Mundial y de entonces a la fecha, primero con motivo del impulso a la industrialización y ya en los años setenta al calor de la crisis económica, el Estado se convierte en factor de primer orden en el proceso de acumulación y desarrollo.

El que algunas empresas operen con pérdidas y contribuyan en una u otra forma a desvalorizar parte del capital disponible, y en general, sobre todo, el que sus tasas de ganancia sean inferiores a la media en el sistema, ayuda sin duda a elevar los rendimientos de la empresa privada y, por consiguiente, a valorizar el capital [. . .].

Y no son solamente los bajos precios de ciertos bienes y servicios el medio al través del cual se logra lo anterior [. . .]. El que, como ocurrió en años recientes, el Estado participe con cerca de la mitad de la inversión total y sólo obtenga el 20% del producto interno bruto [. . .] es ya revelador del papel que desempeña en el proceso de acumulación y, por tanto, de reproducción de las relaciones capitalistas [. . .].

Las empresas estatales no son [. . .], estrictamente hablando, empresas <públicas> no capitalistas [. . .].

²³ En un reciente e interesante libro, Víctor Manuel Villaseñor, durante muchos años director general de las empresas que hoy integran el Consorcio de Ciudad Sahagún, señala que una de las formas más socorridas para el cobro de comisiones por lo que compran es la creación de empresas de membrete que actúan como intermediarios, con el solo fin de abultar las facturas y obtener así ganancias ilegales. Y es bien sabido —dice al respecto— que, lentamente, en materia de adquisiciones por parte de entidades gubernamentales, los beneficios ilícitos que frecuentemente se derivan de las compras constituyen un elemento decisivo en cuanto a toma de decisiones. *Memorias de un hombre de izquierda*, México, Editorial Grijalbo, 1976, tomo II, pp. 219 y 220.

Las relaciones del Estado y las empresas estatales con los monopolios [...] son relaciones complejas, cambiantes, que se desenvuelven de manera siempre contradictoria. Ni el Estado ni sus empresas son instrumentos pasivos, objetos inertes que el capital monopolista y la oligarquía financiera puedan utilizar a su antojo [...].

El hecho de que el Estado tome a su cargo ciertas empresas no altera [...] el carácter de las relaciones de producción. Más bien intenta ser la respuesta a las contradicciones que afectan el crecimiento y la socialización de las fuerzas productivas, ya que son éstas y no aquellas relaciones las que [...] se socializan. Cuando la empresa privada se vuelve un escollo al desarrollo del sistema, la propia oligarquía, el Estado o ambos, unas veces en conflicto y otras de común acuerdo, la sustituyen a fin de activar el proceso de acumulación [...].

Ni el Estado pretende en México perjudicar y menos desplazar de los buenos negocios a la empresa privada, ni ésta podría, a pesar de sus frecuentes y teatrales desplantes, hacerse realmente cargo de muchas de las actividades que demagógicamente reclama como propias de su dominio.

Los principios de la mecánica e incluso de la ciencia social burguesa no rigen el proceso de desarrollo histórico ni la suerte de la lucha política. El papel de las empresas estatales cambiará, en un sentido profundo, cuando lo haga el Estado del que forman parte [...].

SOBRE EL CAPITALISMO MEXICANO²⁴

[...]

Todos los fenómenos —como se sabe—, tanto en el campo de la naturaleza como de la sociedad, se desenvuelven al través de procesos que recorren diversas fases [...]; pues bien, para comprender sus contradicciones internas más profundas, o sea la dialéctica de su desarrollo, no basta saber cuáles son las leyes generales que rigen cada proceso. Las contradicciones del capitalismo [...] no son idénticas a lo largo de su vida. Cambian de una fase a otra, como cambian también las formas de operación de las leyes que las determinan [...].

²⁴ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 20, marzo-abril de 1978, pp. 1-29.

Saber que el capitalismo mexicano se inserta hoy en la fase del imperialismo es importante pero insuficiente. Lo fundamental es precisar la etapa en que actualmente se halla y a partir de ahí descubrir sus rasgos fundamentales al través de un "análisis concreto —y creador— de la realidad concreta [...]".

¿Acaso no basta con saber que el capitalismo mexicano es dependiente?

Conformarse con señalar que el nuestro es un capitalismo dependiente es renunciar a la necesidad de situarlo con rigor y precisión; es quedarse en una caracterización demasiado burda, ambigua y estática [...]. Ya Lenin, hace más de medio siglo, afirmaba que prácticamente todos los países capitalistas se habían vuelto dependientes [...].

La adecuada y profunda comprensión del fenómeno de la dependencia [...] es importante; pero aparte de no permitir por sí sola comprender a fondo el curso del capitalismo en cada país, oscurece además un hecho histórico fundamental: la desigualdad del desarrollo de aquellos que, años y aun siglos antes del advenimiento del imperialismo, fraguaron un capitalismo independiente que impulsó grandemente el desenvolvimiento económico y la de los países que, como el nuestro y los demás latinoamericanos, sólo conocieron un capitalismo deforme y cuya dependencia, siempre presente, en la fase imperialista se vuelve un rasgo orgánico propiamente *estructural*, del que —contra lo que creen los reformistas— sólo puede liberarlos una revolución que derroque del poder a la burguesía y sienta las bases del socialismo [...].

Si algo caracteriza al capitalismo y en particular al capitalismo del subdesarrollo en la fase imperialista es la desigualdad [...]. Capitalismo, y más concretamente capitalismo monopolista de Estado, no significa en consecuencia, en primer lugar, progreso generalizado y uniforme, armonía socioeconómica, estabilidad y menos todavía igualdad, o siquiera un alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Significa solamente que tras un largo y sinuoso proceso, el capital, también en nuestro país, ha sufrido una profunda transformación, primero al convertirse de capital no monopolista en capital monopolista y más tarde al volverse éste capital monopolista de Estado [...].

¿Qué relación hay [...] entre el capitalismo de Estado y el CME?

En el gobierno de Cárdenas en México, por ejemplo, la reforma agraria, los avances en la nacionalización de los ferrocarriles, el rescate de otros recursos y actividades, la creciente intervención del Estado en los

más diversos campos ante el bajo nivel de la inversión privada y la expropiación y nacionalización de la industria petrolera —todo ello en el marco de una política democrática, nacionalista y antimperialista— aunque sin poner en peligro las relaciones de producción capitalistas, refuerza la acción del Estado [...].

[...] ciertos sectores de la izquierda y sobre todo el lombardismo, rompiendo con la teoría marxista del Estado, hicieron suya la <ideología de la Revolución> —que por lo demás siempre fue una ideología burguesa apoyada y enriquecida con ciertos elementos pequeñoburgueses— y cayeron en la ilusión engañosa y enajenante de suponer que si bien la economía del país y en particular la empresa privada eran objeto del creciente control de parte de la burguesía nacional y extranjera, el Estado y concretamente el poder político, en cambio, quedaban en manos de una constelación de fuerzas populares aliadas a una burguesía “nacional” que desde un <capitalismo de Estado> nacionalista e independiente, unida a los sectores populares y apoyada sólidamente en ellos, se enfrentaría con éxito a la “reacción” y al imperialismo.

[...] y al amparo de la doctrina burguesa de la “unidad nacional” —que incluso llegó a hacer de Miguel Alemán el “cachorro de la Revolución” y “primer obrero de la patria”— se forjó la tesis reformista y falsa de que el capitalismo de Estado, un capitalismo de Estado envidiable y *sui generis* —democrático, nacionalista y antimperialista— haría posible la rápida industrialización y la independencia económica de México. Hoy es obvio que si algo quedaba desubicado e impreciso en tal esquema era el capital monopolista. A menudo se confinaba a éste a algunas empresas caprichosamente elegidas; a veces se le asociaba a tal o cual inversión aislada o se le veía solamente como expresión de un imperialismo externo, con el que, supuestamente, la burguesía nacional mantenía discrepancias irreconciliables. Y lo que nunca se aclaró es cómo y por qué el “capitalismo de Estado”, que tantas ilusiones llegó a despertar —y despierta todavía en ciertas capas pequeñoburguesas e incluso entre no pocos trabajadores—, lejos de convertirse —y acaso ser ya un capitalismo monopolista de Estado muy distinto del que apologeticamente se defendía— debía consolidarse, perfilarse cada vez mejor, y aun depurarse sin necesidad de tomar el poder, pues el Estado ya representaba los intereses populares y el ideario de la revolución [...].

Cualquier posición, por justa que sea, manejada incorrectamente puede llevar a situaciones inconvenientes [...]. Es posible que si en vez

de postular que el enemigo principal del pueblo mexicano no es hoy la oligarquía monopolista, dijéramos simplemente que es la burguesía, los empresarios, el Estado, el PRI, los intermediarios, los latifundistas, los especuladores, los inversionistas extranjeros, los líderes *charros*, etcétera, muchos trabajadores comprenderían efectivamente mejor nuestra posición. Acaso ésta sería una manera más fácil y clara de decir las cosas; pero si algo es peligroso en la lucha política es tomar los caminos más fáciles, sin reparar a menudo en que pese a sus aparentes ventajas, son también los que tarde o temprano conducen a la dispersión, la confusión, el debilitamiento e incluso el fracaso.

Mientras la oligarquía sea sin embargo algo abstracto y los millones de mexicanos que en el campo y las ciudades sufren principalmente por su causa no logren entender lo que es, ni descubrir las formas concretas, directas e indirectas en que aquélla los explota; mientras no la identifiquen claramente [...] será muy difícil llevar la lucha más allá de ciertos planteos estrechos, fragmentarios y circunstanciales y muy difícil también escapar al espontaneísmo y al reformismo.

La correcta definición del principal enemigo es, por todo ello, esencial, y lejos de traducirse en un debilitamiento de la lucha antimperialista debiera, concretamente en nuestro país, contribuir grandemente a reforzarla.

Pero siendo indispensable ubicar al principal enemigo, tampoco ello basta para elegir los medios de lucha que, según las condiciones objetivas y subjetivas prevalecientes —y siempre cambiantes— sean los más adecuados [...].

LA BURGUESÍA Y LA OLIGARQUÍA²⁵

[...]

Oligarquía y gran burguesía no son sinónimos. Conservadoramente, ésta comprende quizás entre 200 000 y 240 000 personas. Aun si sólo incluyera 150 000 a 180 000, se trataría de una fracción mucho mayor que la que compone a la oligarquía, formada por quienes controlan el capital financiero y las demás empresas monopolistas, que acaso no represen-

²⁵ Fragmento del artículo "El capital monopolista y la oligarquía", en *Estrategia*, México, núm. 22, julio-agosto de 1978, pp. 8-39.

ten hoy en México más de 600 familias. Y vista en términos de grupos de poder económico, o sea de la forma de organización que más emplea el capital monopolista, la oligarquía está constituida por no más de 90 a 100 consorcios multimillonarios, entre los que probablemente destacan los siguientes:

GRANDES GRUPOS FINANCIEROS PRIVADOS

<i>Grupo</i>	<i>Accionistas más conocidos</i>	<i>Principal campo de operación</i>
Bancomer	Espinosa Yglesias, Cossío, sucesores de W. Jenkins	Banca y finanzas, comercio e industria
Banamex	Legorreta	Banca y finanzas, industria y comercio
VISA-Serfín*	Garza Lagüera, Cortina Portilla	Banca y finanzas, industria
Comermex	Vallina	Banca y finanzas, industria
BCH	Souraski	Banca y finanzas, industria
CREMI	Bailleres	Banca y finanzas, industria y comercio
Banca Confía	Aarón Sáenz	Banca y finanzas, industria
Banpaís**	Adrián Sada	Banca y finanzas, industria
Atlántico	Abedrop, Quintana	Banca y finanzas, industria

* La *holding* del grupo es Valores Industriales, S.A.

** La empresa tenedora (*holding*) de todas las acciones del grupo es Fomento de Industria y Comercio, S.A.

Por lo que hace a otros grupos privados en la industria, el comercio y los servicios no financieros —aunque varios de ellos forman parte de grupos financieros—, entre los más poderosos cabría recordar a los siguientes:

<i>Grupo</i>	<i>Accionistas más conocidos</i>	<i>Principal campo de operación</i>
ALFA	Garza Sada	Acero, química, televisores, bienes raíces, empaques, minería
VISA (Serfín)	Garza Lagüera	Cerveza, malta, empaques, bodegas
DESC, S.A.	Senderos, Ruiz Galindo	Química, petroquímica, muebles, comercio
CYDSA	Andrés M. Sada	Petroquímica y química
Minera México	Larrea	Minería, transportes aéreos
Vallina	Vallina	Celulosa y derivados, alimentos
ICA	Quintana	Cemento, construcciones y equipos mecánicos
Cervecería Modelo	Aramburuzavala, Díez, Fernández, Sánchez Navarro	Cerveza, empaques, comercio
Pagliai	Pagliai	Azufre, producción de acero, materiales de construcción, artes gráficas
Bailleres (Cremi)	Bailleres	Minería, cerveza, malta, química, comercio, bienes raíces
Vidriera (Banpaís)	Adrián Sada	Vidrio, almacenes, comercio
Bimbo	Servitje, Mata	Panificadora, comercio
Ballesteros	Ballesteros	Construcciones y transportes
Televisa	Azcárraga, O'Farril, Alemán	Radio y televisión
O'Farril	O'Farril	Prensa, comercio de automóviles



<i>Grupo</i>	<i>Accionistas más conocidos</i>	<i>Principal campo de operación</i>
Luis G. Aguilar	Luis G. Aguilar	Química, textil, comercio
Cementos Anáhuac	Serrano	Cemento, bienes raíces
Aurrerá	Arango (asoc. con capital extranjero)	Comercio
Gigante	Losada	Comercio
Comercial Mexicana	González Nova	Textiles, comercio
Liverpool	Michel, Bremond	Comercio
H. González	H. González	Transportes, acero, bienes raíces
Mabe	Sáenz, Berrondo	Línea blanca
Bufete Industrial	Pardo	Construcciones
Azcárraga	Gastón Azcárraga	Hoteles, comercio
Canadá	López Chávez	Calzado
Hermanos Vázquez	Vázquez Raña	Periódicos, comercio, auto
Loreto	Lenz	Papel
Saltillo	López del Bosque	Alimentos, textil, fundiciones
Cidosa	Del Valle	Textiles
Protexa	Lobo	Construcciones, bienes raíces
Galletera	Santos	Alimentos
Vergel		Vinos y licores
Imsa	Clariond	Productos metálicos, comercio
Brener	Brener	Alimentos
Herdez	Hernández Pons	Alimentos
S y R	Salinas y Rocha	Comercio
Cussi	Cussi (con capital extranjero)	Papel, aceites
La Corona	González	Aceites y grasas

<i>Grupo</i>	<i>Accionistas más conocidos</i>	<i>Principal campo de operación</i>
Zapata Mundet Lance "Dirección" Jess Dalton Mezquital del Oro Bachoco	Zapata Mundet Lance Gutiérrez Bours	Envases de hoja de lata Refrescos, comercio Alimentos Embotelladoras Avicultura, agricultura Avicultura, comercio, agricultura

¿Por qué pensamos que los anteriores y quizá 30 o 40 grupos más —en general de menor importancia— constituyen la espina dorsal del capital mexicano [. . .]? Porque en la etapa actual del capitalismo mexicano, el proceso de acumulación de capital y por tanto de explotación de la fuerza de trabajo depende en gran medida precisamente de esos grupos monopolistas (u oligopolistas). Ellos son dueños de los principales medios de producción, controlan los grandes bancos y manejan miles de millones de pesos; extraen y retienen buena parte de la plusvalía que generan los trabajadores y pesan grandemente en la acumulación de capital; determinan el volumen y la composición de lo que se produce, influyen en forma decisiva en el comercio interior y exterior, los precios, los salarios, los impuestos, el empleo, el desempleo, el desperdicio de los recursos, los desequilibrios comerciales y financieros [. . .]. En otras palabras: la oligarquía es el enemigo porque es la principal reproductora de las relaciones capitalistas de explotación, de la dependencia y el atraso que padecemos y, por tanto, el mayor obstáculo para una transformación social profunda que cambie las condiciones de vida de la mayoría de los mexicanos [. . .].

Junto a los consorcios financieros del Estado —que por sí solos manejan cerca de 600 mil millones de pesos— y a menudo formando parte o manteniendo con ellos íntimas relaciones, operan hoy en México centenares de otras empresas del Estado que también son parte del capital monopolista y, por consiguiente, del poder económico y político en que se apoya la oligarquía [. . .].

Las grandes empresas privadas mantienen además una relación muy cercana [...] con el capital monopolista internacional y sobre todo con las trasnacionales norteamericanas [...].

En resumen, la oligarquía mexicana no es un grupo nacional cerrado [...]. En los niveles más altos de concentración y centralización su forma dominante es el capital financiero, que hoy día opera en grandes grupos y en el que no sólo se funden o al menos vinculan estrechamente la banca, la industria y otras actividades, sino en un sentido más amplio el capital nacional privado y estatal, y el capital extranjero.

Son tan íntimas sus relaciones que es ya muy difícil imaginar a cada uno de ellos funcionando por separado. De los 17 más poderosos grupos financieros [...], 10 son privados y siete gubernamentales; pero los 17 en su conjunto constituyen la base del poder del capital financiero nacional, a la vez que un rasgo típico del capitalismo monopolista de Estado. Y su unidad es, sin embargo, contradictoria, pues si bien se complementan y apoyan mutuamente, al mismo tiempo —sobre todo los bancos privados— compiten abiertamente entre sí, aunque en el marco peculiar de la competencia monopolista.

La relación entre los grandes bancos y la industria y el comercio no es menos estrecha [...].

Origen y desarrollo del capitalismo mexicano

[...]

El no situar al capitalismo mexicano en el marco histórico del imperialismo fue y ha sido hasta ahora fuente de confusión, desacuerdos y vanas ilusiones, pues en vez de comprender la dinámica interna del capital y su proyección en escala mundial, capitalismo interno e imperialismo tendieron a ser vistos como dos fenómenos opuestos y aun excluyentes, o llevaron a menudo a la posición no menos errónea de ver en aquél sólo un reflejo pasivo y mecánico de éste, al que se concebía como algo fundamentalmente externo [...].

Capitalismo y Revolución mexicana

- El juego de contradicciones que determinan y caracterizan a la Revolución mexicana es mucho más complejo que el que correspon-

dería a una sociedad feudal o semifeudal. Tan sólo por lo que hace a las principales habría que recordar la que se da entre el capitalismo en desarrollo y las viejas relaciones precapitalistas en proceso de descomposición; entre las grandes masas campesinas y obreras, e incluso ciertas porciones de la pequeña burguesía y las capas medias urbanas y la vieja y nueva burguesía; entre una y otra de estas últimas, entre el campesinado y los terratenientes y entre las nuevas fuerzas surgidas o impulsadas por el capitalismo nacional en desarrollo y el capital extranjero, que precisamente en aquel momento se convierte en capital monopolista, con una clara proyección imperialista.

- El agravamiento de éstas y otras contradicciones —entre las que destacan ya las propiamente capitalistas— y la incapacidad del sistema para resolverlas pacíficamente a través de los mecanismos institucionales existentes, es lo que hace estallar y determina al menos el curso inicial de la revolución [. . .].
- En los años treinta se agravan las cosas [. . .]. Y aunque el gobierno del general Cárdenas promueve importantes reformas sociales y adopta medidas que, como la expropiación y nacionalización del petróleo dan un nuevo impulso al desarrollo capitalista, lo cierto es que ni la reforma agraria ni el rescate de ciertas riquezas ni el desenvolvimiento industrial que, gracias a las condiciones impuestas por la guerra empieza a cobrar vigor, bastan para abrir al país la perspectiva de una independencia económica real ni para lograr los cambios y cumplir la misión propia de una revolución democrático burguesa.

Imperialismo, crisis y lucha por la unidad

Siendo México un país sometido al capital monopolista extranjero prácticamente desde que el capitalismo se afirma como el modo de producción dominante, comprender el alcance del imperialismo es, desde cualquier punto de vista, fundamental [. . .].

A diferencia de lo que ocurre en los países donde más influye la socialdemocracia, en el seno del movimiento obrero y en las organizaciones de la izquierda mexicana hay cierta tradición antimperialista que sería un grave error menospreciar. Hay incluso avances recientes alentadores, que sin duda pueden contribuir a reforzar la causa de la unidad, pero

también hay discrepancias que sólo podrán superarse si se les precisa con claridad y se les encara resueltamente [. .].

El capital monopolista procedente de las grandes potencias se ha internacionalizado en tal medida que si bien sigue actuando desde cada una de ellas, lo hace, a la vez, desde los múltiples países extranjeros en que opera a través de una tupida red de sucursales, filiales y empresas mixtas. Pensar hoy, en consecuencia, en una lucha contra el imperialismo como si éste fuese algo externo y aun lejano, y no parte integrante y un pilar de nuestra propia economía, sería como saber quién es el enemigo pero no dónde está y, por tanto, cómo combatirlo.

Aún más. A partir del momento en que en un país como el nuestro el capital monopolista se vuelve también el dominante y empieza a transformarse en capital monopolista de Estado, surge una nueva relación concretamente con el imperialismo. Aunque el capital extranjero es el más fuerte, para afirmar su poder necesita contar con apoyo en México. Y quien se lo brinda en mayor medida es la oligarquía [. .]. En rigor se apoyan mutuamente como eslabones de una misma cadena, pero en el marco de una dependencia estructural que la oligarquía mexicana es históricamente incapaz de romper. Pensar que ésta sea independiente es no comprender que si algo hay aquí subordinado e incapaz de un desarrollo realmente autónomo es la oligarquía, que sin duda es parte integrante del capital monopolista y por ende del imperialismo. De ahí que enfrentarse a éste separándolo y aun aislándolo de los intereses locales que en cada país hacen posible y expresan su dominación, o a la inversa, creer que en éstos se agota el enemigo y no advertir su trabazón con el capital monopolista internacional, implica caer en desviaciones que sólo confunden a los trabajadores y a la postre comprometen el éxito de la lucha revolucionaria [. .].

Aún más difícil que la relación anterior es comprender la que existe entre el imperialismo y el Estado, concretamente el mexicano [. .] para definir con rigor el carácter de las relaciones entre el Estado y el capital monopolista en su conjunto, incluido por tanto el extranjero, es menester determinar la fase que recorre el capitalismo [. .]. Pues bien, [. .] el capital dominante es el monopolista, y por tanto ésta es la categoría que condiciona la relación Estado-capital monopolista y, por consiguiente Estado-oligarquía [. .].

La sola influencia del nacionalismo burgués divide a los trabajadores y vuelve difícil situar al imperialismo [. .].

EL CAPITAL MONOPOLISTA EXTRANJERO EN LA AGRICULTURA²⁶

A menudo se cree que el campo no es ya un objetivo de especial interés para el capital monopolista extranjero, mas lo cierto es que incluso no pocos consorcios trasnacionales operan en él y ejercen gran influencia. En un breve y rápido resumen destinado a que el lector comprenda el peso de dicho capital en nuestra agricultura, cabría recordar:

- aunque el grueso del financiamiento agrícola es nacional, subsisten dos formas importantes de crédito extranjero: el que obtienen los bancos oficiales de instituciones principalmente norteamericanas e internacionales, en el que por cierto descansa buena parte de su actividad, y el que reciben directamente los productores de algodón —hoy en menor escala que antes—, hortalizas, frutas y otros productos de exportación, de los compradores extranjeros. Una tercera forma, aunque secundaria, es la inversión directa de algunos extranjeros en la ganadería del norte, o que se asocian con agricultores mexicanos, sobre todo en cultivos de exportación: empacadoras y otros negocios. Y una más es el crédito bancario que ciertos grandes agricultores suelen recibir de bancos del sur de los Estados Unidos, en los que mantienen fuertes depósitos;
- un segundo campo de operación del capital extranjero es la industria alimentaria, que por su naturaleza está íntimamente ligada a la producción agrícola [...];
- [...] y finalmente, el manejo comercial, sobre todo a partir de la frontera norte, de casi todas las exportaciones agropecuarias —hortalizas, frutas, ganado y otros productos—, está bajo el control de firmas extranjeras vinculadas de múltiples maneras a los compradores y *brokers*. Incluso en el mercado interno, consorcios estatales como la Conasupo y desde luego numerosas empresas privadas mantienen estrecho contacto y apoyan y se apoyan en negociaciones extranjeras. Todo lo cual comprueba que nuestra agricultura está todavía muy lejos de ser genuinamente mexicana [...].

²⁶ Fragmento del artículo "Hacia un programa agrario revolucionario", publicado en *Estrategia*, México, núm. 23, septiembre-octubre de 1978, pp. 2-28.

Capitalismo y situación política en el campo

El desarrollo del capitalismo, la lucha de clases y la acción del Estado son los principales determinantes de los cambios en la estructura de la población rural y de las tendencias de descampesinización, recampesinización y campesinización [. . .]. Las pequeñas explotaciones campesinas carecen prácticamente de todo y quienes viven en ellas sufren crónicamente del desempleo y la miseria. En tal situación, la familia se disgrega, los hijos no tienen cabida en la parcela y no pocas veces todos buscan trabajo en las grandes haciendas, en las industrias agrícolas cercanas y aun en ciudades lejanas que acaban por convertir al campesino en trabajador asalariado.

El proceso de descampesinización no es casual, pero tampoco lineal ni absoluto. El capitalismo requiere mano de obra fácilmente explotable y la mejor manera de obtenerla es privar al campesino de la posibilidad de vivir como productor independiente y reducirlo a una condición que lo obligue a emigrar y vender su propia fuerza de trabajo.

Aun entonces sigue presente cierta recampesinización. El campesino pobre trabaja como asalariado en predios vecinos al suyo o en ciudades cercanas y a la vez conserva un pedazo de tierra propia que le da un pequeño excedente, y al que vuelve cuando no hay otras ocupaciones. De hecho es un semiproletario [. . .].

La campesinización, por su parte, se produce cuando se entregan tierras a hijos de campesinos o a personas de otro origen social, que hasta entonces carecían de parcela o trabajaban como peones y cuando se dota a aparceros que trabajan en el régimen de mediería o terciaría. Cuando ello ocurre, el beneficiario se convierte en campesino, aunque a menudo sigue, en parte, vendiendo su fuerza de trabajo. La descampesinización con desempleo y subempleo rural y sobre todo urbano es, sin duda, el fenómeno central [. . .].

Poner la organización económica [. . .] al servicio de los monopolios [. . .] y de los grandes intermediarios comerciales es el objetivo [. . .]. Porque a eso equivale "asociar" a modestos ejidatarios y verdaderos pequeños productores con grandes empresas capitalistas. Decir, como hace unos días lo hacía el dirigente de la CNC, que la asociación se hará entre "iguales", no entre <sardinas> y <tiburones>, es sustituir la realidad con frases hechas y creer que, ante excitativas meramente verbales, los tiburones actuarán como hermanos de la caridad.

¿Cuál podría ser hoy el contenido de un programa agrario revolucionario [. . .]? Las cuestiones centrales en tal programa serían la lucha por la tierra, por mejores condiciones de trabajo y de vida, por más altos niveles de organización y contra el capital monopolista [. . .].

La reforma agraria no pretende acabar de inmediato con la propiedad privada, sino más bien fortalecerla, que de hecho es lo que ocurre cuando en vez de unos cuantos son muchos los propietarios de la tierra [. . .]. El programa debiera promover la entrega de la tierra a los campesinos pobres y a ciertos trabajadores donde ésta responda a necesidades sociales y políticas y ofrezca ventajas económicas sobre los sistemas actuales de explotación, pero debiera también oponerse al reparto donde, desde formas de organización capitalistas más avanzadas que descansan en el trabajo asalariado, pudiera pasarse a empresas estatales (o cooperativas) operadas por trabajadores y técnicos calificados. Hacer hoy del reparto tradicional y de la pulverización de las explotaciones el objetivo central del programa agrario implicaría volver atrás, desaprovechar avances que son fruto de esfuerzos de muchos años y —contra el curso de la historia— aun querer convertir al trabajador que nunca tuvo ni aspira a la tierra, en campesino [. . .]. La lucha económica es importante sobre todo cuando no cae en una desviación economicista. Y para evitar ésta, lo más útil es volverla parte de la lucha política y no sólo tratar de entender lo que pasa, sino por qué las cosas son como son y qué hacer frente a ellas [. . .].

EL ESTADO Y LA BURGUESÍA²⁷

La izquierda y los sectores más conscientes del movimiento obrero mexicano han avanzado en los últimos años en el intento de conocer a fondo la realidad socioeconómica y política del país como condición para llevar adelante con éxito la lucha revolucionaria [. . .].

No obstante, entre las muchas cuestiones que quedan todavía por deslindar, acaso ninguna tenga la importancia del problema del Estado, pues si bien cada día se escribe más, [. . .] lo cierto es que prevalece la explicación burguesa según la cual el Estado es la expresión de los me-

²⁷ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 27, mayo-junio de 1979, pp. 20-61.

jores intereses nacionales y un mecanismo neutral de coordinación y regulación que fundamentalmente busca conciliar y armonizar los diversos intereses que se expresan en la comunidad [...].

El Estado es el <rector del desarrollo> [...] y ningún interés parcial de grupo o de clase puede prevalecer sobre el de la nación en su conjunto.²⁸

Y aun en las organizaciones obreras independientes y en la propia izquierda, aceptándose desde luego que el poder económico lo detenta la burguesía, se advierten significativas diferencias en cuanto a quién y, en su caso, cómo ejerce el poder político. Una opinión muy socorrida desde hace años afirma que este poder lo ejerce una <clase dirigente> no burguesa y que por tanto no es la que dispone del poder económico. Otra opinión, más matizada y menos esquemática, admitiendo que el Estado y por tanto *el poder del Estado* son burgueses, considera que la <hegemonía política> no corresponde a la burguesía porque ésta no participa directamente en la dirección del aparato estatal, el que más bien está en manos de una <burocracia política>, a la que otros designan como una <elite burocrática>, <clase política>, <tecnocracia> o, cuando más, una burguesía <estatal>, <nacional>, <burocrática>, a la que es más lo que la distingue que lo que pudiera identificarla con el resto de la clase dominante [...].

¿Cómo explicar que, tras un siglo de desarrollo capitalista, la burguesía mexicana no ejerza el poder ni participe en la dirección y el control del aparato estatal? Según algunos, porque su dispersión le ha impedido contar con la fuerza y la cohesión suficientes para desplazar de la dirección del gobierno a la <burocracia> y sustituirla por sus representantes directos. Según otros porque la alianza de la <burocracia política> con las clases populares lo ha impedido eficazmente hasta ahora.²⁹

[...] Sería imposible discutir aquí todas estas cuestiones [...]. Pero nuestro propósito es menos ambicioso: pretendemos solamente examinar la relación del Estado con la burguesía y especialmente con la oligarquía [...]. Sabemos que este examen es parcial, pero creemos que el

²⁸ Secretario Técnico del Consejo Consultivo del PRI (IEPES), *Proyecto de país al que aspiramos. Ideario programático, 1976-1982* (mimeo), pp. 158 a 160.

²⁹ "La estructura del Estado mexicano, su creciente participación en la economía, las funciones que cumple la burocracia política como representante del interés nacional y, sobre todo, la falta de una base social amplia por parte de estas fracciones de la burguesía, impiden que ellas logren la hegemonía política," Mario Huacuja R. y José Woldenberg, *Estado y lucha política en el México actual*, México, El Caballito, 1976, p. 211.

abordar esta cuestión [. . .] es indispensable para que los trabajadores comprendan mejor la naturaleza y el carácter del Estado, pues el no haberlo hecho hasta ahora ha sido una de las causas de muchos de sus tropiezos y derrotas [. . .].

¿Burgueses de carne y hueso, o meros burócratas?

¿Es cierto que la burguesía no está presente en los principales puestos de mando del gobierno y en general del aparato del Estado? [. . .] conviene señalar que el problema de quién dirige el aparato estatal es ya una cuestión política muy importante [. . .]. Conviene además advertir que nuestra opinión, susceptible desde luego de enriquecerse y fundarse mejor, descansa primordialmente en el examen inicial de las carreras de cerca de 800 altos funcionarios del Estado, correspondientes sobre todo a los últimos 30 años. De ellos, 89 se ubican en el área financiera, 92 en otras actividades económicas, 47 en servicios sociales y 561 en la esfera propiamente política. Pues bien, ¿qué se desprende de tal examen?

Funcionarios en el área financiera

Todos, sin excepción, pueden considerarse personas con un alto nivel de vida y de ingreso y una muy grande proporción de los mismos —quizá más del 90%—, se ubica a nuestro juicio en el seno de la burguesía. Aquí debemos abrir un breve paréntesis para evitar confusiones [. . .]. Sabemos que especialmente en la política mexicana, lo burgués es algo desagradable y feo. A nadie en la <familia revolucionaria> y menos a un político profesional le gusta que se le tenga por burgués [. . .]. Mas si hemos de ser objetivos, tenemos que emplear el término aunque, entiéndase bien, con un carácter sustantivo y no adjetivo y menos aún peyorativo.

El que esto escribe es consciente de que no es fácil demostrar lo anterior. El funcionario mexicano tiende a menudo a ocultar su capital y la siempre insuficiente información al alcance del público es reflejo de una pobre vida democrática. En otros países se sabe en general lo que tiene un funcionario al tomar y al dejar un alto puesto; se sabe cuáles son sus principales inversiones y a qué empresas está asociado. En México, en cambio, el dinero suele depositarse en el extranjero, mante-

nerse en fondos fiduciarios confidenciales y manejarse a través de terceros y sin que aparezca el nombre del dueño.

- No obstante, si decimos que los funcionarios del área financiera son fundamentalmente burgueses es porque, directa o indirectamente, participan en la absorción y retención de la plusvalía generada por los trabajadores productivos [. . .].³⁰
- Muchos funcionarios [. . .] son propietarios de predios agrícolas o de fincas ganaderas y sobre todo de casas, condominios y terrenos urbanos que les producen rentas o incrementan rápidamente su capital. Muchos son inversionistas en valores de renta fija, que sin mayor riesgo a menudo les reportan, por concepto de intereses, más que lo que obtienen de sus sueldos. Y otros son accionistas de empresas de diversa naturaleza o participan de un modo u otro en negocios de familiares o amigos [. . .].³¹
- Al parecer, una proporción considerable de los funcionarios financieros no cuenta con negocios propios de importancia. Está compuesta más bien de inversionistas y rentistas, entre quienes posiblemente hay personas que tienen cuentas bancarias y propiedades u otros intereses en el extranjero. En 47 casos de advierten estrechas relaciones con la empresa privada y en 29 con el capital propiamente monopolista. De éstos, 17 tienen una íntima relación con la banca privada y unos 12 con el capital extranjero. En cambio, alrededor de 20 tienen sus principales vínculos con el Estado [. . .].

Además de los 89 funcionarios considerados, conservadoramente podría pensarse en unos 300 de menor rango —subsecretarios, oficiales mayores, directores generales, subdirectores y gerentes de bancos del gobierno, algunos jefes de oficinas y agencias federales, etcétera—, con

³⁰ Supongamos que un alto funcionario gane 60 000 pesos al mes. Pues bien, si el valor de su fuerza de trabajo, por tratarse de un técnico o profesionista de alto nivel fuese, digamos, de 30 000 pesos, los 30 000 restantes corresponderían en realidad a una fracción de la plusvalía procedente de otros trabajadores. Y tal situación sería clara si tal diferencia, como ocurre frecuentemente, fuese de mayor magnitud que el sueldo correspondiente al valor de la fuerza de trabajo.

³¹ Aun quienes sólo invierten en valores de renta fija y obtienen tasas de interés anuales de poco más de 14% y no de 20 o 30%, como suele ocurrir con las accionistas y propietarios de muchas empresas, gracias a la dinámica del interés compuesto se enriquecen en pocos años. Una inversión inicial de un millón de pesos, por ejemplo, a los cinco años se convierte en dos, a los 10 en cuatro, a los 15 en ocho y a los 20 en 16 millones. Y tal es el rápido ritmo en que muchos inversionistas hacen sus fortunas.

puestos de cierta importancia en los últimos 30 años, lo que comprobaría que las posiciones desde las que se define el rumbo y los caracteres de la política financiera del Estado mexicano están sin duda en manos de la burguesía. Esto no implica menospreciar y menos aún ignorar el papel que como profesionistas, administradores y técnicos, ayudantes y aun empleados de cierta significación, desempeñan varios millares de personas. Debajo de cada 5, 10 o 20 altos funcionarios, casi siempre burgueses, hay 25, 50, 100 funcionarios de nivel medio, algunos incluso muy bien retribuidos, pero que en general no ejercen mayor influencia en las decisiones fundamentales ni pertenecen todavía, social y económicamente, a las capas más altas [...].

Considerando tan sólo los 100 a 200 funcionarios principales, junto a rasgos comunes reveladores de su inserción en el seno de la clase dominante, se advierten también diferencias significativas (de carácter social, cultural, económico y político) [...].

Otros altos funcionarios en la esfera económica

De los funcionarios federales que tienen que ver con actividades económicas diversas —no financieras— y de algunas importantes empresas del Estado, seleccioné a 92 personas, número que, dada la significación de las ramas de que se trata, debiera ser bastante mayor. Pero aun este primer y parcial acercamiento es revelador.

Como en el caso ya visto, y por razones análogas, se observa aquí también que el nivel de ingreso y de vida es muy alto y que prácticamente todos los funcionarios incluidos podrían considerarse burgueses, aunque quizá sólo unos 25 a 30 lo eran ya al llegar a los puestos principales.

Los funcionarios en el área social

Un tercer grupo de funcionarios examinado para este breve estudio comprende 47 personas que principalmente han figurado en lo que podría considerarse el área de servicios sociales, es decir, educación, salubridad y asistencia y seguridad social [...].

Aquí también sólo se seleccionó a personas con muy alto nivel de ingresos, pudiendo apreciarse que la mayor parte de ellas —quizás el 80%— se ubica en la burguesía. Parecen provenir de familias burguesas 10 o 12 y al menos tenían tal condición al llegar a los puestos más

altos, y 18 a 20 ostentan largas carreras, a través de las cuales llegan a formar un capital que los vuelve parte de la clase dominante. Aunque en este caso [...] se pudo comprobar que algunos funcionarios son ricos, que otros viven muy bien pese a no tener, desde hace tiempo, cargos gubernamentales y que otros más han sido profesionistas destacados o consultores de muy alto nivel, vinculándose en tal carácter a la empresa privada [...].

Los funcionarios políticos

El intento de conocer de cerca la posición social de los funcionarios que fundamentalmente han estado ligados a tareas políticas diversas, tropieza con dificultades especiales. Ello obedece a que se trata de un mayor número de personas, en general más heterogéneo que los anteriores, a que las carreras suelen ser muy diferentes unas de otras, a que el carácter de clase es más complejo e incluso a que los <políticos> son a menudo quienes más se empeñan en que no se conozca públicamente su vinculación con la actividad privada, lo que contribuye a que, con frecuencia, aun admitiéndose que determinada persona es rica nadie sabe con precisión cuál es la fuente de su bienestar. Por todo ello, las apreciaciones que siguen deben considerarse muy iniciales.

El examen de este primer grupo de funcionarios políticos revela lo siguiente:

- Salvo cuatro o cinco posibles excepciones, todos tienen una alta posición social.
- Al menos a unos 15 de ellos se atribuyen capitales cuantiosos, lo que sin embargo es muy difícil de comprobar. La mayoría procede de familias pequeñoburguesas o de <clase media>, aunque probablemente unos treinta y tantos tenían ya una alta posición social al llegar al principal puesto de su carrera.
- 30 funcionarios exhiben carreras muy largas, digamos de 20 años o más, lo que sin duda explica el cambio en su posición social y económica; dichas carreras, además, son muy importantes, como lo comprueba el hecho ya señalado de que 11 personas hayan sido presidentes de la República y 17 hayan ocupado al menos dos de los más altos cargos a que puede aspirarse en el gobierno mexicano.
- 34 tuvieron puestos de elección popular, de los que 26 fueron gober-

nadores. Esto revela que, en tratándose de los <políticos>, dichos cargos son especialmente importantes; nueve son generales del ejército, lo que no debiera hacer pensar que muchos otros militares no fueron también políticamente influyentes. A propósito de éstos, podría decirse que unos 30 a 33 de los funcionarios aquí considerados llegaron a tener mucha influencia, en tanto que 8 a 10, no obstante sus altos puestos, fueron de poca significación.

- De hecho casi todos tienen una u otra vinculación con la actividad privada [...].
- 36 fueron funcionarios muy importantes en el PRI, lo que parecería que la presencia en la dirección del partido oficial tiene sin duda significación en la carrera de los <políticos> del gobierno. De esos 36, probablemente 20 a 22 fueron, en un momento dado, muy influyentes; 16 actuaron en la Suprema Corte de Justicia, 15 en el ejército y/o la policía y 10 en una u otra dependencia del Departamento del Distrito Federal.
- Un tercer grupo o nivel [...] podría estar constituido por quienes, sin haber sido, en general, tan importantes como los anteriores, ocuparon en los últimos decenios cargos de gobernador, senador, ministro de la Suprema Corte, embajador, comandante militar, etcétera, y a los que [...] podría suponerse también un alto nivel de ingreso y de vida, y considerárseles parte de la dirección del aparato estatal.

Es difícil saber cuántas personas pudieran incluirse aquí; pero [...] no sería exagerado estimar 75 a 80 ministros de la Suprema Corte, 300 senadores, 180 gobernadores, 150 a 200 diputados y otros tantos entre embajadores y funcionarios militares de nivel relativamente alto, lo que conservadoramente haría un total de 900 a 1 000 personas [...].

Militares, diplomáticos y presidentes municipales

[...] lo que parece incuestionable es que, lejos de ser las fuerzas populares —maestros y estudiantes, obreros, campesinos, artesanos y pequeños productores urbanos, soldados, profesionistas y técnicos procedentes de las capas medias de bajo ingreso— las que dirigen el aparato estatal y concretamente el gobierno es la burguesía, cada vez en mayor medida y más claramente, la que no sólo ejerce el poder económico, sino también la hegemonía política [...].

A medida que se eleva la posición social y económica de un funcionario, aun de aquellos que se antojan más burocráticos, el interés de clase se vuelve dominante y determina sus principales formas de comportamiento [. .].

El que [la burguesía] además de clase dominante sea también clase gobernante, no significa desde luego que todos los burgueses tengan directamente algo que hacer en el aparato del Estado ni que todo el personal burocrático sea burgués [. .].

La idea de una burguesía puramente burocrática parece teóricamente incorrecta y no corresponde [. .] con la realidad. A nuestro juicio, más bien podría hablarse de una burocracia burguesa, si lo que se quiere es definir el carácter de clase de la alta burocracia. Pero lo fundamental es comprender que la burguesía, como las demás clases, se define esencialmente de acuerdo a su relación con el proceso económico y concretamente con el proceso productivo.

Los funcionarios burgueses que dirigen el aparato estatal no constituyen, como lo sugiere el término <burguesía burocrática>, una fracción determinada y bien definida de la clase dominante. Como hemos tratado de demostrarlo, si bien el Estado y concretamente el gobierno, suelen ser una fábrica de burgueses, es difícil y hasta imposible encontrar a un rico funcionario que sólo se mueva [. .] en el seno de la burocracia, pues apenas tiene dinero inevitablemente se convierte, de un modo u otro, en propietario, rentista o inversionista, y por tanto en parte integrante de la burguesía propiamente dicha. Sin caer en un burdo instrumentalismo, lo cierto es que las diversas fracciones de la clase dominante ejercen influencia [. .] siempre cambiante, y el peso de la oligarquía tiende a ser decisivo y cada vez mayor [. .].

EL ESTADO, LOS BANCOS NACIONALES Y EL CAPITAL MONOPOLISTA³²

La burguesía no sólo manda, gobierna

[. .] En la cúspide del [Estado mexicano] se dan principalmente ciertas contradicciones interburguesas, y entre ella y la base del aparato estatal se aprecian relaciones más complejas y aun innegables antagonismos,

³² Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 28, julio-agosto de 1979, pp. 2-32.

aunque en general éstos se dirimen no en una abierta y consciente lucha de clases, sino en el marco, dentro de los mecanismos y conforme a las reglas de un juego seudodemocrático [. . .].

Si quienes dirigen los puestos clave en el aparato estatal son preferentemente burgueses, este hecho es ya significativo y descubre una primera forma de la relación entre el Estado y la clase dominante, según la cual ésta actúa a menudo desde dentro de los principales mecanismos de decisión. Pero el capital en que descansa no es homogéneo ni uniforme. La fracción dominante es el capital monopolista y, en la estructura de clases, la oligarquía financiera, razón por la que el verdadero alcance de la relación entre el Estado y la burguesía sólo puede comprenderse en esta perspectiva [. . .]. La exigencia de reparar en la relación Estado-capital monopolista [. . .] obedece sobre todo a que en la fase actual del capitalismo mexicano, el capital monopolista —y como hemos de ver, no aislado sino estrecha e indisolublemente ligado al Estado— es la fracción del capital que condiciona el proceso de acumulación e influye decisivamente en los rasgos y deformaciones estructurales del capitalismo mexicano.

¿Cómo se manifiesta y desdobra la relación Estado-capital monopolista concretamente en México? De maneras muy diversas y cambiantes y en distintos planos. Así por ejemplo:

- el Estado influye y generalmente favorece al capital monopolista a través del manejo del presupuesto y en general de las finanzas gubernamentales [. . .];
- influye crecientemente en el nivel y la formación de los precios, al igual que en los salarios y, en general, en las condiciones prevalecientes, [. . .] especialmente en el mercado de trabajo;
- cada día es mayor el número de empresas estatales que operan en los más diversos campos, así como el de empresas mixtas en las que el Estado se asocia con el capital privado [. . .];
- el Estado adopta y pone en práctica una política [. . .] en la que de manera directa e indirecta, tanto en el plano interno como internacional, [. . .] impulsa y protege al capital nacional y extranjero [. . .];
- y, en un sentido más amplio cuida de que la legislación, y de hecho todo el sistema jurídico, se encargue, a través de los más variados mecanismos, de fortalecer y facilitar el funcionamiento del régimen imperante [. . .].

En resumen

- [...] los bancos estatales son un pilar fundamental del sistema de crédito que influye de manera decisiva en la captación, canalización y empleo de recursos financieros, [...] la creación de dinero —sobre todo por parte del banco central—, la ayuda que algunos reciben de éste o del gobierno y la colocación de valores [...].
- La regulación que el banco central ejerce del crédito permite a la banca privada [...] disponer de cuantiosas sumas de dinero que pese al control formal que entraña la política selectiva de crédito les deja siempre la posibilidad de apoyar a las empresas asociadas o más cercanas a cada grupo financiero. La fijación de tipos de interés y los diferenciales entre lo que los bancos pagan y cobran les permite, además, obtener altas ganancias [...].
- Si bien los bancos contribuyen con frecuencia a convertir el capital-dinero que concentran y manejan en capital productivo, a menudo también lo convierten en capital improductivo, es decir: fondos que proceden de la producción y que los bancos sustraen [...] se destinan a la especulación, el comercio de bienes suntuarios, servicios improductivos y negocios sin bases sólidas [...].
- Tanto por su influencia en la circulación monetaria, por el carácter inflacionario de buena parte de sus financiamientos, porque ello les permite hacer crecer artificialmente una masa enorme de capital en gran parte ficticio, y porque una proporción significativa de tales recursos se destina a consolidar pasivos, saldar deudas, cubrir el déficit gubernamental, financiar gastos improductivos y pagar el precio de la ineficiencia y aun de la corrupción propia del capitalismo y especialmente del capitalismo del subdesarrollo, los bancos estatales contribuyen a alentar la inflación y, de esta manera, la crisis que desde hace años aqueja a la economía mexicana [...].
- [...] dichos bancos contribuyen a acentuar la dependencia, el drenaje del excedente y las deformaciones estructurales propias del subdesarrollo [...]. La expansión reciente de grandes empresas mineras, siderúrgicas, metalmecánicas y petroquímicas privadas, muchas de ellas extranjeras, habría sido imposible sin la inversión del Estado y el apoyo de los bancos gubernamentales.
- La socorrida idea de que, dependiendo más y más del financiamiento extranjero [...] podrá lograrse un desarrollo independiente es una

mera ilusión. La economía y en particular la banca mexicana se abren cada vez más hacia el exterior y los bancos oficiales, en particular, en la medida en que más se <internacionalizan> [. . .] más se subordinan a la banca y las empresas transnacionales [. . .].

Pero el peso de la desinformación, de la rutina, de la antidemocracia y el temor a la opinión pública son tales que, al intentar con motivo del presente artículo conocer —y en un caso solamente verificar— los nombres de los principales bancos extranjeros con los que dos instituciones oficiales vienen operando, se me dijo que este dato era confidencial. Confieso al lector que [. . .] sentí desconcierto ante el hecho insólito de que un dato elemental sobre un aspecto de la deuda *pública*, que incluso debiera merecer las más amplia y *pública* difusión —y que por lo demás se puede obtener sin dificultad por otros conductos—, se manejara como algo misterioso y secreto, como si se tratara de un negocio privado hecho al margen de la ley [. . .].

Sorprende, en verdad, que tan cerca ya del año 2000, y cuando la información se ha vuelto exigencia y signo del mundo moderno, algunos funcionarios conviertan sus elegantes [. . .] oficinas en tristes e incommunicadas celdas y se conduzcan todavía como cartujos medievales.

EL PLAN NACIONAL DE DESARROLLO INDUSTRIAL³³

[. . .]

Se nos anuncia [. . .] que para el año 1990 no habrá desempleo ni subempleo, lo que parecería ser una nueva versión del <milagro mexicano> [. . .]. En tal virtud, nos limitaremos a [. . .] expresar que si México logra liquidar el desempleo y asegurar un mínimo de bienestar a todos sus habitantes, será nada menos que el primer país capitalista en la historia que lo consiga. Como sería también el primer país capitalista subdesarrollado —otro milagro— que a partir de aquí mantenga un crecimiento económico estable, autosostenido, de más de 10% al año, a precios de 1975 [. . .].

³³ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 29, septiembre-octubre de 1979, pp. 26-47.

[...] parece muy difícil que, coincidiendo en parte con un nuevo receso de la economía norteamericana y con una crisis que afecta gravemente a los países capitalistas europeos, México pueda aumentar su inversión bruta fija en los próximos años a una tasa de casi 15% anual y adicionalmente hacer crecer sus existencias o inventarios a un ritmo inclusive más acelerado, en dos de esos años superior a 23 por ciento.

Todavía más: en lo que hace concretamente a la inversión privada [...] se antojan [...] irrealizables; por ejemplo: los incrementos de 30 a 80% al año en algunas industrias alimentarias; de 33 a 54% en textiles, de 30 a 77% en la industria editorial, de 40 a 78% en la de cuero, de 28 a 124% en ciertas manufacturas, de 55 a 157% en las metálicas básicas, de 100% en la automotriz, de 16 a 455% en la metal-mecánica y de hasta 840% en un solo año, en la petroquímica secundaria [...].

Una buena política económica, lo primero que requiere es un buen diagnóstico.

- [Según] los autores del Plan que comentamos [...] la economía del país mostró signos de debilitamiento desde la segunda mitad de los años setenta [...]. Porque así se expresaba “[...] el agotamiento paulatino del patrón de desarrollo [...] seguido] desde la Segunda Guerra Mundial”, el que, a su vez, resultó de fallas <estructurales> [...].³⁴

[...] como otros países, México comprobó [...] que, “[...] de no haber condiciones [...] para aminorar la dependencia financiera, la crisis que ésta ocasiona se torna crónica” [...].

Desde fines de los años sesenta

[...] se hizo evidente —comenta [en 1979] el embajador en Japón, F. Javier Alejo— que había que cambiar el modelo de desarrollo [...]. A partir de 1971 —añade— se intenta lograr un crecimiento económico con mayor profundidad, lo que dio lugar a un mayor dinamismo en la acción gubernamental [...]. Pero es hasta 1977 cuando cambia toda la perspectiva. El Plan de

³⁴ “Los acontecimientos se precipitaron a raíz de una fuerte espiral inflacionaria en que se combinaba la volatilidad del sistema financiero, la ineficiencia del aparato comercial, la insuficiencia de la oferta industrial y el retroceso del campo. Se vino abajo un esquema de crecimiento que había condicionado cada vez más a todos los sectores económicos a depender financieramente del exterior.” Secretaría de Patrimonio y Fomento Industrial, *Plan Nacional de Desarrollo Industrial*, México, 1979, p. 19.

Desarrollo adquiere así [...] gran importancia porque representará el periodo de transición a un cambio cualitativo del modelo de desarrollo con petróleo [...].³⁵

La nueva estrategia deberá, entre otras cosas, “asegurar la estabilidad del sistema”.

[...]

Pero los funcionarios y técnicos más entusiastas no se arredran ni ante esta exigencia. Y el señor León Alazraki va mucho más lejos y, con visible melodramatismo, declara:

Por primera vez [...] disponemos ahora —y como un privilegio sin precedente— de una opción abierta para corregir [...] las fallas estructurales del sistema nacional de economía mixta [...]; el excedente petrolero es quizá nuestra última oportunidad para desafiar el presente y sobre todo el futuro [...].

O sea que, como dice el Plan:

En el caso de México la posibilidad de superar la crisis radica en el potencial financiero que brindan los excedentes derivados de la exportación de hidrocarburos. La existencia de estos recursos permite aspirar a una mayor autodeterminación financiera [...].³⁶

[...] el diagnóstico en que descansa [el Plan de Desarrollo] es a nuestro juicio erróneo y no porque mucho de lo que señalan los funcionarios y técnicos oficiales no haya ocurrido, sino porque las causas a que lo atribuyen no son las verdaderas.

Según ellos, como antes vimos, [...] el patrón o <modelo> de desarrollo que durante muchos años funcionó adecuadamente, hacia mediados de los setenta empezó a agotarse debido a ciertas fallas <estructurales>, que a su vez resultaron de la puesta en marcha de una política indiscriminada de sustitución de importaciones de bienes de consumo que ni logró impulsar la producción de bienes de capital ni se tradujo en crecientes exportaciones. En tal virtud, los problemas de la balanza de

³⁵ F. Javier Alejo, “Contribución de las empresas estatales al Plan Nacional de Desarrollo Industrial”, ponencia presentada en el Colegio Nacional de Economistas, México, 29 de junio de 1979.

³⁶ Plan Nacional de Desarrollo [...], p. 20.

pagos se agravaron y el país tuvo que recurrir crecientemente al endeudamiento externo [...].

El lector observará que [...] según la versión que examinamos las causas determinantes de la crisis de los años setenta fueron esencialmente el creciente déficit de la balanza de pagos que obligó a un endeudamiento externo y la falta de una fuente alternativa de recursos financieros [...] hasta el momento en que surge el petróleo como el gran nuevo dinamizador de la economía. Cuando esto ocurre se abre la <insospechada> perspectiva de cambiar el viejo <modelo> por uno nuevo [...], como quien cambia de traje.

Ahora todo es más claro. El optimismo de algunos funcionarios [...] deriva de su diagnóstico de la crisis. Si ésta, en efecto, obedece a un <modelo inadecuado> que obliga a depender del endeudamiento externo y no —como creemos nosotros— a contradicciones antagónicas cada vez más graves que condicionan el desarrollo capitalista, es explicable que se piense que el petróleo resolverá nuestros problemas y permitirá “corregir” [...] las fallas estructurales del sistema de “economía mixta” [...], término con el que en ciertos salones, incluyendo los de belleza, se designa al capitalismo.

Pero ¿de qué <fallas> estructurales se trata? ¿Acaso de las que realmente exhibe el feo, deforme y ya viejo capitalismo mexicano? Desde luego que no. Se trata solamente de las <fallas> que determinaron el agotamiento del <modelo> que ahora es urgente abandonar [...]. Por ello creemos que el Plan no alcanzará las metas que se ha señalado.

Mientras los medios de producción estén fundamentalmente en poder del capital monopolista nacional y, en nuestro caso, en buena parte trasnacional; mientras la riqueza y el ingreso se repartan en la forma tan desigual en que hoy se hace; mientras buena parte del excedente —sea este petrolero o de cualquier otro origen— se dilapide por los ricos dentro y fuera del país y se pague como precio que impone la dependencia estructural; mientras prevalezcan los irracionales patrones de consumo impuestos por el capital monopolista y por la ideología burguesa en boga; mientras el Estado sea lo que es y sirva principalmente a la clase en el poder; mientras persistan la profunda crisis y la inflación que hoy aquejan al capitalismo; mientras, en fin, el progreso económico se conciba como algo que supone estimular y proteger a los capitalistas y explotar en cambio a los trabajadores, o sea a quienes producen y crean la verdadera riqueza, será imposible que el excedente crezca en la forma y

al ritmo a que en otras condiciones podría hacerlo y, sobre todo, que se utilice en forma medianamente racional.

EL CAPITALISMO MEXICANO HOY:

1. LAS FUERZAS PRODUCTIVAS³⁷

[...]

La estadística convencional utilizada en el sistema de “cuentas nacionales”, no permite el tipo de análisis que sería necesario para apreciar los cambios en el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Éstas, en particular, incluso se ignoran como si el proceso económico no tuviera que ver con ellas, o como si en todos los sistemas sociales fueran las mismas. Y en cuanto a las fuerzas productivas, los indicadores que más se emplean, aunque a veces útiles y reveladores, no son tampoco los que mejor permitirían comprender su desarrollo. Aun así, ante la imposibilidad de sustituir el juego de cifras disponibles por otro mejor, examinaremos el desarrollo de las fuerzas productivas a partir y a través, fundamentalmente, de los datos disponibles [...].

Crecimiento de las fuerzas productivas

Tres son, como se sabe, los componentes de las fuerzas productivas: los objetos del trabajo, o sea propiamente la producción; los medios e instrumentos utilizados por quienes producen y la propia fuerza laboral. Todos son importantes, pero esta última es sin duda el elemento decisivo, pues en realidad es la que da vida y mueve a los otros.

[...] La producción mexicana de los últimos once años crece, se diversifica y muestra cambios significativos en su composición:

- el crecimiento de la producción es lento —en promedio anual ligeramente superior al 4%— cifra más baja que la de sexenios anteriores [...];
- tanto de un año al siguiente como de unas actividades a otras se observan marcadas desigualdades [...];

³⁷ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 36, noviembre-diciembre de 1980, pp. 2-31.

- el desigual crecimiento de las diversas actividades trae consigo cambios en la composición del PIB [. .].

La actividad industrial

Vista en conjunto, la industria muestra los cambios más importantes de los últimos años. La minería, debido principalmente a mejores precios internacionales, aumenta su producción en 4% en 1979 [. .]. Más importante, sin embargo, es lo ocurrido en materia de energéticos, pues si bien el carbón sigue exhibiendo un fuerte déficit en 1979, la energía eléctrica aumenta 9.6%, o sea ligeramente más que en los dos años anteriores, llegando a 58 000 millones de kvh, de los que el 64% se genera a base de petróleo y el 21% de gas [. .].

La expansión petrolera es sin duda extraordinaria, casi del 15% anual en años recientes. A estas horas la producción diaria de crudo alcanza ya 2.4 millones de barriles —contra apenas 1.3 en 1978—, por encima ya de la meta prevista para 1982 y muy cerca de la <plataforma> máxima autorizada, de 2.7 millones, lo que hace de México el quinto productor mundial. La exportación es del orden de 1.2 millones de barriles diarios, que principalmente se destinan a los Estados Unidos y representan ya cerca del 60% de las ventas totales del país [. .].

Manufacturas

La producción manufacturera creció en 1970-1976 a razón de 5.5% al año y 6.7% en 1976-1977, frente a 5.1 y 6% del PIB global. La petroquímica, por su parte, se expandió al ritmo de 11.4 y 7.9%, lo que da cuenta de su muy rápido desarrollo y de su creciente importancia relativa. En años recientes cobraron impulso también la siderurgia, la fabricación de vehículos, la producción de bienes duraderos de consumo y de fibras artificiales.

Aunque recientemente se ha elevado la utilización de la capacidad instalada y aumentado la productividad por trabajador, la producción de acero sigue siendo deficitaria y deberá crecer con mayor celeridad que hasta ahora. En 1979 se importaron aceros especiales por un millón de toneladas, cerca de la mitad del consumo de tubos sin costura y además chatarra, ciertos aceros planos y coque de alto grado. Y entre otros problemas están una acaso insuficiente reserva de mineral de hierro

—al parecer de 500 millones de toneladas—, escasez de carbón coqueizable, dificultades para localizar las nuevas plantas, enormes costos de instalación, serios problemas financieros y falta de personal calificado [...].

Al lado de la siderurgia y como un área cada vez más importante, en la industria metalmecánica ha empezado a cobrar impulso la fabricación de bienes de capital que todavía se importan en grande escala, destacando las nuevas plantas que producen equipo de pailería pesada, maquinaria para la construcción —motoconformadoras, aplanadoras, grúas, etcétera—, tolveras y transportes de materiales, equipos de perforación petrolera, piezas forjadas y fundidas que se requieren para turbinas, generadores y motores grandes, equipos para el proceso siderúrgico, equipo de transporte y en particular camiones pesados.

En 1979 se fabricaron en México poco más de 15 800 tractores que cubren la mayor parte de la demanda comercial. Pero, interesado en impulsar la modernización de la agricultura ejidal de temporal, el gobierno importó esta vez alrededor de 25 000 unidades.

La industria química y la petroquímica han crecido con celeridad y modificado considerablemente su estructura, aun cuando exhiben ciertas lagunas y su producción es todavía insuficiente [...]. Los productos básicos aumentan especialmente entre 1970 y 1974, pero de entonces a 1979 su volumen permanece casi estacionario. En cambio, se eleva con rapidez la producción de fibras artificiales —sobre todo las no celulósicas—, que en conjunto alcanzan cerca de 300 000 toneladas, y la producción de fertilizantes.

La petroquímica básica exhibe aumentos significativos en metanol, etileno y también en azufre y anhídrido carbónico, junto a descensos en la producción de ciclohexano, butadieno y otros. Al concluirse los complejos de La Cangrejera y Pajaritos, ambos ya muy adelantados, se incrementaría la producción, y ya en 1980 se espera que empiecen a operar 10 nuevas plantas de benceno, estireno, etileno y óxido de etileno, tolueno, cloruro de vinilo y otros productos de los que actualmente hay déficit. Solamente en 1979, las importaciones de siete de los faltantes son de cerca de 350 000 toneladas.

Las industrias ligeras de bienes de consumo: textiles de fibras naturales y alimentaria siguen tropezando con dificultades y creciendo lenta e inestablemente. En 1970-1979, mientras [el índice de] la producción manufacturera pasó de 100.0 a 175.5, y la petroquímica, de fabrica-

ción de maquinaria y de equipo de transporte llegaron incluso a 246.6, 233.5 y 232.7, la de alimentos, bebidas y tabaco sólo alcanzó 145.2 y la textil, 124.5 [. . .].

Industrias de la construcción

El que este grupo de industrias crezca rápidamente en 1978-1979, contribuye sin duda [. . .] a que el PIB se eleve como lo hizo. De 1970 a 1979 la industria de la construcción se expande más que la manufacturera —de 100.0 a 183.0— y en los próximos dos años se esperan aumentos no menos importantes [. . .].

Entre los factores que favorecen la construcción y la edificación destacan el rápido crecimiento de las ciudades, el alto nivel de la inversión pública y privada, la disponibilidad de crédito bancario tanto para la industria como para la construcción y compra de casas y condominios y el que, operando la industria en varias líneas prácticamente a su capacidad, la demanda ha tenido que cubrirse con nuevas inversiones.

Comunicaciones y transportes

Recientemente, el viejo sistema ferroviario ha operado en condiciones especialmente defectuosas que resultan de sus graves fallas y deformaciones internas y de la creciente presión ejercida por un rápido desarrollo [. . .]. De 1972 a 1975 aumenta la carga transportada por los ferrocarriles. En 1977 se eleva de nuevo, pero en los dos últimos años se estanca y aun disminuye de 69.4 a 67.2 millones de toneladas. Baja también la carga, medida en toneladas-kilómetro y desde luego el transporte de pasajeros, que en los años setenta muestra una clara tendencia descendente.

La carga marítima, en cambio, se incrementa sobre todo hasta 1976 y después, de nuevo, en 1979, en que llega a 96 millones de toneladas —contra 46 en 1973—, de las que 41 se manejan ya en embarcaciones nacionales. Particularmente rápido es además el desarrollo del transporte aéreo. En el breve lapso de 1970 a 1974, el número de pasajeros casi se duplica, al pasar de 4.5 a 8.4 millones. Y de entonces a 1979 vuelve a doblarse, llegando a 16.7 millones. De 1973 a 1979 se duplica también el volumen de carga, que a su vez aumenta de 81 000 a 169 000 toneladas. El grueso del pasaje y de las mercancías lo mueven dos empresas nacionales: Aeroméxico y Mexicana de Aviación.

En cuanto al sector de telecomunicaciones, en sólo seis años los mensajes radiotelegráficos pasan de menos de 16 a 31.2 millones y los radiotelefónicos de 0.7 a 6.2 millones; se intensifica además la comunicación vía satélite, el servicio de telex y desde luego el radio y la televisión, incrementándose también grandemente el uso del teléfono —incluida la telefonía rural—, medio de comunicación en el que sólo las conferencias de larga distancia se triplican entre 1972 y 1979, al pasar de 101.6 a 300.8 millones. La comunicación postal, en cambio, tiene un lento desarrollo y aun se contrae de 1970 a 1975.

La acumulación de capital

El crecimiento y los cambios recientes en la estructura de la producción serían inexplicables sin una inversión capaz de movilizar y hacer crecer el potencial productivo del país, o en otras palabras, sin las instalaciones, maquinaria, equipos y técnicas que en conjunto constituyen los medios e instrumentos de producción [. . .]; a precios de 1960, en los últimos años la inversión aumenta a un ritmo similar al del PIB, aunque, como puede verse en seguida, con cierta irregularidad.

Desconocemos el monto del capital fijo acumulado. Suponiendo una relación media capital-producto de 2.5 (o sea de 2.5 de capital por cada unidad del PIB), toscamente aquél sería de 1 billón 189 607 millones de pesos a precios de 1960 [. . .].

Si se recuerdan las actividades que más crecen a partir de 1975 podría decirse que, a la fecha, los mayores acervos netos de capital deben corresponder a la industria eléctrica, petróleo y petroquímica básica, industria alimentaria (principalmente azúcar, cerveza y refrescos), a la textil, siderurgia, de maquinaria, cemento y automotriz [. . .].

El grueso de la inversión, como en otros países, lo absorbe la construcción y edificación. Entre 1973 y 1978 la proporción respectiva aumenta de 53 a 54%. La maquinaria y equipo participan con el 45.2 y el 44.8%. Y lo más significativo es que mientras la construcción interna de maquinaria y equipo aumenta del 26.2 al 30.6%, la importación se reduce del 18.9% al 14.2%, lo que sin duda revela un creciente desarrollo industrial.

Los activos fijos no se expanden, sin embargo, al ritmo que sugieren las tasas de inversión bruta. Una parte sustancial de la inversión de cada año —que en algunas actividades es muy alta— se destina a reponer el

capital gastado en el proceso productivo, lo que reduce la inversión neta y el ritmo real de crecimiento de las fuerzas productivas.

Y ¿cómo se financia la formación de capital? Principalmente con recursos internos que provienen del proceso productivo y en parte con préstamos del exterior, o sea mediante un déficit en las cuentas internacionales del país.

Referido al PIB, el ahorro interno representa en años recientes entre el 55 y el 60%. En cambio, desde principios de los años setenta aumenta el déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente, hasta llegar a 4 247 millones de dólares en 1979. Para cubrirlo, el Estado y en menor medida la empresa privada contraen una cuantiosa deuda con el exterior. Tan sólo a un año o más de plazo, el gobierno y los organismos y empresas estatales adeudan al cierre de 1979, 29 315 millones de dólares, que en junio último son ya 32 000 millones —contra poco más de 5 700 millones en 1973— estimándose que la empresa privada debe a su vez a la fecha 7 000 a 8 000 más, lo que hace un total de unos 40 000 millones [...].

El potencial productivo

Se conviene en que en años recientes se descuida la inversión agropecuaria, sobre todo estatal, lo que no es ajeno al deterioro en la producción de alimentos, aunque en 1978-1980 hay un importante aumento. En el ciclo 1978-1979 se cosechan 17.7 millones de hectáreas: 4.9 de riego y 12.8 de temporal [...].

Actualmente se estima que hay en el país entre 110 000 y 120 000 tractores —que en general cuentan con el equipo auxiliar correspondiente— y empieza a mecanizarse, en forma ya significativa, el corte en cultivos y plantaciones en los que hasta hace poco tiempo se hacía manualmente. En el último sexenio se abren unas 725 000 hectáreas de riego, se mejoran 100 000 y se rehabilitan 250 000.

Desde 1973 a 1979 la población ganadera aumenta de 63 a 76 millones de animales, de los que 33 son bovinos [...].

El desarrollo de los medios de producción en la industria es, desde luego, mucho mayor.

En materia petrolera, actividad que es ya la más importante del país, se cuenta con 320 campos y 4 300 pozos en producción, reservas probadas de hidrocarburos de 60 000 millones de barriles, y reservas de gas de 276 millones.

[...] El peso de la industria ligera de bienes de consumo sigue siendo muy grande. Mientras la producción de alimentos y de textiles y calzado representa 20.6 y 15.4% del valor agregado por la industria en su conjunto, la producción metalmecánica sólo participa con el 13%, y la de maquinaria y equipo de transportes, la química y la generación de electricidad con el 6.8, el 4.8 y 3.1% respectivamente, proporciones sin duda aún muy pequeñas en comparación a las de países altamente industrializados [...].

Algunas conclusiones

De todo lo anterior podría concluirse lo que sigue:

- El desarrollo de las fuerzas productivas en los últimos años es inestable, anárquico y muy desigual, debido a su carácter cíclico; fluctúan grandemente la producción, la inversión e incluso el nivel de la demanda de fuerza de trabajo y, por consiguiente, la ocupación. La inversión industrial aumenta especialmente en petróleo y petroquímica, electricidad, industria del hierro y acero, fibras artificiales, cemento, fabricación de automóviles, y maquinaria y equipos diversos, y la industria de la construcción. En estas ramas se eleva más que en otras también, aunque a menor ritmo, la producción, la que en cambio se rezaga en la química básica, la industria algodonera, varias alimentarias y otras de bienes de consumo [...]. La fuerza de trabajo, medida por el nivel del empleo productivo, se expande lentamente —entre 1.5 y 3.5% al año—, lo que sugiere que la productividad debe haber aumentado apreciablemente en las actividades de más rápido crecimiento.
- En la determinación del bajo nivel de las fuerzas productivas en su conjunto influyen múltiples factores de carácter propiamente estructural [...].

Uno fundamental es, desde luego, el capitalismo del subdesarrollo, cuyas deformaciones traban y desvían en un sentido histórico y aun a corto plazo el desenvolvimiento socioeconómico y concretamente el crecimiento del proletariado propiamente obrero. Otro, ya señalado, consiste en que la población apta para trabajar —digamos mayor de 15

años— es inferior a la de países de más lento crecimiento demográfico, y menor también en parte porque aún no se aprovecha debidamente la capacidad de la mujer [. . .]. Y otro más es el bracerismo al extranjero que anualmente sustrae no sólo centenares de miles de campesinos y jornaleros sin empleo, sino incluso millares de profesionistas, técnicos y trabajadores urbanos calificados.

En el seno mismo de las fuerzas productivas se advierten profundas contradicciones que influyen decisivamente en su desarrollo. Aun en actividades que no crecen con especial celeridad suele haber desperdicio incluso crónico de capacidad instalada, continuos desajustes entre unas ramas y otras y serios problemas de transporte, almacenamiento y realización de lo ya producido. Los aspectos físicos y los financieros de la acumulación de capital entran frecuentemente en conflicto, y lo mismo ocurre con los internos y externos, la acción privada y la estatal y la del capital extranjero y el nacional [. . .].

EL CAPITALISMO MEXICANO HOY: II. LAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN³⁸

Aclaraciones previas

[. . .]

Las fuerzas productivas y las relaciones de producción nunca se desenvuelven por separado; en rigor son dos aspectos básicos de un mismo modo de producción e incluso de una misma formación socioeconómica. Sólo en planos abstractos se les puede aislar, pero en la práctica constituyen respectivamente el *contenido* y la *forma* de una misma producción social [. . .].

Las fuerzas productivas evolucionan continuamente y cambian con mayor rapidez que las relaciones de producción y en cada modo de producción se relacionan conforme a las leyes que rigen su desarrollo, esto es, que condicionan su unidad, su correspondencia y sus contradicciones [. . .].

³⁸ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 37, enero-febrero de 1981, pp. 10-29.

La empresa pequeña y mediana

Según el censo industrial correspondiente, México contaba en 1970 con 118 983 establecimientos en la industria de transformación. Cinco años después, el número de empresas [. . .], incluyendo la industria extractiva, las empresas en operación llegaban a 119 212 [. . .].

La <gran> industria [. . .] con sólo el 0.4% de los establecimientos controla el 30.7% del personal y el 41.4% de la producción. O sea que, de tomar globalmente a la mediana y gran industria, esto es a las empresas con más de 101 trabajadores por unidad, resultaría que 2.6% de los establecimientos concentra el 62.% del personal y el 77.4% de la producción.

Las cifras anteriores comprueban que el peso real de las empresas pequeñas y aun las medianas en la economía mexicana es cada vez menor. Y la dependencia de las mismas respecto a las grandes [. . .] es tal, que en un sentido profundo se podría considerar que muchas empresas están hoy integradas y subordinadas al capital monopolista [. . .].

Las grandes empresas

Según una reciente información,³⁹ las 500 más grandes empresas del país —excluidos los bancos y aquellas de las que no fue posible obtener los datos solicitados—, reportaban en 1979:

- 1 201 871 obreros y empleados;
- 1 billón 038 371 millones de pesos de ventas netas, y
- 1 billón 687 082 millones de pesos de activos totales.

Para que el lector aprecie el grado de concentración que exhiben estas cifras, cabría señalar que las ventas de tales empresas representan nada menos que el 62.7% del producto interno bruto de la nación y el 29.2% del gasto total del <sector público>, esto es del gobierno y las empresas estatales. Todavía más, las ventas de las 200 más grandes corresponden al 34% del PIB y las de las primeras 50 al 25.6 por ciento.

³⁹ *Expansión*, México, agosto de 1980.

El capital privado nacional y extranjero

Con frecuencia se habla de que probablemente no son más de un centenar de grupos comerciales, industriales y financieros, tanto gubernamentales como privados y mixtos, los que dominan la economía nacional; lo cierto, sin embargo, es que quizás unos 20 a 40 son realmente los decisivos.

No podríamos ocuparnos aquí de todos ellos, pero al menos conviene recordar a los más importantes [. . .].

Grupos Alfa y Visa

Ambos proceden del grupo que por muchos años se conoció a través de la Cervecería Cuauhtémoc y más tarde de Hylsa, y al que incluso solía llamarse <grupo Monterrey>. En 1972, el consorcio contaba ya con dos empresas extractivas, siete siderometalúrgicas, 10 cerveceras y de malta, 11 fabricantes de empaques, instituciones financieras y el resto que operaban en diversos servicios, incluyendo una *holding*, lo que hacía un total de 48 empresas.

En 1974, 12 de ellas, a partir principalmente de Hylsa, se separan y forman el grupo industrial Alfa, en tanto que con base sobre todo en la Cervecería Cuauhtémoc surge lo que hoy se conoce como grupo Visa.

En 1975, Alfa agrupa a 26 empresas que para 1979 son ya 87. A esta misma fecha reporta ventas netas por 30 207.5 millones de pesos, capital contable de 16 197, activo total de 52 943 e inversiones previas hasta 1981 cercanas a 25 500 millones de pesos. Alfa ocupa a poco menos de 33 000 trabajadores y empleados y probablemente es el consorcio industrial de capital privado mexicano más importante del país. A la fecha opera en acero, maquinaria y equipo industrial y agrícola, industria eléctrica y electrónica, química y petroquímica, papel y empaques, telecomunicaciones, construcción, turismo y bienes raíces [. . .].

El grupo Visa, cuyo nombre obedece al de la empresa que opera como *holding* —Valores Industriales, S. A.—, ha crecido también muy rápidamente y es sin duda de los más importantes. Su organización tiende también a la del conglomerado, si bien su campo principal es la industria alimentaria [. . .].

El grupo consiste actualmente de más de 50 empresas, entre las que destacan la Cervecería Cuauhtémoc, que a su vez cuenta con cerca de

20 plantas. En la producción de otras bebidas y diversos alimentos operan 21 empresas y acaso otras tantas en la industria pesquera y avícola, bienes raíces, turismo y servicios comerciales.

Forma también parte del grupo Banca Serfin, que al cierre de 1979 disponía de 315 oficinas y manejaba recursos por 86 136 millones de pesos.

Al igual que Alfa, Visa empieza a proyectarse crecientemente hacia el extranjero y mantiene relaciones estrechas con capital español, francés, japonés, norteamericano y canadiense.

Vitro y CYDSA

Un tercer desprendimiento del viejo <grupo Monterrey> es el consorcio Vitro, antes conocido como FICSA, que opera fundamentalmente en la rama del vidrio —con formas de integración monopolistas tradicionales—, aunque a últimas fechas parece interesarse en diversificar su actividad. En 1979, Vitro reporta ventas netas por 12 764 millones de pesos —en 1975 aun no llegaba a 4 000—, con un capital contable de 9 833 millones y activos por 21 130 millones. El grupo consta de alrededor de 50 empresas, de las que unas 35 están directamente relacionadas con la fabricación de vidrio y los insumos necesarios para el mismo, varias operan en el mercado de bienes raíces y otras en diversas industrias y servicios comerciales. Vitro está asociado desde hace años principalmente a Owens-Illinois y Owens Corning, ambas empresas norteamericanas.

CYDSA, fundada desde los años cuarenta y cuyo campo principal ha sido la química, es el último de los grandes consorcios industriales regiomontanos [. . .].

ICA, Desc y otras empresas

[. . .] uno de los nuevos grupos privados que cobró mayor impulso, sobre todo a partir de los años cincuenta, y que se expandió con notable rapidez en el más reciente quinquenio es ICA (Ingenieros Civiles Asociados). En 1979, ICA empleaba a 51 141 personas: unos 40 000 obreros, cerca de 6 500 empleados administrativos y 4 750 técnicos. El consorcio cuenta actualmente con nueve divisiones, entre las que destacan las de construcción pesada, construcción industrial, Cometro, la metal-

mecánica y la internacional, cubiertas por cerca de 50 empresas. Tiene además participación y lazos muy estrechos con el Banco del Atlántico [. . .].

Entre los grandes consorcios industriales de capital privado —unas 20 empresas en operación más otras tantas más pequeñas dedicadas a la exploración—, tiene también importancia Industrias Peñoles, que además está estrechamente ligado a Banca Cremi. Peñoles opera principalmente en la minería —es el mayor productor de plata— y complementariamente empieza a entrar en la química y la industria metálica. De 1975 a 1979 sus ventas se elevaron de 3 237 a 14 886 millones de pesos, en tanto que su capital contable pasó de 1 375 a 2 625 y sus activos de 5 267 a 13 523 millones de pesos [. . .].

Peñoles es la base minera del grupo —antes conocido como Bailleurs—, del que también forma parte la Cervecería Moctezuma en las manufacturas, El Palacio de Hierro en el comercio y dos sociedades de inversión.

Minera México (Larrea), sobre todo a partir de la explotación de La Caridad —cobre— y de la mejoría en los precios, se ha ampliado considerablemente. En 1979 sus ventas fueron de casi 9 000 millones de pesos.

Más importante, sin embargo, es el grupo Desc, que tan sólo entre 1975 y 1979 casi triplicó su capital y aumentó sus ventas de 3 996 a 15 432 millones. Desc opera a través de veintitantas empresas, fundamentalmente en la industria química y petroquímica, la automotriz y otras metalmecánicas, y en menor escala en la minería y en bienes raíces. En el primero de tales campos lo hace principalmente a través de Resistol, que a su vez encabeza otras cinco empresas, y de Negromex. En la automotriz tiene cinco empresas más de refacciones, autopartes y llantas, una sola de las cuales (Spicer) tiene 11 filiales. Forman parte también del grupo D.M. Nacional y Cuprífera La Verde [. . .].

Aparte de los anteriores, entre los grupos de capital privado que han crecido más rápidamente en años recientes destacan (datos a 1979):

Grupo	Ramo	Ventas	Capital	Activos	Personal
			(millones de pesos)		
Aurrerá	(C)*	13 120	3 343	5 257	14 000
Celanese	(1)	9 044	3 717	7 137	8 207

Grupo	Ramo	Ventas	Capital	Activos	Personal
			(millones de pesos)		
Comercial Mexicana	(C)	7 586			6 429
Mexicana de Aviación	(T)	7 157	1 408	7 190	8 635
Bimbo	(I)	6 924	1 000	2 200	5 200
Gigante	(C)	6 250	4 797	5 659	
Salinas y Rocha	(C)	5 145	1 543	3 719	5 800
Tamsa	(I)	5 039	2 669	5 700	5 078
Imsa	(I)	4 400	1 225	3 120	3 060
Hermes	(I)	3 805	1 925	4 504	3 746
Liverpool	(C)	5 946	4 797	5 659	
Industrias Unidas	(I)	5 767	2 697	5 460	12 894
Cementos Mexicanos	(I)	4 479	9 733	12 241	3 825
Conzumex	(I)	4 164	1 427	3 529	5 234
Bufete Industrial	(I)	3 239	540	3 322	13 300

* (C) comercio, (I) industria, (T) transporte.

La banca privada

Actualmente operan en México más de 30 multibancos, o sea instituciones que a diferencia de lo que fue tradicional en el régimen de la banca especializada, funcionan simultáneamente como bancos de depósito, financieras e hipotecarias. Podría decirse que los 10 más importantes concentran la mayor parte de los recursos manejados por los centenares de bancos que hay en el país, pero aun entre los primeros 30 se advierten diferencias significativas, así como un fuerte grado de concentración.

De hecho hay dos grandes bancos privados: Bancomer y Banamex. En 1979, el primero de ellos contaba con 647 oficinas, capital contable de 2 473 millones y recursos totales de 225 282 millones, y Banamex disponía de 561 oficinas, capital de 2 234 millones y recursos de 207 519. Los dos siguientes bancos privados son Serfín y Comermex, ambos como ya se señaló ligados estrechamente a los grupos Visa y Chihuahua. Serfín tiene 315 oficinas y maneja recursos por 86 139 millones, en tanto que Comermex cuenta con 259 oficinas y activos por 72 244 millones. El

tercer nivel —excluyendo tanto al Banco Mexicano como al Internacional, que de hecho se han convertido en bancos estatales— quedaría constituido por Banpaís, BCH, Cremi y Atlántico, instituciones cuyos recursos oscilan entre 16 900 y 18 600 millones de pesos. Vendrían después siete bancos principalmente regionales —Bancrecre, Regional del Norte, del Noroeste, Banpacífico, Innova, Crédito Mexicano y Unibanco—, con recursos que fluctúan entre 6 600 y 8 800 millones de pesos, y finalmente otros cuatro, con activos superiores a 5 600 millones.

Los principales grupos extranjeros

El reforzamiento del capital extranjero, representado a menudo por empresas trasnacionales, es otro hecho fundamental que sin duda influye grandemente en las relaciones de producción y el funcionamiento todo del capitalismo mexicano en los últimos años.

Recordemos lo que acontece en la industria automotriz, que sin duda es hoy una de las más dinámicas.

EMPRESAS AUTOMOTRICES EXTRAJERAS

Empresa	Ventas	Capital	Activos	Personal
		(millones de pesos)		
Chrysler	16 696	2 798	7 799	7 593
Ford	15 801	822	5 476	7 110
Volkswagen	15 018	3 594	11 154	10 811
General Motors	10 308	1 795	4 554	6 226*
Nissan Mexicana	5 730	1 511	3 423	3 120*

* Este dato corresponde a 1978.

Fuente: elaborado con base en datos de *Expansión* y de la Bolsa de Valores de México.

Los datos anteriores son reveladores. Pero lo más impresionante no es su monto, sino su ritmo de crecimiento. Debido a la reanimación económica a partir de 1978, a las mayores facilidades de crédito a los compradores y al estímulo del gobierno a la industria, sobre todo en lo que hace a permitirle un rápido aumento de sus precios y a subsidiar la gasolina, tan sólo entre 1975 y 1979 Chrysler elevó sus ventas de poco menos de 4 600 a cerca de 16 700 millones de pesos, Ford de 4 791 a

15 801 y Volkswagen de 5 000 a 15 000 millones, lo que claramente muestra que el crecimiento de estas industrias es casi tres veces más rápido que el del resto de la economía.

Y el fenómeno no se circunscribe a la industria automotriz [. . .]. El rápido aumento en las ventas de empresas como Kimberly, Good Year, Anderson Clayton, Tolteca, Purina, Nacobre, IBM y otras, lo comprueba.

La consolidación del capital monopolista, la dirección en que se desenvuelve, el ritmo a que crece y aun las formas de asociación con el capital extranjero difícilmente podrían comprenderse sin examinar el papel del capital estatal y en un sentido más amplio el papel decisivo del Estado en el proceso de acumulación. Pero como de este tema nos ocuparemos en otro artículo, aquí sólo subrayaremos, a manera de resumen, que el examen de los cambios recientes en las relaciones de producción parece mostrar, como hechos más destacados, los siguientes:

- se afirman la concentración y centralización del capital y en particular del capital monopolista;
- se estrechan y vuelven más complejas las relaciones entre el capital nacional y extranjero;
- cobra impulso la tendencia a la mexicanización del capital extranjero, que desde una perspectiva inversa es también un proceso de internacionalización subordinada del capital mexicano;
- se ahonda y adquiere nuevas modalidades el fenómeno de la dependencia que en la esfera económica es fundamentalmente tecnológica, financiera, comercial y aun administrativa, aunque desde luego también se refuerza en el plano ideológico y político;
- se acentúa la dolarización de la economía, el endeudamiento externo y la vulnerabilidad respecto a la creciente inestabilidad monetaria y financiera internacional;
- se refuerzan, en particular, las transnacionales, que al <mexicanizarse> y al aprovechar el régimen fiscal de privilegio que se ofrece a las maquiladoras, obtienen no sólo ventajas fiscales y financieras, sino servicios básicos en condiciones más o menos ventajosas y sobre todo mano de obra barata;
- aumenta el <grado> de monopolio, y por tanto la capacidad de éste para influir en la estructura productiva, en la formación y el nivel de los precios, la distribución de la riqueza y el ingreso y el monto y utilización del excedente.

EL CAPITALISMO MEXICANO HOY:
III. EL ESTADO Y LAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN⁴⁰

[...]

El Estado —se nos dice a menudo— encarna los intereses de la nación y precisamente por ello no tiene un contenido de clase. “El Estado en México —sostiene por ejemplo el presidente López Portillo— es un Estado nacional, no burgués.” Esta posición suele expresarse de diversas maneras: identificando al Estado con la nación, con el interés general de la sociedad y con el pueblo en su conjunto.

¿<Economía mixta> o capitalismo monopolista?

El Consejo Coordinador Empresarial mexicano [. . .] reconoce que la <economía mixta> es “fundamento de armonía” y el Estado <rector> y <director> de la economía del país y <gerente del bien común>, pero subraya que la empresa privada es el “motor principal del desarrollo”.⁴¹

Lo que las diversas concepciones de la <economía mixta> no resisten es su confrontación con los hechos [. . .].

Características del CME en México

- [. . .] El Estado, como entidad superestructural, cumple una función reguladora muy importante que se orienta cada vez más a favor del capital monopolista;
- independientemente de ello, apoya directamente la estructura económica y es ya un soporte indispensable del proceso de acumulación y reproducción [. . .];
- por tal razón, la esfera estatal adquiere cada día mayor importancia, sobre todo en aquellos campos que no interesan especialmente a la empresa privada, que ésta no puede atender o que al menos no entrañan una severa competencia;
- los organismos y empresas estatales operan a menudo en condiciones deficitarias o con bajas tasas de beneficio, lo que fundamentalmen-

⁴⁰ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, núm. 38, México, marzo-abril de 1981, pp. 1-23.

⁴¹ “La economía mixta, fundamento de la armonía”, en *Decisión*, México, noviembre de 1980, pp. 24-26.

te obedece al propósito de apoyar al capital privado, sobre todo monopolista;

- el Estado pasa a desempeñar un papel de primer orden en el sistema financiero, ayudando a canalizar el grueso de los recursos disponibles en apoyo directo e indirecto del capital privado;
- la incapacidad del mercado para asignar adecuadamente los recursos a través del sistema de precios, hace que éstos sean regulados por el capital monopolista y por el Estado [...];
- la creciente participación del Estado en la economía trae consigo una unión estrecha, incluso la fusión del poder del capital monopolista con el Estado, lo que a su vez altera y vuelve más compleja la conformación de la oligarquía y cambia y refuerza la estructura de poder;
- en fin, la estructura de clases y concretamente la relación capital-trabajo sufren también cambios significativos, acentuándose grandemente además la tendencia a la integración regional y a la internacionalización del capital.

La acción reguladora del Estado

Tan sólo en años recientes, el gobierno mexicano expidió importantes disposiciones legales [...] que entrañaron un gran estímulo para la empresa privada y en particular para los grandes consorcios nacionales y aun extranjeros.

La inversión y el gasto estatales

En 1978, el PIB fue en México de 2 billones 104 550 pesos, habiendo gastado el <sector público> 937 397 millones, lo que significa que el Estado movilizó una parte sustancial de aquél (44.5%) [...]. En 1979 el gasto estatal se elevó, a precios corrientes, a un billón 266 878 millones, representando entonces alrededor del 48% del PIB, y en 1980 fue de un billón 412 millones de pesos.

Compras y ventas del Estado

En particular son hoy muy cuantiosas las compras del Estado, rasgo que sin duda es también de los más característicos del CME. En 1979 ascen-

dieron, a precios corrientes, a 219 435 millones de pesos. Al año siguiente llegaron a 350 000 millones, de los que un 65% se asignó a compras en el mercado interno. Y en 1981 se proyecta adquirir bienes y servicios por 500 000 millones de pesos, 67% de los cuales se gastarán en el país y el resto en el extranjero [. . .]. En 1980, entre los principales compradores destacan Pemex, la CFE, la Conasupo, Altos Hornos, Ferromex, los Ferrocarriles, Diesel Nacional, el IMSS, Aeropuertos y Servicios Auxiliares, Teléfonos de México, y otras empresas y varias secretarías [. . .].

El Estado no se limita a comprar y a apoyar así a los monopolios privados. También es muy importante productor y vendedor de bienes y servicios, sobre todo de aquellos que la empresa privada no puede o no le interesa ya controlar [. . .].

El Estado y el sistema financiero

Y más importante aún es el papel que desempeña el Estado en el sistema financiero. Aquí cabe subrayar que el principal instrumento de que dispone aquél para influir en el sistema de financiamiento es el presupuesto. En 1979 se autoriza al <sector público> gastos por 1 billón 331 363 millones de pesos, de los que como ya vimos se ejercen 1 billón 267 000 millones [. . .].

El Estado es, en primer lugar, el principal creador de medios de pago, pues por un lado emite billetes y acuña moneda y por el otro maneja o autoriza la apertura de cuentas de cheques. En 1979 la suma de esos medios, o sea la circulación monetaria, era de 346 000 millones de pesos. El Estado controla además el banco central, [. . .] que a la fecha antes mencionada tenía recursos por 512 385 millones de pesos [. . .].

En cuanto a los demás bancos del Estado que a fin de 1979 contaban con recursos por más de 520 000 millones de pesos, entre los principales destacan: Nacional Financiera, el Banco de Obras y Servicios, el Banco Nacional de Crédito Rural y el Banco Mexicano Somex.

En cuanto a la banca privada, que gracias a una reforma legal reciente opera hoy en gran parte como banca múltiple —ya no especializada—, aparte de las relaciones mencionadas, el Estado autoriza y vigila su funcionamiento, dejando en realidad a unos cuantos grandes consorcios manejar recursos que al cierre de 1979 eran de más de 750 000 millones de pesos [. . .].

PRINCIPALES BANCOS PRIVADOS

<i>Institución</i>	<i>Recursos (millones de pesos)</i>	<i>Personal*</i>
Banco de Comercio	225 282	25 411
Banamex	207 519	22 152
Banca Serfín	86 136	11 688
Multibanco Comermex	73 363	9 680

* A septiembre de 1980

[. . .] el mercado de valores, al que con frecuencia se menciona como un vehículo de financiamiento de gran importancia al que supuestamente tienen acceso numerosas empresas, lo cierto es que está reservado a un pequeño número de grandes emisores. En 1979 sólo había registradas en la Bolsa de Valores de México 388 empresas, 337 con valores de renta variable y el resto con emisiones de renta fija [. . .].

EL MÉXICO DE ENTONCES Y EL DE AHORA (1910-1981)⁴²

[. . .]

Los cambios habidos en los últimos siete decenios [. . .] han hecho de México un país muy diferente del de principios de siglo. Una de las fallas de la izquierda y de ciertos sectores del movimiento obrero ha sido a menudo no comprender la verdadera dimensión de tales cambios, tender a menospreciarlos, incluso a suponer que las cosas son hoy como antes y prestar especial atención a aquellos aspectos más negativos o que acusan mayor rezago, sin reparar a la vez en los rasgos más dinámicos, y sobre todo en las contradicciones más características de cada fase del proceso, como condición para actuar sobre ellas certeramente en la lucha política [. . .].

⁴² Fragmento publicado en *Estrategia*, México, núm. 42, noviembre-diciembre de 1981, pp. 1-18.

La Revolución mexicana, el México de entonces y el de ahora

La Revolución mexicana fue sin duda un hecho histórico importante y revelador de profundas contradicciones que la sociedad mexicana de entonces no pudo resolver pacíficamente [...]. El México de 1910 era ya capitalista, en el sentido de que, siendo compleja y muy desigual la formación social existente, el capitalismo se había impuesto en ella como el modo de producción dominante.⁴³

[...] bastaría recordar hechos como la impresionante construcción ferroviaria sobre todo desde los años ochenta, la expansión de la minería y el desplazamiento de los metales preciosos por los industriales, la modernización de las obras portuarias, la multiplicación de numerosas industrias sobre todo de bienes de consumo, la expansión del sistema bancario y de la actividad comercial, la creciente afluencia de capital extranjero e incluso el aumento de la producción agrícola, los cambios en su estructura y su inserción cada vez mayor en el comercio internacional, para llegar a la conclusión de que, aun estando todavía presentes múltiples rasgos precapitalistas, el capitalismo era ya el eje del sistema socioeconómico mexicano y el mecanismo principal de articulación con el resto del mundo [...].

Abundan los hechos que comprueban que en 1910 México era un país capitalista cuya clase dominante, incluso en el campo, era ya una burguesía cada vez más consciente de sus intereses de clase y que explotaba a un proletariado y a un campesinado pobre obligado a vender su fuerza de trabajo en un mercado en el que el peso de la empresa capitalista moderna era cada vez mayor [...].

[...] los gobernantes del Porfiriato, y en particular los llamados <científicos>, se enriquecieron casi sin excepción. Francisco Bulnes hacía de memoria una lista de más de 70 altos funcionarios que en general entraron al gobierno sin dinero y que a menudo llegaron a hacer fortunas no despreciables, digamos de 2 a 6 millones de pesos de entonces.⁴⁴
[...]

⁴³ Todavía en su V Informe al Congreso el presidente López Portillo expresaba: "En 1910, un pueblo eminentemente rural, integrado en una sociedad arcaica y feudal, demandó en justicia el reparto de la tierra, considerándola su instrumento de trabajo y el camino de su liberación [...]. Con el reparto se exterminan, además, formas de dominación política, económica y social que obstruían el desarrollo de la nación."

⁴⁴ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, 1920, p. 165.

Decir que este sistema es idéntico al Porfiriato sería incorrecto e injusto [. . .] pues no vivimos en el <México bárbaro> de principios de siglo, en que la paz social la imponían las <guardias blancas>, la deportación, el destierro, la cárcel y aun la muerte. Don Porfirio decidía siempre que el siguiente presidente debía ser él mismo. Ahora, en cambio, el presidente en turno escoge para que lo suceda en el poder a uno de sus más leales y cercanos colaboradores y amigos, a aquel que a su juicio es además el mejor para el sistema. Tenemos ya la no reelección, pero nos falta el sufragio efectivo. Y sin éste no hay verdadera democracia [. . .].⁴⁵

LA CRISIS Y LA NACIONALIZACIÓN DE LA BANCA⁴⁶

[. . .]

Hacia fines de 1981 el crecimiento económico perdió impulso, acentuándose la inflación y el desequilibrio de la balanza de pagos. Pero muchos funcionarios seguían sin comprender la situación. El subsecretario de Comercio Exterior, Héctor Hernández, anunciaba terminante y deportivamente en Puerto Vallarta: “México no devaluará el peso en corto ni a mediano plazo [. . .].”⁴⁷

[. . .]

El nuevo tipo de cambio de 49 pesos y la política de <deslizamiento> diario del peso —se dijo— mantenían a éste <subvaluado> y daban un amplio margen de seguridad. Una y otra vez expresó especialmente el director del Banco de México que el control de cambios sería innecesario e inconveniente, y hacia fines de junio el secretario de Hacienda afirmó que “la coyuntura desfavorable, que [. . .] afectara tan seriamente al país, está bajo control y empieza a ser superada”.⁴⁸

A principios de agosto se produjo una nueva e inesperada devaluación del peso, el que tan sólo en un día cayó de 49 a 80-87 por dólar. Casi simultáneamente se decretó, con base en una Ley Monetaria que parecía olvidada, que las obligaciones en dólares a cargo de bancos —contratadas en el país y cuyo monto era de cerca de 12 000 millones— serían liquidadas en moneda nacional [. . .].

⁴⁵ *El Día*, 12 de octubre de 1981.

⁴⁶ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 48, noviembre-diciembre de 1982, pp. 1-29.

⁴⁷ *El Día*, 10 de octubre de 1981.

⁴⁸ *El Heraldo*, 29 de junio de 1982.

Desde julio el gobierno se había acercado a la Tesorería norteamericana en busca de apoyo, cuando ya estaba en pláticas con el FMI. Y lo cierto es que obtuvo financiamientos que en ese momento eran urgentes. El 20 de agosto, sin embargo, el secretario de Hacienda solicitó en Nueva York a los representantes de 115 bancos extranjeros un aplazamiento de 90 días en los pagos del gobierno y las empresas estatales por capital de préstamos por 10 000 millones de dólares. Tres días después se autorizó la moratoria, quedando fuera la deuda exterior de los bancos privados mexicanos, los que sin embargo esperaban contar con el apoyo oficial.

En vísperas del VI Informe presidencial se multiplicaron los rumores y algunos grupos de los más reaccionarios se lanzaron de lleno, aunque en general irresponsable e hipócritamente, a una labor de desprestigio del gobierno. En diversas zonas de la ciudad de México circularon por millares extrañas cartas y sospechosos documentos. Los <cacerolistas>, haciendo gala de un anticomunismo enfermizo invitaban a las amas de casa a protestar, a no comprar y a la vez a hacer compras de pánico [...].

El presidente de la República tenía la palabra, y su discurso conmovió a la nación.

México —señaló en uno de los principales pasajes de su Informe al Congreso— al llegar al extremo que significa la actual crisis, no puede permitir que la especulación financiera domine a su economía [...]. Tenemos que cambiar [...].

Tenemos que organizarnos para salvar nuestra estructura productiva y proporcionarle los recursos financieros para seguir adelante; tenemos que detener la injusticia del proceso perverso: fuga de capitales-devaluación-inflación [...].

Éstas son nuestras prioridades críticas.

[...] para responder a ellas he expedido en consecuencia dos decretos: uno que nacionaliza los bancos privados del país y otro que establece el control generalizado de cambios [...]. Es ahora o nunca. Ya nos saquearon. México no se ha acabado. No nos volverán a saquear.

La nueva estrategia y la crisis

No es necesario recordar en forma prolija lo que [...] se proponía lograr el plan de gobierno y lo que realmente consiguió. [...] la balanza de pagos arrojaría en 1981-1982 un superávit de 5 000 millones de dólares y

tan sólo el año pasado terminó con un déficit de cerca de 12 000 millones, la deuda exterior debía incluso disminuir y sobrepasa ya los 80 000 millones de dólares y el peso se fortalecería, cuando lo cierto es que se ha desplomado.

La estrategia del gobierno hizo del petróleo el pivote del desarrollo, confiando en que generaría un excedente cuya utilización racional permitiría conquistar la independencia económica. Y más adelante se insistía: “[...] por primera vez se tendrá una verdadera independencia financiera que asegure la autodeterminación nacional y permita al país [...] dar un salto decisivo en su historia [...]”.⁴⁹

Éste fue acaso el más serio error. La crisis se atribuyó esencialmente a la dependencia financiera externa y de ahí a pensar que si ésta se superaba con el petróleo no habría crisis, mediaba solamente un paso [...].

La dependencia, sin embargo, no era ni es sólo financiera y fundamentalmente externa, sino estructural y básicamente interna, o sea múltiple, compleja, ligada indisolublemente al carácter y a las formas dominantes de las relaciones de producción —de ningún modo circunscrita a la esfera de la circulación—, y reveladora de la incapacidad de la burguesía y concretamente de la oligarquía mexicana para romper con el imperialismo y abrir al país un desarrollo capitalista independiente [...].

Nacionalización de la banca y control de cambios

Para empresarios privados y corrientes de derecha —aunque desde luego con variantes— la expropiación fue injusta e innecesaria, un golpe a la libertad individual y de empresa, una violación del sistema de <economía mixta> y una medida anticonstitucional y totalitaria, “que forma parte de un plan maquiavélico para llevar a México al socialismo”, y que, en vez de aliviar, agravará la crisis económica [...].

En círculos gubernamentales se reiteró el carácter constitucional, democrático, nacionalista, vigorizador de la rectoría del Estado, preventivo de un posible colapso financiero, redistribuidor del ingreso y revolucionario de las medidas presidenciales.

El FMI calificó las medidas como “un acto de soberanía”. *El Financial Times*, de Londres, consideró que “el gobierno [...] fortaleció su autoridad [...]”. Según *The New York Times*:

⁴⁹ *Plan Nacional de Desarrollo Industrial*, México, 1979, pp. 21 y 29.

La nacionalización [...] es para salvar a los bancos de la insolvencia [...]. La mayoría de los banqueros norteamericanos [la] aplaudieron [...] como un paso necesario para estimular la confianza internacional en el sistema bancario mexicano [...].

En general los acreedores extranjeros dejaron sentir satisfacción porque al nacionalizar los bancos el Estado mexicano se hacía cargo de sus obligaciones [...].

La estatización de la banca

Los bancos expropiados fueron 54: 29 que operaban como banca múltiple, es decir, en los más diversos campos dentro de una sola institución o grupo, y 25 como bancos especializados, en general de carácter regional y de menor importancia. En conjunto contaban con casi 150 000 empleados.

Lo expropiado fueron los activos, o sea los recursos totales de los bancos, que al 30 de junio último ascendían a 2 billones 400 000 millones de pesos [...] de los que el grueso correspondía a los cinco bancos siguientes:

ACTIVOS DE LOS PRINCIPALES BANCOS EXPROPIADOS

<i>Banco o grupo bancario</i>	<i>Millones de pesos</i>
Banamex	666 630.9
Bancomer	651 754.5
Serfín	279 482.9
Comermex	229 992.9
Atlántico	69 473.7

No fue afectada la banca mixta, esto es, dos instituciones: Banca Somex y el Banco Internacional —éste afiliado a la Nacional Financiera— porque ya estaban en poder del gobierno, y tampoco fue expropiado el Banco Obrero, cuyo activo es de unos 4 000 millones de pesos, ni la sucursal del National City Bank.

Para apreciar mejor el alcance de la expropiación debe recordarse además que formaban parte del activo de los bancos afectados inversio-

nes en compañías de seguros, afianzadoras, casas de bolsa, arrendadoras, etcétera, y también en empresas industriales y comerciales; a la suma ya señalada habría que añadir otra no despreciable, por tales conceptos [...].

¿Qué representan los capitales netos expropiados de los que en conjunto posee la oligarquía mexicana? Es casi imposible saberlo. Y sin embargo, es menester intentarlo así sea burdamente, pues de otra manera nuestro análisis sería muy insuficiente [...].

El efecto de las expropiación no fue el mismo en cada caso. Las situaciones más representativas fueron quizá las siguientes: 1] la de quienes, siendo fundamentalmente banqueros, resultaron gravemente dañados; 2] la de aquellos para quienes, aun siendo muy importantes las inversiones expropiadas, sólo eran parte de capitales mucho mayores; 3] la de quienes eran inversionistas minoritarios pero que ejercían gran influencia en ciertos bancos, o que tenían inversiones significativas en ellos; 4] la de quienes perdieron en realidad el brazo bancario de sus grupos, pero cuyos negocios industriales eran los más importantes; 5] la de inversionistas extranjeros de diversa significación, y 6] la de personas en general relativamente modestas, incluyendo millares de funcionarios y empleados bancarios que mantenían parte de sus ahorros en acciones de los bancos expropiados.

Muy toscamente podría estimarse que los accionistas de tales bancos eran unos 28 a 30 000, pues sobre todo Banamex y en menor medida Bancomer vendieron desde hace años acciones al público a través del mercado de valores. No obstante, se tiene la impresión de que el grueso de dichas acciones se concentraba tal vez en no más de 250 a 300 inversionistas.

Alcance real de las medidas

[...] la nacionalización de la banca fue sin duda importante, fue una decisión política de alto nivel, de las de mayor significación en mucho tiempo, y no simplemente un acto administrativo o burocrático [...].

La nacionalización afectó gravemente como hemos visto a prominentes miembros de la oligarquía y a ciertos grupos monopolistas, a otros les causó daños considerables pero no decisivos, a otros más los afectó en no mayor medida [...]. Aunque su magnitud dependerá también sobre todo a partir de aquí, de cuándo, cómo y en cuánto los in-

demnisen, pues obviamente no es lo mismo que el gobierno lo haga de inmediato, en efectivo y por una suma X, a que ello sea en un futuro lejano e incierto, en parte en especie y por una cantidad muy inferior. Y hasta estos momentos no se sabe cómo se procederá.

El daño a los ex banqueros, sin embargo, no debiera exagerarse. Probablemente la pena de los grupos empresariales debió haberse expresado con medio luto, como su indignación no llegó a manifestarse —como pretendían algunos— con ruidosas manifestaciones y aun actos de sabotaje, entre otras cosas porque tienen muchos intereses que defender.

La expropiación de los banqueros no es confiscatoria. Si bien los priva del control de un poderoso aparato, se les compensará con miles de millones de pesos, y sobre todo, se les deja en general con muchos otros medios de producción en sus manos y con la posibilidad de acumular capital, o sea de seguir explotando a decenas de miles de trabajadores en grandes consorcios monopolistas que operan y seguirán operando en condiciones muy favorables y que seguramente contarán con el apoyo de la banca estatal como antes lo tuvieron de los bancos privados.

Lanzarse contra toda la burguesía o siquiera contra su poderosa fracción oligárquica habría sido punto menos que suicida [. . .]. Los dueños de los bancos resultaban el enemigo ideal. Su impopularidad, su próspera imagen, su indudable influencia en la dolarización de la economía, el apoyo que seguramente no pocos de ellos dieron a los <sacadolares>, su carácter de intermediarios financieros supuesta o realmente desvinculados de la producción, y que en plena crisis fomentaran la especulación e hiciera pingües ganancias al amparo de la libertad de cambios, los volvía la mejor elección. Y los banqueros no eran sólo un <chivo expiatorio>. Tenían vela en el entierro.

La perspectiva

Estrategia no menosprecia las medidas recién adoptadas por el gobierno. Las considera importantes y está convencida de que pese a limitaciones y fallas, como las que están ya presentes en el mercado negro que ha surgido al margen del control cambiario —dentro y fuera del país— constituyen un sistema mejor que el previo, es decir, que una banca privada de la que eran dueños unos cuantos multimillonarios y

una libertad de cambios perjudicial para la nación y que fundamentalmente beneficiaba a los ricos, incluidas las empresas transnacionales.

Pero creer que México podrá ser ahora realmente independiente para utilizar racionalmente los recursos financieros de los que hasta hace unas semanas carecía, es dejarse llevar por el entusiasmo y no ver las cosas como son.

A la inversa de lo que suele creerse a menudo, no es la distribución del ingreso, o en particular de los recursos financieros, lo que determina el curso del proceso económico. Son las relaciones de producción y concretamente el régimen de propiedad privada lo que condiciona la distribución de tales recursos [...].

PERFIL REGIONAL DE MÉXICO.⁵⁰
LA REGIÓN DE TIJUANA

[...]

Si hay un rasgo que defina a la faja fronteriza y en particular a la región de Tijuana ése es la dependencia. Ésta se aprecia de las maneras y en los planos más diversos. Tijuana depende de los Estados Unidos debido al turismo norteamericano y la corriente de visitantes fronterizos que en su mayor parte regresan a sus lugares de origen unas horas después de que arriban; sus habitantes están acostumbrados a comprar en los Estados Unidos buena parte de los bienes y servicios que consumen, y las propias tiendas locales manejan —y sobre todo manejaban hasta antes de las últimas devaluaciones del peso— artículos importados. Millares de mexicanos trabajan en lugares cercanos de California y regresan a Tijuana al fin de su jornada. Tradicionalmente ésta fue la ciudad más dolarizada de México, una en la que la divisa estadounidense se usaba inclusive más que el peso. En fin, numerosos trabajadores prestan sus servicios en empresas extranjeras como en su mayor parte son las maquiladoras; el contacto con los norteamericanos en la vida diaria es muy estrecho, muchos niños y jóvenes estudian en escuelas de lugares cercanos; las gentes acomodadas, incluyendo un buen número de personas procedentes de la pequeña burguesía y las capas medias tienen cuen-

⁵⁰ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 58, julio-agosto de 1984, pp. 1-24.

tas en dólares en bancos estadounidenses del sur de California; la televisión yanqui entra a través de varios canales como si fuera local y es vista por decenas de miles de personas que a menudo hacen suyos y aceptan acríticamente los valores del *<american way of life>*, el inglés se oye sobre todo en los negocios y medios turísticos, y no pocas mujeres, desde luego principalmente ricas, dan a luz en sanatorios norteamericanos, a fin de que sus hijos tengan la posibilidad de elegir la nacionalidad yanqui, o al menos para que, habiendo nacido en los Estados Unidos, les sea más fácil la relación con este país.

Otro rasgo característico de Tijuana consiste en que su crecimiento ha sido muy rápido —en verdad casi explosivo— y en que por consiguiente todo cambió en pocos años; desde el número de habitantes y el origen de los mismos, hasta la composición de la actividad económica, el comercio, el mercado de trabajo, el capital y las formas y mecanismos de relación con la potencia del Norte.

Lo que, de paso, demuestra que la dependencia no conduce como algunos creen al estancamiento, sino a procesos de desarrollo que incluso pueden ser muy acelerados, pero cuyas deformaciones suelen ser también muy profundas.

La economía de Tijuana y la actual crisis

Aunque Tijuana ha sido afectada por la actual crisis menos que la zona metropolitana de la capital, y que Monterrey o Guadalajara, su crecimiento en los dos últimos años fue lento.⁵¹

Las maquiladoras

Cerca de un tercio de las empresas maquiladoras que hoy operan en México lo hace en Baja California, y el grueso de éstas, hoy acaso unas 150, tiene su sede en Tijuana y unas 20 en Tecate, que en realidad es parte de la misma región. Se estima que el 90% de dichas empresas son extranjeras, incluso totalmente extranjeras, y que en el 10% restante participa capital mexicano. A las estadounidenses siguen las empresas japonesas que venden principalmente al mercado norteamericano. Las em-

⁵¹ Banamex, *Examen de la situación económica de México*, México, núm. 701, abril de 1984.

presas mexicanas operan habitualmente como subcontratistas que trabajan para alguna empresa extranjera.

Las maquiladoras [. . .] gozan de un régimen especial que tiende a estimular la exportación y el desarrollo fronterizo. En la región de Tijuana [. . .] emplean, según diversas estimaciones, entre 25 000 y 32 000 trabajadores, conviniéndose en que a la fecha son el eje de la actividad industrial. En algunas empresas muy cerradas, el grueso del personal directivo es extranjero [. . .]. Pero cada día es más frecuente contratar ejecutivos mexicanos. Los campos principales en que operan las maquiladoras son electrónica, vestido y confecciones, juguetes, autopartes y empresas clasificadoras de cupones empleados por empresas norteamericanas con fines de promoción y publicidad.

En general, las empresas de que hablamos no tienen instalaciones propias. Usualmente las rentan a inversionistas mexicanos [. . .]. En un principio las instalaciones eran muy improvisadas y pobres. Ahora suelen ser mejores y más permanentes, pues las maquiladoras han demostrado no ser industrias <golondrinas>.

El grado de integración a la planta productiva nacional sigue siendo muy débil, estimándose que el consumo de productos nacionales es muy pequeño. No obstante, las maquiladoras se vinculan cada vez más al mercado de trabajo y pagan sumas considerables por concepto de sueldos y salarios, rentas de terrenos y edificios, seguros, servicios de transporte y otros, y contratación de personal especializado [. . .], lo que de diversas maneras impulsa el crecimiento económico, aunque al precio de acentuar la dependencia y en condiciones que desde luego no son las más deseables para un país como el nuestro.

El capital nacional

[. . .] Si bien el municipio de Tijuana es casi totalmente urbano —en 90%—, y no hay una actividad agrícola ni una población rural comparable a la de Mexicali o Ensenada, existe un capital nacional que incluso ha tendido a concentrarse y centralizarse al calor de la inflación y de la crisis [. . .].

La industria manufacturera —excluidas las maquiladoras— está poco desarrollada. Pero también hay en ella capitales mexicanos significativos [. . .].

En cuanto al comercio, actividad que absorbe buena parte del ingreso y emplea a la mayor parte de la población activa en Tijuana, el rasgo más característico es el crecimiento y diseminación de las tiendas en cadena y de nuevos centros comerciales. En cuanto a las primeras opera en la región desde hace tiempo la norteamericana Sears Roebuck, y recientemente entran Comercial Mexicana y Blanco, que compra unos 10 supermercados a la empresa local Mercados Limón. Entre las cadenas regionales, empiezan a operar La Soriana (Torreón), Astra (Monterrey) y Mercados Ley, que se inicia en Sinaloa y ahora al aparecer asociada a Safeway, se extiende a Baja California después de hacerlo en Sonora. Y por lo que hace a las cadenas propiamente bajacalifornianas, la más importantes es Calimax (grupo Fimbres) que maneja unos 10 grandes supermercados en el norte del estado.

Algunos problemas

El rápido crecimiento de Tijuana no sólo no resuelve, sino que agrava ciertos problemas. La región requiere con urgencia obras y servicios que permitan desde regularizar el abastecimiento de agua hasta ofrecer a millares de personas vivienda digna. La base industrial de Tijuana y sobre todo la que no está en poder de las maquiladoras extranjeras es todavía débil. El peso de la actividad improductiva es muy grande y la dependencia respecto al exterior muy profunda, lo que en parte se expresa en un bajo grado de integración nacional. Con frecuencia algunos empresarios se quejan de que falta mano de obra y muchos trabajadores de que no hay empleo. Y ambas cosas suelen ser ciertas. Quienes no consiguen fácilmente ocupación ni logran entrar a los Estados Unidos suelen vivir en condiciones muy precarias [...].

El valle del Mexicali. Antecedentes y situación actual

Baja California fue, durante siglos, una porción lejana y olvidada del territorio nacional. Los extranjeros y en particular los Estados Unidos siempre la codiciaron, y en verdad pudo haber caído en su manos, a partir de las generosas concesiones que el gobierno otorgó. El rico valle de Mexicali, concretamente, que a diferencia de otros lugares contaba con agua para riego, fue a lo largo de años el dominio de la Colorado River Land Company.

En los años cincuenta la región creció con rapidez. Pero hacia fines del decenio el mercado algodonnero mundial se vio afectado por la decisión del gobierno norteamericano de disponer de sus grandes existencias de la fibra, a precios de *dumping*. Posteriormente, [. . .] los bajos precios, el encarecimiento del cultivo y sus relativamente bajos rendimientos [. . .] hicieron que el algodón perdiera importancia, y que algunos agricultores empezaran, como en el valle Imperial vecino, a cultivar hortalizas y ciertos frutales. Y hoy la región, con unos 700 000 habitantes de los que pocos menos de la quinta parte vive en el campo, comprendiendo el área sonorense próxima a San Luis Río Colorado, aprovecha alrededor de 220 000 hectáreas, que fundamentalmente se destinan a algodón, trigo, alfalfa y entre las hortalizas el espárrago, el brócoli y el cebollín.

A diferencia de otras zonas, la agricultura en Mexicali es fundamentalmente ejidal. Y aunque no dejan de rentarse algunas tierras ejidales, la mayor parte de los predios están en manos de sus propietarios y no son comunes las grandes explotaciones del tipo de las de Sonora y Sinaloa. En años pasados, sin embargo, varias decenas de personas sembraron centenares de hectáreas e hicieron capitales considerables en la agricultura [. . .].

En años recientes se alivió el problema del ensalitramiento y aumentó el caudal del río, y si bien éste inundó algunas tierras, a la vez hizo posible segundos cultivos [. . .].

Industrialización y desarrollo del capitalismo

En la región hay poca avicultura y porcicultura, ramas en las que Mexicali se abastece en parte desde Sonora y con productos de importación. No hay cría de ganado vacuno, pero la engorda es importante [. . .], la agroindustria está bastante desarrollada. Aparte de varias despeditadoras ejidales hay todavía dos extranjeras: Esteve Hermanos y McFadden, y tres más de capitalistas locales: Aginsa (Flores y otros) y las de Héctor Sada Quiroga y Rodrigo Valle [. . .].

Aunque Mexicali no es propiamente una región industrial, actualmente hay centenares de empresas en su mayor parte pequeñas y medianas [. . .]. Entre las empresas de mayor significación destacan quizás unas 30 que operan en la rama alimentaria, metalmecánica, química y otras. Ken-

worth Mexicana es probablemente la principal empresa industrial de la región. Se trata de una fábrica de tractocamiones que asocia a la familia Vildósola y la Kenworth norteamericana. Hasta hace poco tiempo, con el auge, la planta de Mexicali empleaba 2 700 trabajadores, fabricaba 13 unidades diarias y proyectaba crecer hasta 20. Después, golpeada duramente por la crisis, despidió a mil personas y su producción se demoró a la mitad [. . .].

En la industria de la construcción, entre los principales destaca desde hace años el grupo de Mario Hernández (Heco, S.A.), conocido empresario e inversionista, comerciante, propietario de terrenos y fraccionador, presidente del club de béisbol y persona siempre vinculada al PRI y con gran influencia política. Otro fraccionador y constructor es Carlos Sparrow Sada (Casas Eternas). Y otros más Braulio Pallares (Espana) y Humberto Guzmán (Constructora Hucla) [. . .]. La familia Wong, de origen chino, es también muy importante en el mercado de bienes raíces. [. . .] en el principal Parque Industrial de Mexicali están asociados Mario Hernández y Héctor Sada [. . .].

En el comercio, actividad que ha crecido bastante en los últimos años, la principal cadena de supermercados es la ya mencionada Calimax (Grupo Fimbres). Visa, de Monterrey, opera en la región a través de numerosos —15 a 20— minisupers; lo hace también Mercados Ley, y en otras líneas comerciales destacan cadenas como Sears, Salinas y Rocha, Canadá, 3 Hermanos, las tiendas La Popular y la mencionada Dorians (del grupo Gavalcón), además de Astra, que en Mexicali compró Héctor Sada.

El comercio de automóviles, que suele ser muy representativo del peso de ciertos capitales, en Mexicali está, como otras importantes actividades, en poder de personas cuyos nombres sonarán ya muy familiares al lector. De nuevo Mario Hernández (Motores de Mexicali) es distribuidor de General Motors en el valle y de la Ford en Tijuana (Autoproductos del Pacífico) [. . .].

En resumen, el capital regional de Mexicali es importante y está muy concentrado. De una manera inicial y burda podría pensarse que en él destacan unos 20 grupos, tras de los cuales habrían de listarse quizá de 40 a 50 de menor importancia, y más abajo quedarían unas 1 500 familias —o sea algo así como el 1% de la población total— con una posición muy próspera, capitales considerables y alto nivel de ingreso y de vida.

La industria maquiladora

En años recientes Mexicali se convirtió también en un centro [maquilador]. Se estima que ahí operan más de 60 empresas que [...] en su casi totalidad son extranjeras y sobre todo norteamericanas. En la ya larga lista de dichas empresas están consorcios tan poderosos como Rockwell International, Hughes Aircraft, Western Gear, Vanguard Electronics y Emerson Electric [...].

Problemas y perspectivas de la región

El valle de Mexicali es sin duda una importante región del país cuyo progreso es innegable y que explicablemente enorgullece a sus habitantes, muchos de los cuales proceden de Sonora y en menor medida de Michoacán, Jalisco y otras entidades. Tan sólo en los últimos 20 años la ciudad ha logrado avances que la colocan por encima de muchas otras de la República.

El analfabetismo, por ejemplo, es muy bajo. El nivel de calificación de los trabajadores es relativamente alto; las posibilidades de educación, incluso en nivel profesional, crecientes, y las condiciones de vida, pese a no pocas insuficiencias y problemas, mejores que en otros sitios. No obstante, Mexicali sigue siendo para muchos mexicanos una mera escala hacia los Estados Unidos y un lugar en el que las posibilidades de trabajo son limitadas y la vida difícil. Aunque recientemente han mejorado las condiciones de habitación, hay todavía una grave escasez y numerosas familias viven en condiciones muy pobres. La crisis ha afectado desde luego a la región, de manera similar que a Tijuana [...].

[...] Mexicali está en marcha y va hacia adelante. Pensar que ahí sólo hay atraso, subordinación a los yanquis y disgregación de nuestros mejores valores y tradiciones culturales sería adoptar una posición errónea y conservadora incapaz de entender las nuevas realidades en proceso de desarrollo. Pese a todo, y por fortuna, Mexicali sigue y seguirá siendo México. Y será por tanto responsabilidad de los mexicanos decidir lo que haya de ser ese rico valle en el futuro, un futuro ya cercano y que plantea insoslayables responsabilidades. Los mexicanos en particular tendrán que optar o bien por un desenvolvimiento agroindustrial con bases sólidas y propias, por una integración creciente en su tierra y su economía al resto del país, por el rescate y defensa de nuestras tradicio-

nes nacionales y populares más ricas y genuinas, y por la convivencia pacífica y amistosa con el pueblo norteamericano, basada en la no intervención y el respeto mutuo, o de luchar por condiciones realmente mejores y más dignas, tendrán que conformarse con ver el valle y la Baja California toda convertida en una neocolonia del capital norteamericano, en la que los jóvenes, hombres y sobre todo mujeres, se vuelvan un ejército de mano de obra barata y superexplotada por un capital trasnacional al que nada importan nuestros problemas ni nuestras legítimas aspiraciones. El pueblo, pues, con lo que haga y deje de hacer cotidianamente, habrá de decidir su propia suerte.

EL NOROESTE, <EMPORIO> CAPITALISTA⁵²

Para comprender lo que acontece en los campos de Sonora y Sinaloa es necesario recordar algunos de los rasgos del desarrollo del capitalismo en la agricultura del noroeste, a partir de los años treinta:

- Entre 1936 y 1938 se modifica sensiblemente el régimen de tenencia de la tierra en esa región. El gobierno de Cárdenas afecta los principales latifundios nacionales y extranjeros y en su lugar se diseminan los ejidos y las nuevas propiedades inafectables, que unos años más tarde, al reformar el artículo 27 de la Constitución, Alemán convertiría en <pequeñas> propiedades.
- Mientras algunos ejidos se establecen en buenas tierras de riego, otros quedan dispersos en predios de menor calidad y disponen de muy pequeñas extensiones: no de 20 hectáreas como en Mexicali o de 10 como en el Yaqui, sino solamente de 4 o 5.
- Las diferencias iniciales entre las <pequeñas> propiedades y los ejidos se acentúan rápidamente. Los nuevos predios familiares de los agricultores ricos alcanzan a menudo, desde un principio, varios centenares de hectáreas. Y cuando a fines de los años cuarenta la agricultura empieza a ser un gran negocio, nuevos terratenientes amplían sus explotaciones a través de la compra de tierras y el arrendamiento ilegal de ejidos y de genuinas pequeñas propiedades.

⁵² Fragmento de "Neolatifundismo en el Noroeste", publicado en *Estrategia*, México, núm. septiembre-octubre de 1976, pp. 1-9.

- En los últimos 25 años la desigualdad se intensifica. La ampliación de los sistemas de riego, el mejoramiento de los transportes y las comunicaciones, la expansión del crédito comercial y bancario, la creciente mecanización [...] del proceso agrícola y sobre todo la explotación masiva de trabajadores asalariados, estimulan grandemente el desarrollo de una burguesía que empieza siendo fundamentalmente agraria, se vuelve más tarde agrocomercial y hoy día es, al menos en sus estratos más poderosos, una burguesía compleja que participa en las más diversas actividades y que en algunos casos desborda el plano regional y es parte integrante de una oligarquía monopolista cuya influencia en la economía y la política nacionales es cada vez mayor.
- En cuanto a los trabajadores, sin cuya mano de obra abundante y barata habría sido imposible el desarrollo capitalista del Noroeste, el Estado y especialmente el mercado —o sea la propia dinámica de la explotación capitalista— contribuyen a que los nuevos empresarios agrícolas dispongan de suficientes hombres, mujeres e incluso niños y adolescentes para las faenas del campo [...].

LA COSTA DE HERMOSILLO

[...] En ella se ha producido un significativo desarrollo tecnológico basado en la perforación de pozos para riego, uso generalizado de maquinaria, aplicación de semillas de alto rendimiento, grandes cantidades de agroquímicos y un régimen de bajos salarios que refleja la explotación de los trabajadores permanentes y la sobreexplotación de los asalariados temporales y estacionales.

A diferencia de los valles del sur de Sonora en que para la conformación de las áreas agrícolas se sigue una vía parcialmente ejidal, en la costa el camino es casi exclusivamente privado, salvo por lo que hace a unos cuantos ejidos en tierras cercanas a Hermosillo regadas por el río Sonora, y aunque existen algunos genuinos colonos, la mayor parte de la tierra se deja en manos de grandes propietarios, que cotidianamente demuestran que aquélla no es de quien la trabaja, sino de quien con capital pone a trabajar a los demás.

La costa se ha especializado en cultivos tradicionales como el trigo, cártamo, algodón y frijol. Ante la escasez de agua, sin embargo, los fru-

tales —vid, cítricos y durazno— se señalan como los más adecuados y reutilizables, y lo mismo acontece con el nogal.

En la costa la batalla por el uso del suelo entre productos básicos y no básicos ha arrojado como saldo la pérdida en importancia del área triguera, ante el cambio del patrón del cultivo que recientemente se ha orientado hacia los más rentables, como el garbanzo que se destina casi en su totalidad a la exportación, y la vid, que comenzó a cultivarse en los primeros años de la década de los sesenta y que actualmente alcanza alrededor de 10 000 hectáreas en producción.

La costa de Hermosillo exhibe un alto grado de concentración de la propiedad. En un reciente estudio sobre el padrón de usuarios se estima que 27 familias controlan más de 50 000 hectáreas y cerca de 210 pozos, destacando entre los grandes agricultores los Mazón, Valenzuela, Tapia, Obregón, Aguirre, Escalante, Ciscomani, Hernández, Astiazarán, Villaescusa, Tirado, Camou, Pavlovich y otra docena de familias.

En la ciudad de Hermosillo operan algunas empresas de importancia nacional: Bimbo del Noroeste (Grupo Bimbo); Cementos Portland (Grupo ICA-Tolteca); las vitivinícolas Domecq, Vergel y Osborne; las embotelladoras de Coca-Cola y Pepsi-Cola y algunas empresas regionales como Molino Harinero La Fama (Fernández); Molino San Luis, Aceites y Derivados del Pacífico, Ganadera Valmo (Grupo Valenzuela), y Lácteos de Sonora, Frigorífica y Empacadora, y Mezquital del Oro, las tres pertenecientes al grupo Mezero (de los Gutiérrez).

La región de Hermosillo tiene todavía un escaso desarrollo manufacturero, aunque en años recientes han surgido algunas empresas en diversos campos. El crecimiento urbano en cambio ha impulsado la industria de la construcción, actividad que como el resto de la economía está fundamentalmente en poder de la misma fracción oligárquica.

[...]

La actividad maquiladora —pagar en pesos y vender en dólares— como vía de industrialización antes limitada a la faja fronteriza, comienza a ganar terreno hacia el interior. Así, a la división política entre México y los Estados Unidos se sobrepone una división económica que se integra y complementa al mercado norteamericano. El caso en Hermosillo de la planta de automóviles de la Ford Motor Co., que está por construirse y que según se dice dará empleo, directo e indirecto, a cerca de 10 000 personas, es fiel reflejo de esta situación.

Concentración de la propiedad

En suma, en Hermosillo se ha consolidado toda una fracción oligárquica de influencia regional y en varios casos incluso hasta nacional; tal es el caso de una docena de familias, entre las que destacan las siguientes: los Gutiérrez, por ejemplo, controlan 11 empresas y participan en otras tantas en diversos ramos. Los Valenzuela son propietarios de 12, y tienen una significativa participación en otras seis. Los Tapia controlan también 12, y están estrechamente relacionados con otros seis negocios. Los Mazón manejan ocho y participan como socios minoritarios en otras tantas. La familia Pavlovich es dueña de 10 empresas y está asociada a varias más. Los Escalante tienen en su poder seis empresas y los Astiazarán cuatro a cinco, pero ambas familias tienen intereses en otras empresas regionales [...].

En el plano político, la burguesía rural y urbana se ha mantenido tradicionalmente vinculada al PRI [...].

Nuevas formas de intervención

La perspectiva de presencia masiva de capital extranjero para tratar de convertir a México en un país maquilador complementario de las necesidades de la economía estadounidense y de una frontera nómada que avanza hacia el interior de la república para “taiwanizar” a la nación no deja de ser inquietante y confirma que los viejos métodos de invasión y robo de territorios, al menos en nuestro país, han quedado atrás [...].

Mucho se ha insistido en que la Revolución mexicana fue la primera revolución social del siglo XX; sin embargo, lo cierto es que [...] en el campo mexicano la tierra no es de quien la trabaja, sino de quien dispone de recursos y explota a quienes trabajan.

Los valles del Yaqui y Mayo

La región de los valles del Yaqui y del Mayo, en el sur de Sonora, constituye el corazón agrícola del noroeste, con una extensión de 340 000 hectáreas de tierras de riego consideradas entre las más fértiles del país.

Su población asciende a casi medio millón de personas, de las cuales el 70% se concentra en Ciudad Obregón (la segunda en importancia

en el estado), y en menor medida en Navojoa y Huatabampo. El resto se halla dispersa en pequeños poblados cercanos a los campos.

En los valles del Yaqui y Mayo las principales luchas se han dado en torno a la tierra. La historia de la región es inseparable del despojo violento de sus antiguos pobladores, las yaquis y los mayos, cuyo momento más álgido fue la <guerra del Yaqui> en el Porfiriato, que dejó un saldo de decenas de miles de vidas segadas y un número también elevado de indígenas deportados, de hecho en calidad de siervos, a las fincas henequeneras de Yucatán.

No será sino hasta el periodo cardenista cuando aparezca por los ricos valles la reforma agraria [...].

Sin embargo, en las décadas siguientes, en el marco de una política nacional abiertamente favorable a los intereses de la burguesía agrícola, los ejidos colectivos sufren una dura ofensiva política y económica hasta ser desarticulados y sometidos al poder de la burguesía regional, generalizándose el rentismo ejidal.

Crecimiento y transformación del Yaqui

La frontera agrícola creció en forma considerable hasta alcanzar a finales de los años cuarenta las 100 000 hectáreas. En la década siguiente, la construcción de grandes y costosas obras de infraestructura hidroagrícola por parte del gobierno federal —principalmente la presa del Oviachic y el canal alto—, así como la conformación de un complejo aparato estatal de apoyo (crédito, seguro agrícola, abastecimiento de insumos, comercialización y otros servicios), permitieron el despegue definitivo de la superficie sembrada, hasta sobrepasar las 200 000 hectáreas.

En esas condiciones, el valle del Yaqui fue el principal escenario en que se desarrolló la llamada <revolución verde>, que se ha convertido en el arquetipo de desarrollo capitalista transnacionalizado de la agricultura mexicana y a la que los descendientes de la <familia revolucionaria>, convertidos ahora en prósperos latifundistas, se adaptaron mejor que a la de 1910. La <revolución verde>, impulsada por la Fundación Rockefeller, consistió en el descubrimiento de nuevas variedades genéticas de trigo que, asociadas a un paquete tecnológico intensivo en el uso de maquinaria e insumos industriales, elevó sustancialmente los rendimientos de este cultivo, convirtiendo a la región en la zona triguera más importante del país.

Actualmente, el 80% de la superficie sembrada la ocupan cuatro cultivos: el trigo con 45% y el algodón, el cártamo y la soya con porcentajes cercanos al 12 cada uno. Del total de trigo producido en el país, cerca del 40% proviene de Sonora, y la región Yaqui-Mayo aporta entre el 65 y 70% de ese total estatal; en ella se produce también el 100% de la soya, el 75% del cártamo y el 45% del algodón de la entidad, cultivos en los cuales Sonora ocupa un importante lugar en escala nacional.

Las primeras agroindustrias fueron molinos de trigo y arroz y más tarde despepitadoras de algodón (Anderson Clayton, Hohenberg, McFadden, Volkart y otras) en los años en que este cultivo se convirtió en el <oro blanco> debido a la demanda internacional [...].

Las empresas más integradas del sur de Sonora son Gamesa, del grupo Santos de Monterrey —la que con 2 400 trabajadores es también la más grande— y Anderson Clayton, de capital norteamericano.

En los últimos 15 a 20 años en la zona se ha desarrollado la avicultura y más recientemente la porcicultura, siguiendo pautas tecnológicas, empleo de razas mejoradas y uso intensivo de alimentos balanceados [...].

Concentración económica y estructura de poder

En la región del Yaqui y Mayo existe una aguda concentración de la riqueza [...]. Buena parte de la tierra, el agua y la maquinaria son controladas por un puñado de latifundistas, entre los que sobresalen las familias Parada, Bórquez, Tapia, Esquer, Oroz, Olea, Obregón, Díaz Brown, Gallegos, Mejía, Elías Calles, Ramos y Antillón en el Yaqui. En cuanto al valle del Mayo —que fue poco afectado por la expropiación de 1976—, entre los principales agricultores están Fernández, Almada, Bouvet, Ibarra, Valenzuela, Bárcenas, Talamantes, Rodolfo Rosas, Aguilera, Terminel y Salido [...].

La avicultura se encuentra fuertemente concentrada por las empresas Bachoco (R. Bours) y Rancho Grande (Germán Tapia), las que absorben la mitad de la producción del Yaqui, de cerca de 7 millones de aves, en tanto que cinco familias concentran una proporción similar en el Mayo.

En la porcicultura, en ambos valles se explotan cerca de 32 000 vientres, pero más de la mitad de ellos están en poder de 12 familias, entre las que destacan los Bours, González, Laborín, Guzmán Merino, Cuevas, Bórquez, Sonoqui, Castañón, Zaragoza, Salido y Gutiérrez. Y en Huatabampo, los Ruiz son propiamente los dueños de la porcicultura.

En la industria, comercio y servicios —ahora ya excluida la banca, de lo que algunas personas derivaron cuantiosas indemnizaciones que de paso les permitieron enviar más dinero a los bancos norteamericanos—, tan sólo en el Yaqui sobresalen ricos hombres de negocios como los Bours, Félix Serna, González, Laborín, Vargas, Castelo, Miranda, Valenzuela, Dabdoud y Astiazarán.

La burguesía se encuentra estratificada, teniendo en su cima una capa cuyo poder económico y político rebasa el ámbito regional. Esta capa, cuya cabeza son los Robinson Bours, se asienta en un capital que penetra en diversas ramas (actividades pecuarias, antiguo accionista principal de Unibanco, representante de empresas norteamericanas distribuidoras de maquinaria agrícola, camiones, automóviles e insecticidas; socio de empresas hoteleras y de otros negocios en Baja California y Jalisco, así como cuantiosas inversiones y depósitos en el extranjero).

En un siguiente estrato se encuentra la burguesía agrocomercial y agroindustrial cuyos negocios tienen un alcance regional y en ocasiones estatal [...].

Trabajadores, jornaleros y campesinos

Los jornaleros constituyen el sector más numeroso y en general más desprotegido. Está constituido por ejidatarios que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo, por jornaleros sin tierra que trabajan en forma permanente o eventual y por jornaleros migrantes provenientes de otros estados. A diferencia de la costa de Hermosillo, en el Yaqui los trabajadores de planta no se encuentran sindicalizados.

Los jornaleros emigrantes (conocidos como <golondrinos>) acuden a los valles en un número cercano a las 50 000 personas en los meses de mayor demanda de mano de obra, especialmente durante la pizca del algodón. A pesar de su importante contribución a la generación de la riqueza, sus condiciones de vida y de trabajo son deplorables, viven hacinados en galerones, en las calles de los poblados cercanos a los campos y carecen de protección social.

Problemas políticos

La expropiación de 1976 trajo consigo cambios políticos importantes. Algunos de los latifundistas afectados se lanzaron contra el gobierno,

enviaron buena parte de su dinero al exterior y rompieron definitivamente con el partido oficial, pasándose a las filas de Acción Nacional, teniendo hasta hoy una participación activa relevante [. . .].

Además de la expropiación, varios factores han influido para que el PAN haya adquirido una presencia significativa en la región: la coincidencia del discurso panista con las posiciones ideológicas que siempre ha sostenido la burguesía regional; [. . .] la misma crisis económica que ha golpeado fuertemente a la población y deteriorado la imagen del PRI, a quien se señala como responsable de ella y en particular de la inflación y finalmente la ausencia de una alternativa clara al persistir la izquierda en métodos de lucha que han demostrado su ineficiencia y que incluso la han llevado a posiciones más débiles que las que tenía hace medio siglo en el Yaqui y el Mayo.

El valle de Culiacán

[. . .] El valle de Culiacán es la región más importante del estado de Sinaloa, pues aparte están en ella la ciudad capital y el 30% de población, concurre con el 40% de la superficie estatal de riego, aporta el 40% del valor de la producción agrícola y el 60% de la producción de hortalizas, concentra el 40% de la planta agroindustrial de la entidad y además ahí se asientan importantes capitales.

Algunos rasgos socioeconómicos del valle

- [. . .] Los cultivos básicos como el maíz han sido desplazados por productos industriales como el cártamo y la soya, que en la actualidad ocupan el 40% de la superficie total;
- destacan por su importancia económica las hortalizas, pues con sólo el 6% de la superficie aportan el 58% del valor total del distrito de riego; además de que la tecnología y el financiamiento empleados son principalmente de origen norteamericano;
- el parque de tractores aumentó en 111% en los últimos cinco años, hasta unas 6 000 unidades; el 90% de la superficie cultivada se fertiliza;
- la región cuenta con una amplia red agroindustrial: la que abastece de insumos a la agricultura y ganadería (semillas mejoradas, agroquímicos, maquinaria, alimentos balanceados) y la que transforma los

productos primarios (despepitadoras de algodón, aceiteras, arroceras). Una gran proporción de ellas se concentra en grupos monopolistas nacionales y extranjeros.

Lo característico de la región es la gran cantidad de mano de obra que se ocupa temporalmente en las actividades hortícolas. Algunos estiman que son entre 100 000 y 150 000 los trabajadores inmigrantes que acuden cada año al valle y que laboran durante tres, cuatro o cinco meses tanto en el empaque como en los campos. El grueso de estos trabajadores es originario de las partes serranas de Sinaloa y combina la actividad de su parcela con la venta temporal de su fuerza de trabajo; el resto procede en su mayoría de Durango, Oaxaca, Jalisco, Zacatecas, Puebla, Nayarit, Chiapas, San Luis Potosí y de otros estados en menor cuantía. Las condiciones de trabajo en las labores hortícolas son deplorables [...].

Concentración de la riqueza y del poder

En Sinaloa se han conformado varios grupos de poder ubicados en las zonas de mayor desarrollo económico. Así, encontramos en el norte al denominado grupo Corerepe (con asiento en la región de los valles del Fuerte y del Carrizo), que con el latifundio como base de sustentación, alcanzó un importante grado de integración agroindustrial, agroexportadora y agrocomercial. Está representado por gente como Ernesto Ortégón Cervera, Guillermo Elizondo, Labastida Ochoa, Tapia, Ignacio Bórquez, y son estrechos los vínculos con latifundistas del sur de Sonora, como los Robinson Bours y Reynaldo Ramos, y del valle de Culiacán. En el sur de Sinaloa la burguesía está ligada al turismo, la minería, la pesca, la ganadería y los bienes raíces.

En el valle de Culiacán existen grupos que sustentan su poder en la horticultura y en actividades agrocomerciales; los más importantes son los siguientes:

Familia Clouthier: explota más de 5 000 has. de hortalizas; es propietaria de una arrocería y una empacadora, concesionaria de tractores y camiones Ford y participan en la construcción y los bienes raíces.

Familia Tamayo Muller: posee 1 370 has. y una empacadora de hortalizas; concesionarios de la John Deere y la Volkswagen; distribuidores de Good-Year Oxo. Roberto Tamayo M. fue presidente del Consejo de Administración de Banoro.

Grupo de los griegos (Demerutis, Canelo, Tríforas, Gatziones, Crisantes): de los principales horticultores, propietarios de empacadoras y distribuidores de insumos agrícolas. Ángel Demerutis posee 900 has. de hortalizas, es concesionario de Motorola, bienes raíces, antiguo accionista del Banco Occidental. Canelo explota 1 022 has. de hortalizas, distribuidor de maquinaria y propietario del fraccionamiento Rincón del Valle en Culiacán, con centenares de casas de muy alto precio.

Otras familias de horticultores importantes son: Ortiz Gallardo, Rodarte, Gastélum, Saracho, Ritz, Gaxila, Ávila y Bon Bustamente.

De la actividad comercial ha surgido una importante fracción en Culiacán compuesta por los Zaragoza, Ley y Coppel, que concentran mueblerías, supermercados y otros negocios en todo el noroeste.

Diversos oligarcas de la región han sido o son funcionarios públicos o empresariales. Manuel Clouthier, por ejemplo, fue presidente de la Coparmex y del Consejo Coordinador Empresarial; Roberto Tamayo Muller, expresidente municipal de Culiacán; Jorge Carlos de Saracho, ex diputado federal y líder de la Unión Nacional de Productores de Hortalizas; Ernesto Ortégón Cervera, cabeza del grupo Corepepe y máximo funcionario en el nivel estatal. El caso más ilustrativo es Antonio Toledo Corro, pieza clave de los grupos del sur del estado, ex secretario de la Reforma Agraria y actual gobernador.

Problemas sociales y políticos

En el campo la falta de empleo es el más grave problema; quienes tienen trabajo, así sea temporal, luchan por lograr una contratación más estable. En los asentamientos de jornaleros migratorios tienden a recrudecerse las necesidades de vivienda que generalmente se improvisa y carece de servicios y condiciones mínimas de higiene. El consumo de agua contaminada, por efecto de insecticidas y otros agroquímicos, provoca múltiples enfermedades, sobre todo en los niños.

Aparejada a las crisis se levanta una ola de violencia e inseguridad para los sinaloenses. Los asaltos, crímenes y arbitrariedades de los cuerpos policiacos son noticia diaria en la prensa estatal. El nuevo impulso que ha cobrado el narcotráfico se ha valido de la miseria en que está sumergida la mayoría de los campesinos de la zona montañosa, quienes encuentran en la siembra de estupefacientes una alternativa de sobrevivencia.

[...] el PAN aprovechó el descontento de ciertas capas medias y sectores pequeñoburgueses y populares e invitó a la población a votar <por el cambio>. Según voceros locales, aunque formalmente el municipio quedó en manos priistas, el PAN logró una abrumadora mayoría en la ciudad de Culiacán, mientras que el PRI ganó con muy poco margen en las zonas rurales del municipio. Una de las cabezas principales de los grupos de poder locales, Manuel Clouthier, apoyó fuertemente a la campaña panista, lo que no fue sorpresa, pues de tiempo atrás este empresario se distingue por sus posiciones ultraconservadoras y antigobiernistas.

EL VALLE DEL YAQUI: TENDENCIAS, PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS⁵³

El valle del Yaqui empezó a abrirse como una zona agrícola moderna hacia fines del siglo XIX. Pero desde mucho tiempo antes los aborígenes utilizaron las tierras de las vegas del río de más fácil acceso, e incluso pelearon enconadamente por ellas. En 1913 se cultivaban ya 11 000 hectáreas, extensión que declinó en los años siguientes debido a la revolución. En la segunda mitad de los años veinte el valle empezó a crecer y tan sólo en un trienio las tierras bajo cultivo aumentaron de 15 000 a unas 37 000 hectáreas. En 1937-1938 se cultivaron ya 52 000; pero fue a partir de los cuarenta, o sea después de la reforma agraria cardenista y de la construcción de las presas de La Angostura, El Oviachic y El Novillo, hoy conocidas como Lázaro Cárdenas, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, cuando el valle creció más de prisa y alcanzó su extensión actual, y fue entonces, también, cuando se completó la moderna infraestructura que hoy tiene la región; esto es: el canal alto, el sistema de drenes, la tupida red de caminos vecinales en gran parte pavimentados, el abastecimiento de energía eléctrica suficiente, la instalación y desarro-

⁵³ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 75, mayo-junio de 1987, pp. 53-72. El presente artículo es fruto de una corta estancia de su autor en Ciudad Obregón, Sonora, en donde durante varios días del mes de mayo de 1986 pudo charlar con diversas personas que conocen la región del Yaqui, pues viven y trabajan en ella. Quisiera agradecer a tales personas, entre quienes figuraron agricultores, funcionarios y ex funcionarios, públicos y privados, profesores universitarios, dirigentes obreros y campesinos, industriales, comerciantes, técnicos, maestros y elementos vinculados a diferentes partidos políticos y organizaciones sociales, la inapreciable ayuda que me dieron al aceptar charlar y concederme generosamente parte de su tiempo. Desde luego, sin embargo, los errores que el lector advierta en este texto que más que un estudio es una rápida reflexión sobre problemas que requerirían un examen riguroso, son de mi exclusiva responsabilidad.

llo del Centro de Investigaciones Agrícolas del Noroeste (CIANO), la ampliación y modernización de almacenes y la organización de uniones de crédito. En esos años, además, la región se convirtió en una fundamentalmente urbana, cuyo principal centro, Ciudad de Obregón, cuenta ya con más de 400 000 habitantes y en general con todos los servicios propios de una moderna ciudad de provincia.

La tenencia de la tierra, el desarrollo agrícola y la situación en el campo

En el ciclo 1984-1985 se cultivaron en el Yaqui 233 120 hectáreas, de las que 55.5% fueron ejidales y 44.5% de pequeños propietarios. De los usuarios, los ejidatarios constituyeron el 75.3% del total y los pequeños propietarios el 24.7% y, finalmente, la extensión ejidal media fue de nueve hectáreas, en tanto que la pequeña propiedad privada de poco más de 22 hectáreas por persona. La imagen que estas cifras podrían dar es engañosa. En efecto parecieran indicar que la agricultura del Yaqui es propiamente ejidal y de pequeñas explotaciones. Pero esto no es así.

Hasta antes de la reforma agraria cardenista, en la segunda mitad de los años treinta, las mejores tierras agrícolas estuvieron en manos de un pequeño número de latifundistas, en buena parte extranjeros. Unos años más tarde, la agricultura ejidal cobró innegable importancia y las explotaciones privadas se multiplicaron, [. . .] predominando los predios de 100 hectáreas, que después de la reforma alemanista al artículo 27 constitucional adquirieron el rango de “pequeñas propiedades”. En los años cincuenta la concentración de la tierra en la región era innegable. En una investigación directa hecha por entonces, el autor de este artículo estimó que alrededor del 3.5% de los agricultores —poco más de 300 personas— sembraban el 40% de la tierra, en extensiones superiores a 100 hectáreas y hasta de más de 1 000.⁵⁴ Tal situación persistió en adelante y aunque todos sabían que ello era legalmente irregular, como dijo alguna vez un gran agricultor a quien me tocó oír en Ciudad Obregón: “mientras podamos hacer lo que hacemos lo seguiremos haciendo”.

Pues bien, en 1976, en el último momento de la gestión del presidente Echeverría, después de meses de una áspera confrontación y de evidentes desacuerdos y fricciones, el gobierno expropió más de 30 000 hectáreas [. . .]. Y aunque se pagó sin demora a razón de 30 000 pesos

⁵⁴ Alonso Aguilar Monteverde, *Problemas estructurales del subdesarrollo*, México, UNAM, 1979, p. 253.

la hectárea, o sea al precio del mercado, explicablemente los afectados objetaron la medida e hicieron manifiesta su inconformidad.

La agricultura del Yaqui es en general muy moderna. Buena parte de la tierra está ya bien nivelada y se prepara como es debido. Lo que junto con un mejor control del riego y nuevas y mejores variedades de semillas, contribuye a reducir el consumo de agua y a elevar los rendimientos, que en general son ya de dos y aun tres veces los de hace unos decenios.

Algunos problemas de la industria

En años pasados se pensó con frecuencia que el Yaqui sería una región de gran desarrollo industrial [. . .]. Lo cierto, sin embargo, es que Tijuana, Mexicali y Hermosillo crecieron con mucho mayor rapidez y que incluso Culiacán y Los Mochis no quedaron atrás [. . .].

[. . .] desde épocas tempranas se establecieron molinos de harina y otros estrechamente vinculados a la agricultura regional, pero la tendencia a concentrar la industria harinera en la ciudad de México y en general en el centro del país cuando la producción de trigo era deficitaria, resultó un obstáculo para el desarrollo, concretamente, del Yaqui. Años después se crearon otras empresas como el que fue molino de Longoria y más tarde de la Conasupo, la fábrica de galletas y pastas Gamesa, del Grupo Santos de Monterrey, Aceites, S.A., de La Polar, otro molino de la fábrica de jabón La Corona, y la Cervecería Modelo. Incluso un amplio grupo de agricultores y empresarios locales invirtió inicialmente alrededor de 500 millones de pesos en Cerámica del Yaqui, y a nivel más modesto se hicieron otras inversiones en varias nuevas líneas. Y ya en los años ochenta se levantó un moderno parque industrial (PICO), en el que se construyeron más de 40 nuevas plantas que operan en diversos campos y que, en general, hoy atraviesan por una situación muy difícil.

Comercio y servicios

Como ocurre en general en nuestro país, y sobre todo en zonas de escaso desarrollo industrial, la mayor parte de la población activa del Yaqui se ocupa en el comercio y los servicios: en 1984 el 38.7% del total, y hoy probablemente el 40%. En actividades agropecuarias trabaja el 14.3% y en la industria, incluida la construcción, el 13.0% [. . .].

El comercio y los servicios muestran un alto grado de concentración y centralización [. . .].

Algunos problemas sociales

No obstante el progreso que indudablemente ha logrado la región, como ocurre en otros países subdesarrollados, en ella se observan todavía carencias que dan cuenta de cierto atraso y de bajos niveles de vida. Aunque las condiciones habitacionales han mejorado, el déficit de viviendas es considerable. El abastecimiento de agua potable y el alcantarillado son insuficientes. La alimentación de muchas familias es inadecuada, aunque mejor que en otras regiones. Según una reciente encuesta, si bien aun los trabajadores más modestos no comen suficiente carne o pescado, tienen acceso no sólo al frijol y la tortilla, sino al pan, la leche, el huevo, ciertas verduras y cerveza y refrescos.

Los servicios médicos, aunque también insuficientes, disponen de más y mejor personal, instalaciones y equipos que hace unos años. Y la educación muestra indudables avances. A estas horas el analfabetismo es ya muy pequeño y el nivel de escolaridad se estima de siete y medio a ocho grados, es decir de segundo de secundaria, que desde luego rebasa con mucho al promedio para todo el país [. . .].

El panorama político

[. . .] Yo he estado en el Yaqui muchas veces y en años pasados era común advertir que no obstante ciertos problemas, en general dominaba una actitud optimista. Así fue por ejemplo mientras el valle creció y se abrieron nuevas tierras; cuando se construyeron las grandes presas, cuando se logró incrementar sustancialmente los rendimientos agrícolas a partir de nuevas variedades de semillas y, en fin, cuando el campo se modernizó y la ciudad se convirtió en cierto modo en el signo de una próspera región en proceso de rápido desarrollo. Ahora me pareció que por diferentes razones la gente se siente inconforme. Unos porque carecen de empleo, otros porque los precios que se les pagan son inadecuados, los pequeños empresarios porque las cargas fiscales y financieras los agobian, y los más porque consideran que sus salarios van a la zaga de la inflación y que sus niveles de vida se deterioran y, en otro plano, porque se consideran afectados por un sistema político [. . .] en el que las deci-

siones se toman antidemocráticamente por muy pocos y sin que participen al menos aquellos que a menudo resultan las víctimas.

Perspectivas

Sólo unas cuantas palabras más. El Yaqui atraviesa, como el resto del país, por una severa crisis. Y aunque sus manifestaciones son en general menos graves que en otras regiones, la crisis está presente y la salida no parece fácil.

En el aspecto agrícola los cambios más importantes ya se realizaron y los siguientes son muy complejos y exigirán enormes inversiones. Desde luego hay tierra abundante, susceptible de abrirse al cultivo, pero no así agua con qué regarla. El escurrimiento del río se está aprovechando con las tres grandes presas ya construidas y si bien pueden lograrse mayores economías en el uso del agua, de no ser mediante obras tan ambiciosas como el proyecto de aprovechar y llevar hacia Sonora el excedente de los ríos de Sinaloa —el Plino—, será muy difícil ampliar la actual frontera agrícola.

La posibilidad de seguir elevando rendimientos y de diversificar, y sobre todo lograr una agricultura más intensiva, está presente y dará nuevos frutos. Pero requiere de más investigación, de nuevas inversiones y de largos plazos para obtener resultados. Y lo mismo podría decirse del desarrollo de formas cooperativas nuevas y eficaces que, dados los costos ya prohibitivos de la maquinaria y equipo —y desde luego de las instalaciones agroindustriales—, será necesario promover, como se ha hecho con éxito en otros países capitalistas, para sustituir las formas tradicionales de tipo individual y sólo al alcance de unos cuantos grandes agricultores.

La industrialización no es, como algunos pensaron años atrás, la manera de resolver fácilmente los problemas; [...] a estas horas es obvio que el desarrollo industrial plantea situaciones muy complejas. Y, aun admitiendo que el Yaqui no parece llamado a ser un gran centro industrial, habrá que seguir adelante y reforzar las bases de la industria. Será preciso aprender de lo hecho hasta aquí; corregir fallas y errores; planificar mejor; reestructurar y consolidar lo que parece endeble; reorganizar lo que resultó defectuoso; corregir los desajustes económicos y financieros, y centrar la atención en la líneas que ofrezcan mejores posibilidades de desarrollo, en el marco de una industria moderna y eficiente.

Y en cuanto al mercado, sin dejar de aprovechar las posibilidades de exportación, quizá la proyección central debiera ser hacia el mercado interno, desde luego sobre la base de poder competir con la industria de otras regiones del país.

El pueblo está cansado de la demagogia, los acarreos de votantes y las imposiciones desde arriba y tampoco simpatiza con el discurso reaccionario que hace del gobierno el responsable de todo lo que anda mal y presenta y defiende a los empresarios privados como blancos palomos.

Seguramente en los próximos años se producirán reacomodos y desplazamientos que alteren la actual correlación de fuerzas, modifiquen la situación política y revelen la acción de quienes influyen en el desarrollo regional.

La situación del Yaqui es difícil. Los problemas a los que la región se enfrenta son graves y su solución requerirá grandes esfuerzos. Pero la región tiene un potencial de recursos no despreciable. El excedente de capital, como en otros tiempos, tendrá que invertirse productivamente en ella. La inversión financiera, y con mayor razón la meramente especulativa, no bastan e incluso distorsionan el desarrollo. La fuga de dinero al exterior hace daño, frena el progreso y entraña un drenaje agotante y una acción lesiva a los mejores intereses nacionales. Los "sacadólares", en tal virtud, son un estorbo y tendrán que ser hechos a un lado y sustituidos por quienes asuman la responsabilidad de encarar con decisión los nuevos problemas.

El Yaqui dispone de un recurso más importante incluso que sus fértiles tierras: su gente, la gente que desmontó, abrió al cultivo e hizo producir esas tierras; la que convirtió Ciudad Obregón de un pequeño poblado en una pujante ciudad y la que, pese a no pocas dificultades, con su trabajo cotidiano está tratando de abrir nuevos caminos. Esa gente será de nuevo el principal protagonista en lo que haya de hacer hoy y mañana [...].

ESTRATEGIA DEL CAPITAL EXTRANJERO EN MÉXICO⁵⁵

[...] después de 1982, la política del capital extranjero hacia nuestro país, y de hecho hacia muchos otros países subdesarrollados, consiste

⁵⁵ Fragmento tomado del libro *El capital extranjero en México*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 7-103.

fundamentalmente en querer ganarnos ahora a la ilusión de que nuestro único camino para salir de la crisis y dinamizar nuestras economías es el de proyectar éstas hacia el exterior, fundamentalmente a la zaga del capital extranjero, como condición para obtener las divisas y por tanto los bienes de producción y la tecnología que requiere nuestro desarrollo.

Lo anterior entraña sin duda limitaciones obvias y aun una seria lesión a la soberanía nacional. Y en estos momentos México está viviendo en carne propia el problema, pues en realidad no sólo se le imponen pesadas y hasta intolerables cargas financieras sino, lo que es más grave, bajo el espejismo de ahora convertirse en exportador de manufacturas, se pretende imponerle una estrategia inaceptable que entre otras cosas supone liberalizar el comercio exterior en beneficio principalmente de las empresas trasnacionales; pagar a los acreedores extranjeros enormes sumas de dinero aun a costa de prescindir de inversiones productivas indispensables; depender cada vez más de la tecnología que esas propias empresas manejan fundamentalmente en su provecho; aceptar un patrón de industrialización maquiladora, que posterga e incluso vuelve imposible una verdadera integración nacional y convierte a buena parte de la industria que opera en el país en eslabón de una cadena extranjera que se mueve y maneja a partir de decisiones en las que poco o nada interviene nuestro país; acentuar la dependencia comercial y financiera y aun someterse a los dictados del Fondo Monetario Internacional y a sus recomendaciones de corte monetarista ortodoxo, a fin de que los grandes bancos internacionales acepten renegociar las deudas a su favor y reanudar a cuentagotas los préstamos a nuestro país.

El rápido desarrollo de la industria maquiladora en la faja fronteriza del norte es por sí solo un signo de la acentuación de nuestra dependencia hacia los Estados Unidos, en donde así como muchos mexicanos despliegan esfuerzos para preservar su identidad y defienden en condiciones nada fáciles aspectos fundamentales de nuestra cultura frente a la presión que el capital y aun la sola vecindad de los Estados Unidos ejercen, muchos otros compatriotas renuncian a lo nuestro y aceptan los valores extranjeros como superiores, caen en el escepticismo y aun empiezan a considerar la subordinación a lo extranjero como inevitable y algunos hasta como deseable y ven nuestra independencia como una quimera sin perspectiva.

Es tal la debilidad y la miopía de algunas de esas personas que a cada rato reiteran que el proyectar nuestra economía hacia la exportación y

hacer todo lo imaginable para obtener divisas, será lo que nos vuelva un país con una planta productiva sólida y realmente capaz de competir con la de otros países. Incluso no faltan quienes creen que el cambio que promueve el capital extranjero es en realidad la expresión de una estrategia de desarrollo nacional que nosotros hemos forjado [. . .]. Según ellos, con la ayuda del Fondo Monetario y de las empresas trasnacionales estamos en vías de construir un <México nuevo>, cuando lo único que con esos auspicios podrá gestarse es quizás otro <New Mexico>.

Creer que si abrimos las puertas al exterior ello permitirá a nuestras industrias salir y conquistar otros mercados, sin reparar en que por esas mismas puertas puede entrar el capital extranjero y las mercaderías de otros países, es por lo mismo sumamente ingenuo [. . .].

La mejor forma de proceder es otra que, por fortuna, depende de nosotros mismos. Lo que requerimos es una estrategia propia, que satisfaga nuestras necesidades y que, a partir de la defensa de nuestra soberanía, contribuya a afirmar la independencia nacional.

El pueblo mexicano fue conquistado ya una vez, y desgarrado en su integridad territorial siglos después. A partir de entonces libró una larga lucha por su emancipación. Y aunque hasta ahora no logró su plena independencia, desde luego no está dispuesto a volver al coloniaje y la servidumbre, ni a que su soberanía se negocie por dinero.

Que lo tengan presente los defensores de la inversión y la dominación extranjeras.

MÉXICO: EL PAÍS DE LA DESIGUALDAD⁵⁶

Cuando a principios del siglo XIX Alejandro de Humboldt visitó México, le impresionaron profundamente tanto la riqueza del país, que a veces probablemente tendió a exagerar, como la pobreza de la mayor parte de su población. “México —escribió el científico alemán en una frase tajante— es el país de la desigualdad [. . .].”

[. . .]

El reparto de la riqueza y el ingreso en nuestro país siempre ha sido muy inequitativo [. . .]; aun sin contar con datos exactos, sabemos que

⁵⁶ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 72, noviembre-diciembre de 1986, pp. 50-63.

una minoría de la población es dueña de casi todo, en tanto que el resto vive en general [precariamente] y muchos apenas tienen lo más necesario [...].

Las diferencias salariales son de clase

[...] contra lo que algunos sugieren, los diferenciales en los niveles de ingreso de quienes perciben sueldos y salarios en México no son pequeños, sino por el contrario enormes. Entre los trabajadores que reciben por ejemplo 40 000 pesos mensuales y quienes ganan 4 millones, o sea cien veces más al mes, hay realmente un abismo. E inclusive entre los numerosos funcionarios públicos y privados que ganan digamos un millón de pesos y quienes sólo reciben 50 000 mensuales, hay una enorme distancia, que en las condiciones actuales sería imposible cubrir [...].

En la base de esa estructura probablemente se sitúan numerosos jornaleros rurales y urbanos que trabajan por menos del salario mínimo, bien porque su grado de calificación es muy bajo o porque son muy explotados, o por ambas razones, así como subempleados que sólo se ocupan parcialmente y con una casi siempre pequeña retribución. En conjunto este vasto segmento incluye fundamentalmente trabajadores no obreros, que radican en el campo o que aun viviendo en las ciudades tienen un reciente origen rural y cuyos salarios mensuales oscilan entre 30 y 50 mil pesos mensuales [...].

Aquí podríamos hacer un paréntesis y a la vez una breve recapitulación. Si la población apta para trabajar es de 27 millones de personas y la que realmente trabaja de 24, el desempleo afectaría a 3 millones. Con salarios inferiores al mínimo habría por lo menos 8 millones; con salario mínimo cerca de 7 millones, según el Congreso del Trabajo, y con ingresos de más de un salario hasta dos, unos 6 millones. Pues bien, de los 3 millones restantes —que incluirían también a empresarios— podría conservadoramente considerarse que un alto porcentaje obtiene ingresos medios y que sólo una pequeñísima proporción —aquí excluyendo a los empresarios— acaso no más de 15 000 a 25 000 personas —o sea menos del 1% de la PEA— se beneficia con las más altas retribuciones, que como hemos visto corresponden a los principales funcionarios de las empresas privadas y estatales y a los funcionarios del gobierno.

Hasta aquí sólo hemos comparado sueldos y prestaciones, pero es bien sabido que, a partir de ciertos niveles, el ingreso total no sólo proviene de los sueldos, sino de los rendimientos de ahorros cuyo monto es desde luego muy variable. Sobre todo en años recientes, en los que las tasas de interés se han disparado hasta llegar al 100% y más al año, ello no sólo ha distorsionado la estructura económica, haciendo que una gran masa de recursos se concentre en la actividad financiera y en toda clase de especulaciones, sino que ha alterado grandemente las fuentes de las que proceden los ingresos de quienes, hasta hace relativamente poco tiempo, vivían en lo fundamental de sus sueldos.

Naturalmente no se dispone de datos acerca de quiénes cuentan con ahorros que les produzcan tales ingresos adicionales y quiénes carecen de ellos. Pero a manera de ilustración podría decirse que una persona que gana incluso dos o dos y media veces el salario mínimo no tiene en general capacidad de ahorro, o sea que consume todo su ingreso. Si quien gana en cambio, digamos 300 000 pesos mensuales, contara con ahorros acumulados de 3 millones de pesos —es decir 10 veces más que el sueldo de un mes—, con intereses de 90% al año recibiría 2.7 millones, que equivalen a 225 000 pesos mensuales extra, lo que ya cambia radicalmente su posición financiera [...].

Quiénes aparte de altísimos sueldos reciben utilidades como accionistas de grandes empresas, suelen ganar hoy más que nunca, lo que demuestra que al menos en ciertos casos, los ricos se hacen incluso más ricos con la inflación. Y en general los pobres, a su vez, se vuelven más pobres. O sea que si bien es cierto que todo ingreso nominal que aumente menos que los precios sufre un deterioro, es obvio que no es lo mismo ganar 50 000 a 60 000 pesos al mes, que recibir 2, 4 u 8 millones de pesos cada 30 días.⁵⁷

⁵⁷ Estando ya en prensa este número de *Estrategia*, la Comisión Nacional de Salarios Mínimos anunció que a partir del día 22 de octubre, los salarios mínimos se elevan 23%, 20.5% y 20.1%, respectivamente, en las zonas, 1, 2 y 3, quedando ahora en 2 060, 2 290 y 2 480 pesos diarios. Los salarios profesionales también se aumentaron en forma significativa, entre 385 y 415 pesos diarios. El ajuste fue el tercero que se hace en 1986, y si bien no compensa plenamente la caída de los salarios reales, demuestra a la vez que la contracción económica en marcha preocupa a la clase en el poder y que ésta, más que optar por una política de congelación de salarios, prefiere hacer ciertas concesiones que alivien la difícil situación de los trabajadores, sin lesionar a los capitalistas. Y si bien la medida altera parcialmente la situación, en el fondo no modifica el estado de cosas que se examina en el presente artículo.

Unos días más tarde se informó que los casi 2 millones de trabajadores del gobierno, los llamados <burócratas> recibirán un incremento de 20.1% en sus salarios, y que los 5000 000 em-

Reflexión final

[. . .]

La inequidad que se observa entre quienes reciben sueldos y salarios confirma que México sigue siendo, a pesar de la revolución de principios de siglo y de las reformas sociales que tal movimiento hizo posibles, el país de la desigualdad. Y una desigualdad tan dramática como la que padecemos, aparte de exhibir una tremenda injusticia, determina profundas deformaciones económicas y entraña un obstáculo al progreso social. Sobre todo si se tiene presente que muchos mexicanos ricos, que siempre han gastado buena parte de su dinero en forma improductiva, ahora se han convertido en <sacadólares> y en especuladores que prefieren mantener el grueso de sus fortunas sobre todo en los Estados Unidos.

Mientras tal situación persista será imposible corregir los graves desajustes que hoy sufre la economía mexicana, máxime cuando la sola deuda externa frena el crecimiento, impone un altísimo precio al país y reclama miles de millones de dólares al año solamente por concepto de intereses.

LA VENTA DE EMPRESAS PARAESTATALES EN MÉXICO⁵⁸*Un poco de historia*

[. . .]

La cruenta lucha armada, como se sabe, destruyó buena parte de la riqueza y provocó el cierre de múltiples empresas. En tales condiciones, y habiendo mucho por reconstruir y reorganizar, el Estado empezó a participar activamente tanto en la forja de una infraestructura necesaria para promover el desarrollo económico y que la empresa privada no podría proveer, como en el establecimiento de ciertas empresas e instituciones.

pleados en las empresas paraestatales recibirán 23.4% más (*El Día*, 21 y 28 de octubre de 1986).

⁵⁸ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 82, julio-agosto de 1988, pp. 7-30.

En los años treinta, en parte a consecuencia de la gran depresión y en parte debido a las reformas cardenistas y al impulso que a partir de entonces se dio al desarrollo económico, el radio de la acción estatal se amplió sensiblemente y las empresas del Estado se multiplicaron. Pero fue sobre todo en los años setenta, y en particular en los de más rápido crecimiento que acompañaron el auge petrolero, cuando las empresas y organismos estatales se extendieron más de prisa [...].

Al concluir el gobierno de López Portillo, en 1982 [...] los voceros oficiales sostenían que el llamado sector paraestatal se había fortalecido grandemente, lo que afirmaba la rectoría económica del Estado. Los más conservadores, sin embargo, criticaban duramente la política seguida por el gobierno y en particular la nacionalización bancaria, y alegaban que las empresas estatales operaban mal y eran una de las principales causas del déficit presupuestal [...].

Alcance de la "desincorporación"

Según estimaciones oficiales, a diciembre de 1982 había 1 155 organismos estatales distribuidos como sigue:

<i>Total</i>	1 155
Empresas de participación mayoritaria	750
Empresas de participación minoritaria	65
Fondos	233
Otras entidades	107

Hasta abril de 1986, la restructuración y desincorporación afectó a 458 entidades de las que 269 fueron liquidadas, 101 vendidas y 88 fusionadas. La mayor parte de dichas entidades fueron empresas de participación estatal mayoritaria: 270.

El proceso de desincorporación siguió adelante y para abril de 1988 afectó a otras 245 entidades. De éstas, 130 fueron vendidas, 118 liquidadas o extinguidas y 15 fusionadas o transferidas, lo que hace un total de 703 entidades desincorporadas, de las que, a su vez, 387 desaparecieron, 231 fueron vendidas y 103 se fusionaron o transfirieron. Esto

quiere decir que de las 1 155 entidades de diverso tipo que operaban al inicio del actual gobierno —más 59 creadas con posterioridad—, a la fecha sólo quedan 452.⁵⁹

Las diversas formas de afectación

La información [...] acerca de las empresas vendidas es insuficiente. Según algunas publicaciones especializadas, notas de la prensa diaria y otras fuentes, entre ellas figuran:

- Varias decenas de empresas —más de 40— ligadas al Banco Mexicano Somex, concretamente a Fisomex. Entre las más importantes de este grupo podría mencionarse a la casa de bolsa Acciones Bursátiles Somex, que se vendió en cerca de 21 000 millones de pesos, al parecer conforme a la idea de que los bancos debían quedar fundamentalmente en poder del Estado, pero los demás intermediarios financieros ser negocios privados. Del propio grupo Somex se vendieron Cloro de Tehuantepec, en alrededor de 40 000 millones de pesos; Fibras Nacionales de Acrílico (Finacril), en 40 millones de dólares; Poliestireno y Derivados en cerca de 30 000 millones de pesos; Poliestireno Monterrey; Porcelanas Euromex en una suma que desconocemos, y otras como Mecánica Falk, Tereftalatos Mexicanos y Glicoles Mexicanos (ambas minoritarias), Manufacturera Corpomex, Aceros Es maltados, Estufas y Refrigeradores Nacionales y otras fábricas de electrodomésticos; Atsugi Mexicana, Inmuebles y Equipos Industriales; el grupo Garci Crespo, compuesto por siete empresas, y muchas otras, como por ejemplo Vehículos Automotrices Mexicanos (VAM), vendida con anterioridad. Aparte de estar ya ofrecidas en venta Sosa Texcoco y otras.
- Nacional Financiera, por su parte, ha vendido alrededor de otras 40 empresas, algunas promovidas por ella y otras adquiridas en diversas condiciones y financiadas durante años, de acuerdo con la política seguida sobre todo a partir de los años cincuenta, de que dicha institución debía desempeñar un papel muy importante en la promoción y apoyo del desarrollo industrial.

⁵⁹ Jorge Tamayo, "El cambio estructural en la empresa pública", en *El Heraldo de México*, 18 de mayo de 1988, p. 1.

- Desde luego fueron importantes también las ventas de Renault de México, Dina Cummins, así como las actualmente en proceso de: Fábrica de Tractores Agrícolas, Tetraetilo de México, Dina Rockwell; Diesel Nacional, en sus diversas líneas de autobuses, camiones y motores; Motores Perkins, Siden y otras, así como las de empresas como Hules Mexicanos Indelta, Concretos Procesados y Cementos Anáhuac del Golfo.

[. . .] quizá lo más grave de lo acontecido en los últimos años consista en que, por decreto del 13 de octubre de 1986, el gobierno, a través de la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal (SEMIP), resolvió que numerosos productos petroquímicos básicos, que hasta entonces se consideraron estratégicos y que desde que se expidió la Ley Reglamentaria del artículo 27 constitucional en materia de petróleo, en 1958, sólo podrían ser producidos por el Estado por ser parte integrante de la industria petrolera nacionalizada, ahora se dejan a la empresa privada mexicana e incluso extranjera.

Como ya dijimos, actualmente están en proceso de venta las principales divisiones de Dina —motores autobuses y camiones— así como otras empresas aledañas: Motores Perkins, Mexicana de Autobuses, Plásticos Automotores, Motor Diesel, Dina Rockwell y Manufacturera de Cigüeñales [. . .]. Esto quiere decir que, por razones todavía no suficientemente claras, pero que sin duda benefician a unos cuantos grandes consorcios privados, el Estado ha abandonado un campo muy importante de la industria de bienes de capital después de que, con tropiezos, fallas y múltiples problemas, había sin embargo logrado también avances que pudieron haber sido la base y punto de partida de una política totalmente distinta.

Otro campo en el que la política del gobierno cambió recientemente de rumbo es el de la fabricación de tractores agrícolas. Siderúrgica Nacional (Siden) era la única empresa que los hacía y la única, también, que fabricaba motores diesel para tractores, así como los componentes y maquinados necesarios, y además ensamblaba tractores pequeños, a partir de un convenio con la Unión Soviética.

Durante mucho tiempo nadie —incluyendo a la propia SEMIP— dudó del carácter prioritario de Siden. Y en efecto ésta era la única fundidora de hierro gris, principalmente para monoblocks de motores diesel, que utilizaban Ford, John Deere, Perkins y Cummins. En hierro gris se

fundían además todas las tractopartes, y en acero, los *trucks* para carros de ferrocarril, que incluso llegaron a exportarse. En este campo, Sidena competía ventajosamente con FHASA y otras empresas, y además fundía piezas diversas para la minería y Pemex. En aceros especiales tenía también buena calidad, aunque debido a cierto rezago tecnológico empezó a perder terreno frente a Aceros Solar. Y en fundición de aluminio auxiliaba a la industria automotriz. En fin, los convenios que Sidena había hecho con Ford y con la URSS para fabricar tractores eran ventajosos para el país y desde que se separó de Dina y Constructora de Carros de Ferrocarril, empresas a las que en cierto modo subsidiaba, Sidena empezó a tener mejores resultados financieros, operando en campos básicos. Pero todo ello se tiró por la borda, y las cuatro divisiones fundamentales —motores, tractores, fundición de hierro y aceros especiales—, se desgajaron y están vendiéndose por separado.

En la industria química y petroquímica ha sorprendido la venta de varias empresas importantes como Cloro de Tehuantepec, Sosa Texcoco, Adhesivos y, con participación minoritaria, Tereftalatos y Glicoles Mexicanos. Y en otros campos la de Tetraetilo de México.

Pero lo que probablemente más ha preocupado [...] es que tras años de promover una creciente intervención estatal en la industria de bienes de capital, el actual gobierno, en una actitud verdaderamente liquidacionista, ha dado marcha atrás en este campo tan importante —empezando como antes vimos con la industria automotriz—, pese a que hasta hace poco tiempo se señalaba que en la presente fase del desarrollo industrial del país, la presencia del Estado era necesaria, pues dada la debilidad del capital privado mexicano, sin ella las principales actividades quedarían en poder del capital extranjero.

Lo hecho en cuanto a productos intermedios básicos fue también importante, y por ello es tan sensible el retroceso que en este campo se produjo. Lo que fundamentalmente se buscaba aquí era impulsar la producción de cobre, acero, azufre, petroquímicos básicos y secundarios, abrasivos y otros productos fundamentales [...]. Curiosamente, en primer lugar, pese a que ya pasaron seis años de la nacionalización bancaria de 1982, el país sigue sosteniendo demasiados bancos —más de veinte— lo que a todas luces se antoja excesivo e innecesariamente costoso. En segundo lugar, la forma en que se procedió al nacionalizar la banca, dejando en manos privadas una serie de servicios financieros auxiliares porque en un sentido estricto no correspondían al ejercicio de

la banca y el crédito, alteró formas de integración y de funcionamiento que —como la banca múltiple— respondían a realidades que fueron en gran parte desconocidas, y a la postre tal política resultó en un debilitamiento de los bancos. Y por último, tanto al nacionalizar los bancos privados —y vender muchas de las empresas en que tenían intereses—, como al “desincorporar” y concretamente al vender otras en las que, como hemos, visto participaban Nafinsa, Somex y otros bancos estatales, se rompió con la tendencia histórica, explicable sobre todo en un país económicamente subdesarrollado, a crear un tipo de banca que apoyara directa y significativamente el desenvolvimiento industrial. Y debido a ello ahora nos encontramos en una situación en la que en realidad hemos retrocedido; [...] los principales bancos del país, ya nacionalizados, se han vuelto en buena medida bancos de depósito de tipo tradicional y la propia banca de inversión o de desarrollo, bajo la influencia de la política de “desincorporación” y en general de la crisis y de la política neoliberal en boga, ha debilitado su labor de promoción y se ha retirado de campos en los que debería participar activamente.

Y ¿quién adquiere las empresas vendidas?

[...]

Una cosa obvia es que las empresas vendidas no deben haber andado tan mal, porque de ser así difícilmente habría habido quien se interesara en ellas. De algunas, se sabe que obtenían ganancias y esto las hacía atractivas. De otras se dice que si bien tenían dificultades, los bajos precios a que se vendieron fueron muy favorables a quienes las compraron. Y otras más tenían importancia u operaban en campos exclusivos.

Ya dijimos que, desafortunadamente, tenemos poca información acerca de quiénes son los nuevos dueños de las empresas vendidas por el Estado. Al respecto alguien podría pensar que probablemente se han repartido entre centenares y aun miles de empresarios, pero más bien parece que unos cuantos grandes consorcios privados han sido los principales adquirentes.

Tan sólo a manera de ilustración, a juzgar por ciertas fuentes y según personas bien informadas, sobre todo del sector privado:⁶⁰

⁶⁰ Véase Centro de Información y Estudios Nacionales, *La economía mexicana. Análisis anual*. México, 1988, p. 181.

- Vitro compró a Somex el consorcio Prodomex, que incluía a Acros y otras empresas de electrodomésticos y estufas, así como Manufacturera Corpomex;
- Cementos Mexicanos, o sea el grupo más fuerte que había en su ramo, adquirió Cementos Anáhuac, Concretos Procesados y Concretos Tamaulipas;
- Peñoles compró a la Comisión de Fomento Minero su parte de capital en Refractarios Mexicanos;
- el Grupo Nacobre adquirió Indelta;
- Acciones Bursátiles Somex quedó en manos de un grupo privado promovido y apoyado por Banamex;
- Atenquique y sus filiales fueron comprados por el Grupo Industrial Durango;
- Cloro de Tehuantepec fue vendida, a través de una casa de bolsa, al Grupo Primex y a Química Pennwalt;
- la Casa de Bolsa Inverlat (Agustín Legorreta) tomó parte del capital y fue el conducto y representante del grupo privado (Hermanos Bours), de Sonora, Domeq, Losada (Gigante), Cifra (Aurrerá), y otros que compraron Nacional Hotelera;
- Hules Mexicanos quedó en poder de Serrano Segovia (antes Grupo Anáhuac);
- la participación estatal en Minera de Cananea fue ofrecida al Grupo Protexa, aunque está pendiente de consumarse;
- Dina Cummins fue vendida a Cummins Engine y, según informa la prensa, la división de camiones de Dina, Motores Perkins y Moto-diesel, están negociándose con Chrysler;
- la rica mina Real de los Ángeles quedó en poder del Grupo Frisco;
- Carcí Crespo fue comprado por Pepsi-Cola;
- en fin, Fibras Nacionales de Acrílico fue adquirida por el Grupo Kaltex (Saba) y,
- el ingenio de Atencingo se vendió en 47 millones de pesos al Grupo Escorpión (Coca-Cola).

O sea que tampoco es cierto que el país y la rectoría del Estado se hayan fortalecido por la venta de empresas paraestatales. Lo cierto es que algunas quedaron en poder de trasnacionales extranjeras y, las más, de grupos monopolistas mexicanos que, en todo caso, son los que se refuerzan.

“Desincorporación”, *crisis* y *CME*

En todas partes, y desde luego en un país subdesarrollado como México, es obvio que las empresas paraestatales debieran funcionar mejor. Adoptar la actitud apologética de que el Estado todo lo hace bien es tan inadmisible como sostener que todo lo hace mal. La crisis ha dejado claro que muchas empresas experimentan a menudo serias fallas [...].

Crear que todas las empresas paraestatales, incluyendo a aquellas que arrastran problemas insolubles y carecen incluso de viabilidad debieran retenerse, es absurdo. Ciertamente es lamentable que se adquieran, sobre todo cuando ello se hace sin justificación alguna y sólo para favorecer a algún influyente o porque así convenía a quienes lo decidieron. Pero tampoco es defendible una política como la actual, que resquebraja y debilita a numerosas empresas estatales, que acaba con otras, favorece al capital monopolista privado, tira por la borda esfuerzos y realizaciones de muchos años, y aun renuncia a una verdadera estrategia del desarrollo, a cambio de los ajustes —en realidad meros parches— que recomiendan ciertos empresarios, algunos tecnócratas conservadores y el Fondo Monetario Internacional.

La empresa pública y concretamente la presencia no sólo reguladora sino directa del Estado en el proceso productivo y sobre todo en ciertas ramas fundamentales de la industria son hoy —y lo serán adelante— fundamentales para impulsar el desarrollo de nuestro país. De los campos en que se opere y de la forma en que ello se haga dependerá que tal política contribuya o no a reforzar y defender nuestra soberanía.

El que se haga todo lo que ahora se hace no es, sin embargo casual, sino que tiene su razón de ser. La clase en el poder cree y por eso aplica y defiende —aunque no sin contradicciones— tal política. Cambiarla y reorganizar la acción del Estado en bien del país y del pueblo es indispensable, es incluso condición para defender eficazmente nuestra soberanía. Y por fortuna, en otro sentido, la defensa de ésta no es tarea de tales o cuales empresas sino, como dice el artículo 39 de la Constitución, del pueblo [...].

Cambiar y reorganizar la acción del Estado en bien del país y del pueblo es indispensable. Pero esto supone la capacidad política y la decisión de hacerlo, o sea algo que nada tiene que ver con pedir peras al olmo.

LA CRISIS EN MÉXICO⁶¹

México vive, sobre todo desde 1982, una profunda y persistente crisis que ya en los años setenta se deja sentir, aunque ciertos funcionarios no la advierten e incluso niegan que esté presente. Los desajustes monetario-cambiaros de principios de esa década, y sobre todo la fuerte caída de la actividad económica internacional entre 1974-1976, influyen adversamente sobre la economía mexicana: en efecto, se incrementa el déficit de la balanza comercial, se devalúa la moneda, suben los precios, se agranda el desequilibrio presupuestal del gobierno y empieza a aumentar como nunca antes la deuda interna y sobre todo la externa, la que durante varios años compensa la insuficiencia del ahorro interno.

Simultáneamente —y éste es acaso el principal factor que impide que la crisis sea vista con claridad—, entre 1978 y 1981 México logra una muy alta tasa de crecimiento económico —de 7.5 a 8% anual en términos reales— debido principalmente al rápido aumento de la producción y exportación de petróleo y a la expansión de la industria petroquímica, aunque también crecen de prisa otras actividades manufactureras y la construcción.

Lo que suele llamarse “el auge petrolero” genera, sobre todo entre algunos altos funcionarios del gobierno, un explicable pero infundado triunfalismo, y cuando los más graves desajustes se ahondan, la deuda llega a niveles demasiado altos y su servicio es ya muy oneroso, la inflación se vuelve incontrolable, el peso es cada vez más débil y no están ya presentes las condiciones que hicieron posible el crecimiento económico de los cuatro años previos, desde el gobierno se repite demagógicamente que todo va “viento en popa”, que la deuda externa no entraña una carga excesiva y que la confianza y el crédito de que México goza en el exterior son muy grandes, que la posición económica del país sigue siendo sólida y que la producción y el ingreso continuarán elevándose de prisa incluso hasta el fin del siglo.

Pero los hechos se abren paso y acaban por prevalecer y al aumentar la deuda externa, caer los precios del petróleo, fugarse capital hacia el exterior, elevarse las tasas de interés y los precios y suspenderse el crédi-

⁶¹ Fragmento tomado del libro *Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1996, pp. 271-277.

to externo, el gobierno mexicano anuncia a sus acreedores extranjeros la suspensión de pagos, estallando así la llamada "crisis de la deuda".

La crisis económica

En toda esa larga etapa que arranca de la segunda mitad de 1982, la crisis económica se expresa como sigue:

- un crecimiento muy lento, desigual e inestable, que en general no excede de 2.5 a 3% al año, y que a menudo es inferior al ritmo a que crece la población;
- un rápido y sustancial descenso de la tasa de inversión bruta, que en los años más difíciles declina del 25 al 16% del PIB. Después se eleva de nuevo hasta 19-20% y, cuando se habla de recuperar los niveles de años anteriores, se desploma otra vez y vuelve a ser del todo insuficiente;
- un bajo nivel de ahorro y de inversión, sobre todo productiva, pues buena parte de ella es inversión financiera e incluso especulativa;
- un rezago creciente de la infraestructura básica en múltiples campos que obedece al fuerte descenso de la inversión pública y afecta el nivel de productividad;
- un sensible aumento del desempleo y el subempleo, al que corresponde un crecimiento incontenible y anárquico de la economía "informal";
- una severa inflación, en realidad la más intensa sufrida hasta ahora, que a mediados de los ochenta excede de 100% y aun de 150% en un solo año, y que si bien se reduce grandemente en los últimos años hasta llegar a menos del 10% en 1994, en 1995 vuelve a cobrar impulso y alcanza de nuevo alrededor de 50 por ciento;
- un fuerte déficit financiero público que incluso en dos ocasiones representa el 16% del PIB, que más tarde baja a niveles razonables y que actualmente es muy pequeño y aun se convierte en un superávit;
- durante varios años —sobre todo en 1982-1987—, un saldo favorable de la balanza comercial que obedece a la vertical caída de las importaciones cuando la economía mexicana deja de crecer y que representa el traslado masivo de excedente que, debido a la elevada deuda externa, al pesado servicio de la misma y a la rigidez de los programas de ajuste impuestos por los acreedores, es preciso hacer al extranjero, aun a costa de sacrificar el crecimiento;

- una creciente inestabilidad monetaria y financiera y un verdadero desplome del peso, que en el sexenio 1976-1982 cae de aproximadamente 25 a 110 por dólar y de ahí a fines de 1994 se derrumba en forma estrepitosa hasta unos 3 400, que al quitar tres ceros a todas las cifras en 1993, se convierte en un engañoso 3.40 nuevos pesos por dólar y, como veremos enseguida, la devaluación monetaria no termina ahí, sino que continúa y se agrava a partir de diciembre de 1994;
- una política de apertura hacia el exterior —en general unilateral e indiscriminada—, que si bien se presenta como condición para que México oriente su desarrollo hacia la exportación y tenga mayor acceso al mercado mundial, lo que fundamentalmente trae consigo es un enorme déficit comercial y una creciente afluencia de inversiones extranjeras, que hasta 1993 permite compensar ese déficit y aun deja un saldo positivo en la cuenta de capital.

Desde 1981, además, la relación de intercambio es cada vez más desfavorable, lo que agrava el déficit comercial. En cuanto a éste, mientras que las exportaciones aumentan a partir de 1989, las importaciones lo hacen desde un año antes y con mayor rapidez.

Algunos cambios importantes en la economía mexicana

[...] aun en los muy difíciles años de 1984 a 1988, salvo en 1986 que fue de fuerte retroceso, el crecimiento de las manufacturas no es desdenable y cobra mayor importancia en los siguientes años y sobre todo en 1989 y 1990, que fueron de activa restructuración, aunque a partir de 1992 afloja de nuevo.

Incluso entonces el PIB global se eleva lentamente, lo que sin embargo no significa que, como algunos señalan a menudo, el mercado interno sufra entonces una severa contracción. La tasa de crecimiento de las manufacturas, cabe repetir, es significativa. Y si para estimular el consumo interno se añade el déficit de la balanza de bienes y servicios, las cifras anteriores se incrementan, o sea que el consumo aumenta más que la producción. Es cierto que algunos empresarios, ahora sometidos a una severa competencia extranjera, venden menos y que lo que se compra fuera es cada vez más. Pero así sea lenta e inestablemente el consumo nacional aumenta y las ventas de las grandes empresas, en particular,

y sobre todo de aquellas que empiezan a exportar, lo hacen también, y aunque sujeto a múltiples limitaciones, el mercado en su conjunto sigue creciendo sobre todo hasta 1992. Es en 1993 cuando el PIB prácticamente se estanca y sobre todo en 1995, en que la caída del ingreso, de la inversión y del consumo se precipita, que el mercado interno sufre una fuerte contracción. En parte ello ocurre porque, a la caída de la demanda en que se expresa la crisis, se añade una política recesiva que contribuye a agravar la situación, por lo que bien podría decirse que el remedio ofrecido por el gobierno, concretamente en 1995, resulta incluso peor que la enfermedad.

Otro cambio significativo en la economía mexicana atañe al monto y composición de las exportaciones. Ya vimos que éstas aumentan, en general, a tasas muy superiores a las del PIB, pero lo más revelador es su recomposición.

[. . .] si bien la producción de petróleo y derivados no ha declinado, su peso en la exportación total disminuye rápida y fuertemente, en sólo unos años, del 55.2 al 11.8% y lo que tiene aún mayor significación es que en ese corto lapso las manufacturas aumentan del 37.6 al 81.8% de la exportación total. Esto habría sido imposible sin la reestructuración industrial y de no contarse con una planta productiva de cierto nivel.

El ser ya un exportador de manufacturas, para un país subdesarrollado como México es importante. Y no lo es menos el que la estructura de esas exportaciones se haya diversificado a favor de productos de más alto valor agregado [. . .].

Otro aspecto en el que se registra un cambio ligado estrechamente y que en cierto modo incluso determina los del comercio exterior, es el que se refiere a la inversión extranjera, pues si bien ésta sigue realizándose fundamentalmente entre los países más industrializados, a partir de los años ochenta México se convierte en un importante receptor.

A la inversión extranjera directa se añade en años recientes la de cartera, que se realiza en gran parte a través del mercado financiero, no para participar en la dirección de las empresas o siquiera para asegurar el control de una fracción de su capital, sino para obtener mejores rendimientos a través de la compraventa en operaciones secundarias. La forma en que se multiplica esa inversión es impresionante, estimándose que entre 1980 y 1994 su valor se eleva de 8 458 a 52 362 millones de dólares y, dada su volatilidad, lo más llamativo no es sólo la facilidad y rapidez con que esos fondos entran, sino también aquellas con las que,

SALDO DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA EN MÉXICO
(CIFRAS ACUMULADAS EN MILLONES DE DÓLARES, AL FIN DE CADA AÑO)

<i>Año</i>	<i>Monto</i>
1980	8 458.8
1985	14 628.9
1986	17 053.1
1987	20 930.3
1988	24 087.4
1989	26 587.1
1990	30 309.5
1991	37 324.7
1992	43 029.8
1993	47 930.5
1994	52 362.3

Fuente: Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, "Evolución de la inversión extranjera directa". México, 1994. Hasta agosto de 1994. No incluye mercado de valores. (Tomado de Fernando Sánchez Ugarte *et al.*, *La política industrial anotada apertura*, México, 1994, p. 156.)

con una situación difícil o ante cualquier motivo de preocupación e incluso infundados rumores, salen del país.

Incluida la inversión de cartera se advierte mejor lo que en conjunto significa la inversión extranjera en la economía mexicana. Sin embargo, habría que tener presente que debido al régimen de libertad de cambios que el gobierno mantiene como un aspecto fundamental de su política, atraídos por las altas tasas de interés en pesos en los últimos años, una parte significativa de esa inversión la hacen extranjeros, en títulos a corto plazo pagaderos en moneda nacional, pero como ocurrió especialmente después de la devaluación de diciembre de 1994, a su vencimiento la retiran reclamando su importe en dólares, lo que en el caso de los Tesobonos significó una presión desmedida, a la que pudo hacerse frente gracias al multimillonario "paquete" financiero obtenido del gobierno de Estados Unidos, el Banco Mundial y otras fuentes.

Con frecuencia se sugiere que el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá es lo que explica la internacionalización de la economía mexicana, su integración y mayor dependencia de la del poderoso país vecino, la más severa competencia del exterior y la crecien-

te importancia del comercio y la inversión extranjera; pero ésa no es la verdad. Al margen de situaciones que, como el crecimiento de las empresas maquiladoras de la frontera se inicia desde los años sesenta, la crisis de los ochenta, la sujeción a los programas de ajuste del Banco Mundial y sobre todo la política de apertura comercial y financiera seguida desde mediados de esa década, es lo que más influye. El TLC es más bien el acuerdo en que esa situación y esa política culminan, aunque a partir de que entra en vigor se vuelve un nuevo marco de referencia y un instrumento llamado a ejercer creciente influencia.

Podríamos reparar en otros hechos que, como los anteriores, confirman que incluso en la difícil etapa de la crisis que se recorre desde 1982, la economía mexicana sufre cambios importantes que sería un error dejar de lado o menospreciar. Acaso el eje central de esos cambios es la reestructuración del capital, por lo que recordaremos algunos de sus principales rasgos:

- en una primera fase, a principios de los años ochenta, baja fuertemente —como ya vimos— el nivel de inversión y sobre todo la inversión pública, y aun muchas empresas de las más sólidas sufren cuantiosas pérdidas e incluso caen al borde de la quiebra;
- en un segundo momento se renegocian las deudas externas, y al no tener que amortizar de inmediato el principal de ellas o poder pagarlo en moneda local gracias al apoyo del gobierno a través de un fideicomiso que maneja el banco central, se obtiene cierta liquidez y una transitoria holgura financiera que a veces genera inesperados y aun cuantiosos ingresos que compensan las pérdidas de operación;
- a fines de 1982 se nacionaliza la banca, quedando en poder de empresas privadas no sólo las inversiones que ella mantenía en diversos campos, sino incluso en actividades de intermediación financiera que el gobierno no consideró propiamente bancarias, como casas de bolsa y de cambio, sociedades de inversión, arrendadoras, empresas de bienes raíces, compañías de seguros, etc., y el conjunto de ellas, de las que solía hablarse como una “banca paralela”, con abierto apoyo gubernamental creció mucho más de prisa que el sistema bancario y adquirió cada vez mayor importancia;
- desde la segunda mitad de los años ochenta, y sobre todo en los noventa, la política de privatización trasladó grandes empresas públicas —no pocas veces a bajos precios— al sector privado, fortaleciendo a

algunos de los más poderosos consorcios e impulsando su desarrollo y una más compleja integración;

- la reestructuración y modernización de los más poderosos grupos empresariales mexicanos —digamos cerca de un centenar de ellos— también tienen importancia, aunque desde luego son quizá treinta a cuarenta de los más fuertes los que más cambian y logran mayores avances. Entre éstos cabría mencionar a grupos como Carso (Telmex, Condumex, Sanborns y otras grandes empresas en varios campos), Alfa, Vitro, Desc, Visa-Femsa, Minera México, Peñoles, Autrey, Bimbo, Kimberly, Mexicana de Aviación y Aerovías de México, Cydsa, Cifra, Liverpool, Ica, Tribasa y otros.

Hasta entonces, sin embargo, y en algunos casos aun después, lo que caracteriza a la mayor parte de esos grupos es lo que sigue:

- crecen más de prisa que la economía o la industria en su conjunto;
- se incrementan, en particular, sus inversiones y el valor de sus activos;
- se reestructuran productivamente, abandonándose las líneas menos atractivas y concentrándose en las que ofrecen mejores perspectivas;
- se vinculan más estrechamente a empresas extranjeras, las que en general participan con una proporción minoritaria del capital, pero ejercen gran influencia tecnológica, comercial y financiera;
- introducen nuevas tecnologías en procesos y productos, en escala cada vez mayor manejadas electrónicamente y modernizan sus instalaciones y formas de organización;
- reducen sensiblemente su personal tanto productivo como administrativo y mejoran su nivel de preparación y adiestramiento;
- modifican sus formas de financiamiento, vinculándose más al mercado de valores y algunos a mercados del exterior;
- se consolidan en el mercado interno y, asociados de nuevas maneras al capital extranjero, en ciertos casos se vuelven importantes exportadores;⁶²

⁶² Alfa, por ejemplo, aun en los años en que la recesión afectó a los países industriales, mantuvo exportaciones anuales superiores a 400 millones de dólares; en 1994 rebasó los 500 millones y en 1995 se estima que alcanzará 1 124 millones, o sea la cifra más alta hasta ahora.

Vitro, Cemex, Desc, los grupos minero-metalúrgicos y otros son también exportadores. Modelo, en los primeros meses de 1995 incrementó sus exportaciones de 633.4 a 1 277 millones de nuevos pesos, que representaron respectivamente 9.7 y 18.7% del total de las ventas.

- los grupos más poderosos ganan terreno en los campos en que operan, en tanto que otros pierden significación; pero en general, el conjunto concentra más capital y, con miras a lograr mayor flexibilidad, se descentraliza la operación de algunos de ellos.⁶³

No sería difícil demostrar que el peso de tales empresas y en particular de los grupos empresariales más poderosos en las líneas en que operan y en un sentido más complejo en el capital y la inversión, en el producto, las ventas y el comercio exterior y por tanto en la oferta y la demanda, es enorme. Y también incluso muy importante en los salarios y el nivel de empleo, variables que por inercia tienden a asociarse particularmente a las empresas pequeñas y medianas.

El sistema nacional de ciencia y tecnología es todavía muy pobre; no hay una relación estrecha entre el sector educativo y el productivo y “sin una sólida educación en ciencias, el desarrollo científico y tecnológico se sustenta sobre bases muy débiles [...]”. Se estima que en 1991 el gasto para investigación y desarrollo en México “fue de únicamente 0.33% del producto interno bruto total, mientras que en Estados Unidos fue de 2.75%, en Japón de 2.87% y en Corea del Sur de 2 por ciento”.⁶⁴

Grupo Financiero Banamex-Accival, Departamento de Análisis, Alfa, tercer trimestre de 1995, p. 3, y G. Modelo, p. 5.

⁶³ En general, se conviene en que la competitividad de la industria mexicana es baja, porque lo son también la productividad, el nivel de organización y la utilización de nuevas tecnologías.

A partir de los años sesenta, como ya vimos, la introducción de la electrónica y otros factores modifican grandemente las formas de organización de la producción en los países industriales. Lo que fundamentalmente se busca con los nuevos métodos es flexibilizar la producción, reducir costos, responder con mayor oportunidad a los cambios en la demanda, hacer modificaciones con mayor rapidez en el proceso productivo mismo, interconectar e integrar mejor las diferentes áreas, desde la investigación y el diseño hasta la administración y la distribución, y facilitar y hacer más fluidas las relaciones externas de las empresas.

“Las transformaciones verdaderamente significativas surgen de la interrelación entre las innovaciones [...] con lo que se tiende al concepto de manufactura integrada por computadora (CIM). La incorporación de equipo electrónico programable a las plantas industriales [...] eleva la calidad de los productos, a partir del proceso de producción: eleva la productividad del trabajo, diversifica la producción y aumenta la rentabilidad de la inversión [...]”. Patricia Arrieta Robles, “Reestructuraciones tecnológicas de la economía internacional y algunas de sus implicaciones para el sistema productivo mexicano”, en *La competitividad de la industria mexicana frente a la concurrencia internacional*, México, Nacional Financiera-Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 40-41.

⁶⁴ Victoria E. Erossa Martín, “Obstáculos y oportunidades para la modernización tecnológica de la pequeña y mediana industria”, en Pablo Mulás del Pozo (coord.), *Aspectos tecnológicos de la modernización industrial de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 325 y 347.



4. EN BUSCA DE NUEVOS CAMINOS

EMPECEMOS A REESCRIBIR NUESTRA PROPIA HISTORIA¹

Nuestros problemas, se nos dice, son los de todo país moderno. En parte ello es así, pero sólo en parte, porque en rigor son más bien los propios de un país capitalista subdesarrollado y sometido al imperialismo, que se desenvuelve a partir y a través de contradicciones profundas que a tres cuartos de siglo de la Revolución mexicana no han podido resolverse ni lo podrán en adelante mientras el nuestro sea un país capitalista [...].

México logró, sobre todo después de la Revolución de 1910, romper con muchas de las trabas que impedían su desarrollo. En ese lapso extendió grandemente su sistema educativo y abrió por primera vez a muchos jóvenes la posibilidad de hacer estudios superiores y de convertirse en profesionistas y técnicos; elevó el grado de calificación de centenares de miles de obreros, preparó numerosos maestros y enriqueció indudablemente su vida cultural en los más variados campos. Desconocerlo sería negar una realidad que está a la vista de todos. Pero olvidar a la vez que nuestro desarrollo cultural ha sido hasta ahora profundamente desigual y en conjunto del todo insuficiente, que el desgarramiento de nuestra cultura, que provoca sobre todo el imperialismo, es cada vez más profundo, que el acceso del pueblo a esa cultura es todavía mínimo, que muchas de sus mejores expresiones siguen siendo propiedad y privilegio de unos cuantos, y que el bajo nivel de cultura sobre todo política del pueblo es por sí solo un signo de nuestro atraso cultural, es caer en la demagogia y negarse también a ver las cosas como son [...].

Pretender que toda la herencia cultural que hoy recibimos es negativa porque es fundamentalmente burguesa sería renunciar dogmática y ciegamente a las ventajas que el desarrollo logrado hasta ahora nos ofrece. Aquí no cabe el “borrón y cuenta nueva”. No se trata de empezar desde cero, sino solamente de aceptar esa herencia, como dicen los abogados, “con beneficio de inventario”, es decir, sabiendo qué es lo que se nos

¹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 54, noviembre-diciembre de 1983, pp. 48-62.

entrega y reapreciándolo críticamente. Porque, como en botica, hay de todo en ese paquete cultural: hay valores auténticos y creaciones artísticas inestimables, objetos realmente preciosos, avances sin los cuales tendríamos que volver atrás y reempezar penosamente la tarea cultural, verdaderas joyas y experiencias que aportan valiosas enseñanzas, hay en suma mucho que rescatar y preservar, pero también hay modas, mitos y prejuicios [. . .], hay modelos falsos y bisutería imperialista [. . .].

Creación cultural, acceso a la cultura y lucha revolucionaria

La idea muy socorrida en círculos académicos burgueses, según la cual la ciencia y la cultura en general se han desideologizado [. . .] es falsa.

Lo cierto es todo lo contrario. Bajo el capitalismo, concretamente, la cultura tiene un inevitable contenido de clase, que sin embargo no siempre es fácil advertir y desentrañar. A veces no sale a la superficie sino que queda como algo oculto y subyacente que es preciso hacer aflorar a través de un examen crítico riguroso. Pero el contenido de clase siempre está presente.

Los intelectuales de vanguardia, que desde posiciones avanzadas y consecuentes se ponen resueltamente del lado del pueblo; los que con su literatura y su arte críticos dicen las cosas como son y exhiben aspectos fundamentales de la realidad que la clase en el poder tiende a ocultar, contribuyen, a veces grandemente, al éxito de la lucha revolucionaria. Y cuando se vuelven verdaderos militantes, es decir, trabajadores conscientes que se insertan con modestia en las filas del proletariado —esto es, que de jueces o al menos espectadores se convierten en partes comprometidas—, su aportación a la cultura es aún mayor, pues consiste no sólo en entregar lo que saben sino lo que son, o sea en entregarse a sí mismos cabalmente a la lucha por hacer de la sociedad algo mejor.

LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES²

El saldo de la revolución de independencia

[. . .] ¿cuál fue el saldo, el significado, el sentido profundo de la revolución mexicana de independencia? [. . .].

² Fragmentos del ensayo publicado en el libro *Pensamiento político de México*. Tomo I. *La Independencia*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986.

Lo que a todas luces parece inaceptable es la versión ultraconservadora de que la revolución de independencia fue un fracaso, un movimiento sin pies ni cabeza, prematuro, violento, anarquizante y que nunca contó con el apoyo del pueblo y en particular de los mexicanos responsables.

Siguiendo a Carlos Pereyra, José Vasconcelos escribe que

el levantamiento popular del 16 de septiembre de 1810, contra la dominación española fue sin duda inoportuno [. . .]. Nuestra emancipación fue forzada por los enemigos del exterior. Ni estábamos preparados para ella ni la deseábamos [. . .]; la masa del pueblo no simpatizó con el movimiento insurgente y los espíritus más claros se abstuvieron de apoyarla [. . .].

Lo que hace concluir [a Lorenzo Zavala] que “fue, pues, un crimen, el lanzar a los de abajo contra los de arriba, sin plan alguno de mejoramiento social, y tan sólo para tener soldados [. . .]”.³

La argumentación anterior no resiste, en rigor, ningún análisis. Lejos de inoportuna, la revolución de independencia se produjo cuando ciertas condiciones la hicieron viable. De ahí que sugerir que debió haber tenido lugar unos decenios más tarde es adoptar una actitud meramente especulativa, común en quienes, en vez de tratar de entender los hechos tal como son, tienden a estar siempre en desacuerdo con ellos y en general con la historia, porque ésta no fue como hubiesen querido.

Igualmente insostenible se antoja la idea de que nuestra emancipación fue “forzada por los enemigos del exterior”, y de que “la masa del pueblo no simpatizó con el movimiento insurgente”. Inglaterra, en primer término, trató desde luego de aprovechar en su beneficio el resquebrajamiento del imperio colonial español y más que simpatizar sinceramente con la independencia latinoamericana comprendió que gracias a su mayor desarrollo económico y a su más avanzado régimen político podía afirmar y extender su dominación en países que iniciarían su vida independiente en condiciones difíciles y ante problemas de todo orden. Incluso los Estados Unidos, que estaban todavía muy lejos de poder competir con Inglaterra, trataron desde el primer momento de ver, sobre todo en México y el Caribe, una esfera de influencia en la que intentarían hacer prevalecer sus intereses.

³ Lorenzo de Zavala, *Obras, Ensayo crítico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, México, Editorial Porrúa, 1969, pp. 71 y 72.

Pero todo ello no basta para sostener que la revolución hubiese sido un movimiento que se gesta desde fuera y sin la participación de nuestro pueblo. En su oportunidad vimos que éste apoyó la causa insurgente y el triunfo no fue fácil porque los iniciadores de la lucha emancipadora se enfrentaron, de hecho sin armas y sin organización militar, a un régimen colonial que hizo acopio de todas sus fuerzas para preservar su dominación. Por ello, pretender que la revolución fue un crimen porque lanzó a los pobres contra los ricos no con otro objeto que conseguir soldados, a cambio cuando más de la promesa demagógica y falsa de mejorar sus condiciones, no solamente carece de fundamento, sino que niega el hecho fundamental de que la lucha del pueblo por su libertad no era una acción delictuosa sino un derecho irrenunciable que, por fin, podría ejercer.

La tesis, sostenida entre otros por Vasconcelos, de que si la revolución de independencia se hubiese realizado decenios más tarde nos habría permitido retener Texas y el medio territorio que perdimos a mediados del siglo es también especulativa y discutible. Supone que en tanto el nuevo Estado mexicano no podría detener y enfrentarse exitosamente a la expansión territorial norteamericana, España lo habría conseguido. Mas lo cierto es que esta opinión no repara en que España como poder colonial estaba en decadencia, que económica y militarmente se había debilitado en la guerra con Francia, que su subordinación a Inglaterra era ya manifiesta, que el capitalismo en rápido desarrollo en varios países era una amenaza concretamente para América Latina y que, en fin, la propia Francia y España habían cedido desde principios de siglo la Luisiana y la Florida. La historia acabaría por demostrar que, sobre todo después de su guerra civil, los Estados Unidos se industrializarían con rapidez, y que en poco tiempo ni la misma Inglaterra ni desde luego otros países como Francia o Alemania podrían competir con aquél, especialmente en México y el Caribe.

El punto de vista tan reiterado por ciertos historiadores de que nuestra revolución de independencia fue tan sólo una trágica ola de violencia incontenible e innecesaria tampoco es aceptable. La violencia, que sin duda estuvo presente, tenía como ya vimos una razón de ser. Y está demostrado que no sólo hicieron gala de ella en ciertos momentos los insurgentes, sino también y a menudo, sobre todo, las fuerzas que defendían el régimen colonial. Desde luego hubiera sido preferible que la independencia se consiguiera con una menor dosis de sangre y vidas

humanas. Pero en México reclamó una verdadera revolución y las revoluciones suelen ser inevitablemente cruentas. En efecto fue violenta la Revolución inglesa, lo fue la norteamericana y desde luego, en mayor medida, la francesa. Algunos historiadores parecen no comprender que la violencia revolucionaria desempeñó un papel muy importante, que hizo posible aportar recursos al movimiento emancipador y que a la postre contribuyó a incorporar a las masas, a cambiar la correlación de fuerzas y a hacer posible el triunfo final.

El solo hecho de que del movimiento emancipador surgiera un nuevo Estado políticamente independiente tuvo, a nuestro juicio, gran importancia. El que después de siglos de opresión colonial México se convirtiera en un país con derecho a gobernarse por sí mismo, con todo y que en la práctica el ejercicio de este derecho plantearía toda suerte de problemas, entraña un cambio de gran dimensión llamado a influir en la vida, las costumbres, las instituciones y el destino de los mexicanos.

Cierto que la independencia política no bastaba para librarse de la pesada herencia colonial de explotación y atraso y que en un país destruido por una larga guerra, en el que casi todo estaba por hacerse, el desarrollo económico y el ejercicio de las nuevas libertades reclamaba además una transformación social profunda que hiciera posible el advenimiento de un régimen capaz de romper trabas, destruir privilegios y movilizar y aprovechar el potencial de recursos hasta entonces en gran parte ocioso e improductivo.

Reconociendo, pues, que la independencia política no culminó desde luego en la sociedad democrática próspera y justa a que muchos aspiraban y que creían realizable de inmediato, sin duda fue el cambio más profundo que el país vivió desde la trágica conquista española de principios del siglo XVI. Y tal cambio fue, además, el escalón necesario para hacer posible más tarde al advenimiento del capitalismo como una nueva formación social. Pues si bien el movimiento de independencia fue en parte una revolución burguesa, en perspectiva histórica fue sólo la fase inicial de un largo, desigual y accidentado proceso que, para abrirse paso en definitiva, reclamaría en adelante nuevas luchas frente a poderosos enemigos internos y externos, y sobre todo entrega, espíritu de sacrificio y una dosis de violencia y de sangre que por sí sola subraya el dramatismo de nuestra historia y da cuenta del alto precio que el pueblo mexicano pagó siempre por su libertad.

SOBRE LA IMPORTANCIA POLÍTICA DEL TRABAJO CULTURAL⁴

El trabajo cultural no siempre es comprendido y apreciado. A veces se le ve de manera convencional como algo que no interesa al pueblo, a los trabajadores comunes y corrientes; como una actividad de salón, elitista, a la que sólo tienen acceso muy pocas personas, en verdad privilegiadas. El disfrute de ciertas expresiones culturales suele, en efecto, ser un lujo de los ricos, que en general son también quienes pueden comprar determinados "objetos culturales" y otras costosas mercancías que únicamente están a su alcance. Pero ser culto no es tener cosas, sino hacerlas.

A veces se piensa que la cultura es algo ligado sólo a los intelectuales, a los artistas y a otras personas cuyo oficio les permite crear valores culturales diversos. A menudo también se considera que la cultura está sólo en los libros, en los museos, en las universidades, en los viejos monumentos, o se la asocia casi exclusivamente a la literatura y el arte, sin comprenderse que el proceso cultural es algo mucho más rico, más vasto y fluido, que incluso se recrea y enriquece cotidianamente a través del trabajo y la acción de millones de seres humanos, incluidos desde luego los trabajadores [...] urbanos y rurales que producen bienes materiales y servicios sin los que sería imposible que la vida cultural fuera hoy lo que es.

La cultura no se hace en el vacío ni consiste en meras abstracciones o formas sin contenido. Expresa, sobre todo, realidades concretas, siempre en proceso de cambio, y a la vez el esfuerzo por conocer a fondo esas realidades y por contribuir a transformarlas y hacerlas mejores.

Cultura e historia son inseparables. La primera sólo se comprende en una justa perspectiva histórica, la historia queda vacía si se le despoja del proceso cultural que le da vida y determina su curso.

Con frecuencia, curiosamente, la actividad cultural se vuelve una manera de evadir la realidad y de soslayar ciertos hechos, de no enfrentarnos a problemas que a todos nos afectan. Pero entonces no es una cultura verdadera ni digna de su nombre, y el eje en torno al cual gira la cultura no es la realidad [...].

A veces tenemos la impresión de que la realidad en que nos movemos es pobre, monótona, intrascendente [...]. Pero eso no cierto. Méxi-

⁴ Intervención al celebrarse el 25º Aniversario de la Fundación del Centro Cultural y Social "José Martí", en Atlixco, Puebla, el 20 de agosto de 1988. Fragmento publicado en *Estrategia*, México, núm. 83, septiembre-octubre de 1988, pp. 53-59.

co es un país con una cultura y una historia extraordinarias, de las que debemos sentirnos orgullosos.

La educación, sin embargo, como todos sabemos, no se circunscribe a la escuela. Se adquiere en el seno de la vida familiar, en el trabajo cotidiano, en el taller y la fábrica, en el sindicato y en otras organizaciones sociales, en torno al deporte y las actividades recreativas, en el trato con los amigos y hoy, en que los medios de comunicación masiva tienen un alcance extraordinario, a través precisamente de ellos: de la prensa, la radio, el cine y sobre todo la televisión. Las horas que diariamente pasan ante ésta los niños, adolescentes, jóvenes y aun adultos, suelen influir grandemente en su formación, o más bien, en su deformación cultural. Porque, desafortunadamente lejos de que estos excepcionales medios sean realmente el vehículo más adecuado para enriquecernos culturalmente, lo que en general nos ofrecen es una información pobre y casi siempre parcial y amañada, un material de poca calidad, una gran dosis de prejuicios y de violencia, pequeñas cápsulas intrascendentes y a menudo lamentables, ideas y valores ajenos y aun contrarios a nuestra cultura y nuestra historia y un revelador desdén y menosprecio hacia lo esencial de nuestro patrimonio cultural y las formas concretas en que el pueblo, con su diario quehacer, sus inquietudes, su inconformidad, sus demandas y luchas, influye en el proceso cultural.

El conocimiento de nuestros derechos fundamentales, el comprender que no son una dádiva [...], el saber que tales derechos se defienden ejerciéndolos consciente y resueltamente, es otro campo de primer orden para la acción cultural.

[...] libertad y cultura, democracia y cultura, y soberanía y cultura son indivisibles. Y la defensa, por tanto, de nuestra independencia, como alguna vez dijo Martí, "trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras".

La acción cultural no se desenvuelve en marcos estrechos. Ocupa amplios espacios y tiene que ver con los aspectos más importantes de la vida. A estas horas, por ejemplo, en que la posibilidad de una catástrofe nuclear pone en peligro mucho de lo que el hombre ha construido sobre todo en los últimos siglos, la lucha por el desarme, por un clima de seguridad y confianza, por amistad entre los pueblos, por una verdadera cooperación y un nuevo orden económico internacional, adquiere especial significación no sólo para las grandes potencias, sino para países

como el nuestro que reclaman condiciones que les permitan un desarrollo nacional independiente [...].

El éxito de esa lucha reclama que el pueblo participe activamente, que cobre conciencia de que de ella depende su destino. Los trabajadores suelen no comprender que ellos son quienes producen la riqueza social. Esto obedece a que se les separa de aquello que es fruto directo de su esfuerzo, y en un sentido más amplio se divorcia al hombre de la cultura que él mismo crea. Mientras esta unidad no se restablezca, el pueblo no entiende que él es el protagonista central del proceso cultural.

Cuando hablamos de nuestra historia no nos referimos sólo a la de México, sino a la de nuestra gran patria latinoamericana. Porque la lucha por nuestra plena independencia, por nuestra integración regional y nuestro desarrollo se libra hoy, como en tiempos de Bolívar y Morelos, en todo el subcontinente. José Martí —a quien Fidel Castro considera el autor intelectual del asalto al cuartel Moncada—, como pocos latinoamericanos, comprendió que el conocimiento profundo de la realidad es decisivo para enriquecer nuestra vida social y cultural; necesario incluso, solía decir, para librar a nuestros pueblos de la tiranía [...].

La historia de América, de los incas acá ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de remplazar a los políticos exóticos. Insértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

[...] Los pueblos han de tener una picota para quienes les azuzan a odios inútiles; y otra para quienes no les dicen a tiempo la verdad.

EL PROBLEMA DE LAS FASES EN LA LUCHA POR EL PODER⁵

La Revolución mexicana y la etapa actual de la lucha

[...] La Revolución mexicana —cuya dimensión no intentaremos discutir aquí— está muy lejos de haber resuelto los problemas más graves

⁵ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 8, marzo-abril de 1976, pp. 29-54.

y alcanzado las metas más ambiciosas. A 65 años de iniciada sigue habiendo en México millones de analfabetos y de niños sin escuela, campesinos sin tierra, obreros sin empleo, trabajadores que no reciben siquiera el salario mínimo legal y a quienes se obliga a trabajar más allá de la jornada máxima; sigue habiendo viejos y sobre todo nuevos latifundistas, consorcios extranjeros que explotan al pueblo y capitalistas mexicanos que, asociados con ellos, dilapidan la riqueza nacional y ahondan la dependencia y el atraso. A tantos años del inicio del movimiento democrático de principios de siglo seguimos sin sufragio efectivo, sin elecciones reales —ni siquiera en los sindicatos— y sin verdadera democracia. Todo eso es cierto. Pero lo que entraña un sofisma [. . .] es postular que si los viejos ideales del pueblo y del movimiento de 1910 están aún lejos de realizarse, ello significa y aun comprueba que la revolución está, también, no menos lejos de haber concluido. Se confunde así [. . .] una revolución concreta, específica, que expresa contradicciones propias del desarrollo social en una etapa histórica determinada, con la revolución en abstracto; se supone en actitud demagógica que el fin de esa revolución era lograr la independencia económica de nuestro país y la justicia para nuestro pueblo; se hace caso omiso de la realidad y de la misión [. . .] de una revolución democrático-burguesa como la mexicana; se pretende que el desarrollo gradual de tal revolución —el reformismo— permitirá alcanzar los más caros ideales y a partir de todo ello se concluye que el tipo de fuerzas, de clases, de Estado, de impulsos surgidos de la revolución, o sea la sociedad capitalista en que vivimos, son y serán necesarios para lograr los objetivos antes señalados. ¡Habilidosa maniobra para justificar, en el nombre de la revolución, la contrarrevolución, o sea el mantenimiento y la preservación del orden social imperante! [. . .].

La Revolución mexicana fue una revolución democrático-burguesa. Decimos *fue*, porque si bien el proceso social es uno solo y aun las rupturas revolucionarias no interrumpen lo que en un sentido profundo es su continuidad histórica, pertenece sin duda al pasado. La calificamos de democrático-burguesa porque si bien las masas populares tuvieron en ella una presencia (indudable), ni llegaron propiamente a dirigirla ni menos aún pudieron impedir que a partir del triunfo del movimiento se consolidaran en el poder ciertas nuevas capas de la burguesía y la pequeña burguesía que habían entrado en conflicto con la dictadura por-

firiana, es decir, una nueva minoría que, como la recién desplazada del poder, se impondría a la mayoría. [. . .].

Para comprender cuándo *se consume* la Revolución mexicana, lo que cuenta no es saber si se realizan o no ciertos avances; lo importante es precisar cuándo y cómo se organiza la nueva estructura de poder, es decir, a partir de qué momento la revolución lleva al poder a las fuerzas triunfantes, a una nueva constelación de fuerzas empeñadas en derrocar, no a la burguesía ni al capitalismo, sino primero al gobierno dictatorial de Díaz y después al régimen *de facto* de Huerta [. . .].

Sólo así, en nuestro concepto, puede abordarse objetivamente el problema de la vigencia o invigencia de la Revolución de 1910. De lo contrario, o bien se cae en la versión ahistórica, apologética y aun metafísica de que mientras no se realicen sus ideales la Revolución mexicana tendrá vida —lo que equivaldría, digamos, a sostener que sigue en vigor la Revolución francesa de 1789, porque aún no se logra asegurar la libertad, la igualdad y la fraternidad prometidas al pueblo francés desde entonces—, o bien se cae en la frágil posición de suponer <interrumpido> un proceso históricamente terminado desde hace largo tiempo y que, a diferencia de lo que por ejemplo ocurrió en la Revolución rusa, por múltiples razones, pero sobre todo por la ausencia de una vanguardia socialista capaz de dirigir la lucha revolucionaria en sus diversas fases, no pudo lograr que la consumación de la revolución democrático-burguesa se eslabonara, de hecho sin solución de continuidad, con la revolución socialista. En efecto, en tanto que ésta se produce en Rusia unos meses después de que aquélla se consuma con la llamada Revolución de Febrero, en México transcurre alrededor de medio siglo entre el momento en que el nuevo poder burgués se consolida y la situación en que hoy nos encontramos, lo que por sí solo comprueba que estamos en otra etapa histórica [. . .].⁶

⁶ El problema de cuándo y cómo se consume la revolución democrático-burguesa ha sido objeto de discusión en muchos países. En Rusia, *verbigracia*, tal cuestión se debate sobre todo entre 1908 y 1917. Y cuando Lenin concluye que el hecho se produce precisamente después de la Revolución de Febrero-marzo, su tesis no es solamente rechazada por los mencheviques, sino puesta en duda por algunos de sus compañeros, dirigentes de alto nivel en el partido.

Analizando rigurosamente los hechos, en vez de aplicar mecánicamente las viejas teorías, Lenin razona como sigue: "El problema fundamental de toda revolución es el del poder. Si no se comprende este problema, no puede haber participación consciente en la revolución y ni qué hablar de la conducta de la 'revolución'. Pues bien, ¿quién tiene el poder desde marzo de 1917? El poder en Rusia —dice— ha pasado a manos de una nueva clase: la burguesía y los terratenientes que se han convertido en burgueses. En ese sentido la revolución democrático-burguesa en

[...] somos conscientes, repetimos, de que en el México de 1976 falta mucho por hacer aún de aquello que se prometió al pueblo hace más de medio siglo. Pero desprender de ahí la conclusión de que lo que se ofreció a las masas en el marco de la revolución democrática constituye una promesa que la clase en el poder debe cumplir, entraña otro sofisma que, ahora en el nombre de la fidelidad a los compromisos empeñados y de la necesidad de llevar la revolución hasta el fin, lo que hace en rigor, al suponer a la burguesía capaz de realizar lo que nunca estuvo o al menos no está ya en condiciones siquiera de intentar con seriedad, es pretender que dicha clase *es y seguirá siendo necesaria* para llevar adelante el progreso. Esto sin duda constituye la mejor defensa de su legitimidad [...].

Lo que ello demuestra no es, obviamente, que la vieja Revolución mexicana no haya cumplido su misión histórica de consolidar en el poder a la burguesía y de acelerar el desarrollo de un capitalismo deforme y estructuralmente dependiente. Demuestra más bien que, como en pocos países, [...] la burguesía con un hábil reformismo —éste sí ininterrumpido— y una ideologíaseudorrevolucionaria verbalista y engañosa ha logrado confundir a las masas, mantenerlas bajo su influencia ideológica y mediatizar, cuando no francamente impedir su acción política y su organización independiente [...].

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN MEXICANA⁷

En nuestro concepto la economía mexicana era ya, en 1910, capitalista. Lo era, entre otras razones, [porque:]

Rusia, ha culminado [...].” Y en otro pasaje en que explica el alcance de las dos principales etapas de la Revolución rusa señala que la primera desenlaza precisamente de esa manera y que, “por consiguiente, la revolución burguesa o democrático-burguesa en Rusia se ha consumado”. Es por ello que entonces se inicia la segunda, cuya misión sería preparar el derrocamiento de la burguesía con base en el incipiente poder obrero constituido por los soviets de diputados obreros y soldados [...].” V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo XXIV, Editorial Cartago, pp. 453, 475 y 459.

⁷ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 69, mayo-junio de 1986, pp. 62-83. “Este texto —aclara el autor— es parte de unos apuntes que preparé hace unos doce años para un seminario sobre el tema, con el propósito de utilizarlos posteriormente en un libro sobre la Revolución mexicana que, debido a otras tareas y compromisos, hasta ahora no pude escribir. De haber hecho hoy estas reflexiones es probable que, en más de un aspecto, hubiesen sido distintas; pero como no me es posible revisarlas en estos momentos, preferí dejarlas en los términos en que originalmente se presentaron, como un borrador o material inicial, que en todo caso ofrece algunos puntos de vista que entonces me parecieron de interés.”

- [...] incluso en el campo y en particular en muchos de los grandes y más prósperos latifundios en las regiones más avanzadas —en las que no dejaban de estar presentes ciertos rasgos precapitalistas— las relaciones de producción eran ya básicamente capitalistas;
- porque la economía mexicana, como una economía capitalista deforme y dependiente, se había insertado definitivamente al mercado y al sistema capitalista mundiales, y especialmente a la poderosa economía estadounidense, que por entonces había ya desplazado a Inglaterra como país dominante al menos en América del Norte y Central, y que empezaba a consolidarse como una gran potencia imperialista [...].

Al lanzar su famoso Plan de Guadalupe y llamar al pueblo mexicano a restaurar el orden constitucional, Venustiano Carranza moviliza principalmente tanto al sector liberal de la burguesía en que Madero se había apoyado, como a amplios grupos pequeñoburgueses, primero del norte y poco después de casi todo el país. Mas al atraer o apoyarse en otras fuerzas en la lucha contra Huerta, el movimiento constitucionalista incorpora asimismo a vastos contingentes populares, cuyo entusiasmo y capacidad combativa darían a la revolución un impulso inusitado y la volverían un gran movimiento de masas, que a menudo rebasa y aun rompe, sobre todo en 1913-1915, los marcos institucionales establecidos.

El aporte de los campesinos y de los trabajadores del campo y en ciertos momentos y lugares, también de la ciudad, resulta decisivo [...].

Aun en el difícil y crítico año de 1914, tras los grupos armados que entran y salen de la ciudad de México y los <gobiernos> que precaria y alteradamente reclaman la mayor autoridad, el poder económico y aun los principales mecanismos de decisión política siguen en manos de la burguesía, aunque cambie la composición de ésta y las fracciones que, en un momento dado, se vuelven las más fuertes. En efecto, es la burguesía la que sigue en poder de las minas, de la fábricas, los bancos, las empresas comerciales y las más ricas explotaciones agropecuarias, y es ella también la que sigue pesando decisivamente en la acción del Estado, en la mayor parte de los gobiernos locales y municipales e incluso en la dirección del movimiento constitucionalista y en la presidencia de la Convención de Aguascalientes [...].

En 1915-1916 se pierde toda posibilidad de equilibrio inmediato en la sociedad mexicana. La contradicción masas rurales-burguesía terrateniente tiende, explicablemente, a agudizarse en tanto el problema agrario no se encare en definitiva, aunque a la vez la derrota de Villa y el debilitamiento militar del movimiento campesino operan en sentido inverso. La crisis económica y la incapacidad para resolverla ponen frente a frente a los trabajadores de las principales ciudades y a la burguesía industrial y comercial y ello repercute en otros sectores sociales y genera conflictos entre unos y otros y en cada uno de ellos. Los desacuerdos interburgueses se vuelven evidentes, pudiendo advertirse que mientras algunos capitalistas se vinculan de cerca y siguen al capital extranjero, otros operan en áreas que no interesan especialmente a éste y alientan vagas aspiraciones nacionalistas; mientras unos están con la revolución otros permanecen al margen de ella y aun entre quienes participan activamente, en tanto unos apoyan a Carranza otros se acercan principalmente a Obregón, algunos —como Eulalio Gutiérrez en la Convención y Maytorena en Sonora— tratan de utilizar a Villa y no pocos quedan a la expectativa, en espera de ver quién resulta el más fuerte y ofrece mayores garantías.

Y en el convulso escenario de una revolución que no logra llegar a su fin ni proyectarse con claridad hacia el futuro, la pequeña burguesía más o menos radicalizada está siempre presente, tratando de aprovechar en su beneficio la rivalidad entre la burguesía y los campesinos y los obreros, y de presionar a aquélla para que acepte ciertas demandas que a su juicio son indispensables para ganar la simpatía de las masas y restablecer la paz.

Las demandas concretas y en un principio aisladas entre sí de las diversas clases y grupos en conflicto poco a poco toman cuerpo en programas generales que incorporan las principales reivindicaciones. En el programa de reformas político-sociales que a nombre de la Soberana Convención Revolucionaria se lanza desde el estado de Morelos, en abril de 1916, se habla ya de la necesidad de iniciar un vasto plan de restitución y dotación de tierras a los campesinos, de organizar la pequeña agricultura y fomentar su desarrollo a través de una activa y permanente participación del Estado, de expropiar bienes raíces para poder resolver el problema agrario, de suprimir las tiendas de raya y garantizar a los obreros el ejercicio del derecho de huelga, organización y reunión, de oponerse a los monopolios y exigir a las empresas extranjeras

el estricto cumplimiento de las leyes mexicanas, de iniciar una reforma fiscal, asegurar la independencia de los municipios, lograr el sufragio efectivo y extender la acción estatal a la explotación de ciertos recursos naturales.⁸

BOSQUEJO DE UN PROGRAMA ANTIMONOPOLISTA⁹

¿Por qué luchar contra el capital monopolista?

¿Por qué, a estas horas, centrar nuestra acción contra el capital monopolista? ¿No se corre el riesgo, podría decirsenos, de que al proceder así pierda impulso el movimiento de masas y aun se desmovilice a quienes se enfrentan a enemigos más concretos e inmediatos? De ninguna manera. La lucha contra el capital monopolista no sólo no excluye numerosas y aun pequeñas batallas, sino que las requiere y en parte se expresa a través de ellas. Y en cuanto a que el situar al enemigo en el plano estratégico en que lo hacemos inhiba o desmovilice a las masas, creemos que, por el contrario, tal es la condición para incorporarlas a una lucha realmente revolucionaria y para encontrar el común denominador que conjugue las fuerzas capaces de enfrentársele y vencerlo. El capital monopolista es sin duda el principal enemigo, el más poderoso, el que en [. . .] nuestro propio país actúa desde las minas más ricas, las grandes fábricas, los bancos, el Estado, el comercio interior y exterior, la prensa, las universidades y aun el propio movimiento obrero.

Es tal la influencia del capital monopolista y estamos tan sometidos a ella que resulta muy difícil apreciarla con objetividad. Y todo porque con su enorme poder y su eficaz aparato propagandístico ha logrado confundirnos, distraer y desviar nuestra atención en la actitud del ladrón que grita a su víctima: ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! El capital monopolista es la causa principal del subdesarrollo, del drenaje constante del excedente que producen los trabajadores, de la dilapidación y el agotamiento de nuestros más valiosos recursos; es la causa principal de la inflación y el desempleo, de la dependencia en sus más graves manifestaciones, de

⁸ Véase *Fuentes para la historia de la Revolución mexicana. I. Planes políticos y otros documentos*, recopilación de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 123 y siguientes.

⁹ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 6, noviembre-diciembre de 1975, pp. 33-56.

que tengamos que vender a bajos precios y comprar en condiciones prohibitivas; es la causa de la concentración de la riqueza y el ingreso nacionales en una pequeña minoría oligárquica, y de la explotación y la miseria de millones de trabajadores.

Mientras no comprendamos cabalmente estas cuestiones será imposible trazar una estrategia capaz de hacerles frente con éxito; seguiremos perdidos entre los árboles sin poder ver el bosque y menos todavía salir de él; confundiremos las causas con sus síntomas y podremos ganar batallas aisladas, pero no llevar la lucha revolucionaria hasta la victoria final.

Cuando hablamos del capital monopolista es preciso comprender bien su alcance. En nuestros días no es ya tan sólo un conjunto de poderosos monopolios, sino algo mucho más complejo: es el centro mismo del sistema capitalista, el mecanismo a través del cual los monopolios y el Estado se entrelazan, apoyan y refuerzan mutuamente, la base económica de la oligarquía financiera y el más importante y bien defendido baluarte de toda la clase en el poder [...].¹⁰

Desde hace cerca de un siglo la economía mexicana es una economía capitalista subordinada al capital extranjero; desde hace seis decenios cobra impulso entre nosotros el capitalismo de Estado y desde hace por lo menos dos éste empieza a convertirse en un capitalismo monopolista de Estado, que si bien va a la zaga del de otros países acusa a la vez rasgos propios que es necesario conocer y evaluar correctamente. En estos momentos parece indudable que las contradicciones más graves corresponden a una situación en la que, siendo ya dominante el capitalismo monopolista de Estado, éste es cada vez más incapaz de hacer posible un desarrollo independiente que rescate de la miseria y el atraso a millones de mexicanos.

¹⁰ Véase Afanasiev y otros, *Economía política del capitalismo*, pp. 211 y 215, y V. I. Lenin, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1970, tomo II, p. 319. "La transformación del capitalismo monopolista de Estado produce ciertos cambios en los caracteres básicos del imperialismo [...]. A la par con los monopolios privados asciende la importancia de los estatales. El grado de monopolización es cada vez mayor [...]."

"El cambio fundamental consiste en que el monopolio, ensamblado con el Estado, engendra ineludiblemente cambios del carácter del capital financiero [...]. Como preveía Lenin: "[...] el capital financiero adquiere un carácter monopolista de Estado [...], significa tanto la ensambladura de los monopolios industriales con los bancos como la de unos y otros con el Estado [...]; el capital financiero monopolista de Estado se erige en fuerza dominante en todos los eslabones decisivos de la actual reproducción capitalista, [...] lo que] lo convierte en enemigo fundamental [...]". *Ibid.*, pp. 216-218.

Si tales son la ubicación, la naturaleza, la influencia y la responsabilidad histórica del capital monopolista en la determinación de la explotación y el subdesarrollo de un pueblo como el nuestro, es lógico pensar que a través de un programa antimonopolista y antioligárquico —no de una economía <mixta>, de un <desarrollo compartido>, de un nuevo desarrollismo o de un tercermundismo retórico y contradictorio que pretenda enfrentar a las naciones <pobres> a las <ricas>, supuestamente fincadas en <dos imperialismos>— será posible unir a las mejores fuerzas del pueblo mexicano en la lucha por su propia liberación. En épocas de crisis como la actual, millones de personas resienten la presión del capital monopolista; la sufren los obreros más conscientes, a quienes explotan en forma directa la oligarquía y la alta burguesía, vastos sectores del proletariado urbano, los trabajadores del campo y los campesinos pobres, grandes proporciones de estudiantes e intelectuales, y también empleados de empresas privadas y del Estado, profesionistas y técnicos, numerosos pequeños productores y aun ciertas fracciones de la burguesía no monopolista. A todos ellos, pese a su diversidad de intereses y a sus contradicciones, es posible atraer y ganar o al menos neutralizar a través del programa nacional de que hablamos, porque a todos afecta, en mayor o menor medida, el capital monopolista.

NACIONALIZACIÓN Y LUCHA REVOLUCIONARIA¹¹

[. . .] La nacionalización y en particular la estatización burguesa no son [. . .] ninguna panacea. Suponer que el Estado puede resolver [. . .] problemas en que se expresan contradicciones profundas y aun insalvables implica pensar que el principal obstáculo al desarrollo y al empleo racional de los recursos consiste en ciertas formas jurídicas de propiedad y no en las relaciones de producción y explotación capitalistas, incluida la propiedad estatal [. . .].

[Ésta. . .] no entraña un cambio de fondo en el capitalismo; pero comparada con la propiedad privada tradicional supone un avance que sería un error menospreciar. La lucha por la nacionalización, por consiguiente, es una demanda democrática que si bien por sí sola no lleva al poder ni menos al socialismo, es parte importante de ambos [. . .].

¹¹ Fragmento del artículo "Nacionalización y capitalismo monopolista de Estado", en *Ex-trategia*, México, núm. 7, enero-febrero de 1976, pp. 91-96.

Desafortunadamente no existe la posibilidad de librar al pueblo de la explotación, de una plumada. Para lograrlo es menester una lucha larga y difícil. Y para que ésta cobre fuerza es preciso que los trabajadores tengan conciencia de que su lucha diaria por vivir mejor y la lucha por el socialismo son una y la misma causa. Si rehuimos trabajar por ciertas reformas que mejoren las condiciones del pueblo, rehuiremos también la posibilidad de avanzar en la lucha por el poder y hacia el socialismo. Las masas no entregan lo mejor de su energía ante metas abstractas y lejanas. Lo hacen tras reivindicaciones concretas y casi siempre inmediatas. Un programa de nacionalizaciones antimonopolistas y por la democratización de las empresas estatales puede incorporar a los más valiosos contingentes obreros y a sus mejores posibles aliados, avivar la lucha ideológica y política y acortar el camino al socialismo [...].

LA VÍA MEXICANA AL SOCIALISMO¹²

[...] ¿Cuáles pueden ser algunas modalidades de la vía mexicana? Desde luego no lo sabemos con precisión. Sería pedante querer someter un proceso tan complejo a un esquema [prefabricado y] necesariamente burdo. La vida es siempre más rica que cualquier previsión y suele tomar los caminos más inesperados y si algo no es dogmático es el marxismo. La lucha misma y sus avances nos darán la respuesta. Pero si hemos de utilizar la teoría como un valioso auxiliar, como una guía, con fines de discusión podrían plantearse las cuestiones siguientes:

- En México hubo una revolución democrático-burguesa de cierta significación que sin duda impulsó el proceso capitalista, pero que no permitió un desarrollo más o menos homogéneo e independiente. Lo que fraguó fue el capitalismo del subdesarrollo, o sea una formación desprovista de la pujanza característica del llamado <modelo> clásico y de otras versiones posteriores y profundamente contradictoria, deforme e irracional. De ahí que la vía mexicana al socialismo tendrá una relación estrecha, aunque no mecánica, con las características y más graves contradicciones que, en tal sistema, exhibe el proceso de acumulación de capital.

¹² Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 12, noviembre-diciembre de 1976.

- Por su magnitud y su mayor concentración, porque de ella depende en gran parte la producción y la plusvalía que controla el capital monopolista y también por su grado de conciencia, la clase obrera será en México la fuerza más importante en la lucha por el socialismo. Pero como el capitalismo mexicano es muy desigual y no ha sido ni será capaz de revolucionar el campo con rapidez, de intensificar la modernización y elevar grandemente la productividad, de descomponer más de prisa al campesinado y de destruir en gran parte la pequeña producción mercantil y desplazar al grueso de la población rural hacia las ciudades, y como tampoco ha sido ni será capaz de dar a los trabajadores urbanos una ocupación estable en la industria moderna y en el comercio y los servicios ligados a ella, la alianza de la clase obrera con los campesinos pobres y con los trabajadores del campo, por un lado, y con el proletariado no obrero y aun amplios sectores de la pequeña burguesía y de las llamadas capas medias, por el otro, será muy importante.
- Dada la significación que el imperialismo, y en particular el imperialismo norteamericano ha tenido en nuestra historia y dado el papel que el capital monopolista extranjero desempeña hoy en el proceso económico e incluso en la vida social y política del país, la revolución socialista pasará por una profunda lucha antimperialista susceptible de atraer e incorporar activamente a grandes masas.
- Habiendo sido nuestro país durante siglos una colonia y más tarde una semicolonía y teniendo el nacionalismo una larga y profunda tradición, es probable que la lucha por el socialismo exhiba a la vez un fuerte acento nacionalista, que a diferencia del nacionalismo burgués reivindique genuinamente los más altos valores nacionales sin caer en el chovinismo y el anticomunismo, sino al contrario, fundiéndolos con el internacionalismo proletario.
- En un país en que la desigualdad social es tan dramática, el desperdicio tan común, la explotación tan intensa, la corrupción tan extendida y el despojo y el atropello tan frecuentes, la lucha por el poder y por el socialismo difícilmente podrá desentenderse de éstos.
- El peso decisivo que ejerce el capital monopolista nacional y extranjero y la forma estrecha y peculiar en que, en su seno y aun al margen de él, se liga el Estado a los monopolios, contribuirán a que la lucha antimperialista no se limite al enfrentamiento con los enemigos de fuera o con las trasnacionales que operan en nuestra patria, sino que

se complemente e integre con una lucha antimperialista más profunda, que deslinde y vuelva más vulnerable a la oligarquía mexicana y descubra tanto sus relaciones más íntimas con el capital extranjero y con el Estado, como el carácter burgués de éste.

- La lucha revolucionaria, en consecuencia, pasará también por el enfrentamiento a las posiciones reformistas y oportunistas que niegan o al menos soslayan tal carácter; implicará asimismo la intensificación de las luchas de los trabajadores con las empresas estatales, y en un país sin una rica tradición democrática en el que con frecuencia se violan incluso derechos elementales, tendrá que fundirse con, y aun recorrer una primera etapa en que la lucha de masas cobre especial fuerza en torno a ciertas demandas democráticas, que sin embargo sólo podrán lograrse si el proletariado es ya, en forma clara y definitiva, la fuerza política hegemónica y se proyecta con decisión, como ocurrió en la Revolución cubana hacia el socialismo.
- Ante el peligro, en fin, de una tercera guerra mundial que sólo al imperialismo interesaría provocar —y que en una coyuntura crítica puede ser la forma en que estalle la contradicción capitalismo-socialismo—, la lucha revolucionaria tendrá de su lado y contará con la contribución de la lucha por la paz, la que de preservarse permitirá disponer más fácilmente y con menor costo para otros pueblos del apoyo decisivo de los países socialistas, sin el cual probablemente no habrían triunfado la Revolución cubana, la heroica lucha del pueblo vietnamita y el movimiento popular de Angola.

El que en el capitalismo mexicano estén dadas desde hace tiempo las condiciones objetivas, podríamos decir históricas, para avanzar hacia el socialismo, no significa que haya una situación revolucionaria ni que las condiciones subjetivas hayan logrado el nivel de aquéllas. Nuestro país no es, por cierto, el eslabón más débil de la vieja cadena imperialista en América Latina, sino más bien de los menos débiles. Los desajustes y contradicciones que culminan con la devaluación del peso no exhiben siquiera una crisis política profunda. Expresan más bien una crisis económica que el Estado, el Fondo Monetario y la burguesía nacional y extranjera se aprestan ya a mitigar. Sin duda la contradicción capitalista fundamental se ha agudizado en los últimos años. Pero sería caer en un materialismo vulgar, meramente economicista, trasladarla mecánicamente a otros planos y suponer que en ellos las cosas se han agravado parale-

lamente y con la misma intensidad. Las luchas sindicales recientes y la multiplicación de pequeños esfuerzos que se caracterizan por una mayor conciencia crítica, así como la búsqueda de nuevos planteos y formas de acción que impulsen la lucha revolucionaria, aunque dignos del mayor respeto y muy alentadores dejan ver que estamos todavía en una fase incipiente y lejos de aquella en que habrá de debatirse centralmente el problema del poder. Mientras éste sea detentado por la burguesía no habrá cambios fundamentales. Antes será preciso que los obreros cobren conciencia, en la vida y en la lucha cotidianas, de la necesidad de la revolución; que ganen a miles de otros trabajadores a la actividad sindical y política, que las fuerzas adictas al socialismo formulen, a partir del conocimiento profundo de nuestra realidad y como resultado, a la vez, de un esfuerzo teórico serio, un programa propiamente revolucionario; que el nivel actual de organización se eleve sensiblemente y que la dirección del movimiento de masas pase, de la burguesía, el PRI y los líderes charros, a un proletariado que conquiste la vanguardia de los trabajadores. La actual crisis capitalista y los profundos desequilibrios que la devaluación del peso ha puesto en relieve y está contribuyendo incluso a agudizar, el hecho de que los monopolios sean los principales beneficiarios, el explicable descontento de amplias capas del pueblo, la subordinación de la política financiera y aun de la estrategia económica del gobierno al Fondo Monetario Internacional, y la instalación de un nuevo gobierno, crean un clima propicio para luchar, para defender los intereses más genuinos del pueblo, para extender la solidaridad y promover nuevas acciones, para combatir el reformismo y la ideología burguesa, por un lado, y por el otro el ultraizquierdismo y el sectarismo; para unir a importantes contingentes populares en un vasto programa antimperialista y antimonopolista, y para avanzar en la forja de una alternativa que, en la teoría y en la práctica, estratégica y tácticamente, abra la perspectiva de una lucha revolucionaria capaz de llevar al pueblo al poder.

SOBERANÍA, INDEPENDENCIA Y DEMOCRACIA¹³

A veces se cree que nuestra soberanía no está en peligro. Se piensa que es un principio inviolable consagrado en nuestras leyes. Y si bien es-

¹³ Fragmento de la ponencia al II Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños por la Soberanía de Nuestros Pueblos, celebrada en La Habana, Cuba, del 30 de noviembre al

to es cierto, como lo es que se trata de un derecho conquistado por los pueblos en cruentas luchas y a costa de grandes sacrificios, también es cierto que las leyes sólo se cumplen cuando se es capaz de crear condiciones que aseguren su vigencia efectiva. Un precepto jurídico formal, por importante que sea, no basta para que cobre vida en la práctica [. . .].

- Un pueblo que carece de independencia económica y que no puede utilizar muchas de sus riquezas en beneficio propio, no es soberano;
- un pueblo endeudado, sujeto a las arbitrarias exigencias de sus acreedores y al que desde afuera se le imponen condiciones leoninas e inaceptables sin importar los sacrificios que entrañan, no es soberano;
- un pueblo, en suma, que no disfruta de libertad y que no ejerce realmente el poder político, no es soberano.

Como decía el comandante Guevara:

[. . .] la soberanía nacional significa, primero, el derecho que tiene un país a que nadie se inmiscuya en su vida, el derecho que tiene un pueblo a darse el gobierno y el modo de vida que mejor le convengan [. . .]. Pero todos estos conceptos de soberanía política, de soberanía nacional son ficticios si al lado de ellos no está la independencia económica [. . .] Y el pueblo —añadía— no puede soñar siquiera con la soberanía si no existe un poder que responda a sus intereses y a sus aspiraciones [. . .].¹⁴

Lo anterior comprueba que la soberanía no es una mera abstracción ni algo que valga por sí mismo. Soberanía e independencia, soberanía y libertad, soberanía y democracia, soberanía y cultura, soberanía y paz, son categorías que se apoyan mutuamente y que se requieren entre sí. Lo que significa que la lucha por la soberanía no se libra en forma aislada.

La renegociación de las deudas ha consistido ahora en aplazar las amortizaciones de capital, lo que significa que a corto plazo se reducen los pagos por tal concepto pero siguen en su máximo nivel y aun se elevan los correspondientes a intereses. Sostener, por otra parte, que si las

2 de diciembre de 1985. Publicado en *Estrategia*, México, núm. 67, enero-febrero de 1986, pp. 76-87.

¹⁴ Ernesto Che Guevara, *Escritos y discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, tomo 4, pp. 82 y 83.

economías que han dejado de crecer comienzan de nuevo a hacerlo, podremos pagar, es en el mejor de los casos una simplificación inaceptable, que por un lado no repara en que la deuda es ya el más serio obstáculo al crecimiento, y por el otro olvida que no obstante que hasta hace unos años economías como la de Brasil, México, Venezuela y otros países crecieron apreciablemente, a la postre tuvieron que suspender sus pagos porque les fue imposible hacerlos. Lo que comprueba que el crecimiento no basta para hacer frente al oneroso servicio de la deuda.

La actual crisis del capitalismo es diferente de las previas, tiene otro carácter y otro alcance no porque ya no funcionen ciertas leyes, sino porque ahora se expresan de manera distinta a través de contradicciones más complejas y profundas. Quien crea que ésta es simplemente una crisis cíclica de aquellas que el capitalismo sufrió a lo largo de más de cien años, y que pronto saldremos de ella, para crecer de nuevo incluso más que antes tan pronto se restablezcan las condiciones que impulsen la renovación masiva de capital fijo, le será imposible entender por qué la fase expansiva de posguerra llegó a su fin y por qué las cosas desde los últimos años de la década de los sesenta han sido como fueron.

La unidad nacional es hoy un prerequisite que es necesario satisfacer para lograr nuestra independencia. Y esa unidad tiene como base y exigencia fundamental la unidad de los trabajadores, que en todos nuestros países son ya no sólo quienes crean la mayor parte de la riqueza, sino quienes constituyen la mayoría de la población. Sobre todo los países más desarrollados de nuestra América son hoy países de trabajadores, de trabajadores asalariados urbanos y rurales, calificados y no calificados, de profesionistas y técnicos, de empleados de diversas clases, de pequeños productores, de hombres y mujeres que producen o participan en la distribución de bienes y servicios y cuya unidad es esencial para cambiar a favor del pueblo la actual correlación de fuerzas y para vencer al poderoso enemigo al que nos enfrentamos. Y así como es preciso comprender que la unidad de los trabajadores desempeña un papel decisivo en la lucha que hoy se libra por la independencia y para fortalecer la democracia, también es muy importante entender que ninguna fuerza susceptible de participar en esa lucha, por pequeña, débil, inestable o vacilante que sea, debiera menospreciarse [...].

La unidad nacional, sin embargo, pese a su indiscutible importancia no basta. Los países de Latinoamérica y el Caribe libran hoy una lucha contra un enemigo común que los obliga a conjugar esfuerzos, a unirse,

a apoyarse mutuamente, a hacer juntos lo que aisladamente ninguno podría lograr. Éste es el momento de empezar a convertir en realidad el ideal bolivariano de la unidad de lo que Martí llamó “Nuestra América”, de este conjunto heterogéneo de países que no obstante todas sus diferencias tienen tanto en común para ser nuestra patria grande. Y el camino por el cual debemos avanzar es el de la integración regional.

Sabemos que esto no es fácil y que incluso los intentos intervencionistas realizados en el último cuarto de siglo a menudo fueron un instrumento más de que el capital trasnacional se valió para dividirnos y para “integrar” a nuestros países no como partes indisolubles de un todo armónico, propiamente latinoamericano y caribeño, sino como eslabones subordinados a las metrópolis imperiales que ese capital representa. Sabemos que aun el avanzar hacia una política que, sin llegar de inmediato a la integración regional o a un mercado común, se proponga formas nuevas de cooperación mutua en materia económica, cultural y política es difícil, entre otras cosas porque no sólo hay obstáculos externos que vencer, sino porque incluso en cada uno de nuestros países hay quienes, no teniendo fe en nuestra capacidad para decidir nuestro destino, piensan que la solución sólo puede venir de afuera y al precio de reconocer nuestra “inferioridad” y de subordinarnos al extranjero.

Por fortuna, junto a quienes están de antemano vencidos hay muchos más que tienen el corazón bien puesto, que piensan y sienten como genuinos latinoamericanos y caribeños, que no tienen mentalidad de “maquiladores” ni de siervos y que saben que la integración es una tarea difícil pero viable [. . .].

Si el planteo y la defensa de tales demandas empiezan a ser un verdadero clamor popular; si la negativa a seguir sobrellevando calladamente la peor parte y las más pesadas cargas que la crisis impone se expresa no ya sólo en opiniones aisladas selectivas y minoritarias, sino en la voz de los pueblos, de los obreros y los campesinos, de los empleados y los intelectuales, de profesionistas y técnicos, de estudiantes y amas de casa, de dirigentes sindicales y periodistas, en una palabra de todos los que más resienten el actual estado de cosas y exigen que éste cambie, podemos estar seguros de que lo que hasta aquí fue imposible empezará a ser una nueva y prometedora realidad [. . .].

Durante mucho tiempo [. . .] defendimos nuestros más caros derechos, como el de pensar, hablar y escribir, crear, organizarnos y [. . .] el principio de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos como si

nuestra vida estuviese de antemano asegurada. Hoy las cosas son cualitativamente diferentes. En esta era nuclear la preservación de la paz se ha vuelto la condición para asegurar la supervivencia. El encuadramiento y aun el sentido de los derechos humanos ha cambiado y ahora tenemos que luchar resueltamente, en primer término por el derecho a vivir, pues una guerra nuclear haría prácticamente imposible ejercer cualquier otro derecho [. . .]. O sea que el derecho a la vida se ha convertido en el fundamental de los derechos humanos [. . .].

Por eso quisiera concluir estas reflexiones reproduciendo unas líneas de la Declaración final del Primer Encuentro por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América:

Los intelectuales, los escritores, los artistas de Nuestra América, frente a este grave riesgo de holocausto, asumimos a plena conciencia nuestra opción por la vida. No la abandonaremos al azar, sino que lucharemos con todas nuestras convicciones, con todas nuestras fuerzas, con las mejores reservas del espíritu, para que la paz se imponga como la única victoria posible contra la muerte.

[. . .] el exterminio del ser humano es evitable y [. . .] puede y debe ser evitado con el poder invencible de la inteligencia.

IDENTIDAD DE MARTÍ Y EL CHE¹⁵

José Martí y Ernesto *Che* Guevara son hombres de su tiempo y precisamente por ello su obra se proyecta hacia el futuro y su pensamiento sigue hoy, en lo fundamental, vigente. Martí fue cubano y el *Che*, argentino. Uno y otro son inconfundibles. Martí es Martí y el *Che* es el *Che*. Y sin embargo sorprende lo mucho que hay de común entre ambos. En efecto los dos son genuinos latinoamericanos que rebasan las fronteras de sus países de origen; son excepcionales latinoamericanos y, en realidad, internacionalistas ejemplares.

Los dos trabajan a partir de la realidad que quieren contribuir a transformar, a la que estudian con rigor, tratan de conocer a fondo y de la que recogen valiosos elementos que ayudan a comprenderla mejor inclu-

¹⁵ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 89, septiembre-octubre de 1989, pp. 71-92.

so en el plano propiamente teórico, así como a orientar la acción en la práctica.

Teoría y práctica y pensamiento y acción, en tal virtud, lejos de ser cuestiones separadas y de diferente naturaleza, son elementos que se articulan estrechamente, que se complementan y apoyan entre sí. La obra de ambos tiene una enorme frescura y creatividad, y no hay en ella nada escolástico, libresco ni acartonado.

Los dos —como Bolívar, Hidalgo y San Martín— son hombres físicamente débiles pero con una fuerza moral increíble, una férrea voluntad, una decisión inquebrantable, una conciencia y una audacia verdaderamente revolucionarias. Ambos son, además, proverbialmente honrados, estrictos consigo mismos, frugales y modestos.

Martí y el *Che* son profundamente humanos y, también, humanistas. Para ambos el hombre es el protagonista central de la historia y sus derechos y libertades son inalienables. Ambos confían en que nuestros pueblos serán capaces de luchar por su liberación. Y confían en ellos porque conocen su cultura y su historia y saben que éstas constituyen un patrimonio y una fuerza potencial de las que carece el enemigo.

Ambos son generosos y se entregan a la lucha sin reservas. Por la libertad e independencia de nuestros pueblos están dispuestos a todo, inclusive a dar la vida. Porque como dice el *Che* al despedirse de Fidel y del pueblo cubano: “[. . .] en una revolución se triunfa o se muere”. Tanto Martí como el *Che* viven con ejemplar dignidad y mueren heroicamente. Y su vida y muerte de verdaderos revolucionarios enriquecen el patrimonio cultural y político de nuestros pueblos y son, por sí solas, un extraordinario legado que debemos preservar y enaltecer.

ELEMENTOS POLÍTICOS Y TEÓRICOS DE UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA LATINOAMERICANA¹⁶

Realidad nacional y regional

[. . .] Con frecuencia vemos como ajeno lo que sin duda es propio, lo que en un sentido profundo es nuestro. El pensamiento de Martí, por

¹⁶ Fragmento del artículo publicado en *Estrategia*, México, núm. 98, marzo-abril de 1991, pp. 25-46.

ejemplo, es característicamente cubano y a la vez profundamente latinoamericano. Y lo mismo podría decirse del pensamiento de Juárez, de Ingenieros, de Mariátegui, de Sandino, de Cárdenas, de Allende, de Fidel y del *Che*. O sea que lejos de que, como creen algunos en ciertos círculos, debamos copiar lo que se piensa en el extranjero y hasta importar esquemas e ideas a menudo superficiales, para forjar una estrategia digna del nombre debemos empezar por conocer a fondo nuestra propia historia, rescatar lo mejor de nuestra cultura y nuestro pensamiento regional. Como bien dice Sergio Bagú:

Conocer la realidad inmediata bajo el signo de un método científico implica, además, descubrir la expresión visible del fenómeno, descubrir sus raíces más profundas y sus proyecciones más lejanas. La construcción teórica en ciencias es el resumen de la observación práctica y del conocimiento histórico, a lo que debe agregarse un alto grado de imaginación y de cultura general. Sin conocimiento no hay ciencia; sin imaginación y cultura, tampoco.¹⁷

Lo anterior, desde luego, no significa que el camino que nuestros países hayan de elegir para avanzar sea fundamentalmente el mismo. De ninguna manera. Aquello de que no hay nada más rico que la vida es siempre cierto. Y la vida, y por tanto la proyección de cada país dependen de sus condiciones específicas. En los últimos decenios Cuba optó por la revolución que conocemos, Nicaragua y El Salvador por una diferente, y Chile tomó otro camino. Un error explicable fue que, llevados del entusiasmo por el triunfo de la Revolución cubana, algunos pretendieron convertirla en "modelo" que se podría reproducir en países cuyas condiciones eran diferentes. Pero la realidad acabó por imponerse y demostrar que lo que no responde a ella, a sus exigencias y posibilidades, lleva a la frustración y a la derrota.

Importancia de ciertas tareas democráticas

Las modalidades de cada estrategia nacional, sus principales metas, los medios y el tipo de organización y formas de lucha dependen esencialmente de las condiciones propias de cada país. Podría decirse, empero, que las tareas principales a acometer y el alcance de las mismas se enmarcan

¹⁷ Sergio Bagú, "América Latina: la búsqueda de una teoría que explique la realidad", ponencia presentada al Encuentro "América Latina a fines del Siglo XX" (CELA, UNAM), celebrado en la ciudad de México en septiembre de 1990.

en lo que se consideran acciones de carácter democrático. En estos momentos tal sería el caso de la demanda de elevar salarios y en general el nivel de vida, de la necesidad de ciertas reformas agrarias y urbanas o del Estado para fortalecer y articular la estructura productiva, utilizar mejor los recursos disponibles e impulsar el desarrollo en una sociedad más democrática e independiente.

La experiencia demuestra que aun la realización de ciertas tareas digamos modestas, o sea que no pretendan una transformación social profunda, es difícil sobre todo cuando tales acciones y reformas preceden a un movimiento revolucionario. La reforma agraria, por ejemplo, fue más rápida y profunda en países en donde la revolución la hizo posible, en tanto que en otros sigue por realizarse y es objeto de creciente hostilidad. O sea que las reformas son menos difíciles en donde previamente triunfa una revolución.

Por lo anterior podría decirse que aun en su fase meramente democrática, una estrategia y una lucha seria que intenten ciertos cambios, tropiezan con la oposición de las clases dominantes y sobre todo de los grupos oligárquicos internos, así como de poderosos intereses extranjeros. Esa oposición a los proyectos renovadores fue siempre tenaz. Pero hoy —sobre todo en los países de mayor desarrollo en los que las nuevas oligarquías monopolistas disponen de un creciente poder económico, controlan los medios de comunicación, ejercen mayor influencia ideológica y política, y a menudo se han vinculado estrechamente al capital extranjero— la resistencia a cualquier intento de cambio es mucho más enconada.

Democracia formal y democracia real

La sola lucha por la democracia concita gran hostilidad. En los países sometidos a regímenes dictatoriales esa lucha empieza por derrocar, de un modo u otro, a tales gobiernos como condición esencial de cualquier cambio. En donde, sin embargo, los nuevos gobiernos civiles resultantes ya de procesos electorales, después de prometer los cambios que el pueblo reclama, se mueven en el marco tradicional de las democracias burguesas más interesadas en preservar el sistema que en renovarlo, con frecuencia mantienen políticas similares a las previas e imponen la estrategia “neoliberal” extranjerizante y tecnocrática, lo que desde luego no satisface las exigencias de un desarrollo nacional independiente

ni las principales demandas populares. Y ello no es extraño en esas democracias “restringidas”, “viables” o “controladas”, es decir, democracias a medias.¹⁸

Democracia y soberanía nacional y popular

El principio general, presente desde hace dos siglos en la doctrina de la soberanía y en numerosas constituciones políticas modernas, de que la soberanía nacional reside en el pueblo, tiene en nuestros días no sólo plena vigencia sino especial importancia. Significa, en realidad, que hoy sólo el pueblo, organizado, unido y resuelto a luchar, puede defender eficazmente la soberanía de cada uno de nuestros países y que soberanía y democracia, y por tanto independencia y democracia, son dos elementos centrales e inseparables de una misma cuestión.

[...] un pueblo es soberano en la medida en que tiene derecho a la vida, a una vida digna, y libertad para pensar y decir lo que piensa, para protestar, para organizarse, votar y lograr que su voluntad se respete y, en última instancia, en tanto sea él quien gobierne y ejerza el poder y sea quien decida todo aquello que es esencial para la economía, la organización social y la vida cultural y política de un país. O sea que una verdadera democracia descansa en la soberanía real del pueblo y no en aspectos formales secundarios.

Fuerzas a favor de una nueva estrategia

Ahora bien, ¿qué fuerzas sociales y políticas son las que, a la luz de la experiencia, más pueden contribuir al trazo y aplicación de las nuevas estrategias de desarrollo que requiere la América Latina?

En nuestra opinión, los hechos demuestran que tales fuerzas son muy amplias y heterogéneas. En realidad corresponden a las del pueblo en su conjunto, en el sentido en que Fidel Castro hablaba del pueblo en las fases iniciales de la Revolución cubana. O sea que en ese rico potencial no sólo caben obreros y campesinos, sino también estudiantes e intelectuales.

¹⁸ Agustín Cueva hace notar, con razón: “En la última década [...] hemos conseguido avanzar en la dirección de la democracia política, pero hemos retrocedido, sin la menor duda, en los otros tres campos: hoy tenemos menos soberanía nacional, menos desarrollo económico, mucho menos justicia social que hace diez años [...]” “América Latina ante el fin de la historia”, trabajo presentado en la reunión del CELA (UNAM), México, septiembre de 1990, p. XII.

tuales, empleados y numerosos funcionarios, profesionistas, técnicos, maestros, pequeños productores —hombres y mujeres— y aun empresarios dispuestos a defender el interés nacional.

Si en vez de comprenderse la amplitud del caudal de fuerzas susceptibles de apoyar una nueva estrategia, se adopta una posición estrecha y sectaria que pretenda dar preferencia a alguna de ellas a costa de las otras y que menosprecie y descalifique a las que se consideren menos importantes, se incurrirá en un error que afectará y debilitará la lucha del pueblo, lo que desde luego no significa dejar de reconocer que los trabajadores más organizados, conscientes y resueltos tengan un papel fundamental en esa lucha.

Necesidad de una lucha política propiamente revolucionaria

En cuanto a las reformas se acepta hoy, en general, que no son incompatibles con los cambios de fondo; incluso pueden facilitarlos y, sobre todo, resultar de ellos [. . .].

“En América Latina las reformas han sido resistidas con la tenacidad con que se combate a las verdaderas revoluciones sociales [. . .].” Aun reformas que en nada amenazan al sistema social imperante, se ven hoy como peligrosas e inaceptables. Los grupos más poderosos objetan con frecuencia inclusive cualquier cambio democrático, y los funcionarios públicos suelen hacer lo mismo aunque, demagógicamente, hablen en sus discursos de la democracia. Pero “[. . .] una democracia populista que [. . .] agote su potencial transformador en el plano de la retórica no tiene hoy la menor posibilidad de constituirse en una alternativa válida para los pueblos latinoamericanos. [Y] lo mismo cabe decir del formulismo autocomplaciente de ciertas <democracias> [. . .] —con sus elecciones, partidos, parlamentos, prensa <libre>—, en donde una misma oligarquía se perpetúa en el poder parapetada en un hueco cascarón institucional [. . .]”.¹⁹

Las luchas revolucionarias en nuestra América han adoptado a menudo, al menos en ciertas fases de su desarrollo, la forma de luchas armadas. Dados los cambios que pese a sus insuperables limitaciones ha impuesto el capitalismo y en virtud de la agresividad imperialista, es

¹⁹ Atilio Borón, “Democracia y reforma social en América Latina”. Ponencia presentada en el seminario del CELA-UNAM, celebrado en México en septiembre de 1990, pp. 27 y 22.

muy probable que tales luchas adopten en adelante nuevas modalidades, aunque sería un error descartar la lucha armada [...].

Carácter antimperialista de la lucha de nuestros pueblos

Los problemas más graves a los que se enfrenta la lucha por la liberación de nuestros pueblos tienen que ver, en realidad, con el capitalismo y el imperialismo.

[...] El capitalismo latinoamericano —hace notar Carlos Vilas— no satisface ni siquiera las necesidades básicas de la gente y en general resulta incompatible con la democracia [...] de libertades, derechos humanos y participación.²⁰

Sin duda. Pero así como la situación internacional, la correlación de fuerzas y el imperialismo han cambiado, también debiera hacerlo —y en nuestra opinión profundamente— la lucha antimperialista. Pues si ésta se subordina a ciertos partidos y otras organizaciones; si se desenvuelve en marcos estrechos y a veces incluso sectarios que sólo llevan al aislamiento; si desconoce la realidad concreta y menosprecia la teoría y la lucha ideológica seria; si ve al imperialismo sólo como variable externa y expresión sobre todo de algunos aspectos de la política de Estados Unidos hacia nuestros países; si se expresa en formas de organización, prácticas rutinarias y antidemocráticas y métodos inadecuados; si se subestima la fuerza del enemigo y sobreestima, en cambio, la de las fuerzas progresistas, y si se da más atención a formas rituales aisladas y en la práctica poco eficaces de solidaridad hacia afuera, que a la defensa de la soberanía propia, de intereses, demandas y luchas fundamentales de nuestros pueblos y la unidad del conjunto de nuestra América, es de temerse que la situación se vuelva cada vez más difícil y que, a la postre, más que ciertas condiciones objetivas, sean nuestras fallas y errores los que condicionen desfavorablemente la lucha.

El imperialismo no es un enemigo pequeño ni débil, ni es un “tigre de papel”. Es poderoso y dispone de enormes recursos; como hemos visto recientemente, es agresivo y, en un momento dado, no lo detiene la ley

²⁰ Carlos M. Vilas, “Revolución y socialismo en América Latina: ¿Anacronismo o permanencia?”. Ponencia presentada en el encuentro “América Latina a fines del siglo XX”, CELA (UNAM), México, septiembre de 1990.

ni los derechos de otros pueblos; actúa directa, indirecta y aun subliminalmente, sobre todo ahora que controla gran parte de los medios masivos más modernos de comunicación. A menudo no es fácil saber siquiera en qué consiste, cómo se conduce realmente y por qué representa un obstáculo a nuestro desarrollo.

La lucha antimperialista puede y debe ser hoy amplia y múltiple, verdaderamente plural. Pero el que en ella haya espacio para las más diversas organizaciones y elementos no significa que alguno o varios de ellos puedan legítimamente autoerigirse en vanguardia y pretender ser el eje en torno al cual deba girar esa lucha y al que deban subordinarse, de un modo u otro, los demás participantes. Antes al contrario, el respeto mutuo y la práctica de una genuina democracia son condición para que las fuerzas a las que a menudo denominamos "democráticas", demuestren en la práctica ser realmente tales y puedan unirse y desplegar todo su potencial de lucha.

A veces se tiene incluso la impresión de que la lucha antimperialista se ha quedado atrás, se ha rezagado grandemente y es ya anacrónica, no tanto porque como pretenden los más conservadores hoy sea definitivamente inviable y hasta utópico enfrentarse con éxito a enemigos tan poderosos como son los grandes imperios y sus intereses, sino porque no se toman en cuenta o al menos se menosprecian los profundos cambios que el mundo ha sufrido y se tiende a actuar como si las cosas fueran las mismas de siempre y aun como si las desfavorables condiciones prevalientes fueran propicias y no requirieran de profundos replanteos y de nuevos, grandes esfuerzos organizativos y políticos para hacer posibles los cambios a que se aspira.

[. . .] Quizás una de las fallas más serias consista en que por falta de una ubicación precisa del fenómeno imperialista y de una comprensión profunda de lo que esencialmente está en juego en esa lucha, ésta tiende a verse como una posición negativa ante fuerzas punto menos que invencibles, sin que se descubran siquiera, y mucho menos se comprendan con claridad, los valores fundamentales que en ella se defienden [. . .].

Ante la necesidad de reorientar y reorganizar la lucha antimperialista como condición para fortalecerla, en grupos muy amplios se considera, opinión que compartimos y que a nuestra vez hemos expresado a menudo, que el centro de ella debe ser la preservación y defensa de nuestra soberanía nacional y popular, mas no como si ésta fuera una cuestión cerrada y exclusivamente nacional, sino en la dirección y perspectiva

de contribuir a la unidad y al fortalecimiento de las luchas de nuestros pueblos en su conjunto.

En la defensa de la soberanía se entrelazan los derechos de la nación y del pueblo y la causa de la independencia y la democracia así como los intereses de cada país con los del resto de las naciones hermanas. Y por ello, lejos de que entren en conflicto, a través de esa línea de acción, lo nacional y lo regional —o sea lo propiamente latinoamericano— se refuerzan mutuamente. Y, por otro lado, si bien tal eje tiene una importancia estratégica decisiva, también tiene una gran significación táctica, en la medida, entre otras cosas, que puede vincularse estrechamente y responder a aspectos de la política de corto plazo, así como a múltiples demandas concretas de aquellas que a menudo movilizan y lanzan a la acción a amplios segmentos populares.

Papel fundamental de la crítica y la autocrítica

El ejercicio responsable y constructivo de la crítica y la autocrítica no es común entre quienes gobiernan en la mayor parte de nuestros países. La crítica suele considerarse una expresión de hostilidad y la autocrítica una “debilidad” que, simplemente, no se practica. En cambio, en los procesos propiamente revolucionarios ambas son fundamentales y constituyen, sin duda, fuentes de valiosas enseñanzas.

Otras cuestiones políticas importantes

Cabría destacar muchas otras cuestiones políticas, de aquellas que son importantes para abrir paso y contribuir al éxito de una nueva estrategia. Ante la imposibilidad de examinarlas aquí, me limitaré a mencionárlas. Una fundamental es *la unidad*, sobre todo cuando en la dirección de un proceso participan diferentes organizaciones y fuerzas políticas [...].

Otra cuestión fundamental es la forja de *una conciencia de lucha* y la preparación del tipo de cuadros que se requieren en cada fase del proceso de cambio. Aquí el trabajo teórico e ideológico tiene sin duda un papel de primer orden. El principio de que sin teoría revolucionaria no hay un movimiento revolucionario sigue siendo válido, como lo es también el de que sin conciencia revolucionaria no hay movimiento que pueda, a largo plazo, sostenerse y triunfar. Y hoy, cuando los más mo-

ernos y eficaces medios de comunicación se ponen al servicio de la enajenación, la mentira, la tergiversación y la preservación del orden establecido, la tarea de hacer que la gente piense por sí misma y descubra y reafirme su identidad cultural, adquiere enorme importancia.

En otras palabras, el *trabajo cultural*, entendido como el rescate de nuestros más altos valores populares, nacionales y propiamente latinoamericanos, el conocimiento profundo de nuestra historia, el enaltecimiento del papel de los trabajadores en sus labores productivas y en su vida cotidiana, el conocernos mejor como condición para afirmar nuestra identidad, para enriquecer nuestra capacidad creadora y fortalecer nuestra unidad, pasa, sin duda también, a un primer plano inclusive del quehacer propiamente político.

Realidad y teoría

¿En qué medida los cambios que hoy sufre la realidad afectan nuestras posiciones teóricas? En mi opinión de manera directa, profunda e inevitable, que revela que se equivocan quienes creen que la teoría queda incólume. Pero pensar que probablemente dejen de tener validez o vigencia ciertos planteos, de ningún modo significa, tampoco, que el instrumental teórico con el que hasta aquí trabajamos sea inaprovechable e inútil.

Ante los grandes e inesperados cambios recientes, lo que a nuestro juicio hoy se requiere es reapreciar, actualizar y, en su caso, reelaborar y enriquecer la explicación teórica de ciertos hechos.

Entre otras cuestiones parecería necesario, a la luz de lo ocurrido en los hasta hace poco países socialistas europeos, en la propia Unión Soviética y en varios países subdesarrollados también socialistas o que avanzan en tal dirección, es trabajar a partir de todas esas experiencias en la teoría de la transición; en una teoría, en particular, que explique incluso —y sobre todo— la transición al socialismo desde el capitalismo subdesarrollado de diversos países del Tercer Mundo.

El impacto de la política “neoliberal” y de la pérdida de soberanía nacional y aun del Estado frente a la oligarquía, del debilitamiento de su capacidad de promoción y regulación del desarrollo y las nuevas y más estrechas formas de vinculación del Estado con el capital monopolista nacional y extranjero, sugieren la necesidad de reformular y poner al día una teoría del Estado y de la restructuración del capital que explique tales fenómenos.

La necesidad de abrir nuevos caminos, que sin prejuicio de una menos desfavorable inserción en la economía internacional, intenten hacer descansar crecientemente el desarrollo en la cada vez mejor utilización del potencial propio y en una verdadera integración regional, plantea también la conveniencia de elaborar una teoría latinoamericana del desarrollo, que a la vez que explique lo que hoy acontece, sea una valiosa guía para transformar la realidad y conquistar el futuro.

En fin, la necesidad de avanzar en el trazo y puesta en práctica de una estrategia alternativa aconseja, a la luz de la rica experiencia latinoamericana, reapreciar los procesos de cambio recientes y su diverso alcance, sus éxitos y fracasos, sus aciertos y fallas, las organizaciones y fuerzas políticas que participan y se oponen al proceso de liberación y a reforzar la teoría de la organización y de la lucha antimperialista, democrática y revolucionaria en Nuestra América.

¿QUÉ SERÁ DE NUESTRA AMÉRICA EN EL SIGLO XXI?²¹

[. . .] La historia no se desenvuelve conforme a leyes universales ni inexorables cuyo curso pueda predecirse con certeza. Lo hace más bien a partir de leyes sociales de alcance limitado, de carácter tendencial y cuyas formas de operación cambian a consecuencia de múltiples hechos, el principal de los cuales es la acción humana. O sea que el porvenir de América Latina en el próximo siglo dependerá de lo que hagamos y dejemos de hacer. Pero, desde luego no de lo que hagamos unas cuantas personas aislada e individualmente, sino de lo que se haga por todos, individual y sobre todo colectivamente, es decir, en la arena y la lucha social y política.

En la internacionalizada y aún global economía de nuestros días resulta muy difícil y hasta imposible sustraerse a la tendencia de mundialización. Pero reconocer lo que en rigor es un fenómeno histórico no significa que debemos aceptar como único camino el estrecho callejón que nos ofrecen el capital trasnacional y los apóstoles del "libre mercado". La idea de que frente a sus dogmas no hay alternativa, como solían reiterar la señora Thatcher y Ronald Reagan, por fortuna es falsa. Mas lo

²¹ Fragmento del ensayo publicado en el libro *¿Qué será de Nuestra América en el siglo XXI?*, suplemento de la revista *Desarrollo Indoeamericano*, Barranquilla, núm. 108, noviembre de 1999 y en México en la revista *Macroeconomía*, núm. 75, octubre 15 de 1999.

que sí es cierto es que Nuestra América tendrá que construir y poner en práctica una estrategia alternativa eficaz, de la que hasta ahora hemos carecido, pues podemos estar seguros de que el mercado libre no nos permitirá alcanzar los objetivos que son condición de nuestro progreso.

Para lograr una mejor inserción en el mundo en que vivimos debiéramos en primer lugar tener claro lo que pretendemos, que desde luego no puede ser integrarnos de manera pasiva, subordinada y débil a una o varias de las grandes potencias. Al respecto más bien tendríamos que participar en, y aun contribuir a crear, una nueva y menos desigual e injusta división internacional del trabajo e incluso del conocimiento, que nos permita hacer crecer y utilizar mejor nuestros recursos, al igual que preservar aquellos que, como el ambiente, son necesarios para lograr cierto equilibrio ecológico y asegurar una vida sana y un desarrollo sustentable.

Sin perjuicio de elevar el ahorro y la inversión productiva y de utilizar tecnologías que contribuyan a aumentar la productividad, lo que por cierto ha sido siempre difícil para Latinoamérica, acaso el mayor y más importante reto para nuestros países es preparar debidamente a su población y en particular a los hombres y mujeres jóvenes que son ya el principal componente de la fuerza laboral, así como a los trabajadores adultos hoy desplazados, desempleados e inutilizados, cuyo valioso concurso es preciso recuperar.

Preparar a nuestros pueblos significa capacitarlos para entender y saber responder a los cambios que el mundo experimenta y, en un sentido más concreto, adiestrarlos para tomar parte en las nuevas actividades que empiezan ya a ser, y sobre todo serán, centrales desde principios del nuevo siglo. Y a la vez hacerles ver que si bien un alto nivel de preparación es necesario para poder avanzar y vivir mejor, desafortunadamente no es garantía de una ocupación estable ni de un satisfactorio nivel de ingresos y una vida digna.

Las viejas y endebles estructuras económico-sociales que caracterizan a nuestros países nos mantendrán en el subdesarrollo y la pobreza. No sólo será así para quienes todavía producen y exportan fundamentalmente materias primas, sino incluso para aquellos que han hecho progresos industriales, pero en actividades en general de baja intensidad tecnológica y de capital. A partir de nuevas formas de organización, mejores tecnologías, mayor productividad y un uso adecuado de todos nuestros recursos tendremos que abrirnos paso en campos nuevos

e importantes, en los que aún dependemos del extranjero, como acontece con múltiples actividades productoras de bienes intermedios y de capital, y sobre todo con la investigación científico-tecnológica, que pese a ser esencial sigue tan desatendida. Y la decisión de modificar y fortalecer las condiciones internas y las bases mismas en que descansa el proceso productivo no debiera llevar al aislamiento ni a un nacionalismo estrecho e incluso ya anacrónico, sino proyectarse internacionalmente a fin de lograr la mejor inserción posible en el escenario mundial, especialmente ante las grandes potencias.

Aunque sobre todo en los países subdesarrollados las condiciones actuales no son favorables para un cambio profundo que favorezca a la mayoría, la política económica y social debiera tratar de elevar el nivel de empleo, fortalecer el mercado interno sin perjuicio de exportar más, y a la vez que reducir el consumismo, redistribuir la riqueza y el ingreso y librar a los más pobres de la miseria que hoy padecen, lo que desde luego no supone volver a las viejas políticas liberales desarrollistas y populistas que ya fracasaron, emplear mecanismos de regulación inoperantes, o siquiera dejar los problemas a una u otra política, sin reparar en las contradicciones y causas más profundas, propiamente estructurales y aun sistémicas, ni tampoco dejar de relacionarse e incluso buscar una mejor posición frente a los países altamente industrializados. Pero aun lograr el crecimiento con la equidad de que en años recientes ha hablado la CEPAL requeriría un cambio que rebasa con mucho a los programas de ajuste estructural y las reformas tecnocráticas.

Algunos aseguran que el Estado-nación está ya en retirada y aun en vías de desaparecer. Me parece que ello no es así y que si bien el Estado de hoy no es el de antes, porque como todo lo demás ha sufrido cambios, en el mundo actual sigue presente y aun mucho de lo que se ha globalizado depende de su acción y de acuerdos internacionales en los que el Estado continúa jugando un papel de primer orden [...].

Quienes objetan y aun rechazan la intervención del Estado en la economía y en otros ámbitos alegan con frecuencia que, aparte de burocráticos e ineficientes, los gobiernos son deshonestos e incluso en ellos se ha generalizado la corrupción, lo que vuelve punto menos que imposible que procedan con cierta racionalidad y puedan usar los recursos de que disponen, regular los mercados y orientar el desarrollo en forma adecuada. Pero aún siendo ello en buena parte cierto, en realidad abona a favor de que el cambio a que se aspira no deje en pie las viejas y an-

quilosadas estructuras políticas, sino que también se exprese en una profunda reforma —y aun renovación— del Estado y en nuevas, mejores y democráticas formas de funcionamiento de los gobiernos.

Hoy día se habla mucho de democracia y sin duda ésta es una cuestión fundamental de la que, concretamente, en América Latina no podemos desentendernos. Mas al hablar de ella y tratar de avanzar en tal sentido, debiéramos tener claras ciertas cosas. El libre comercio no equivale, como algunos afirman, a libertad y democracia en todos los órdenes. Aun estando de acuerdo en que en regímenes autoritarios y dictatoriales se abusa de la arbitrariedad, de la reglamentación burocrática restrictiva e incluso de la represión y se lesionan gravemente libertades y derechos humanos esenciales, en realidad nada hay que autorice a pensar que los llamados “mercados libres” operan espontáneamente bajo una suave “mano invisible” que asigne los recursos con racionalidad y como más conviene a todos. Lo cierto es que el mercado depende de poderosas y aun gigantescas empresas trasnacionales que no son sinónimos de libertad y democracia, sino más bien de dominación, explotación y dependencia.

El esfuerzo por democratizar a nuestros países es sin duda importante y digno de apoyo; es incluso un proceso en el que, quienes aspiramos a un cambio debiéramos involucrarnos directa y resueltamente. pero creer en un capitalismo democrático en el que la igualdad remplace a la desigualdad, la justicia a la injusticia, la razón a la fuerza, la cooperación y la ayuda mutua a la explotación, y la independencia a la dependencia y la subordinación, es creer en un capitalismo utópico que nunca ha existido ni podrá existir, porque riñe con la esencia misma de lo que tal sistema significa.

El capitalismo no será, seguramente, el fin de la historia, pero durante largo tiempo viviremos todavía en él y conforme a sus reglas, esto es, de acuerdo con la lógica del capital y, por lo tanto, del lucro y la explotación. Mientras ello sea así, será muy difícil y aun imposible tratar de cambiar lo que algunos llaman el “capitalismo salvaje” de hoy, por el menos brutal de antes o por lo que otros denominan un capitalismo “de rostro humano”, democrático y justo.

Esto no significa que por ello debamos cruzarnos de brazos y esperar pasiva y pacientemente a que las cosas cambien algún día. Antes al contrario, luchar por mejores condiciones de trabajo y de vida seguirá siendo esencial y el éxito de esa lucha dependerá de que se tenga claro

lo que en ella se busca, de que los medios que se empleen sean los adecuados, de que se conozca bien la realidad en la que se actúa y que las fuerzas que intenten el cambio lleguen a ser hegemónicas y capaces de alterar la actual correlación sociopolítica en favor de las mayorías y de desplazar y derrotar a quienes sólo interesa incrementar sus ganancias y preservar el orden de cosas imperante.

Los profundos cambios que el mundo ha sufrido desde la Segunda Guerra Mundial aconsejan proceder incluso frente a los viejos problemas, de nuevas y más eficaces maneras [. . .]. Y así como la economía neoclásica y sus recetas neoliberales no resuelven los más graves problemas de nuestros días, tampoco lo haría volver al intervencionismo keynesiano, que en otros tiempos y en otras condiciones pudo utilizarse con cierto éxito.

En la nueva situación y en la profunda crisis a que nos enfrentamos es necesario contar con mejores armas, reexaminar a fondo lo que acontece y actualizar y aun redefinir viejas categorías, que precisamente por ser históricas son cambiantes y por ello pueden ser hoy diferentes y requerir de nuevas y más rigurosas explicaciones. El que las teorías a partir de las cuales intentamos, a menudo sin éxito, explicar e impulsar el desarrollo hayan demostrado ser insuficientes e inadecuadas, nos obliga a enriquecer, reformular y poner al día nuestras ideas [. . .].

Aun cuando las tasas de inversión en numerosos países son bajas y una alta proporción de esa inversión es hoy financiera y no productiva, se produce todavía más de lo que se consume, o sea de lo que el mercado puede absorber, lo que revela que hay un exceso de capital que no encuentra aplicaciones rentables, y aun así, en particular con las políticas neoliberales y los nuevos métodos de producción y formas de organización, resulta muy difícil hacer crecer la demanda global al nivel necesario para reactivar la economía. Con todo, en países subdesarrollados como los nuestros es preciso modernizar la ya caduca, costosa e inadecuada infraestructura y abrir los nuevos campos de actividad que nos permitan avanzar en más complejas fases del proceso de industrialización y desarrollo en la nueva división internacional de trabajo. Y para lograrlo no sólo se requiere proyectar y hacer posibles inversiones públicas cuantiosas, sino interesar también a empresarios privados nacionales e incluso extranjeros dispuestos a participar en ese esfuerzo.

Tan importante como depender en lo fundamental de nuestros propios recursos y esfuerzos es comprender que si en América Latina actua-

mos de manera aislada, dispersa y débil, la posibilidad de enfrentarnos con éxito a los problemas comunes será mínima y a menudo incluso nula. En otro momento histórico, sin dejar de reconocer que ciertos factores influían desde más allá de nuestras fronteras nacionales, lo que cada país podía intentar tenía mayor alcance y el complemento a su acción propia era cierta cooperación internacional que con frecuencia quedaba, sin embargo, en planos declarativos y retóricos. Hoy, nuestra principal respuesta al reto de globalización es la integración regional, es decir, el que nos conozcamos unos a otros mejor, conjuguemos esfuerzos, estrechemos nuestras relaciones, utilicemos en conjunto el potencial de recursos a nuestro alcance, sumemos fuerzas sin menospreciar lo que incluso los más pequeños países puedan hacer y entendamos que la integración no es sólo un acuerdo de libre comercio, un mercado común o siquiera una acción meramente económica, sino un proceso de alcance también cultural, jurídico, tecnológico, social y político que, como ocurre ya en Europa, pueda desenlazar en una unión o comunidad que agrupe a todos los países dispuestos a participar en ella.

Sin esa integración regional nuestros países no podrán desarrollarse al nivel, ni crear las nuevas estructuras productivas e institucionales que el mundo de nuestros días reclama [...].

Cuando hablamos de una comunidad latinoamericana de naciones tendemos a olvidar que de hecho esa comunidad existe, existe ya porque tenemos un origen e historia similares, en gran medida un solo idioma —el español—, semejante al portugués de Brasil, una identidad cultural con rasgos singulares propios de cada país, pero también una indudable cercanía; economías con diversas modalidades y grados de desarrollo, pero en general subdesarrolladas y dependientes de las grandes potencias y, en fin, un conjunto de pueblos hermanos, hasta ahora en buena medida aislados unos de otros, pero con inquietudes y aspiraciones comunes y a los que los nuevos medios de comunicación ponen acaso por primera vez en condiciones de acercarse unos a otros y actuar juntos en bien de todos.

O sea que en el intento de unirnos y apoyarnos mutuamente por fortuna no partimos de cero. Partimos de una historia y una realidad que son nuestras raíces comunes y a la vez somos conscientes de que tenemos que elevar la mira, hacer las cosas de nuevas maneras y mejor y no temer que al conjugar esfuerzos y compartir responsabilidades lesionemos nuestra soberanía nacional. La soberanía no es un dato dado, una

constante. Es más bien la cambiante medida en que podamos ejercer y hacer respetar nuestros derechos y podemos estar seguros de que unidos y trabajando juntos en forma democrática, en vez de hacerlo aislados y dispersos, nuestra soberanía nacional y popular se fortalecerá, en vez de debilitarse.

Cuando se piensa en el capitalismo y en la medida en que este sistema condiciona el proceso de cambio, sea facilitándolo o volviéndolo más difícil, a menudo se sostiene que sobre todo al universalizarse, tras el colapso del "socialismo real" y desaparecida ya la Unión Soviética, el capitalismo es no sólo lo único que existe, sino lo único posible y por tanto será con este sistema y, quíerese o no, conforme a sus reglas, como se desenvuelva el proceso social. Pero frente a quienes piensan así, otros consideran que en el capitalismo no habrá transformaciones de fondo ni menos todavía solución a los más graves problemas: la desigualdad, el atraso, la pobreza y la violencia, razón por la cual el eje y centro de la lucha tendrá que ser construir una nueva, del todo diferente y mejor sociedad, proceso en el cual la lucha por el poder seguirá siendo fundamental, pero habrá que librarla de nuevas maneras y a partir de una también nueva y muy amplia constelación de fuerzas.

[. . .]

Pero como la historia no terminará con el capitalismo, entre otras cosas porque este sistema no es ni será capaz de superar la dramática desigualdad, la explotación y la injusticia que lo caracterizan, en una perspectiva de largo alcance tendremos a la vez que plantearnos qué hacer más allá del capital y del capitalismo, o sea cómo avanzar hacia una nueva forma de organización de la sociedad, que yo creo será un nuevo tipo de socialismo, un socialismo diferente, democrático, más internacionalizado e incluso moralmente superior al que hasta aquí conocimos de lejos y al que nuestros pueblos llegarán no por los viejos caminos que otros siguieron y que ya quedaron atrás, sino por nuevas vías que, sin menospreciar ninguna valiosa experiencia de la que podamos recoger útiles enseñanzas, ellos abran por sí mismos a partir de su propia historia, su cultura, su identidad y aspiraciones. Y para abrir esos nuevos caminos será necesario aprender de la historia, de lo que fue en particular el siglo que ahora termina y, a partir de los cambios que el capitalismo ha experimentado, forjar una nueva teoría de la transición al socialismo del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA*

LIBROS INDIVIDUALES**

- Esquema de derecho bancario*, México, Editorial Bolívar, 1944.
- El panamericanismo: de la doctrina Monroe a la doctrina Johnson*, México. Cuadernos Americanos, 1965, y publicado en inglés en Nueva York, Monthly Review Press, 1968.
- Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, UNAM, 1967, reimpresso en varios países latinoamericanos.
- Dialéctica de la economía mexicana*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1968. "Crítica y autocrítica", apéndice para la 2ª edición, 1972.
- Economía política y lucha social*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1970.
- Problemas estructurales del subdesarrollo*, México, UNAM, 1971.
- Mercado interno y acumulación de capital*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1974.
- Hacia un cambio radical*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1975.
- Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1976.
- Capitalismo y revolución en México*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977.
- Teoría leninista del imperialismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1978. Publicado también en La Habana por la Editorial de Ciencias Sociales.
- La crisis del capitalismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1979.
- Orígenes del subdesarrollo*, selección de José Consuegra, Bogotá, Plaza y Janés, 1982.
- Estado, capitalismo y clase en el poder en México*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1983.

* Incluye gran parte de lo que hasta ahora ha producido y publicado el autor, aunque todavía quedan muchas lagunas. En general no se han incluido publicaciones extranjeras. La mayor parte de la información fue proporcionada, revisada y ampliada por el propio autor. En su elaboración participaron Josefina Morales, Lorena Reyes y Agustín González Mendoza.

** Los libros que más han circulado en México son: *Dialéctica de la economía mexicana* (29 ediciones), *México: riqueza y miseria* (18), *El milagro mexicano* (17), *Problemas del capitalismo mexicano* (9), *La burguesía, la oligarquía y el Estado* (6), *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital* (6) y *Economía política y lucha social* (5). Varios libros individuales, completos o capítulos, así como algunos capítulos de libros colectivos han sido reeditados en América Latina y otros países, los cuales no están aquí señalados.

Wirtschaftliche Krisenprozesse in Lateinamerika, Mit einem Nachwort von Dr. Dieter Klein, Berlin, Verlag Die Wirtschaft, 1988.

Defensa de nuestra soberanía nacional y popular, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1989.

El capitalismo del subdesarrollo, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1990.

Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1996.

Globalización y capitalismo, Editorial Plaza y Janés, 2002.

CAPÍTULOS EN LIBROS COLECTIVOS

"Presentación" e "Introducción general", *Estructura económica y social de México*, Raúl Ortiz Mena y Alonso Aguilar Monteverde, México, Nacional Financiera-Fondo de Cultura Económica, 1951.

"Respuestas del MLN", *¿Qué es la izquierda mexicana?*, Sol Arguedas, México, s.e., 1962.

"El proceso de la acumulación de capital", *México: riqueza y miseria*, Alonso Aguilar Monteverde y Fernando Carmona, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1967, pp. 11-90. Ampliación y actualización en la 4ª edición, "Apéndice", 1970, pp. 243-256.

"La causa de Vietnam es la nuestra", *Vietnam, crimen del imperialismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1968, pp. 112-136.

"Obstáculos al desarrollo económico latinoamericano", *Desarrollo y desarrollo*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1969, pp. 13-109.

"Problemas y perspectivas de un cambio radical", *El milagro mexicano*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1970, pp. 248-364. "El camino está a la izquierda, no 'arriba y adelante'", apéndice de la 3ª edición, 1973, pp. 391-403.

"La apertura democrática", *Los estudiantes, la educación y la política*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1971, pp. 102-130.

"La oligarquía", *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, Alonso Aguilar Monteverde y Jorge Carrión, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1972, pp. 77-231.

"Reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano", *América Latina: dependencia y subdesarrollo*, Introducción, selección y notas de Antonio Murga Frasinetti y Guillermo Bolis, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1973.

"Introducción" y participación, *En torno al capitalismo latinoamericano* (coord.), México, Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, cuadernos, núm. 1, 1975, pp. 11-13.

- "Presentación" y participación, *Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina* (coord.), México, Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, 1976, cuadernos, núm. 2.
- "Introducción al ciclo sobre Problemas de la Transición al Socialismo en América Latina", *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile* (coord.), México, Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, 1976, cuadernos, núm. 3, pp. 9-23.
- "Presentación" y "El nacionalismo, el Estado burgués y la ley de inversiones extranjeras", *Política mexicana sobre inversiones extranjeras* (coord.), México, Seminario de Teoría del Desarrollo, IIEC-UNAM, 1977, cuadernos núm. 4, pp. 7-9 y 37-99.
- "Capitalismo monopolista y crisis", "Anarquía y desigualdad", "El desempleo, creación capitalista", "Inflación, devaluación, más inflación", "Atraso y explotación en el campo" y "La vía mexicana al socialismo", *Problemas del capitalismo mexicano*, Alonso Aguilar Monteverde, Fernando Carmona y Jorge Carrión, México, Publicaciones Sociales Mexicanas-Editorial Nuestro Tiempo, 1977, pp. 9-43 y 143-152.
- "Las últimas décadas del pensamiento burgués", "El capitalismo opulento de John Keneth Galbraith" y "La invalidez de la teoría burguesa", *Crítica a la teoría económica burguesa*, Arturo Guillén (coord.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1978, pp. 91-116, 159-195 y 287-302.
- "Respuesta de *Estrategia*" y "Resumen", *La reforma política y la izquierda*, encuesta, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1979, pp. 101-125 y 126-141.
- "La ciencia y los científicos sociales en América Latina", *El compromiso del intelectual*, Introducción y selección de María Guerra y Ezequiel Maldonado, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1979, pp. 127-138.
- "La lucha contra el fascismo" y "Palabras en el aniversario", *La República Democrática Alemana vista por mexicanos, 30º Aniversario de la RDA*, México, Sociedad de Amistad México-RDA, 1979.
- "Factores socioeconómicos que afectan la soberanía de nuestros pueblos", *Nuestra América, en lucha por su verdadera independencia* (comp.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1981, pp. 58-71.
- "La crisis y la nacionalización de la banca", *La nacionalización de la banca, la crisis y los monopolios*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1982, pp. 9-84.
- "La crisis económica actual y el Tercer Mundo", *La crisis del capitalismo y los países subdesarrollados* (comp.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1982, pp. 187-215.
- "Un hombre poco común", *Ricardo J. Zevada visto por sus amigos*, México, 1983.
- "¿Qué hacer frente a la inflación?", *La inflación en México*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1984, pp. 151-206.

- "Democracia, libertad y derechos individuales", *El socialismo es así. La República Democrática Alemana*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1984, pp. 81-96.
- "Presentación, "Importancia del frente cultural" y "Empecemos a reescribir nuestra propia historia", *Cultura, historia y luchas del pueblo mexicano*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1985, pp. 7-24 y 104-137.
- "Acerca de la naturaleza de la actual crisis", *Naturaleza de la actual crisis*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 9-44.
- "Estrategia del capital extranjero" y "Estrategia del capital extranjero en México", *El capital extranjero en México*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 7-103.
- "Prólogo" y "La historia y los historiadores", *Pensamiento político de México* (coord.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, tomo I, pp. 7-12 y 40-144.
- "Prólogo" y "La sociedad mexicana de entonces", *Pensamiento político de México* (coord.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1987, tomo II, pp. 7-11 y 13-113.
- "Reflexiones sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy", *Hagamos cuentas... con la realidad*, Alonso Aguilar Monteverde y Fernando Carmona, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1991, pp. 9-136.
- "Elementos de una alternativa teórica y política latinoamericana", *América Latina: hacia una nueva teorización*, Fernando Carmona (coord.), México, IIEC-UNAM, 1993, pp. 110-140.
- "Algunos grandes problemas y qué hacer frente a ellos", *Lo social: clave del desarrollo humano*, Caracas, Fondo Latinoamericano de Ediciones Sociales, CLAT, 1993, pp. 121-135.
- "Reestructuración del capital en los principales grupos empresariales mexicanos", *La reestructuración mundial y América Latina. Perspectivas de la integración*, Josefina Morales (coord.), México, IIEC-UNAM, 1994, tomo III.
- "Jesús Silva Herzog como economista", *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar*, Centenario del Natalicio, México, IIEC-UNAM/Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 115-122.
- "La gente, para él, era lo principal", *Se llamó Lázaro Cárdenas. Testimonios del centenario del natalicio del general Lázaro Cárdenas*, México, Grijalbo, 1995.
- "Presentación", "Prólogo" y "Crisis, reestructuración, neoliberalismo y desarrollo", *México y América Latina: crisis-globalización-alternativas* (coord.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1996, pp. 7-14 y 39-91.
- "Soberanía nacional y unidad regional en el contexto de la globalización", *Reconstruir la soberanía*, Luis González Souza (coord.), México, La Jornada Ediciones-Instituto de Estudios de la Revolución Democrática, 1998, pp. 141-155.

- "La economía mexicana hacia fines del siglo XX", *El México de hoy. Sus grandes problemas y qué hacer frente a ellos*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa, 2002, pp. 13-48.
- "Qué hacer frente a los grandes problemas nacionales", *El México de hoy. Sus grandes problemas y qué hacer frente a ellos*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa, 2002, pp. 181-207.
- "En memoria de Fernando Carmona", en *Memoria de Fernando Carmona*, Cuadernos del Centro Mexicano de Estudios Sociales, A.C., México, 2002, pp. 17-26.

PRÓLOGOS Y OBRAS COMPILADAS Y EDITADAS BAJO SU CUIDADO*

- "Sus últimas preocupaciones" y "Bassols y los problemas económicos nacionales", *Narciso Bassols, en memoria*, Alonso Aguilar Monteverde y Ángel Bassols Batalla (coords.), México, artículos y discursos, 1960, pp. 65-71 y 109-115.
- Prólogo al estudio de Ramón Ramírez Gómez, "La posible revalorización del oro y sus efectos en la economía mexicana", México, ENE-UNAM, 1961.
- Narciso Bassols. Obras, antología*, Alonso Aguilar Monteverde (sel.), "Preámbulos", México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 3-6, 115-118, 329-332, 673-675 y 847-851.
- Enrique Cabrera, de la medicina social al socialismo*, Alonso Aguilar Monteverde (comp.), "Prólogo", ". . . cada vez podrán decirme menos que soy un millonario" y otros testimonios, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1971, pp. 7-8, 211-214, 256-259 y 265-275.
- Dobb, Maurice, *Marx como economista*, Alonso Aguilar Monteverde (comp.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977.
- Engels, Federico, *Objeto y método de la economía política*, selección y "Prólogo", Alonso Aguilar Monteverde, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1978, pp. 7-8 y 36-69.
- "Prólogo" en *Raúl Roa, el canciller de la dignidad* (sel.), México, Editorial Nuestro Tiempo, 1985.
- Narciso Bassols, pensamiento y acción. Antología*, "Prólogo" y "Estudio introductorio", México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 7-74.
- Enríquez Gamón, Efraín, *La revolución tecnológica vs. la revolución económica*, "Prólogo", México, Libros de Archipiélago, 2001, pp. 11-19.

* El maestro Aguilar Monteverde realiza, desde la fundación de la Editorial Nuestro Tiempo, una larga e intensa labor editorial; esto implica, además, la presentación, introducción y promoción de múltiples obras.

ARTÍCULOS EN REVISTAS ACADÉMICAS

- "El marco histórico del desarrollo latinoamericano", en *Investigación Económica*, vol. XXIV, núm. 95, México, tercer trimestre, y publicado también como folleto, ENE-UNAM, 1964.
- "Vigencia del pensamiento de Narciso Bassols", en *Investigación Económica*, núm. 95, vol. XXIV, México, Escuela Nacional de Economía, UNAM, 3^{er} trimestre 1964, pp.
- "Planificación del desarrollo económico", en *Investigación Económica*, vol. XXIV, núm. 96, México, Escuela Nacional de Economía, UNAM, 4^o trimestre. Ponencia revisada, V Congreso Internacional de Planificación, México, octubre de 1964.
- "Reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXIX, vol. XXIX, núm. 3, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, julio-septiembre 1967, pp. 429-451.

Cuadernos Americanos, México, 1966-1967.

- "Paul A. Baran: un economista ejemplar", año XXIII, núm. 4, julio-agosto 1964, pp. 57-65.
- "A cincuenta años de la Revolución mexicana", año XXV, noviembre-diciembre, 1966, pp. 55-75 y *Política*, 1967.
- "¿Una OEA más fuerte o una América Latina más débil?", año XXVI, núm. 3, mayo-junio, 1967, pp. 7-26.
- "Tenía una inquebrantable fe en México", segunda época, vol. CCLXIII, núm. 6, noviembre-diciembre, homenaje a don Jesús Silva Herzog, 1985.
- "La unidad latinoamericana no es un utopía", nueva época, año XIII, vol. III, núm. 75, mayo-junio, 1999, pp. 26-39.

Problemas del Desarrollo, México, IIEC-UNAM, 1969-1995.

Artículos, comentarios y opiniones.

- "El capitalismo opulento de John Kenneth Galbraith", año I, núm. 1, octubre-diciembre, 1969, pp. 113-140.
- "Dependencia y subdesarrollo en América Latina", núm. 4, julio-septiembre, 1970, pp. 5-9.
- "El capitalismo del subdesarrollo", año II, núm. 8, julio-septiembre, 1971, pp. 17-74 y recogido en otras publicaciones y otros países.
- "Cuba: prosigue la batalla del desarrollo", año III, núm. 9, octubre-diciembre, 1971, pp. 12-20.
- "Más deudas, menos recursos para financiar el desarrollo", comentario sobre la

- Tercera Reunión de la UNCTAD, año III, núm. 12, agosto-octubre, 1972, pp. 5-10.
- "Imperialismo y subdesarrollo", año IV, núm. 14, mayo-julio de 1973, pp. 101-120.
- "Diez lecciones de la Revolución cubana", año IV, núm. 15, agosto-octubre, 1973, pp. 159-168.
- "La ciencia y los científicos sociales en América Latina", año IV, núm. 16, noviembre 1973- enero 1974, pp. 131-142. Respuestas a las cuestiones planteadas por la revista colombiana *Desarrollo Indoamericano*. Ver también *El compromiso del intelectual*, 1979.
- "Sobre el papel del economista", año V, núm. 17, febrero-abril 1974, pp. 117-122.
- "¿Ha avanzado el marxismo en los últimos 25 años?", año V, núm. 18, mayo-julio, 1974, pp. 93-96. Publicado en *Monthly Review*, Nueva York, 1974, por el 25° aniversario de la revista.
- "Imperialismo y subdesarrollo", año V, núm. 20, noviembre 1974-enero 1975, pp. 91-99.
- "Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario", año VI, núm. 23, agosto-octubre, 1975, pp. 13-24.
- "Sobre la economía y los economistas", año VI, núm. 25, febrero-abril 1975, pp. 113-124.
- "Sobre algunos problemas del desarrollo", año XXI, núm. 80, enero-marzo, 1990, 20° aniversario de la revista, pp. 219-236.
- "La economía mexicana: cambios, nuevos problemas y perspectivas", vol. XXVI, núm. 100, enero-marzo, 1995, pp. 97-123.
- "Narciso Bassols: pensamiento y acción", vol. XXVI, núm. 102, octubre-diciembre, 1995, pp. 271-279.

ARTÍCULOS EN OTRAS REVISTAS ESPECIALIZADAS Y DIARIOS

- "La banca y el mercado de capitales en México", en *El Mercado de Valores*, sección El Mercado, México, Nacional Financiera, más de cien breves artículos publicados entre julio de 1946 y noviembre de 1948.
- "Bolsas y mercados de valores", estudio en *El Mercado de Valores*, sección El Mercado, México, Nacional Financiera, enero-octubre, 1949.
- "¿Avances? ¿Retrocesos?, una semana de hechos", publicado en *El Nacional*, alrededor de 20 artículos, México, 1950.
- "El México de Frank Tannenbaum", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. III, núm. 4, México, octubre-diciembre, 1951.
- "Los bancos de depósito", Cuaderno, Nafinsa, 1951.
- Índice*, "La economía mexicana", ocho artículos sobre tendencias, problemas y

posibilidades de nuestro desarrollo, núms. 1-8, México, julio de 1951-junio de 1953.

Guión, México, 1956-1959.

"La política económica del gobierno", núm. 5, 1956.

"Fantasía y realidad de las inversiones extranjeras", núm. 10, 1957.

"Problemas básicos de nuestra agricultura", núm. 12, 1957.

"¿Con la Revolución o contra ella?", núm. 14, 1957.

Opiniones en diversos asuntos para encuestas y entrevistas, núms. 15, 25 y 29, 1957 y 1958.

"Los presos políticos y las libertades democráticas", núm. 43, 1959.

Política, Revista política, director Manuel Marcué Pardiñas.

Alrededor de cincuenta artículos periodísticos, quincenal, México, 1960-1963.

"La revolución cubana en marcha", *Siglo Veinte*, agosto, 1963.

"Defendamos a la Universidad Michoacana de San Nicolás", desplegado, 1966.

"Los estudiantes defienden los derechos de todo el pueblo", "El movimiento estudiantil debe triunfar" y "La libertad de los presos políticos, condición esencial para resolver el conflicto", textos en apoyo al movimiento estudiantil, en folleto o en desplegado, 1968, y en el apéndice de *Tres culturas en agonía*, varios autores, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1969.

Estrategia, Revista de Análisis Político, México, Publicaciones Sociales Mexicanas, bimestral, México, 1974-1993.*

"Unas palabras sobre *Estrategia*", "El viejo desarrollismo ha muerto", "¿Por qué estamos como estamos?", "Capitalismo hoy", "Problemas, obstáculos y contradicciones de clase", "¿Reformismo o lucha revolucionaria?", núm. 1, diciembre de 1974-enero de 1975, pp. 1-39.

"El capitalismo mexicano: la fase actual del capitalismo en México", "Teoría y desarrollo del capitalismo monopolista de Estado", "El capitalismo monopolista de Estado en México", "El financiamiento público", núm. 2, marzo-abril de 1975, pp. 2-29.

Crisis y capitalismo de Estado: "La crisis económica y el capitalismo monopolista de Estado", "Crisis cíclicas, crisis general y capitalismo monopolista de Estado", núm. 3, mayo-junio de 1975, pp. 40-61.

* Trabajos que originalmente aparecieron en esta revista. Señalamos los que sabemos que se recogen en libros, pero, además, otros fueron reproducidos en varios países. También son del autor algunos breves comentarios, notas y mensajes sin firma.

- "Algunas contradicciones del proceso de acumulación de capital", núm. 4, julio-agosto de 1975, pp. 2-22.
- "La izquierda, la lucha revolucionaria y la sucesión presidencial", núm. 5, septiembre-octubre de 1975, pp. 2-32.
- "Bosquejo de un programa antimonopolista", núm. 6, noviembre-diciembre de 1975, pp. 33-56.
- Las discrepancias no son obstáculo a la unidad. "Nacionalización y capitalismo monopolista de Estado", núm. 7, enero-febrero de 1976, pp. 1-23.
- "La invasión de tierras", "El problema de las fases en la lucha por el poder", núm. 8, marzo-abril de 1976, pp. 1-4 y 29-54.
- "Algunos rasgos de la actual crisis capitalista", núm. 9, mayo-junio de 1976, pp. 2-19.
- "Capitalismo monopolista de Estado, subdesarrollo y crisis", núm. 10, julio-agosto de 1976, pp. 51-90.
- "Neolatifundismo en el noroeste", núm. 11, septiembre-octubre de 1976, pp. 1-9.
- Varios ensayos en *Problemas del capitalismo mexicano*, núm. 12, noviembre-diciembre de 1976, pp. , y también Estrategia/Editorial Nuestro Tiempo, 1977.
- "Expropiación de latifundios en Sonora", "Unidad, alianzas y lucha de clases", núm. 13, enero-febrero de 1977, pp. 23-29 y 51-70.
- "Capital monopolista y empresas estatales", "La II Declaración de La Habana, guía de la revolución latinoamericana", manifiesto latinoamericano, núm. 14, marzo-abril de 1977, pp. 32-54.
- "Situación y perspectivas de la economía mexicana", "Juan Marinello: militante de la cultura y la revolución", núm. 15, mayo-junio de 1977 pp. 2-15 y 88-89.
- "Exigencias de un programa revolucionario", núm. 16, julio-agosto de 1977, pp. 30-56.
- "Vigencia de la teoría leninista del imperialismo", un capítulo de *Teoría leninista del imperialismo*, 1978, 60 aniversario de la Revolución de octubre, núm. 18, noviembre-diciembre de 1977, pp. 31-58.
- "Inflación y crisis", núm. 19, enero-febrero de 1978, pp. 3-28.
- "Tesis básicas de *Estrategia* sobre el capitalismo mexicano", núm. 20, marzo-abril de 1978, pp. 1-29.
- "Crisis, reforma política y lucha de clases", núm. 21, mayo-junio de 1978, pp. 16-54.
- La unidad: propósito permanente de *Estrategia*: "El problema de la unidad", "El capital monopolista y la oligarquía" y "Origen y desarrollo del capitalismo mexicano", núm. 22, julio-agosto de 1978, pp. 1-39.
- "Hacia un programa agrario revolucionario", núm. 23, septiembre-octubre de 1978, pp. 2-28.

- "La lucha antimperialista. Problemas y perspectivas", núm. 24, noviembre-diciembre de 1978, pp. 3-49.
- "El Estado y la burguesía", núm. 27, mayo-junio de 1979, pp. 20-61.
- "El Estado, los bancos nacionales y el capital monopolista", núm. 28, julio-agosto de 1979, pp. 2-32.
- "El Plan Nacional de Desarrollo Industrial", núm. 29, septiembre-octubre de 1979, pp. 26-47.
- "La crisis actual del capitalismo", núm. 30, noviembre-diciembre de 1979, pp. 4-24.
- "Unidad sí, pero con independencia y proyección revolucionaria", núm. 31, enero-febrero de 1980, pp. 1-27.
- Dimensión de la crisis capitalista: introducción, "La crisis actual y sus causas", "La burguesía mexicana y la crisis" y "En resumen... ¿qué hacer?", núm. 32, marzo-abril de 1980, pp. 1-80.
- "La crisis del capitalismo en América Latina", núm. 33, mayo-junio de 1980, pp. 47-69.
- El capitalismo mexicano hoy: I. "Las fuerzas productivas", núm. 36, noviembre-diciembre de 1980, pp. 2-31.
- El capitalismo mexicano hoy: II. "Las relaciones de producción", núm. 37, enero-febrero de 1981, pp. 10-29.
- El capitalismo mexicano hoy: III. "El Estado y las relaciones de producción", núm. 38, marzo-abril de 1981, pp. 1-23.
- "La crisis capitalista y los países subdesarrollados", núm. 40, julio-agosto 1981, pp. 1-27.
- "El México de entonces y el de ahora, 1910-1981", núm. 42, noviembre-diciembre de 1981, pp. 1-18.
- "El sistema socialista", núm. 43, enero-febrero de 1982, pp. 20-43.
- "La crisis del imperialismo norteamericano y la estrategia de Reagan", núm. 44, marzo-abril de 1982, pp. 5-21.
- "La crisis y la nacionalización de la banca", núm. 48, noviembre-diciembre de 1982, pp. 1-29 y en *La nacionalización de la banca...*, 1982.
- "El sistema socialista", núm. 49, enero-febrero de 1983, pp. 32-43.
- "El Plan Nacional de Desarrollo", núm. 52, julio-agosto de 1983, pp. 2-18.
- "Empecemos a reescribir nuestra propia historia", núm. 54, noviembre-diciembre de 1983, pp. 48-62 y en *Cultura, historia y luchas...*, 1984.
- "El sistema socialista", núm. 55, enero-febrero de 1985, pp. 23-50.
- "Sólo organizados y unidos venceremos", núm. 60, noviembre-diciembre de 1985, pp. 60-66.
- "Unidad y discrepancias en el seno de la clase dominante" y "Fidel Castro: mensaje a los pueblos latinoamericanos", núm. 63, mayo-junio de 1985, pp. 27-39 y 83-94.

- "Queremos conocer mejor la realidad nacional" y "La deuda externa y nuestra lucha por la independencia", núm. 65, septiembre-octubre de 1985, pp. 1-2 y 64-83.
- "México: país de la desigualdad", núm. 72, noviembre-diciembre de 1986, pp. 50-63.
- "Reflexiones sobre la Revolución mexicana", apuntes para un seminario y un posible libro, 1974, un fragmento se publica en *Estrategia*, núm. 69, México, mayo-junio de 1986, pp. 62-83.
- "La lucha política se prepara día a día, no se improvisa", núm. 74, marzo-abril de 1987, pp. 74-80.
- "El valle del Yaqui: tendencias, problemas y perspectivas", núm. 75, mayo-junio de 1987, pp. 53-72.
- "Sobre algunas de nuestras fallas y cómo corregirlas", núm. 76, julio-agosto de 1987, pp. 31-40.
- "Nuestros derechos fundamentales", núm. 77, septiembre-octubre de 1987, pp. 55-63.
- "Empieza a cobrar vida el Movimiento del Pueblo Mexicano", núm. 81, mayo-junio de 1988, pp. 63-74.
- "La venta de empresas paraestatales en México" y "Más conciencia, más organización y más fuerza", colectivo, núm. 82, julio-agosto de 1988, pp. 7-30 y 57-85.
- "Hacia un programa político del pueblo", núm. 85, enero-febrero de 1989, pp. 67-81.
- "Una hora difícil, de profundos cambios y nuevos retos", núm. 91, enero-febrero de 1990, pp. 1-12.
- Nuestra América ¡Defendamos nuestra soberanía!, "La defensa de nuestra soberanía, nuevo frente central de lucha", núm. 92, marzo-abril de 1990, pp. 16-24.
- "Importancia política de un programa popular unitario", núm. 97, enero-febrero de 1991, pp. 38-54.
- "Elementos políticos y teóricos de una estrategia alternativa latinoamericana", núm. 98, marzo-abril de 1991, pp. 25-46.
- "Fase actual en la lucha de nuestro pueblo", núm. 99, mayo-junio de 1991, pp. 43-64.
- "La economía hoy. Pese a las cuentas alegres... los hechos hablan" y "La lucha por nuestra liberación, treinta años después", núm. 100, julio-agosto de 1991, pp. 2-11 y 37-55.
- "La economía hoy. Producción e inversión se recuperan" y "Nuevas realidades, nuevas tácticas y métodos de lucha", núm. 101, septiembre-octubre de 1991, pp. 40-48 y 71-79.
- "Los grandes grupos empresariales se refuerzan" y "Vivimos una hora difícil", núm. 102, noviembre-diciembre de 1991, pp. 39-53.

"¿Reforma o contrarreforma agraria?", "Internacionalización, desarrollo y libre comercio" y "Cuba: guerra en tiempos de paz", núm. 103, enero-febrero de 1992, pp. 11-20, 34-43 y 79-83.

"¿Dónde quedaron los neoliberales y los verdaderos reaccionarios?", núm. 105, mayo-junio de 1992, pp. 10-17.

"Los desafíos de la integración latinoamericana", núm. 106, julio-agosto de 1992, pp. 1-11.

"Las elecciones en 1994, un reto para el pueblo mexicano", núm. 107, septiembre-octubre de 1992, pp. 55-66.

"Hacia una propuesta popular", "Así se quiere enseñar nuestra historia" y "A eso llaman democracia", núm. 108, noviembre-diciembre de 1992, pp. 26-37, 77-81 y 92-93.

Entrevista a Cuauhtémoc Cárdenas (con la colaboración de Ana Francisca Palomera), "Algunos grandes problemas y qué hacer frente a ellos", y "Contribución a la forja de una propuesta popular", núm. 109, enero-febrero de 1993, pp. 1-13, 46-57 y 92-94.

"La sucesión presidencial de 1994", núm. 110, marzo-abril de 1993, pp. 29-38.

"Hacia una propuesta nacional de las fuerzas democráticas. 1. El proceso de desarrollo: realidad y política. En busca de una nueva estrategia de desarrollo", núm. 111, mayo-junio de 1993, pp. 1-17 y 39-45.

Entrevista a Gilberto Bosques (con la colaboración de Ana Francisca Palomera), "Hacia una propuesta democrática de alcance nacional. Algunos problemas del desarrollo y qué hacer frente a ellos", y "Apoyo ciudadano a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas", núm. 112, julio-agosto de 1993, pp. 1-17 y 30-40.

"Elementos para una propuesta democrática nacional", "Cuauhtémoc Cárdenas 94. Apoyo ciudadano a su candidatura", núm. 113, septiembre-octubre de 1993, pp. 34-50 y 68-73.

"Hacia una propuesta democrática: economía y política mexicana", núm. 114, noviembre-diciembre de 1993, pp. 1-15.

América Libre, editor Frei Betto, Brasil-Argentina, 1993-1995.

"Crisis y reestructuración del capitalismo en América Latina", núm. 2, abril-mayo, 1993.

"Los retos del pensamiento revolucionario en Nuestra América", núm. 7, julio, 1995.

Otras revistas, 1995-2000.

"México: una vez más, los hechos se impusieron a las palabras", comentario, semanario *Protesta*, Buenos Aires, 20 de enero, 1995.

- “Mi imagen del Che”, homenaje por los 30 años de la muerte del Che, en revista *Casa de las Américas*, núm. 206, La Habana, enero-marzo, 1997.
- México AUNA*. Boletín mensual de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-México), diversos textos, México 1995-1997.
- Unidad regional. Imágenes de Nuestra América*, revista periódica de la Asociación por la Unidad de Nuestra América-México (AUNA-México), diversos textos breves, México, 1998.
- “¿Qué será de Nuestra América en el siglo XXI?”, en *Revista Desarrollo Indoeuropeo*, núm. 108, Barranquilla, noviembre, 1999, pp. 14-21 y en *Macroeconomía*, núm. 75, México, 15 de octubre de 1999, 38-46.
- “A los hombres libres de América Latina, de Sergio Bagú a José Ingenieros”, en *Archipiélago*, núm. 34, México, octubre-diciembre de 2001, pp. 16-17.
- “El nuevo papel del Estado (débil) en la globalización”, en *Macroeconomía*, núm. 108, México, julio 15 de 2002, pp. 30-34.
- “Crisis, globalización, capitalismo e integración latinoamericana”, en *Macroeconomía*, núm. 113, México, diciembre 15 de 2002, pp. 28-35.

En este segundo volumen de la antología de Alonso Aguilar Monteverde se reúnen diversos materiales publicados entre 1973 y 2000, que dan cuenta de la significación y vigencia de la obra de un intelectual mexicano comprometido, de un hombre político por naturaleza, que afortunadamente aún se mantiene en la brega política, teórica e ideológica contemporánea.

Esta antología permite acercarse a la visión totalizadora e histórica de su interpretación de la crisis de largo plazo por la que atravesó el capitalismo mundial en el último cuarto del siglo pasado, a la comprensión de la dialéctica entre el desarrollo y el subdesarrollo, a la dinámica del capitalismo mexicano en el siglo xx y a los desafíos de la construcción de una alternativa revolucionaria que más que nunca requiere la dimensión latinoamericana.

La bibliografía de Alonso Aguilar que aquí se presenta llega hasta 2002 y recoge, revisada cuidadosamente, la del primer volumen de la antología, que llega hasta 1969.

Alonso Aguilar escribió y publicó durante las tres décadas mencionadas 14 libros individuales; participó en más de 30 libros colectivos; escribió más de 150 artículos en *Estrategia. Revista de Análisis Político* (1974-1993), que fundó con Fernando Carmona de la Peña y Jorge Carrión, y otros 20 artículos en revistas académicas. Ello, amén de sus numerosas participaciones en reuniones académicas y políticas.

ISBN 968-5422-81-8



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO